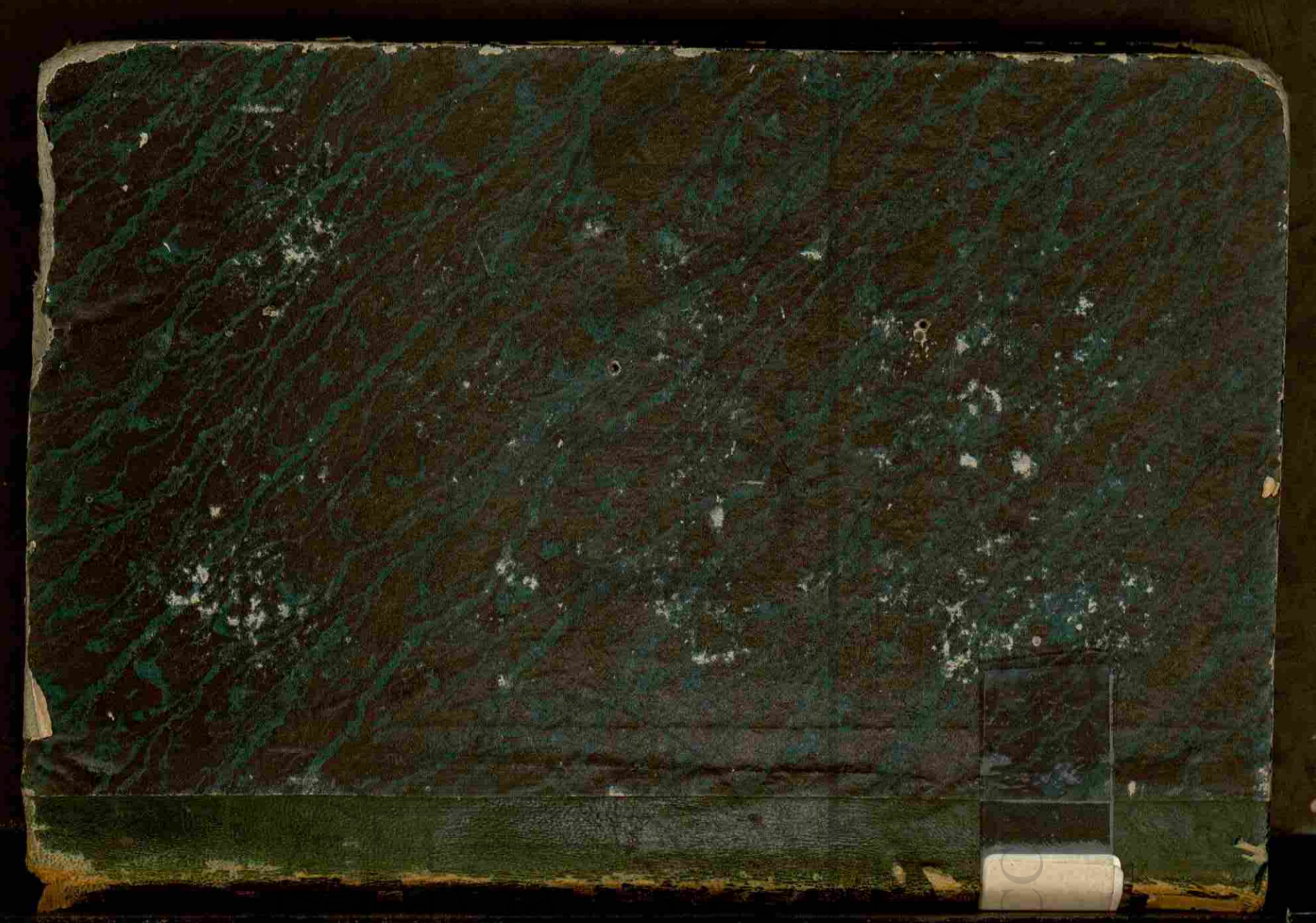


MASSILLON

SERMONES

BX1756
.M32
S4
v.1
1854-55

008605



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080015987

4 tomos
$ 350

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONES

DEL ILLMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

Presbítero de la congregacion del Oratorio,

UNO DE LOS CUARENTA DE LA ACADEMIA FRANCESA,

Y OBISPO DE CLERMONT.

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Tuereñu.

PRIMERA EDICION MEJICANA.

TOMO I.

MEJICO.
IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis número 6.

1854.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
45219
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX 1756
.H32
S4
V.1
1854-55

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO ENRIQUE
VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Mucho suelen trabajar los autores para recomendar en el prólogo el mérito de la obra que publican: pero la inmortal fama que el ilustrísimo Sr. Massillon, obispo de Clermont, se ha adquirido con sus sermones entre los literatos, me dispensa de este trabajo; á la verdad, ¿qué hombre instruido, de los que por razon de su estado y ministerio se ven precisados á manejar las materias predicables, no mira como al Crisóstomo de nuestro siglo y ejemplar de perfectos oradores á este ilustrísimo prelado? No solo Francia, sino toda la Europa católica, le venera como á maestro de la cristiana elocuencia. Cuantos predicadores aspiran á la reforma de las costumbres, á la conversion de las almas y á la instruccion de los fieles, procuran imitarle, particularmente despues que por especial misericordia de nuestro Dios y Señor se ha empezado á desterrar de la cátedra del Espíritu Santo aquel estilo altisonante, aquellos conceptos oscuros, aquellas exposiciones de la Escritura santa, en la que el divino oráculo nada quiso significar de cuanto exponian los que entendiéndola mal, querian forzarla con sus cavilaciones á que autorizase unas proposiciones que por lo comun nada significaban, que muchas eran impertinentes, y aun algunas escandalosas. Este vicio fué comun no solo á nuestra España, sino á todas las naciones, pues (como puede verse en los autores, tanto franceses como italianos, que escribieron en siglos menos ilustrados que el nuestro,

008605

se hallan infinitas piezas trabajadas segun las reglas de aquella ridícula oratoria, que sin mover el corazon, solo dejaban que admirar lo que no se entendia. Es verdad que los españoles tenemos menos disculpa que las demás naciones para habernos dejado arrastrar de esta extravagante retórica, pues al mismo tiempo que entre otras naciones reinaba este mal gusto, teniamos entre nosotros los verdaderos maestros de la oratoria cristiana; á un Fr. Luis de Granada, á un Santo Tomás de Villanueva, á un Fr. Luis Lopez, y á otros muchos que seria largo el referir, y á los que nos han enseñado á estimar los extranjeros, tomándolos por modelo para adelantarse á nosotros en enmendar unos errores en que no hubiéramos caido si no nos hubiésemos apartado de estos modelos. Hoy ya es distinto el gusto de los hombres, porque como su carácter es la inconstancia, ni aun en lo malo viven mucho tiempo tranquilos. Ya todos quieren que una oracion evangélica se distinga de una forense y de las representaciones del teatro; que se les hable al corazon desde el púlpito, manifestando con razones deducidas de los libros sagrados, ó con metáforas autorizadas con la letra del texto, ó con las exposiciones de los santos Padres y concilios, las verdades que se les anuncian; que sin molestar á los auditorios, haciendo asunto particular de reprender un vicio que no suele convenir sino á un corto número de oyentes, se declame contra las pasiones que son comunes á todos, circunstanciándolas de un modo que á cada uno le parezca en su interior que á él solo se dirige la doctrina: este es el gusto de este siglo, y sin duda que es muy arreglado, y este el motivo que yo he tenido para dedicarme á poner en nuestro idioma los sermones del ilustrísimo Massillon, pues segun el dictámen de muchos hombres doctos á quienes he consultado, es el que mejor cumple con todas estas leyes, no teniendo su estilo semejante en la materia que se trata: basta para la confirmacion de esta verdad el elogio que mereció á uno de los mayores reyes que ha tenido la Francia;[1] oyóle predicar su primer Adviento en Versalles, y al acabar le dijo: *A muchos predicadores he oido predicar en mi capilla, y me han gustado mucho; pero despues que os he oido, he quedado muy disgustado de mí mismo.* Modo de elogiar propio del talento y cristiandad de tan grande rey.

1 Luis XIV.

El estilo del ilustrísimo Massillon es el mas natural, el mas fluido y el mas elegante de cuantos he observado en los oradores franceses. Su espíritu, lleno de las máximas de piedad, y extraordinariamente enriquecido con el caudal de las Escrituras santas y obras de los Padres, en lo que habia hecho su mayor estudio, se dejaba arrebatar del fervor que le animaba y de la ciencia que poseia, y así en todos sus sermones parece un caudaloso rio de doctrina y elocuencia, que arrebata cuanto se le opone, haciendo que aun los talentos mas indiferentes cedan á la fuerza de la verdad que propone. Es cierto que en algunos pasajes parece rígido, y así el que quisiere imitarlo, deberá proporcionar sus expresiones á las circunstancias del auditorio á quien predique.

Esta es una de las obras francesas que hasta ahora han pasado por casi imposibles de traducirse á nuestro castellano; yo á lo menos conozco á muchos que habiéndolo intentado, se han acobardado al mejor tiempo: no sé si yo seré mas feliz ó mas temerario; pero sea como fuere, me consuela el haber emprendido un trabajo que juzgo ser utilísimo; el público decidirá de su suerte.

Esta obra contiene cerca de cien sermones, los mas morales; algunos penegíricos; diferentes conferencias eclesiásticas; la paráfrasis de algunos salmos; muchos discursos sinodales; trabajado todo por nuestro autor con igual espíritu y método, segun las diferentes circunstancias en que se halló. Me ha parecido empezar por el Adviento, para de este modo continuar metódicamente siguiendo el año eclesiástico.—VALE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

SERMON

PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

SOBRE LA FELICIDAD DE LOS JUSTOS.

Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

MATTH. 5, v. 5.

SEÑOR:

Si como es Jesucristo quien habla con vuestra majestad hablara el mundo, no usaria de este estilo.

Feliz el príncipe, os diria, que nunca peleó sino para vencer, que nunca vió un gran número de potencias coligadas contra sí sino para concederlas una paz mas gloriosa, y que siempre fué mayor que el peligro ó que la victoria.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Feliz el príncipe que en el discurso de un reinado largo y floreciente, goza en paz los frutos de su gloria, el amor de sus pueblos, el respeto de sus enemigos, la admiracion del universo, la utilidad de sus conquistas, la magnificencia de sus obras, la sabiduría de sus leyes, la augusta esperanza de una numerosa sucesion, y que solo le queda que desear el conservar por mucho tiempo lo que posee.

De este modo hablaria el mundo: pero señor, Jesucristo no habla de este modo.

Feliz, os dice, no el que es la admiracion de su siglo, sino el que principalmente se ocupa en el siglo venidero, y que vive despreciándose á sí mismo y á todo lo presente, porque de este será el reino de los cielos. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*[1]

Feliz no aquel cuya historia hará que eternamente viva su reinado y sus acciones en la memoria de los hombres, sino aquel cuyas lágrimas borrarán de la memoria del mismo Dios la historia de sus pecados, porque este será eternamente consolado. *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*[2]

Feliz no aquel que con nuevas conquistas habrá extendido los límites de su imperio, sino aquel que habrá sabido contener sus deseos y pasiones dentro de los términos de la ley de Dios, porque este poseerá una tierra mas durable que el imperio del universo. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*[3]

Feliz no aquel que exaltado por la voz de sus pueblos sobre los príncipes sus predecesores, goza tranquilamente de su grandeza y de su gloria, sino aquel que no hallando

1 Matth. 5. v. 5.
2 Ibid. v. 5.
3 Matth. 5. v. 4.

aun en el trono cosa alguna que sea digna de su corazon, solo busca en la tierra la perfecta felicidad, que consiste en la virtud y en la justicia, porque este se verá satisfecho. *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur.*[1]

Feliz no aquel á quien los hombres dieron los gloriosos títulos de grande é invencible, sino aquel á quien los pobres, en la presencia de Jesucristo, darán el título de padre y de misericordioso, porque este será tratado con misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*[2]

Feliz, finalmente, no el que árbitro siempre de la fortuna de sus enemigos ha dado muchas veces la paz á la tierra, sino el que ha podido dársela á sí mismo, y desterrar de su corazon los vicios y afectos desarreglados que turban la tranquilidad, porque este será llamado hijo de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.*[3]

Estos son, señor, á los que Jesucristo llama bienaventurados, y el Evangelio no conoce mas felicidad en la tierra que la inocencia y la virtud.

¡Oh gran Dios! no consiste la prosperidad del mayor de los reyes en las incomparables felicidades con que habeis favorecido su reinado. Es verdad que por ellas es grande; pero no consiste en ellas su felicidad; ésta empezó por su piedad; lo que no santifica al hombre no le puede hacer dichoso. Cuanto se halla en el corazon del hombre, no siendo vos, ¡oh Dios mio! son falsos bienes que le dejan vacío, ó verdaderos males que le llenan de inquietud, y una conciencia pura es la única raíz de las verdaderas felicidades.

1 Ibid. v. 6.
2 Ibid. v. 7.
3 Ibid. v. 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A esta verdad reduce hoy, católicos, la Iglesia nuestra madre todo el fruto de la solemnidad que nos propone. Como el mundo está en el error de que la vida de los santos fué triste y desagradable, se vale principalmente de este artificio para impedirnos que los imitemos; pero la Iglesia, renovando hoy su memoria, nos acuerda á un mismo tiempo que no solo gozan de una felicidad inmortal en el cielo, sino tambien que solo ellos fueron felices en la tierra. *Beati etc.* Que el que encierra en su corazon la iniquidad, siempre está acompañado de la turbacion y del miedo, y que aun en este mundo es infinitamente mas suave y tranquila la suerte de los buenos que la de los pecadores.

¿Pero en qué consiste la felicidad de los justos en esta vida? Consiste en manifestar la verdad oculta á los sábios del mundo, y en gozar del deleite de la caridad, el que está negado á los amadores del mundo. Consiste en las luces de la fe, que suavizan todas las penas del alma fiel y hacen mas amargas las del pecador. Este será el primer punto. Y en las dulzuras de la gracia, que calman todas las pasiones y que negándose al corazon corrompido, le dejan entregado á sí mismo. Este será el segundo. Manifestaré estas dos verdades, tan propias para hacer amable la virtud y útiles los ejemplos de los santos. Pero antes de empezar imploremos los auxilios del Espíritu Santo por medio de la intercesion de María. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores, y solo somos infelices, dice un santo Padre,[1] porque nos equivocamos en el juicio que hacemos

1 San Ambros.

de los bienes y de los verdaderos males. *Causa laboris ignorantia est.* Los justos que son hijos de la luz son mucho mas felices que los pecadores, porque están mas ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios suavizan sus penas, y la fe que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas entregadas á sus pasiones hallan el principio de todas sus inquietudes.

Para daros á conocer, católicos, esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia, ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista, ya finalmente se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela, todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado, todo hace que su estado sea infinitamente mas feliz que el del alma que vive entregada al desórden y que en estos tres estados solo halla amarguras y temores secretos.

Porque en primer lugar, por mas entregado que esté un pecador á todos los desórdenes de su corazon, nunca le arrastran tanto los deleites presentes que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente que no presenten en ciertos tiempos á su memoria ideas importunas que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representándole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto cuando los cometia, porque entonces solo los veia sucesivamente: se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones re-

sistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz y formado, segun parece, para la virtud; represéntansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles monstruos á quienes casi no se atreve á mirar.

Esto es lo que detrás de sí deja el pecador, por lo que es infeliz si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida al momento presente, y para ser dichoso es necesario que no piense sino que como los animales mudos, se deje llevar del atractivo de los objetos presentes y que apague y ofusque su razon, si quiere vivir tranquilo. De aquí se siguen aquellas máximas tan indignas de la humanidad y tan comunes en el mundo: que el demasiado talento es un don molesto, que las reflexiones echan á perder los deleites de la vida, y que para ser feliz se ha de pensar muy poco. ¡Oh hombre! ¿te dió acaso el cielo la razon que te ilustra para hacerte infeliz, ó para ayudarte á buscar la verdad, la que solamente puede hacerte dichoso? ¿esta luz divina que adorna tu ser, puede por ventura ser antes castigo que don del Criador? ¿te distinguirás tan gloriosamente con ella de las bestias, solo para ser de peor condicion que ellas?

Católicos, tal es el destino de una alma infiel; la embriaguez, el desórden, la extincion de todo discurso es solamente quien la hace feliz, y como esta situacion solo dura un instante, luego que calma y vuelve en sí el espíritu cesa el deleite, desaparece la felicidad y se halla el hombre solo con su conciencia y sus delitos.

Pero ¡oh Dios mio! ¡y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, católicos, los pensamientos mas agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada: es cierto que en

ellos ve la parte de su vida que entregó al mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presencia de la santidad de su Dios y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; ¡pero qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor!

Porque, católicos, una alma que se ha vuelto á Dios no puede acordarse de sus pasados desvíos sin descubrir en ellos la conducta que con ella usó la divina misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduría la condujo, como por grados, al instante feliz de su conversion: tantas circunstancias no esperadas de favor, de desgracias, de pérdidas, de muerte, de perfidia, de preferencia y de aflicion, gobernadas todas por una cuidadosa Providencia para facilitarla los medios de romper sus cadenas; aquellos particulares cuidados que Dios usaba con ella, aun cuando seguia los caminos injustos; aquellos disgustos que su bondad la hacia experimentar aun en medio de los placeres; aquellas secretas instancias con que sin cesar la llamaba á su obligacion y á la virtud; la voz interior que en todas partes la seguia, y que no cesaba de decirla, como en otro tiempo á San Agustin: Insensato, ¿hasta cuándo has de andar buscando deleites que no pueden hacerte dichoso? ¿cuándo darás fin á tus inquietudes con tus delitos? ¿Necesitas por ventura mas para desengañarte del mundo, que las mismas molestias y desgracias que experimentas sirviéndole? Haz la prueba de si es mayor bien el ser mio y de si yo soy bastante para el alma que me posee.

Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleites entregados aún, por la justicia de Dios, á los desórdenes del mundo y de las pasiones, y ella solo escogida, separada y llamada al conocimiento de la verdad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

¡Oh católicos, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! En este estado exclama con el profeta: ¡Oh Dios mio, y qué infinitas son vuestras misericordias! Desde el seno de mi madre me acogísteis bajo vuestra proteccion: me habeis seguido muy de cerca en todos mis caminos. ¿Qué es lo que yo he hecho mas que otros pecadores á quienes no os dignásteis abrir los ojos ni manifestar la severidad de vuestros juicios y de vuestra justicia? ¡Oh Dios mio! ¡qué admirables son vuestras obras! ¡y cuán bien conoce mi alma lo que os debe y lo que habeis hecho por ella! *Mirabilia opere tua et anima mea cognoscit nimis.*[1] Esta es la primera felicidad de las almas justas: aun en la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero en segundo lugar, si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela menos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo; y aquí vereis, católicos, cuán útil es la virtud para la felicidad de la vida, y cómo el mismo mundo que forma á los pecadores todas sus pasiones, y por consiguiente todas sus inquietudes, es el ejercicio mas agradable y que mas consuela la fe de los justos.

Á la verdad, fieles, ¿qué es el mundo aun para los mismos mundanos que le aman, que están embriagados con sus placeres y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre en donde ninguno vive para sí y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos que unos despues de otros despiertan en el corazon de sus secuaces las mas violentas y mas funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores

1 Psalm. 138. v. 14.

amargos, los celos que consumen y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aun los mismos deleites están llenos de espinas y amargura. El juego cansa con sus furores é inconstancias; las conversaciones molestan con la oposicion de genios y contrariedad de opiniones; las pasiones é inclinaciones pecaminosas tienen sus disgustos, sus contratiempos y sus ruidos desagradables; los espectáculos, no siendo por lo comun los asistentes mas que unas almas torpemente disolutas é incapaces de conmoverse sino con los mas horribles excesos del desórden, fastidian, y solo mueven aquellas pasiones delicadas que no hacen mas que manifestar de lejos el delito y poner lazos á la inocencia. Finalmente, es el mundo un lugar en donde aun la misma esperanza, que se mira como una pasion tan halagüeña, hace á todos los hombres desgraciados, en donde aun los que nada esperan se tienen por mas infelices, donde aun lo que agrada nunca agrada mucho tiempo, y donde el enfado es casi siempre el destino mas suave y soportable que de él puede esperarse. Este es el mundo, católicos; y advertid que no hablo del mundo oscuro que no conoce ni los grandes deleites, ni los encantos de la prosperidad, del favor y de la opulencia; hablo del mundo brillante, del mundo de la corte; hablo con vosotros mismos que me escuchais, católicos. Este es el mundo, y no creais que esta es una de aquellas pinturas imaginarias cuyo original en ninguna parte se encuentra; yo pinto al mundo por vuestro corazon, esto es, le pinto del mismo modo que vosotros le conoceis y le experimentais todos los dias.

No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad, esta es su patria; aquí es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos y á todas las promesas de la fe. ¡Oh, gran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios! qué justo sois cuando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en vos, que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias y de sus crueles inquietudes!

Pero lo que mas favorece en esto la virtud, católicos, es que este mismo mundo tan molesto y tan insufrible para los pecadores que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á los justos, que le miran como destierro y país extraño.

Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada le parece constante ni durable en la tierra; ni las mas altas fortunas, ni las mas estrechas amistades, ni la mas brillante fama, ni los mas deseados favores. Ve una soberana sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres levantando á unos sobre las ruinas de otros; degradando á los que estaban en lo alto de la rueda, para colocar allí á los que estaban abatidos; pasando la felicidad de todos en un instante, presentando todos los dias nuevos héroes en el teatro, y haciendo que se oscurezcan los que el dia antes hacian un papel sobresaliente, ofreciendo siempre nuevas escenas al mundo. Ve á los hombres que pasan toda su vida en agitaciones, proyectos y medidas, cuidando siempre ó de engañar ó de no ser engañados; siempre hábiles y prontos para aprovecharse del retiro, de la desgracia ó de la muerte de sus competidores, y en formar de estas grandes lecciones, que debian servirles para despreciar el mundo, nuevos motivos de ambicion y de codicia; ocupados siempre ó en sus temores ó en sus esperanzas; siempre inquietos ó

con lo presente ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso y siempre apartándose mas de él.

¡Oh hombre! ¿por qué discurres tanto para ser infeliz? Esto es lo que entonces piensa un alma fiel. La felicidad que ésta busca es menos costosa. No es necesario ni atravesar mares ni conquistar reinos; sin salir de sí misma halla su felicidad.

¡Oh católicos! ¡qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud cuando las compara con los crueles pesares y eternas inquietudes de los pecadores! ¡qué contento está con haber hallado un lugar de reposo y seguridad, mientras que ve á los amadores del mundo tristemente agitados con la violencia de las pasiones y de las esperanzas humanas! De este modo los israelitas, despues que salieron del Mar Rojo, viendo de lejos á Faraon y á todos los grandes de Egipto, hechos juguete de las olas, gustaban el deleite de su seguridad, tenian por suaves y agradables los caminos del desierto, no sentian su molestia, y comparando su suerte con la de los egipcios, lejos de quejarse y murmurar, cantaban con Moisés aquel cántico de alabanza y accion de gracias en que con tanta magnificencia se celebran las misericordias y maravillas del Señor.

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman cuando se ven olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador que despues de haber sacrificado al mundo y á sus señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad y su salud, sin haber tenido mas recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos y frívolas es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peranzas, ve que derepente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido y de los que ya se juzgaba en posesion? ¿Amenazado si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, mas felices que él, y a vivir dependiente de aquellos á quienes antes aun no los tenia por dignos de que le sirviesen? ¿Se retirará del mundo para vengarse, murmurando eternamente de la injusticia de los hombres? ¿Pero qué ha de hacer en su retiro sino dar mas lugar á sus pesares y menos diversion á sus penas? ¿Se consolará acaso con el ejemplo de sus semejantes? No por cierto, porque cuando nosotros miramos nuestras desgracias, nunca creemos que se parecen á las de otros. Además de que ¿qué consuelo puede haber en ver renovarse sus penas, segun va descubriendo la imágen y la memoria de ellas en las de los demás?

¿Podrá confiar en una vana filosofía y en las luces de su entendimiento? No, porque la razon cuando la dejan sola, presto se cansa; el que es filósofo para el público, para sí mismo siempre es hombre. ¿Recurrirá á entregarse todo á los placeres é infames sensualidades? No, porque el corazon que varía en las pasiones, solo muda de tormento. ¿Podrá esperar que hallará en la inaccion la dicha que no encontró en sus vivas y eficaces pretensiones? No, porque una conciencia delincuente, aunque pueda conseguir la indiferencia, no consigue la tranquilidad: bien podrá el hombre no sentir sus desgracias é infortunios; pero siempre sentirá sus infidelidades y sus culpas: el pecador desgraciado, católicos, no tiene recurso; todo falta á una alma mundana cuando la llegó á faltar el mundo.

Pero el justo, en el mismo desprecio que de él hace el

mundo aprende á despreciarle; la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor mas justo que no se apasiona ni se deja engañar, que solo ve en nosotros lo que en la realidad hay, que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones, y que para con él no debemos temer mas que á nuestra propia conciencia, y que así es felicidad el servirle; que no hay que recelar de su ingratitud, pues está escrito cuanto se hace por él; que en vez de no hacer caso ó de olvidarse de nuestros trabajos y servicios, cuenta hasta nuestros deseos, y que con él solo se pierde lo que se deja de hacer por agradarle.

¡Qué motivos de consuelo no halla una alma fiel en estas luces de la fe! ¡qué poco la mueve el mundo, sus reveses ni sus malos tratamientos cuando le contempla de este modo! Entonces, arrojándose en el seno de su Dios y mirando con ojos cristianos la nada y vanidad de las cosas humanas, siente mudarse en ella repentinamente aquellas inquietudes inseparables de la naturaleza en una suave paz; ve un rayo de luz que alumbra su alma y restablece en ella la tranquilidad; un dardo de consuelo que penetra su corazon y dulcifica en él toda la amargura. ¡Ah católicos, y qué felicidad es servir á solo aquel Señor que puede hacer felices á todos los que le sirven! ¡Oh dichosa condicion de la virtud, y qué mal que te conocen los hombres! ¿En qué consiste que te tengan por suerte desagradable y triste cuando sola tú puedes consolar á los infelices que están en este destierro y suavizar todas sus penas?

Finalmente, los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel, porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios, esto es,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á la censura, á la befa y á la malicia de todos. Por mas que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por mas elevado que uno se halle sobre los demás, la elevacion le expone mas á la vista y á las conversaciones de la multitud, y aun se sienten mas vivamente las censuras de aquellos de quienes no se debian esperar sino respetos. Por mas que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto mas sensibles cuanto son menos comunes y mas raros; por mas que uno se vengue de estas censuras con otras mas vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor, y por otra parte, es mucho menos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Finalmente, desde que vivís solo para el mundo y que vuestros deleites ó pesares dependen solamente de él, no podeis mirar con indiferencia sus juicios.

No obstante, entre estas contradicciones se ha de buscar la alegría. Os disputan todo lo que ó la verdad ó la vanidad os atribuye, vuestros talentos, vuestro nacimiento, vuestra reputacion, vuestros servicios, vuestros aciertos, vuestra prudencia, vuestro honor: si quereis hacer valer vuestra nobleza, se la disputan á vuestros antepasados; si vivís en el olvido, echan la culpa á vuestra poca habilidad; si salís bien con vuestras empresas, se atribuye ó á la casualidad ó al mérito de vuestros subalternos; si gozais de la estimacion del público, apelan de su error al juicio de los mas prudentes; si sabeis agradar, dicen al instante que habeis sabido aprovecharos bien de vuestro talento; si vuestra conducta es estraordinaria, luego satirizan vuestro génio. Finalmente, seais el que fuéreis, grande, pequeño, príncipe ó vasallo, el estado mas feliz que podeis desear para complacer vuestra vanidad, es ignorar el juicio que de vosotros

hace el mundo. Las mismas pasiones con que estamos unidos nos desunen; la envidia oscurece aun nuestras mas nobles circunstancias, y son censores de nuestros placeres aun aquellos mismos que los imitan.

Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco extraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien ve su corazon, es el único juez á quien teme, y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion, mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud ó como recompensa del vicio, y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen ejemplo. ¡Pero qué es lo que digo, católicos! Aun el mismo mundo, estando como está lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se ve obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero justo no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina que se granjea la veneracion y casi el culto de las almas mundanas; parece que su íntima union con Jesucristo hace que brille en él, como antiguamente en los tres discípulos que estaban en el santo monte, una parte de aquel celestial resplandor que derramó el Eterno Padre sobre su Hijo querido, y que no deja libertad para no respetarlos: este un derecho inseparable que tiene la virtud sobre los corazones de los hombres, y el mundo, siempre inconsiguiente, desprecia las mismas pasiones que inspira, y venera la virtud que contradice. No quiero decir que la estimacion del mundo, tan digna de ser despreciada, sea de gran consuelo para el alma fiel; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la consuela el ver que el mundo se condena á sí mismo, que declaman contra los placeres los mismos que los buscan, que los pecadores son los apologistas de la virtud, y que la vida del mundo se pasa tristemente, haciendo lo mismo que él condena y huyendo de lo que aprueba.

De este modo el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma cristiana; pero aun mas: si piensa en lo por venir, halla en esta reflexion muchos consuelos que para el pecador no son mas que continuos y secretos sobresaltos, y esta es la última utilidad que sacan los justos de las luces de la fe. Mantiénense y se consuelan con la magnificencia de sus promesas, esperan la bienaventurada esperanza y aquel feliz instante en que serán agregados á la Iglesia del cielo, reunidos á los hermanos que perdieron en la tierra, recibidos por ciudadanos eternos de la Jerusalen celestial, incorporados en la congregacion inmortal de los escogidos de Dios, en donde la caridad será la ley que los una, la verdad la luz que los ilumine, y la eternidad la medida que pondrá fin á su dicha.

Estas reflexiones son de tanto mayor consuelo para los justos, cuanto están mas fundadas sobre la verdad del mismo Dios. Saben que sacrificando todo lo presente, nada sacrifican; que todo pasa en un instante; que lo que se ha de acabar no puede durar mucho; que ese momento de tribulacion es nada respecto al inmenso peso de gloria que él nos dispone, y que la rapidez de las cosas presentes no merece el que se cuente por años ni por siglos.

Sé muy bien que la fe puede subsistir aun entre costumbres depravadas, y que muchas veces se pierde la gracia santificante sin perder la sincera sumision á las verdades que el Espíritu de Dios nos ha revelado; pero esta certidumbre de la fe, que es de tanto consuelo para el alma

justa, para el pecador que aun cree, no es mas que un abismo inagotable de remordimientos secretos y de temores crueles, porque cuanto mas ciertas os parezcan las verdades de la fe á los que teneis sepultada la conciencia en una vida llena de desórdenes, tanto mas inevitables os deben parecer los suplicios con que amenaza á los pecadores como vosotros, y tanto mas cierta os parecerá vuestra desgracia. Todas las verdades que la doctrina santa presenta á vuestra fe, despiertan en vosotros nuevos sobresaltos. Estas luces divinas, raiz de todo consuelo para las almas fieles, se os representan como luces de venganza que os amedrentan, os turban y os juzgan; os manifiestan continuamente lo que nunca quisiérais ver; os enseñan, á pesar vuestro, lo que siempre quisiérais ignorar; ponen á vuestra vista lo que á lo menos por algun tiempo quisiérais tener en olvido. Vuestra misma fe os adelanta el suplicio. Vuestra religion aquí en la tierra, si es lícito decirlo así, es vuestro infierno, y cuanta mayor es vuestra sumision á la verdad, tanto mas infeliz es vuestra vida. ¡Oh Dios mio! ¡y qué grande es vuestra bondad para con el hombre, pues quisísteis que la virtud fuese necesaria aun para su sosiego, y le llamais para vos, permitiendo que sin vos no pueda ser dichoso!

Permitidme, amados oyentes mios, que os haga reflexionar estas verdades dentro de vosotros mismos. Aun cuando no fuera tan lastimoso el destino de una alma pecadora en el siglo venidero, reflexionad si es digno de envidia aun en este mundo. Sus aflicciones son irremediables, sus desgracias no tienen consuelo, sus mismos placeres están llenos de inquietudes; padece infinitos sobresaltos acerca de lo presente: sus pensamientos acerca de lo pasado y de lo por venir son funestos y tristes; su fe la atormenta y sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luces la desesperan. ¡Qué estado tan triste! ¡qué destino tan fatal! ¡qué terribles mutaciones ocasiona un solo pecado en lo exterior é interior del hombre! ¡cuánto trabajo le cuesta el prepararse á las eternas penas! ¿No es, pues, cierto, católicos, que el camino del mundo y de sus pasiones es mucho mas penoso que el del Evangelio, y que el reino del infierno, si es lícito explicarse de este modo, padece aun mas violencia que el del cielo? ¡Oh inocencia de corazon, y cuántos bienes traes contigo al hombre! ¡Oh hombre, cuánto pierdes cuando pierdes la inocencia de tu corazon! Pierdes todos los consuelos de la fe, que son la ocupacion mas deliciosa de la piedad de los justos, y te privas tambien á tí mismo de todas las dulzuras de la gracia, que tan envidiable hace en este mundo la suerte de los justos.

SEGUNDA PARTE.

Cuando prometemos, dice San Agustin, á las almas mundanas consuelos y dulzuras en la observancia de la ley de Dios, miran nuestras promesas como un lenguaje piadoso de que usamos para alabar la virtud; y como el corazon que no gustó nunca estos castos deleites tampoco puede comprenderlos, nos vemos precisados, continúa este santo Padre, á responder: ¿cómo quereis que os persuadamos?

No podemos deciros: gustad, y vereis cuán suave es el Señor;[1] porque un corazon enfermo y desarreglado no puede gustar las cosas del cielo; dadnos un corazon que ame, y él entenderá todo lo que decimos.

No es ahora mi principal intento manifestar todas las secretas operaciones de la gracia en el corazon de los justos, sino contraponer el feliz estado en que los constituye acá en la tierra, á la triste situacion de los pecadores, y acabar con este paralelo de confundir el vicio y alentar á la virtud. Digo, pues, que la gracia da á las almas justas en la tierra dos géneros de consuelos; unos interiores y secretos, otros exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga.

La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazon una paz sólida y reconciliarla consigo misma. Porque, católicos, todos tenemos dentro de nosotros mismos los principios naturales de equidad, de pudor y de rectitud. Nacemos, como dice el apóstol, con las reglas de la ley escritas en nuestros corazones; aun cuando nuestras pimeras inclinaciones no sean á la virtud, á lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligacion; por mas que la pasion intente algunas veces persuadirnos en secreto que nacimos para el deleite y que las inclinaciones que en nosotros ha puesto la naturaleza no pueden ser verdaderamente culpables, nunca podrá esta extraña persuasion asegurar á una alma pecadora. Es verdad que esto se desea, porque quisiéramos que todo lo que nos deleita fuese lícito; pero esta persuasion es falsa, es un sofisma; porque nos gloriamos de no dejarnos arrastrar de las máximas vulgares, pero en el fondo nada tiene de convincente esta persuasion. Siempre llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible que sin cesar se pone de parte de la virtud contra las pasiones que mas nos lisonjean, que mezcla con las que mas nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligacion, y que nos hace in-

1 Psalmo 33. v. 9.

felices en medio de nuestros deleites y de nuestra abundancia.

Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazon; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aun lo es mucho mas por no poder sofocar sus importunos remordimientos: arrastrado de su flaqueza y avisado por sus luces, se disputa á sí mismo el delito que se permite, y en el mismo tiempo en que goza del deleite injusto, se le está reprendiendo á sí mismo. ¿Qué ha de hacer pues? ¿combatirá sus luces para sosegar su conciencia? ¿dudará de su fe para gozar con mas tranquilidad de sus delitos? ¡Pero ay! que la incredulidad es un estado aun mucho mas infeliz que la misma culpa; ¿vivirá sin Dios, sin culto, sin principio y sin esperanza, creerá que los excesos mas abominables y las mas puras virtudes no son mas que nombres; mirará á todos los hombres como á aquellas figuras viles y ridículas, á quienes se les hace que se muevan y hablen en un teatro, y que solo sirven de divertir á los concurrentes; se mirará á sí mismo como produccion del acaso y eterna posesion de la nada? ¡Pero ay! que estos pensamientos tienen en sí una tan funesta oscuridad, que no los puede mirar el alma sin horror, porque la incredulidad mas es desesperacion del pecador que alivio del pecado. ¿Qué ha de hacer pues? Obligado á huir continuamente por el miedo de encontrarse con su propia conciencia, corre de objeto en objeto, de pasion en pasion, de precipicio en precipicio. Cree que á lo menos con la variedad de los placeres podrá llenar su vacío y su insuficiencia; no deja alguno que no pruebe; pero en vano ofrece su corazon sucesivamente á todas las

criaturas; todos los objetos de sus pasiones le responden, dice San Agustin: no te engañes en amarnos, no somos nosotros la felicidad que buscas, ni podremos hacerte feliz; levántate sobre las criaturas y vé á buscar en el cielo al que nos formó, y allí sabrás si es mayor y mas amable que nosotros. Este es el destino del pecador.

No quiero decir que el corazon de los justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son unas nubes pasajeras que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su alma. En su interior reina siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones y aquella paz universal que aun desde esta vida es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. Criaturas vanas, ¿qué poder tendreis sobre un corazon que no hicísteis vosotras y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia.

El segundo es el amor que suaviza á los justos los rigores de la ley y muda, segun la promesa de Jesucristo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios aún con mas viveza, mas tiernamente y con mas solidez que habia antes amado al mundo y á las criaturas. Cuanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleite. Porque es carácter del amor santo, cuando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este modo, perdona con alegría, sufre con con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Cuanto mas crece su amor, mas se suaviza su yugo. Cuanto mas ama, tanto es mas feliz, porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario.

Al contrario el pecador; cuanto mas ama al mundo es tanto mas infeliz, porque cuanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones, mas se encienden sus deseos, mayor estorbo halla en sus proyectos y mas se agrian sus inquietudes. Su amor es el motivo de todas sus desgracias, su inquietud es la raiz de todas sus penas, porque el mundo, que es el que la causa, no puede remediarlas. Cuanto mas ama al mundo, mas siente su vanidad una preferencia, su soberbia una injuria, tanto mas le confunde el proyecto desconcertado, le aflige un deseo en que halló oposicion, y le confunde una pérdida impensada. Cuanto mas ama al mundo, le son mas necesarios sus placeres, y como ninguno de ellos puede llenar la inmensidad de su corazon, es tanto mas insufrible su molestia, porque la molestia es la recompensa de todos los deleites. Y en medio de todos estos placeres, el mundo, desde que es mundo, no cesa de quejarse de su enfado.

Y no creais, señores, que por honrar á la virtud exagero demasiado la desgracia de las almas mundanas. Sé muy bien que parece se halla tambien felicidad en el mundo, y que en medio de este conjunto de cuidados, de movimientos, de temores y de inquietudes, suele verse un corto número de dichosos, cuya felicidad es envidiada, y que parece gozan de una suerte suave y tranquila; pero sondead esas vanas exterioridades de felicidad y de alegría, y hallareis pesares verdaderos, corazones oprimidos y conciencias agitadas: llegaos á esos hombres que os parecen los felices de la tierra, y os admirareis de hallarlos tristes é inquietos, llevando sobre sí con gran trabajo el peso de una conciencia delincuente: oidlos en aquellos instantes mas tranquilos, en que mas sosegadas las pasiones dejan algun uso á la razon; todos ellos convienen en que no son felices, y que el resplandor de su fortuna solo brilla de lejos y solo es digno de envidia para aquellos que no le conocen; confiesan que en medio de sus placeres y prosperidades nunca gozaron de la alegría pura y verdadera; que si se piensa sériamente en lo que es el mundo, se halla ser nada; que ellos mismos están admirados de que se le pueda amar conociéndole, y que solo son felices en el mundo los que saben huir de él y servir á Dios. Unos suspiran deseando ocasiones para un honroso retiro; otros se proponen todos los dias entablar unas costumbres mas arregladas y cristianas; todos convienen en la felicidad de los justos, todos desean serlo, y todos dan testimonio contra sí mismos: no buscan los placeres, sino que se hallan encadenados en ellos; detiénéles en los lazos del mundo y del pecado, no el gusto, sino la costumbre y la flaqueza; lo conocen, se quejan, lo confiesan, y con todo eso, se entregan á la corriente de una suerte tan triste. ¡Ah mundo engañoso! haz felices si puedes á los que te sirven, y entonces abandonaré yo la ley del Señor por servir á la vanidad de tus promesas.

Vosotros mismos, amados oyentes, vosotros que tantos años ha servís al mundo, ¿cuánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso á un lado todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro todas las amarguras que habeis padecido, y ved cuál de los dos pesa mas. Acaso habreis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor: aquí estamos bien: *Bonum est, nos*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hic esse;[1] pero aquello fué una embriaguez que duró poco tiempo, cuya ilusion os manifestó el instante siguiente, sepultándoos de nuevo en nuestras primeras inquietudes. En este mismo instante en que os estoy hablando, preguntad á vuestro corazon si está tranquilo. Preguntadle si le falta algo para su felicidad, si teme, si désea, si conoce que Dios está con él, si quisiera vivir y morir en el estado en que se halla, si está contento con el mundo, si es fiel sin remordimientos al autor de su ser, si todas las doce horas del dia le son igualmente gustosas, y si hasta ahora ha podido conseguir el tener tranquila la conciencia entre los delitos.

Aun cuando os habeis sepultado en el abismo para apagar allí vuestros remordimientos y os persuadíais poder ahogar con los excesos de la iniquidad aquellas reliquias de la fe, que en vuestro corazon defienden aún el partido de la virtud, ¿no mandó el Señor á la serpiente, como lo dice él mismo por su profeta, que fuese á picaros y á morderos hasta el fondo del abismo en donde os habeis escondido para libertaros de ella? ¿no sentísteis allí la mordedura secreta de este gusano cruel? *Et si celaverint se ab oculis meis in profundo maris, ibi mandabo serpenti, et mordebit eos.*[2] ¿No es verdad que los dias mas felices de vuestra vida fueron aquellos que consagrásteis á Dios con alguna de las obligaciones de la religion, renovando vuestra conciencia en el tribunal de la confesion, y que solo habeis vivido cuando teniendo pura vuestra conciencia habeis vivido con Dios? ¿No dice el profeta santamente irritado: el Dios que adoramos no es un Dios engañador ó incapaz de consolar á los que

1 Matth. 17. v. 4.
2 Amós 9. v. 3.

le sirven, como los dioses que adora el mundo, y para esto no apelo á otros jueces que á los mismos mundanos? *Non enim est Deus noster ut dii eorum, et inimici nostri sunt judices.*[1]

¡Oh gran Dios! ¿quién es el hombre para oponerse de este modo toda su vida á sí mismo y querer ser feliz sin vos, para declararse contra vos, para conocer sus desgracias y amarlas, para huir de su verdadera felicidad al mismo tiempo que la conoce? ¿quién es el hombre, ¡oh Dios mio! y quién podrá comprender lo profundo de sus fines y la eterna contradiccion de sus desórdenes?

Pero que no pueda yo, católicos, extenderme mas en la idea que me propuse al principio de este discurso para persuadiros que lo que hace mas digna de nuestros deseos la suerte de los justos, es que cuando le llegan á faltar los consuelos interiores, tienen los socorros exteriores de la piedad, el consuelo de los Sacramentos, los que para el pecador, que tiene precision de llegar á ellos, no son mas que una triste ceremonia que le fastidia y embaraza; los ejemplos de los santos y la historia de sus milagros, que nos presenta todos los dias la Iglesia á nuestra vista, de los que la aparta el pecador por no ver en ellos su condenacion; los adorables misterios que se ofrecen todos los dias sobre nuestros altares, que las mas veces no dejan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su asistencia, los santos cánticos y las preces de la Iglesia que sirven al pecador de triste molestia, y finalmente, el consuelo de las divinas Escrituras, en las que no halla mas que amenazas y anatemas.

¡Qué descanso, católicos, para una alma fiel cuando al

1 Deuter. 32. v. 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salir de las vanas conversaciones del mundo, donde solo se ha tratado de la elevacion de una familia, de la magnificencia de un edificio, de los que en el mundo hacen un papel sobresaliente, de las calamidades públicas, de los defectos de los que están á la frente de los negocios, de los sucesos de la guerra, de las faltas de que siempre se acusa al gobierno; finalmente, donde siendo terrenos, solo se ha tratado de cosas terrenas! ¡qué consuelo siente una alma fiel cuando al salir de estas conversaciones toma en sus manos el libro de la ley para descansar un poco de la fatiga de estos vanos discursos, y halla que en todas partes está escrito: que de nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma; que la memoria de las mas celebradas conquistas se sepultó en el olvido con la vanidad de sus conquistadores, que pasarán el cielo y la tierra, que los reinos del mundo y toda su gloria perecerán con el uso, como un vestido; pero que Dios solo durará siempre, y que solo á él es á quien debemos unirnos! Entonces, dice esta alma con el profeta, ¡oh Dios mio, los insensatos me contaron fábulas; pero cuán diferentes son de vuestra ley!

Y á la verdad, fieles, ¡de cuánto consuelo son las promesas que se ofrecen en estos libros santos! ¡qué poderosos motivos de virtud! ¡qué oportunas precauciones contra el vicio! ¡qué sucesos tan instructivos! ¡qué dardos tan infelices que hieren el alma! ¡qué ideas de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre! ¡qué pinturas de la fealdad del pecado y de la falsa felicidad de los pecadores! No tenemos necesidad de vuestra alianza,[1] escribió Jonatás y todo el pueblo de los judíos á los de Sparta, porque teniendo entre nuestras manos los libros santos que nos consuelan, pode-

1 I. Machab. 12. v. 9.

mos pasarnos sin el socorro de los hombres: *Nos, cum nullo horum, indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* ¿Y sabeis, fieles, quiénes son los hombres que hablan de este modo? Las desgraciadas reliquias de la crueldad de Antioco errantes por las montañas de Judea, despojados de sus bienes y de su fortuna, arrojados de Jerusalen y del templo, en el que habia sucedido al sacrificio del santo Dios las abominaciones de los ídolos; y apenas habian salido de un tan triste estado, no necesitaban de nada, porque tenian entre sus manos los libros santos. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y en una tan nueva extremidad, cercados por todas partes de naciones enemigas, no teniendo en su ejército ni el arca de Israel ni el tabernáculo santo, llorando aún la reciente muerte del invencible Judas, que era la salud del pueblo y el terror de los incircuncisos; habiendo visto degollar en su presencia á sus mujeres é hijos, estando ellos mismos para perecer á cada instante, ó por la perfidia de sus falsos hermanos ó por las emboscadas de sus enemigos, el solo libro de la ley les bastaba para consolarse y defenderse, y creen poderse pasar sin los socorros á que tenian derecho por una antigua alianza. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.*

Viendo esto, no me admiro, amados oyentes mios, de que los primeros discípulos del Evangelio con el consuelo de las Escrituras Santas olvidasen todo el furor de las persecuciones, ni de que habiéndose podido determinar á apartar de sí en todo el tiempo de su vida este libro divino, quisiesen que aun despues de su muerte se enterrase con ellos en un mismo sepulcro, como para que allí sirviese á sus cenizas de fiador de la inmortalidad que les habia prometi-

do, y para presentarle, segun parece, á Jesucristo en el dia de la revelacion, como sagrado título que les daba derecho á los bienes celestiales y á las promesas hechas á los justos.

Estos son los consuelos de las almas fieles en la tierra. ¡Qué cosa tan terrible es, pues, católicos, el vivir lejos de Dios, bajo la tiranía del pecado, peleando siempre consigo mismo, sin gusto alguno verdadero en el corazon, con tanto disgusto las mas veces en los placeres como en la virtud, odiosos á los hombres por la bajeza de nuestras pasiones, insufribles á nosotros mismos por la altanería de nuestros deseos; aborrecidos de Dios por los horrores de nuestra conciencia, sin las dulzuras de los Sacramentos porque nuestros delitos nos separan de ellos; sin el consuelo de los libros santos porque no hallamos en ellos mas que anatemas y amenazas; sin el alivio de la oracion, porque una vida tan disoluta, ó nos quita la libertad ó nos la hace olvidar por la falta de uso! ¿Qué es, pues, el pecador mas que el desprecio del cielo y de la tierra?

¿Sabeis, pues, católicos, cuáles serán los desconsuelos de los réprobos en aquel gran dia en que á cada uno se le premiará segun sus obras? ¿creeis acaso que les pesará de su felicidad pasada y que dirán: pasáronse nuestros dias felices, y se acabó ya el mundo, en el que disfrutamos de tan agradables momentos, nuestros placeres no han durado mas que los sueños, acabóse nuestra felicidad y van á empezar nuestros suplicios? Os engañais, fieles; no usarán de este estilo; oid cómo hablan en la Sabiduría y cómo nos asegura el Espíritu Santo que hablarán en aquel dia: nunca gustamos, dirán, alegría verdadera en el pecado; siempre caminamos por caminos ásperos y tristes. ¡Pero ay! que esto solamente es el principio de nuestras desgracias y de nuestras penas.[1] *Ambulavimus vias difficiles.* Cansámonos en los caminos de la iniquidad; nuestras pasiones nos fueron siempre mas penosas que nos pudieran haber sido las mas austeras virtudes, y mas nos ha costado el perdernos que nos pudiera haber costado el salvarnos y merecer hoy subir con los escogidos al descanso de la inmortalidad. *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis.*[2] ¡Qué necios fuimos en buscar por caminos tristes y desgraciados unos males que nunca se acabarán! *Nos insensati.*[3]

¿Quereis, pues, católicos, vivir felices en la tierra? vivid cristianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raíz de los verdaderos deleites. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis que no pueden curar aquella raiz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la muerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable, no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la uncion de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia, siempre alegre y tranquila. Son semejantes al arca de Israel en el desierto; solo está cubierta de pieles de animales, las apariencias son viles ó despreciables; esta es la condicion de este triste desierto; pero si pudieseis registrar su corazon, aquel divino santuario, ¡qué nuevas maravillas se ofrecerian á vuestros ojos! Hallaríaisle vestido de purísimo oro, veríais allí la gloria de Dios que le llena, ad-

1 Sap. 5. v. 7.
2 Ibid.
3 Ibid. 5 v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miraríais la suavidad de los perfumes y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel altar; aquel silencio, aquella paz, aquella majestad que allí reina, y al mismo Señor que la ha escogido por morada y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon, empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera, desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza que nunca se acabará. Así sea.

SERMON

PARA EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

Beati qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos que mueren en el Señor.

Apoc. 14. 13.

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprensible. Todos los hombres quieren vivir y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficionan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen hácia esta muerte que tanto aborrecen, y parece que solo viven para darse prisa á morir.

Todos se lisonjean de que morirán con la muerte de los justos; lo esperan y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miraríais la suavidad de los perfumes y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel altar; aquel silencio, aquella paz, aquella majestad que allí reina, y al mismo Señor que la ha escogido por morada y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon, empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera, desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza que nunca se acabará. Así sea.

SERMON

PARA EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

Beati qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos que mueren en el Señor.

Apoc. 14. 13.

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprensible. Todos los hombres quieren vivir y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficionan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen hácia esta muerte que tanto aborrecen, y parece que solo viven para darse prisa á morir.

Todos se lisonjean de que morirán con la muerte de los justos; lo esperan y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente los dominan y cautivan. Represéntanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios como una suerte formidable, y con todo eso, van disponiendo para sí, sin inquietud y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en del pecado, los atemoriza y espanta, y con todo eso, caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por mas que se les predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores y morir como justos.

Hoy, pues, quiero, católicos, no desengañaros de una ilusion tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasion), sino, ya que la muerte del justo os parece tan apetecible y la del pecador tan formidable, exponeros aquí una y otro y dispertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Comó necesariamente habeis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo, para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno y la imágen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo cuál de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere vereis adónde va á parar por último el mundo con todos sus deleites y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis al mundo con los ojos de un pecador que va á morir, y os parecerá vano, frívolo y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo, y la imágen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Por mas que apartemos de nosotros la imágen de la muerte, cada dia de los que vivimos nos la va acercando. Apágase la juventud, precipítanse los años, y semejantes, dice la Escritura, á las aguas que salen del mar y que nunca vuelven hácia su corriente, nos arrojamos con rapidez en el abismo de la eternidad, en donde sepultados para siempre, no volveremos atrás para parecer otra vez sobre la tierra. *Et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur.*[1]

Bien sé que todos los dias hablamos de la incertidumbre y brevedad de la vida. La muerte de nuestros parientes, de nuestros súbditos, de nuestros amigos, de nuestros amos, muchas veces repentina, siempre inopinada, nos ofrece mil reflexiones acerca de la fragilidad de todo lo que pasa. Continuamente estamos repitiendo que el mundo es nada, que la vida es un sueño, y que es muy insensato el que se fatiga por cosa que tan poco ha de durar. Pero esto no es mas que hablar, no lo sentimos así. Son discursos de costumbre, y la misma costumbre hace que se olviden.

Pues católicos, figuraos acá en la tierra una suerte á vuestro gusto; dilatad en vuestra imaginacion vuestros dias aun mas allá de vuestras esperanzas; quiero dejaros gozar de esta dulce ilusion; pero finalmente, será preciso caminar por el camino que caminaron vuestros padres. Vereis, por

1 2 Reg. 14. v. 14.

último, llegar aquel dia que no tiene siguiente, y este será para vosotros el dia de vuestra eternidad feliz si morís en el Señor, ó de vuestra eterna desgracia si morís en la culpa. Uno de estos dos destinos os espera. En la final decision de la suerte de los hombres no habrá mas que diestra y siniestra, cabritos y ovejas. Permitidme, pues, que yo os acuerde el tiempo de vuestra muerte, y que en él os manifieste estos dos espectáculos de esta última hora, tan terrible para el pecador y de tanto consuelo para el justo.

Digo terrible para el pecador, que dormido en las vanas esperanzas de conversion, llega finalmente á este último momento lleno de deseos, vacío de buenas obras, casi sin haber conocido á Dios y sin poder ofrecerle mas que sus delitos, y el pesar de ver acabarse unos dias que juzgaba habian de ser eternos. Digo, pues, señores, que no hay cosa mas terrible que la situacion de este infeliz en los últimos instantes de su vida, y que á cualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo que actualmente pasa á su vista, ya, finalmente, penetre con los ojos del alma aquel porvenir fatal que está ya tocando, todos estos objetos, que son los que por entonces pueden solamente ocuparle y presentársele, no le ofrecen mas que tristeza y desesperacion, despertando en él unas imágenes las mas funestas y tristes.

Porque, católicos, ¿qué puede ofrecer el tiempo pasado á un pecador que tendido en la cama de la muerte empieza á no contar con su vida, y que en el rostro de todos los que le rodean lee la terrible noticia de que para él se acabó todo? ¿qué ve en la larga sucesion de dias que ha pasado en la tierra? Ve trabajos inútiles, deleites que solo han durado un instante y delitos que van á durar eternamente.

Trabajos inútiles.—Presentásele de un golpe toda su vida pasada, y no ve en ella mas que una violencia y una agitacion eterna é inútil; acuerdásele todo lo que ha sufrido por el mundo que se le huye, por una fortuna que se desvanece, por una reputacion que no le acompaña en la presencia de Dios, por unos amigos que pierde, por unos señores que van á olvidarle, por un nombre que solo quedará escrito sobre las cenizas de su sepulcro. ¡Qué pena entonces para este desdichado el ver que habiendo trabajado toda su vida, nada ha ganado para sí! ¡qué pesar el haberse hecho tantas violencias sin haber podido adelantar nada para el cielo, haberse tenido siempre por muy débil para el servicio de Dios y haber tenido fuerza y constancia para ser mártir de la vanidad de un mundo que va á perecer! Entonces el pecador, fatigado y atemorizado con su ceguedad y su engaño, no hallando sino un gran vacío en una vida á quien solo el mundo ha ocupado, viendo que apenas ha empezado á vivir despues de tantos años de vida, dejando acaso llenas las historias de sus hechos, los monumentos públicos cargados de los sucesos de su vida, el mundo lleno de la fama de su nombre, sin dejar nada que merezca ser escrito en el libro de la eternidad ni que le pueda acompañar en la presencia de Dios, entonces es cuando empieza, aunque tarde, á hablar consigo mismo en un estilo que hemos oido muchas veces: ¿Con que no he vivido sino para la vanidad? ¡que no haya yo hecho por Dios lo que he hecho por mis señores! ¡Ay de mí! ¿habia acaso necesidad de tantos trabajos y molestias para perderse? ¿Es posible que no haya yo de recibir á lo menos mi consuelo en este mundo? A lo menos hubiera gozado de lo presente, de este instante que se me huye, y no lo hubiera perdido todo; pero toda mi vida ha estado llena de inquietudes, de esclavitud, de fatigas, de violencias, y todo para

adquirirme una eterna desgracia. ¡Qué locura ha sido el haber sufrido para perderme lo que no hubiera tenido necesidad de sufrir para salvarme, y haber tenido la vida de los justos por una vida triste é insufrible, pues nada han hecho por Dios tan difícil que no haya yo hecho cien veces por el mundo, que es nada, y de quien por consiguiente nada pudiera esperar! *Ambulavimus vias difficiles .... erravimus a via veritatis.*[1]

Sí, católicos, en este último instante se os representará todo con muy diferentes ideas de las que hoy os figurais. Contais al presente los servicios hechos al Estado, los puestos que habeis ocupado, las acciones en que os habeis distinguido, las heridas que dan testimonio de vuestro valor, el número de vuestras campañas y lo distinguido de vuestros empleos; todo esto os parece verdadero. Los aplausos públicos que lo acompañan, las recompensas que lo siguen, la fama que lo publica, las distinciones á ello anexas, os acuerdan vuestros dias pasados como dias completos, ocupados, señalados cada uno con memorables acciones y con sucesos dignos de conservarse en la posteridad. Aun dentro de vosotros mismos os distinguís de aquellos hombres inútiles de vuestra clase que siempre han vivido en una vida oscura, cobarde é inútil, y que han deshonrado su nombre con el ocio y costumbres afeminadas que los han dejado sepultados en el olvido; pero en la hora de la muerte, en aquel último instante en que el mundo huye y la eternidad se acerca, se abrirán vuestros ojos, se mudará la escena, se disipará la ilusion que os aumenta estos objetos, todo lo vereis al natural, y todo lo que os parecia tan grande, como solo lo hicísteis por el mundo, por la gloria, por la for-

1 Sap. 5. v. 7. 6.

tuna, os parecerá nada. *Aperiet oculos suos*, dice Job, *et nihil inveniet.*[1] Solo hallareis verdadero en vuestra vida lo que hubiéreis hecho por Dios, solo digno de alabanza las obras de fe y de piedad, solo grande lo que sea digno de la eternidad, y un vaso de agua fria dada en nombre de Jesucristo, una sola lágrima derramada en su presencia, la mas leve violencia sufrida por él, os parecerá mas precioso, mas digno de estimacion que todas las maravillas que admira el mundo y que perecerán con él.

No solo halla en su vida pasada el pecador que muere trabajos perdidos; halla tambien la memoria de sus placeres, y esta memoria es la que le consterna y le consume. Halla unos placeres que solo han durado un instante; ve que ha sacrificado su alma y su eternidad á un momento fugitivo de deleite y embriaguez. ¡Infeliz! Habíale parecido demasiado larga la vida para consagrarla toda entera á Dios; no se atrevia á emprender en tiempo el partido de la virtud, temiendo no poder sufrir la molestia, sus dilaciones y las resultas; miraba los años que aun le faltaban como un espacio inmenso que era preciso andar, llevando sobre sí la cruz, viviendo separado del mundo y ejercitándose en obras de cristiano. Este solo pensamiento detuvo siempre sus buenos deseos; esperaba para volverse á Dios la última edad, como en la que es mas segura la perseverancia. ¡Qué espanto el ver en esta última hora que lo que le habia parecido tan largo no ha durado mas que un instante, que su niñez y su vejez se tocan tan de cerca, que no forman mas que un solo dia, y que desde el seno de su madre hasta el sepulcro no ha dado mas que un paso! Aun no es esta la mayor amargura que halla en la memoria de

1 Job 27, v. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus deleites; desaparecieron éstos como un sueño; pero el que en otras ocasiones se preciaba de ellos, se halla ahora cubierto de confusion y vergüenza; á sus altanerías ha sucedido la flaqueza y cobardía; preciábase delante de los hombres de talento, de elevacion, de valentía; ¡oh Dios mio! al presente se halla el mas débil y despreciable de todos los pecadores! Acaso su vida fué prudente en la apariencia; pero en la realidad estuvo llena de la infamia de los sentidos y de la puerilidad de las pasiones; una vida acaso gloriosa en la presencia de los hombres, pero á los ojos de Dios la mas vergonzosa, la mas digna del oprobio y del desprecio; una vida á la que acaso acompañó siempre la felicidad; pero en lo interior la mas insensata, la mas frívola, la mas vacía de reflexiones y prudencia. Finalmente, halla placeres que han sido tambien la raiz de todos sus pesares, que emponzoñaron toda la dulzura de su vida, que mudaron sus dias mas alegres en dias de furor y de tristeza; placeres que compró siempre muy caros y de los que solo sacó molestia y amargura. A esto se reduce esta vana felicidad. Sus pasiones son las que le ocasionaron una vida desgraciada, y no tuvo en toda ella un instante de tranquilidad sino aquel en que estuvo libre de ellas. Los dias de mis deleites se huyeron, dice entonces el pecador hablando consigo mismo, pero con distintas disposiciones que el santo Job; estos dias que han sido el motivo de todas las desgracias de mi vida, que han turbado mi sosiego y aun la tranquilidad de la noche me la han mudado en pensamientos lúgubres y tristes. *Dies mei transierunt, cogitationes meæ dissipatæ sunt torquentes cor meum.*[1] ¡Y con todo eso, ¡oh gran Dios! castigareis los pesares é inquietudes de mi vida desgraciada!

1 Job 13, v. 26.

¿Escribís contra mí en el libro de vuestra indignacion todas las amarguras de mis pasiones, y preparais una desgracia eterna y sin medida á los deleites que han sido siempre el motivo de todas mis desgracias? *Scribis enim contra me amaritudines, et consumere me vis peccatis adolescentiæ meæ?*[1]

Esto es lo que halla el pecador, cuando muere, en la memoria de lo pasado; delitos que durarán eternamente, las flaquezas de la niñez, las disoluciones de la juventud, las pasiones y escándalos de una edad mas avanzada, y aun acaso tambien los desórdenes vergonzosos de una licenciosa vejez. ¡Ah católicos! mientras tenemos salud no vemos mas que la superficie de nuestra conciencia, no tenemos mas que una vaga y confusa memoria de nuestra vida, solo vemos en nuestras pasiones la que actualmente nos cautiva: un hábito vicioso no nos parece mas que un solo delito; pero al tiempo de morir se disipan las tinieblas que cubren la conciencia del pecador. Cuanto mas sondea su corazon, halla en él mayores manchas; cuanto mas penetra este abismo, ve en él mayores mónstruos; piérdese en este caos, no sabe qué partido tomar para empezar á aclararle, necesitaria para esto una vida entera; ¡pero ay! el tiempo pasa y apenas le quedan mas que algunos instantes; tiene precision de hacer una confesion precipitada, para la que apenas bastaria un largo espacio de tiempo y á la que en el instante siguiente sucederá el terrible juicio de la divina justicia. ¡Oh Dios mio! mientras dura la vida nos quejamos de la infelicidad de nuestra memoria, de que todo se nos olvida, y es necesario que supla el confesor nuestra falta de atencion y nos ayude á juzgarnos y á conocernos á nosotros

1 Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismos; pero en este último instante no tendrá el pecador que muere, necesidad de este socorro: la divina justicia, que durante el tiempo de su salud le habia entregado á la profundidad de sus tinieblas, le alumbrará entonces en su indignacion. Cuanto rodea la cama de su muerte hace venir á su memoria algun nuevo delito; los criados á quienes escandalizó, los hijos de quienes no tuvo cuidado, la esposa á quien contristó con ajenas pasiones, los ministros de la Iglesia á quienes despreció, las pecaminosas imágenes de sus pasiones, pintadas aún sobre aquellas paredes; los bienes de que abusó, el lujo que le rodea, con el que han padecido los pobres y sus acreedores; la soberbia de sus edificios, levantados acaso con los bienes de la viuda, del huérfano ó con la miseria del público; todo, finalmente, el cielo y la tierra, dice Job, se levanta contra él, y le acuerda la terrible historia de sus pasiones y delitos. *Revelabunt cœli iniquitatem ejus, et terra consurget adversus eum.*[1]

De este modo la memoria de lo pasado forma uno de los estados mas terribles del pecador que muere, porque no halla en él sino trabajos perdidos, placeres que solo han durado un instante y delitos que han de durar eternamente.

Pero aun no es menos triste para este desgraciado todo lo que actualmente pasa en su presencia. *Sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.*

Sus sustos. Habíase siempre gloriado de que no le asustaria el dia del Señor, cuanto acerca de esto habia oido decir en los púlpitos, no le estorbaba el prometerse que ordenaria su conciencia antes de este último instante, y ahora se ve ya en él, cargado de todos sus delitos, sin preparacion, sin haber dado un paso para aplacar á su Dios; ya le llegó este instante sin que haya pensado en él, y ya va á ser juzgado.

1 Job. 20, v. 27.

Sus sustos. Hiérele Dios cuando está en lo mas fuerte de sus pasiones, al tiempo que mas lejos estaba de su alma la memoria de la muerte, cuando habia llegado á ciertos puestos que habia deseado con ansia, y que semejante al necio del Evangelio, exhortaba á su alma á que descansase y gozase en paz el fruto de sus trabajos. En este mismo instante le acomete la divina justicia, y ve acabarse de un golpe su vida y todas sus esperanzas.

Sus sustos. Va á morir, y permite Dios que nadie se atreva á decirle que ya no debe contar con la vida. Sus parientes le lisonjean, sus amigos le dejan en su error; le lloran en secreto como muerto, y aun le muestran esperanzas de vida; engáñanle para que se engañe á sí mismo. Es necesario que se cumplan las Escrituras, que sea asaltado el pecador en este último instante; vos lo profetizásteis, ¡oh Dios mio! y vuestras palabras son verdaderas.

Sus sustos. Abandonado de todos los socorros del arte, entregado solamente á sus males y á sus dolores, aun no puede persuadirse que va á morir, aun se lisonjea, aun espera; parece que la divina justicia no le deja aquel rastro de razon mas que para que le emplee en engañarse. Al ver sus miedos, su espanto, sus inquietudes, se conoce bien que aun no ha creido que se muere; atorméntase, se agita, como si pudiera huir de la muerte, y sus agitaciones no son mas que un pesar de perder la vida, y no un dolor de haberla empleado mal. Es preciso que el ciego pecador lo esté hasta el fin y que su muerte sea semejante á su vida.

Finalmente. *Sus sustos.* Ve entonces que el mundo siempre le ha engañado, que siempre le ha llevado de ilusion en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ilusion, de esperanza en esperanza, que nunca le han sucedido las cosas como él se habia prometido, y que siempre ha sido engañado con sus propios errores. No comprende cómo puede haber sido tan constante su desprecio, cómo ha podido obstinarse tantos años en sacrificarse por un mundo, por unos señores que nunca le han pagado sino con vanas promesas, y que su vida no ha sido mas que una indiferencia del mundo para con él y una embriaguez en él para con el mundo. Pero lo que mas le aflige es, que el error no tiene ya remedio, que no se muere mas que una vez, y que una vez mal concluida la carrera, no se puede volver atrás para empezarla de nuevo. Vos sois justo, ¡oh Dios mio! y quereis que el pecador pronuncie de antemano su sentencia contra sí, para juzgarle vos por su propia boca.

Muy terribles son los sustos del pecador que muere, pero no lo son menos las cosas de que se separa en este último instante. Cuanto mayor apego tenia al mundo, á la vida y á todas las criaturas, tanto mas padece cuanto ha de separarse de ellas; cuantos son los lazos que debe romper, tantas son las heridas que le penetran, cuantas son las cosas de que debe separarse, otras tantas nuevas muertes experimenta.

Sepárase de sus bienes, los que habia acumulado con tan largas y tan penosas fatigas, y acaso por caminos dudosos para su salud; los que se habia obstinado en conservar á pesar de los remordimientos de su conciencia y que con gran dureza de su corazon habia negado á la necesidad de sus prójimos; húyensele ahora, este vaso de barro se quiebra en su presencia, solamente lleva consigo el amor, el pesar de perderlos, el delito de haberlos adquirido.

Sepárase de la magnificencia que le rodea, de la vanidad de sus edificios, en los que creia haberse edificado un asilo

contra la muerte; del lujo, de la vanidad, de sus alhajas, de las que no le quedará mas que la lúgubre mortaja que le ha de envolver en el sepulcro; de aquella opulencia en que siempre habia vivido: todo huye de él, todo le abandona, empieza á mirarse como extraño en medio de sus palacios, en donde siempre debia haberse mirado como tal; como un desconocido que no es dueño de nada de cuanto en ellos hay, como un infeliz á quien en su presencia van á despojar de todo, y á quien solo permiten gozar aún por algun tiempo de la vista de sus despojos para aumentar sus penas y suplicio.

Sepárase de sus cargos, de sus honores, los que acaso va á dejar á un rival suyo, á los que habia llevado por entre tantos peligros, trabajos y ruindades, y de los que con tanta insolencia habia gozado; ya está en la hora de la muerte, despojado de todas las señales de su dignidad, sin conservar de todos sus títulos mas que el de pecador, del que en tonces usa, aunque tarde y en vano. ¡Oh Dios mio! contentaríase en este último instante con ser de la condicion mas vil, aceptaria como una especial gracia el estado mas oscuro y abatido, con tal que le alargasen la vida; envidia la suerte de sus esclavos, que deja en el mundo. Camina con gran prisa hácia la muerte y aun vuelve con ansia los ojos á la vida.

Sepárase de su cuerpo, para quien siempre vivió, con quien contrajo tan estrechos lazos, favoreciendo todas sus pasiones; conoce que se arruina esta casa de barro, ve que poco á poco se va muriendo en cada uno de sus sentidos, solo está unido á la vida por medio de un cadáver que se apaga, por los crueles dolores que sus males le hacen padecer, por el excesivo amor que la tiene, el que es mas vivo cuanto mas cerca está de separarse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sepárase de sus parientes, de sus amigos, á quienes ve al rededor de su cama, cuyos llantos y tristeza acaban de oprimirle el corazon y le hacen sentir con mayor crueldad el dolor de perderlos.

Sepárase del mundo, en el que ocupaba tantos puestos y en el que se habia establecido, ensalzado y extendido, como si debiera ser este lugar el de su eterna permanencia; del mundo, sin el que nunca pudo vivir, en el que fué siempre uno de los principales actores, en cuyos sucesos siempre tuvo tanta parte; en donde siempre se manifestó tan placentero y con talentos tan propios para agradarle; su cuerpo va á dejarle, pero su corazon y todas sus acciones se quedan aún en él. El mundo muere para él, pero él aunque muere, todavía no muere para el mundo.

Sepárase, finalmente, de todas las criaturas. Todo se aniquila en su presencia; extiende las manos á todos los objetos que le rodean como para agarrarse á ellos, y no agarra mas que fantasmas y un humo que se disipa y que no deja cosa alguna verdadera entre sus manos. *Et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis.*[1]

Entonces es cuando Dios parece grande al pecador que muere. En este terrible instante es cuando deshaciéndose el mundo, huyendo de su vista, no ve quedar mas que solo Dios, el que todo lo llena, el que solo es inmutable: quejábase en otro tiempo, con un estilo irónico y lleno de impiedad, de que era difícil poder conocer con viveza alguna cosa de un Dios que es invencible, y no amar á unas criaturas que se ven y ocupan todos nuestros sentidos. ¡Pero ay! en este último instante no ve mas que á solo Dios; el invisible será visible para él; sus sentidos ya amortiguados,

1 Psalm. 75 v. 6.

se negarán á todos los objetos sensibles; todas las cosas de que está rodeado desaparecerán, y Dios ocupará el lugar de todas estas ilusiones con que se entretuvo mientras le duró la vida.

De este modo se muda todo para este desgraciado, y estas mudanzas, estos sustos, este separarse de las cosas, es la última amargura del espectáculo de su muerte.

Múdase su crédito y su autoridad, cuando ya no hay esperanza de su vida empieza el mundo á no contar con él; sus fingidos amigos se retiran, sus criaturas buscan ya en otra parte protectores y dueños; aun sus mismos esclavos andan solícitos en asegurarse para despues de su muerte una fortuna proporcionada: apenas queda con él quien pueda recoger sus últimos suspiros; no hay cosa que no le abandone, todo le desampara, ya no ve cerca de sí aquel gran número de aduladores: acaso caminan ya todos á la casa del que creen que ha de ser su sucesor, mientras que él, dice Job, solo en la cama de su dolor, solamente cercado de los horrores de la muerte, entra ya en aquella triste soledad que le prepara el sepulcro, y hace amargas reflexiones sobre la inconstancia del mundo y sobre lo poco que hay que fiar en los hombres. *Affligetur relictus in tabernaculo suo.*[1]

Múdase la estimacion pública con que habia estado embriagado. ¡Oh Dios mio! ya le ha olvidado el mundo que tanto le alabó. La mutacion que su muerte va á hacer en la cena, dará aún por algunos dias motivo á las conversaciones públicas; pero pasado este corto tiempo caerá en el olvido y en la nada; apenas habrá quien se acuerde de que ha vivido; todo el cuidado será ponderar los prodigios de su

1 Job, 20. v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sucesor, y ensalzarle sobre las ruinas de su reputacion y su memoria; experimenta ya este olvido, ve que no le resta mas que morir, que su hueco se llenará muy presto, que no quedará ni aun señal de él en el mundo, y que solos los justos, que le habian visto cercado de tanta gloria, se dirán unos á otros: ¿En dónde está ahora? ¿qué se han hecho aquellos aplausos que le granjeaban su poder? En esto viene á parar el mundo y esto es lo que se gana con servirle. *Et qui eum viderant, dicent: ¿ubi est?*[1]

Múdase su cuerpo, aquella carne á quien tanto habia halagado é idolatrado, aquella vana hermosura que habia granjeado tanta atencion y corrompido tantos corazones; ya no es mas que un espectáculo de horror, cuya vista apenas puede sufrirse; no es ya mas que un cadáver á quien da miedo arrimarse, esta desgraciada criatura que habia encendido tantas injustas pasiones: ¡oh Señor! sus amigos, sus parientes y aun sus mismos esclavos, huyen de ella, se apartan, no se atreven á arrimarse sino con recelo, no la tributan mas servicios que los de cortesía y de temor; aun ella misma tiene trabajo ens ufrirse y se mira con horror. ¿Pero qué era lo que otras veces me granjeaba todas las atenciones? se dice á sí misma con el santo Job; mis esclavos á quienes llamo no se atreven á acercarse á mí, y aun mi mismo aliento es infeccion, y una infeccion mortal para sus hijos y parientes: *Servum meum vocavi: et non respondit . . . . halitum meum exhorruit uxor mea, et orabam filios uteri mei.*[2]

Finalmente: *Múdase* en todo lo que le rodea. Buscan sus ojos por algun objeto en que fijarse, y no hallan por todas

1 Job 20. v. 7.
2 Ibid. 19. v. 16. 17.

partes mas que imágenes lúgubres de la muerte. Pero nada es esto para el pecador que muere; la memoria de lo pasado, el espectáculo de lo presente seria muy poco, si á solo esto se ciñeran todas sus penas; la memoria de lo que está por venir es lo que le horroriza y desespera. Este por venir, esta region de tinieblas en donde va á entrar él solo, sin mas compañía que la de su conciencia; este por venir, esta tierra incógnita de la que ningun mortal ha vuelto, donde no sabe lo que ha de hallar ni lo que le espera; este por venir, este abismo inmenso en donde se pierde y se confunde su entendimiento, y en donde va á sepultarse, incierto de su destino; este por venir, este sepulcro, esta morada de horror en donde á va tomar lugar con las cenizas y cadáveres de sus mayores; este por venir, esta eternidad espantosa, cuya primera vista no puede sufrir; este por venir, finalmente, este terrible juicio en que va á parecer ante la ira de Dios, y á dar cuenta de una vida cuyos instantes casi todos han sido delitos. ¡Ah! mientras miraba de lejos este terrible por venir, hacia vanidad de no temerle, preguntaba sin cesar con un tono blasfemo é irrisible: ¿Quién ha vuelto del otro mundo? burlábase de los temores vulgares y hacia gala de valiente; pero luego que le hirió la mano de Dios, luego que la muerte se manifestó de cerca, y se le abrieron las puertas de la eternidad, y que toca finalmente á este por venir terrible, contra el que se habia manifestado tan valiente, ¡ah! muéstrase entonces cobarde, afligido y lloroso, levantando las manos al cielo en accion de suplicar, ó triste, taciturno y agitado, revolviendo entre sí pensamientos terribles, sin esperar mas socorro de parte de Dios en la debilidad de sus lamentos y lágrimas, que en sus furores y desesperacion.

Sí, católicos. Este infeliz que se habia dormido siempre

en sus desórdenes, que habia siempre confiado vanamente en que no habia necesidad de mas que de un buen instante y de un movimiento de compuncion en la muerte para mitigar la cólera de Dios, desespera entonces de su clemencia: por mas que se le hable de sus eternas misericordias, conoce lo indigno que es de ellas. Por mas que el ministro de la Iglesia procure asegurarle en sus temores abriéndole el seno de la clemencia divina, estas promesas le mueven poco, porque conoce bien que la caridad de la Iglesia, aunque nunca desespera de la salud de sus hijos, con todo eso, en nada muda los formidables decretos de la justicia de Dios; por mas que se le prometa el perdon de sus delitos, una voz secreta y terrible le dice en lo íntimo de su corazon, que no hay salud para el impío, y que mas debe creer á la verdad que á las esperanzas que le ofrecen en sus desgracias; por mas que se le exhorte á que recurra á los últimos remedios que ofrece la religion á los que mueren, los mira como aquellos remedios desesperados que se dan á Dios y á dicha cuando ya no hay esperanza, y que mas sirven de consuelo á los vivos que de utilidad á los que mueren; llama á los siervos de Jesucristo para que le consuelen en esta última hora, y él lo mas que puede hacer es envidiar en su interior su suerte y detestar la infelicidad de la suya: pónenle en la boca las palabras de los libros santos, las expresiones de un rey penitente, y conoce muy bien que su corazan desaprueba estas divinas expresiones y que las palabras formadas por una caridad ardiente y una compuncion perfecta, no convienen á un pecador asaltado como él en sus desórdenes. Sus amigos y parientes vienen al rededor de su cama á recoger sus últimos suspiros, y él aparta los ojos, porque aun halla entre ellos la memoria de sus delitos; el ministro de la Iglesia le presenta un Crucifijo, y este objeto de tanto consuelo y tan propio para excitar su confianza, le arguye mudamente de sus ingratitudes y del abuso perpetuo de sus gracias. Entre tanto se acerca la muerte; el sacerdote procura mantener con las preces que se dicen en la agonía, aquel resto de vida que aun le anima. Camina, alma cristiana, le dice: *Proficiscere, anima christiana.* No le dice: caminad, príncipe, grande de este mundo; mientras vivió, apenas bastaron los monumentos públicos para lo numeroso y vano de sus títulos; en este último instante no le dan mas título que el que recibió en el bautismo, el único de que no hacia caso y el que solo le debe durar eternamente. *Proficiscere, anima christiana.* Camina, alma cristiana: ¡oh Dios mio! habia vivido como si no tuviera mas ser que su cuerpo, habia procurado persuadirse á que su alma no era nada, que el hombre era solamente obra de la carne y de la sangre, y que todo moria con nosotros; y ahora le hacen ver que su cuerpo no era mas que un poco de barro que va á disolverse, que su ser inmortal es esta alma, esta imágen de la Divinidad, esta inteligencia, capaz ella sola de amarle y de conocerle, y que va á separarse de su casa terrena y á parecer en el tremendo tribunal. Camina, alma cristiana; habíais mirado á la tierra como á vuestra patria y no era mas que un lugar de peregrinacion, de donde es necesario partir; la Iglesia creia que anunciándoos la disolucion de vuestro cuerpo terrestre al fin de vuestro destierro, el término de vuestras miserias os anunciaba una nueva de alegría. ¡Pero ay! que no os anuncia sino una nueva lúgubre y espantosa, y el principio de vuestras desgracias y penas. Camina, alma cristiana. *Proficiscere, anima christiana.* Alma sellada con el sello de la salud que borraste, rescatada con la sangre de Jesucristo que has pisado, lavada con la gra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
000606

cia de la regeneracion que mil veces has manchado, ilustrada con las luces de la fe que siempre has despreciado, llena de todas las misericordias del cielo que siempre indignamente has profanado. Camina, alma cristiana, vé á presentar á Jesucristo este augusto título, que debia ser la señal magnífica de tu salud y que será el mayor de tus delitos. *Proficiscere, anima christiana.*

Entonces el pecador que agoniza, no hallando en la memoria de lo pasado sino remordimientos que le consumen, en cuanto se presenta á sus ojos imágenes que le afligen, y en la reflexion de lo por venir horrores que le espantan, no sabiendo á quién recurrir, ni á las criaturas que se le huyen, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrian librarle de la muerte, ni á un Dios justo á quien mira como á un enemigo declarado, de quien no debe esperar perdon, da vueltas cavilando en sus propios horrores; se atormenta, se agita por huir de la muerte que se acerca, ó á lo menos para huir de sí mismo; sale de sus ojos un no sé qué oscuro y terrible que da bien á entender los furores de su alma; arroja del seno de su tristeza unas palabras mezcladas de suspiros, que apenas se perciben, y que no se sabe si es el arrepentimiento ó la desesperacion quien las forma; se vuelve hácia el Dios crucificado con unas terribles miradas, que dejan bastante duda de si proceden de temor ó de esperanza, de ódio ó de amor. Empieza á padecer violentas conmociones, y no se sabe si provienen del cuerpo que se disuelve ó del alma que percibe la llegada de su juez. Suspira profundamente, y se ignora si estos suspiros nacen de la memoria de sus delitos ó de la desesperacion de perder la vida. Finalmente, en medio de estos tristes esfuerzos, se le fijan los ojos, desfigúrasele el rostro, pónesele cárdena la boca y se le abre por sí

misma; estremécese todo el cuerpo, y con este último esfuerzo se arranca su desgraciada alma, como por fuerza, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios y se halla sola á los piés del tribunal terrible.

Católicos, así mueren los que han vivido olvidados de Dios, y así morireis los que me oís si os acompañan vuestros delitos hasta aquel último instante. Todo se mudará entonces á vuestra vista sin que vosotros os mudeis; morireis, y morireis pecadores como habeis vivido, y vuestra muerte será semejante á vuestra vida. Precaved esta desgracia, vivid como los justos, y será vuestra muerte semejante á la suya, acompañada de gozo, de dulzura y de consuelo, que es lo que vamos á ver en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Bien sé que la muerte es siempre terrible, aun para las almas mas justas; los juicios de Dios, cuyos impenetrables secretos temen siempre, las tinieblas de su propia conciencia, en que siempre se figuran manchas ocultas y conocidas de solo Dios; la viveza de su fe y de su amor, que aumenta siempre á su vista aun las faltas mas leves; finalmente, la sola disolucion del cuerpo terreno y el natural horror al sepulcro, todo esto deja siempre en la muerte un no sé qué de terrible para la naturaleza, que hace que aun los mas justos, como dice San Pablo, quisieran ser revestidos de la inmortalidad que les está prometida, pero sin ser despojados de la mortalidad que los rodea.

Pero tambien es verdad que la gracia vence en ellos este horror tan natural á la muerte, y que ya se acuerden de lo pasado, dice San Bernardo, ya consideren lo que actualmente pasa, ya atiendan á lo por venir, hallan en la me-

moria de lo pasado el fin de sus penas: *Requies de labore;* en lo que actualmente pasa, una novedad que los llena de santa alegría: *Gaudium de novitate;* en la consideracion de lo venidero, la seguridad de la eternidad que los consuela: *Securitas de æternitate.* De modo que los mismos estados que causan la desesperacion del pecador que muere, son entonces un manantial de consuelos para el alma fiel.

Dije, ya sea que se acuerde de lo pasado; y á la verdad, católicos, representaos á una alma fiel, próxima á morir, que desde mucho tiempo antes se estaba preparando para este último instante, que con la práctica de las obras cristianas juntaba un tesoro de justicia para no presentarse vacía en la presencia de su juez, y que vivia con la fe para morir en la paz y en el consuelo de la esperanza; representaos esta alma que llegó por fin á esta última hora, la que nunca habia perdido de vista y á la que siempre habia referido todas sus penas, todos los gustos de que se habia privado, todas sus violencias, todos los sucesos de su vida mortal; vuelvo á decir que no hay para ella cosa de mas consuelo que la memoria de lo pasado, de sus sufrimientos, de sus penitencias y de las cosas de que se privó en todos los estados en que se ha hallado. *Requies de labore.*

Sí, católicos, al presente os parece cosa molesta el padecer por Dios; las mas leves violencias que os pide la religion os parecen pesadísimas; un solo ayuno os debilita y os ofende; el acercarse los dias santos de la penitencia os aflige y entristece; mirais como desgraciados á los que llevan sobre sí el yugo de Jesucristo y que renuncian al mundo y á todos sus placeres por agradarle.

Pero la memoria de mayor consuelo para una alma fiel cuando está para morir, es acordarse de las violencias que se ha hecho por su Dios. Conoce entonces todo el mérito

de la penitencia y lo insensatos que son los hombres en disputar á Dios un instante de violencia que debe ser pagado con una felicidad sin fin y sin medida; la consuela el que solo ha sacrificado placeres instantáneos, de los que no la hubiera quedado mas que la confusion y la vergüenza; que cuanto hubiera padecido por el mundo era para ella perdido en este último instante; pero que al contrario, cuanto ha padecido por Dios, una lágrima, una violencia, el mortificarse en un gusto, reprimir una viveza, sacrificar una vana satisfaccion; nada de esto se olvidará jamás y durará tanto como el mismo Dios. La consuela el que de todos los placeres y deleites humanos, lo mismo queda en la cama de la muerte al pecador que los disfrutó, que al justo que siempre se abstuvo de ellos; que respecto de ambos pasaron igualmente; pero con esta diferencia, que al uno le acompaña eternamente el delito de haberse entregado á ellos, y al otro la gloria de haberlos sabido vencer.

Esto es lo que ofrece al alma justa que esta próxima á morir, la memoria de lo pasado; ve las violencias, las aflicciones que han durado poco, y de las que va á recibir el eterno consuelo; pasado el tiempo de los peligros y de las tentaciones, acabados los combates que presentaba el mundo á su fe, disipados los peligros en que habia corrido tanto riesgo su inocencia, distantes para siempre las ocasiones en que su virtud habia estado tan á pique de naufragar; finalizados los combates eternos que tuvo que sufrir contra las pasiones, y finalmente, aniquilados los obstáculos que la carne y la sangre opusieron siempre á su piedad: *Requies de labore.* ¿Qué alegría se experimenta despues de haber llegado al puerto en acordarse de la tempestad y la borrasca? ¡Cuánto deleita el recorrer con la imaginacion, despues de haber vencido en la carrera, los parajes de ella mas señalados

por los trabajos, los obstáculos y las dificultades que los han hecho célebres! *Requies de labore.* Paréceme que el justo se halla en este lance como otro Moisés muriendo en la Montaña Santa, en donde el Señor le habia señalado su sepulcro; *ascende in montem, et morere,*[1] el que antes de espirar, volviendo la cabeza desde lo alto de este sagrado lugar y echando la vista sobre aquella extension de tierras, de pueblos y de reinos por donde habia pasado y ya dejaba atrás, registra los innumerables peligros de que se ha libertado, los combates de tantas naciones vencidas, las fatigas del desierto, las emboscadas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos, las peñas abiertas, las dificultades de los caminos vencidas, huidos los peligros de Egipto, facilitado el paso de las aguas del Mar Rojo, vencidos el hambre, la sed y el cansancio, y tocando felizmente el término de tantos trabajos y saludando desde lejos aquella tierra prometida á sus padres, canta un cántico de accion de gracias; muere lleno de gozo por acordarse de tantos peligros de que se ha librado, y con la vista del lugar de descanso que el Señor le manifiesta desde lejos, mira la Montaña Santa á donde va á espirar como recompensa de sus trabajos y término feliz de su carrera. *Requies de labore.*

Es verdad que la memoria de lo pasado, al mismo tiempo que acuerda al justo que muere, los combates y peligros de la vida pasada, le acuerda tambien sus infidelidades y caidas; pero estas son unas caidas expiadas con los llantos de la penitencia, unas caidas felices por haberse con ellas renovado el fervor y la fidelidad que las han subseguido; unas caidas que le acuerdan las misericordias de Dios para con su alma, que fueron motivo de que sus delitos sirviesen á su penitencia, sus pasiones á su conversion y sus culpas á su salud. El dolor de sus defectos en este último instante es para ella un dolor de consuelo y de ternura; las lágrimas que aun la saca esta memoria, son lágrimas de alegría y de agradecimiento; las antiguas misericordias que el Señor ha usado con ella, la llenan de confianza y la hacen esperar otras nuevas; todo el modo de proceder que Dios ha tenido con ella hasta entonces, la asegura y parece que la responde de lo por venir: no se le representa entonces, como en los dias de su tristeza y penitencia, bajo la idea de un juez terrible á quien habia ultrajado y cuya indignacion debia mitigar, sino como un padre de misericordia y un Dios consolador que va á recibirle en su seno y aliviarle en todas sus penas.

1 Deuter. 32, v. 49 y 50.

Levántate, alma fiel, la dice entonces en el interior su Señor y su Dios. *Elevare, consurge Jerusalem.*[1] Tú que bebiste toda la amargura de mi cáliz, olvida ya tus pasadas lágrimas y penas. *Quæ bibiste calicem usque ad fundum.*[2] Ya se te acabó el tiempo de sufrir y de llorar,[3] *non adjicies, ut bibas illum ultra.*

Deja, pues, hija de Jerusalen, el vestido de luto y de tristeza que has llevado hasta ahora, deja los tristes despojos de tu mortalidad; ponte tus vestidos de gloria y de magnificencia, entra en la alegría de tu Señor, en la ciudad santa que yo he escogido para mi eterna morada. *Induere vestimentis gloriæ tuæ Jerusalem, civitas sancti.*[4] Rompe,

1 Isai. 51, v. 17.
2 Ibid.
3 Ibid. v. 22.
4 Ibid. 52, v. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por último, los lazos de tu cautiverio, sal de en medio de Babilonia, en donde ha tanto tiempo que lloras los rigores y duracion de tu destierro. *Solve vincula colli tui captiva Filia Sion.*[1] Ya no habitarán contigo los incircuncisos: los escándalos de los pecadores no afligirán tu fe; ya, por fin, es tiempo de que yo vuelva á tomar lo que me pertenece, de que yo tome posesion de mi herencia, de que te saque de en medio del mundo, pues no eres suya ni él es digno de tí, y de que te una con la Iglesia del cielo, de quien eres una parte pura é inmortal. *Non adjiciet ultra, ut pertranseat per te incircuncisus, et immundus.*[2]

Este es el primer consuelo de la alma justa que está próxima á espirar: la memoria de lo pasado: *Requies de labore.* Pero lo que actualmente pasa en su presencia, el mundo que se huye, todas las criaturas que desaparecen, aquella fantasma de vanidad que se deshace, aquella mutacion, aquella novedad, es para ella un manantial de nuevos é infinitos consuelos. *Gaudium de novitate.*

A la verdad, fieles, que es un gran motivo de desesperacion para el pecador que muere como habeis oido, el ver lo que actualmente pasa á su vista, sus sustos, las cosas de que se separa y sus mudanzas, y esto justamente es el mayor consuelo del alma fiel en este último instante. Nada la sobrecoge, de nada se separa y nada se muda á su vista.

Nada la sobrecoge. No la espanta el dia del Señor, porque le esperaba, porque le deseaba; la memoria de esta última hora tenia parte en todas sus acciones, en todos sus proyectos; arreglaba todos sus deseos, animaba toda la conducta de su vida; cada hora, cada instante la parecia aquel en que el justo juez iba á pedirla la estrecha cuenta en que han de ser juzgadas aun las virtudes; de este modo habia vivido, disponiéndose continuamente para esta última hora; de este modo muere tranquila, consolada, sin susto, sin temor, en la paz del Señor, viendo entonces tan de cerca á la muerte, como la habia estado mirando toda su vida, sin morir entonces para sí mas de lo que estaba muriendo cada dia, y sin hallar diferencia entre el dia de su muerte y los dias regulares de su vida mortal.

Por otra parte, lo que mas sorprende y desespera al pecador moribundo, es el ver que el mundo en quien habia puesto toda su confianza es nada; que no es mas que sueño, que se desaparece y que huye. Pero el alma fiel, en este último instante, mira al mundo con los mismos ojos que le habia mirado todo los dias de su vida, como una figura que pasa, como un humo que solo engaña de lejos y tocado de cerca nada tiene de real ni sólido; experimenta entonces una santa alegria por haber siempre juzgado del mundo como debe juzgarse de él, por no haberse engañado, por no haber tenido apego á lo que habia de desaparecer en un instante, por no haber puesto su confianza sino en solo Dios, que siempre dura para recompensar eternamente á los que esperan en él. ¡Qué consuelo entonces para el alma fiel el poderse decir á sí misma: Yo escogí el mejor partido; con razon no me unia yo sino á solo Dios, pues él solo era lo que me debia quedar; miraban mi eleccion como locura; el mundo se burlaba y tenia por cosa ridícula y extraña el que no me conformase con él, pero por fin, este último instante responde de todo! La muerte es la que decide quién ha sido prudente ó insensato y quién de los dos tenia razon, ó el mundano ó el fiel.

1 Ibid. v. 2.
2 Ibid. v. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así mira el alma justa en la hora de su muerte al mundo y á toda su gloria. Cuando los ministros de la Iglesia llegan á hablarla conversaciones de Dios y de la nada de todas las cosas humanas, estas verdades, que tan nuevas son para el pecador en este último instante, son para ella objetos familiares, luces habituales que nunca habia perdido de vista. Entonces estas verdades consoladoras son su mas suave ocupacion, las medita, las gusta, las saca de lo íntimo de su corazon, en donde siempre las habia tenido, para ponerlas á la vista; no es para ella idioma nuevo ni extraño el que le habla el ministro de Jesucristo; es el idioma de su corazon y los pensamientos de toda su vida; nada le consuela entonces tanto como el oir hablar del Dios á quien siempre ha amado, de los bienes eternos que siempre ha deseado, de la felidad de la otra vida, por quien siempre ha suspirado, de la nada del mundo á quien siempre despreció; cualquiera otra conversacion la es insufrible; no quiere oir contar sino las misericordias del Dios de sus padres, y detesta los instantes que entonces es preciso emplear en arreglar una casa terrena y disponer de la sucesion de sus antepasados. ¡Gran Dios! ¡qué luz! ¡qué paz! ¡qué consuelos tan dichosos! ¡qué santos movimientos de amor, de alegría, de confianza, de accion de gracias pasan entonces en esta alma fiel! Su fe se renueva, su amor se inflama, su fervor se excita y su compuncion se despierta. Cuanto mas se acerca la disolucion del hombre terreno, tanto mas el nuevo se perfecciona y completa. Cuanto mas se desmorona su casa de barro, tanto mas se eleva y purifica su alma. Cuanto mas se destruye su cuerpo, tanto mas se desembaraza y renueva el espíritu; así como la pura llama que se eleva y parece mas resplandeciente á proporcion que se separa del resto de la materia que la retenia, y que se consume y disipa el cuerpo á que estaba unida.

¡Ah! Las conversaciones de Dios fatigan entonces al pecador que está para morir, aumentan sus males, molestan su cabeza y turban su reposo; es necesario atender á su debilidad, no diciéndole mas que algunas palabras á tiempo, buscar las ocasiones, porque no le importune la molestia, escoger los instantes para hablarle del Dios que le va á juzgar y á quien nunca conoció; es necesario usar de santos artificios, y casi engañarle para hacerle acordar de su salvacion; aun los ministros de la Iglesia se le acercan pocas veces, porque se conoce bien lo que le molestan; los apartan de allí como á profetas tristes y desagradables, procuran apartar las conversaciones de la salvacion como nuevas de muerte y discursos lúgubres que cansan; solo procuran aliviar sus males contando los negocios y vanidades del mundo, que le habian ocupado todo el tiempo de su vida. ¡Oh gran Dios! ¿Es posible permitais el que á este desgraciado acompañe hasta en la muerte el disgusto de la verdad? ¿que aun esté ocupado en este último instante con las imágenes del mundo, y que teman hablarle del Dios á quien siempre temió servir y conocer?

Pero no perdamos de vista al alma fiel. No solo no ve, cuando está próxima á morir, cosa alguna que la atemorice, sino que tampoco se separa de cosa alguna que le cueste sentimiento; porque, católicos, ¿de qué podria separarla la muerte que la costase aún pesares y lágrimas? ¿del mundo? ¡Ah! es de un mundo en donde siempre vivió como extraña, en donde nunca halló sino escándalos que afligian su fe, escollos que hacian temblar su inocencia, cortesías que la molestaban, rendimientos que, aunque contra su voluntad, la dividian entre el cielo y la tierra: no se siente per-

der lo que nunca se ha amado; ¿sentirá acaso perder sus riquezas y su tesoro? ¡Oh Dios! Su tesoro estaba en el cielo, sus riquezas eran los bienes de los pobres; no los pierde, va á hallar los inmortales en el seno del mismo Dios. ¿Sentirá acaso perder sus títulos y dignidades? ¡Oh! que éstas son para ella un yugo que sacude, el solo título que siempre estimó: fué el que recibió en el sagrado bautismo, el que debe llevar á la presencia de Dios, y que le da derecho á las eternas promesas. ¿Sentirá acaso separarse de sus parientes, de sus amigos? ¡Oh! sabe muy bien que no es mas que un instante lo que se adelanta á ellos, que la muerte no separa á los que la caridad unió en la tierra, y que reunidos presto en el seno de Dios, formarán con ella la misma Iglesia y el mismo pueblo y gozarán las dulzuras de una sociedad inmortal. ¿Sentirá acaso separarse de sus hijos? Déjalos al Señor por padre, por herencia sus instrucciones y buen ejemplo, sus súplicas y bendiciones por último consuelo; y como David, muere pidiendo para su hijo Salomon, no las prosperidades temporales, sino un corazon perfecto, el amor de la ley y el temor del Dios de sus padres: *Salomoni quoquie filio meo, da cor perfectum.*[1] ¿Sentirá el apartarse de su cuerpo? ¡Ah! de su cuerpo á quien siempre habia castigado y crucificado, á quien miraba como á su enemigo, que la tenia ligada á los sentidos y á la carne, que la consumia con el peso de tantas necesidades; de aquella casa de barro que la tenia cautiva, que dilataba los dias de su destierro y servidumbre y la impedia el ir á unirse con Jesucristo; deseaba como Pablo su disolucion, era para ella un vestido extraño de que se desembaraza, una muralla de separacion entre ella y su Dios, que se arruina, que la deja

1 Paralip. lib. I, cap. 29 v. 19.

libre y en estado de abrir sus alas y volar hácia las montañas eternas. De este modo la muerte no la separa de nada, porque la fe la habia separado de todo.

No quiero añadir que las mudanzas que suceden en la hora de la muerte y que de tanta desesperacion son para el pecador, nada inmutan al alma fiel. Es verdad que se apaga su razon; pero ya habia mucho tiempo que la habia cautivado bajo el yugo de la fe, y apagado sus vanas luces en presencia de la luz divina y profundidad de sus misterios; oscurécense sus ojos moribundos y se cierran para todas las cosas visibles; pero ya habia mucho tiempo que no miraba sino las invisibles; su lengua inmóvil se traba, pero ya habia mucho tiempo que la habia puesto una guarda de circunspeccion y meditaba en el silencio las misericordias del Dios de sus padres; túrbanse todos sus sentidos y pierden su uso natural, pero ya habia mucho tiempo que ella misma se le habia prohibido, y aunque en diferente sentido que los ídolos vanos, tenia ojos y no veia, oidos y no oia, olfato y no usaba de él, sabor y solo gustaba las cosas del cielo. Finalmente, disípanse los rasgos de una vana hermosura, pero ya habia mucho tiempo que toda su hermosura estaba en lo interior, y solo se ocupaba en adornar su alma con los dones de la gracia y de la justicia.

Nada, pues, se muda para esta alma cuando muere; su cuerpo se destruye, todas las criaturas desaparecen, la luz se retira, toda la naturaleza se vuelve á su antigua nada, y en medio de todas estas mudanzas ella sola no se muda, ella sola permanece siempre la misma. ¡Oh, católicos, y que grande hace la fe á la alma justa que está para espirar! ¡qué espectáculo el de el alma fiel en este último instante, tan digno de Dios, de los ángeles y de los hombres! Entonces es cuando esta alma parece dueña del mundo y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las criaturas, entonces es cuando esta alma, participando ya de la grandeza é inmutabilidad con quien va á unirse, se levanta sobre todas las cosas, sobre el mundo sin tener parte en él, sobre un cuerpo mortal sin tenerle apego, en medio de sus párientes y amigos sin verlos ni conocerlos, entre las lágrimas y gemidos de los suyos sin oirlos, en medio de los estorbos y movimientos que ocasiona su muerte á su vista, sin perder su tranquilidad. *Está libre entre los muertos.*[1] Inmóvil en el seno de Dios, en medio de la destruccion de todas las cosas. ¡Oh, y qué cosa tan grande es, vuelvo á decir, el haber vivido en la observancia de la ley del Señor y morir en su temor santo! ¡cómo se manifiesta al alma fiel en este último instante la grandeza de la fe! Este es el instante de sus glorias y de sus triunfos, es el punto en que se reune todo el resplandor de su vida y de sus virtudes. ¡Cómo deleita ver entonces al justo caminar con paso tranquilo y majestuoso hácia la eternidad, y cómo tenia razon aquel profeta infiel, para decir antiguamente, viendo entrar al pueblo de Israel en la tierra de promision, el triunfo de su marcha y la confianza de sus cánticos: *¡Ojalá muera mi alma en la muerte de los justos, y mi fin les sea semejante!*[2]

Lo que últimamente, católicos, acaba de llenar al alma fiel de consuelo y alegría en aquellos últimos instantes, es la memoria de lo futuro: *Securitas de æternitate.* El pecador mientras le dura la salud mira con tranquilidad lo por venir; pero en este último instante viéndolo ya de cerca, se muda su tranquilidad en terror y espanto. Por el contrario el alma justa, mientras vivia en esta vida mortal no se

1 Psalm. 87. v. 6.
2 Núm., 23. v. 10.

atrevia á mirar sin miedo la profundidad de los juicios de Dios; trabajaba para su salvacion con temor y con temblor; estremecíase con solo pensar en este por venir terrible, en que apenas se salvarán los justos, si son juzgados sin misericordia; pero que al contrario, cuando está para espirar, el Dios de paz que se la manifiesta, calma todos sus sustos, cesan de repente sus temores y se mudan en una suave esperanza, penetra ya con sus ojos medio muertos la nube de la mortalidad que la rodea, y ve, como otro San Estévan, al Hijo del hombre, que está á la diestra de su Padre, dispuesto á recibirla; ve aquella patria inmortal, por la que tanto habia suspirado y en la que siempre habia habitado en espíritu, aquella Sion santa, llena de la presencia y gloria del Dios de sus padres, en la que embriaga á sus escogidos con un torrente de delicias, y les da á gustar todos los dias los incomprensibles bienes que tiene preparados para los que le aman; aquella ciudad del pueblo de Dios, morada de los santos, habitacion de los justos y profetas, en donde hallará á sus hermanos, con quienes estuvo unida por caridad en la tierra y con quienes bendecirá eternamente las misericordias del Señor y cantará con ellos las alabanzas de su gracia.

¡Oh, católicos! Cuando los ministros de la Iglesia llegan últimamente á anunciar á esta alma que ha llegado su hora y que se acerca la eternidad, cuando van á decirla en nombre de la Iglesia que los envia: Camina, alma cristiana: *Proficiscere, anima christiana;* sal finalmente de esta tierra en que has sido tanto tiempo extranjera y cautiva; ya se ha acabado el tiempo de los trabajos y de las tribulaciones; ya llega por fin el justo juez á romper las cadenas de tu mortalidad; vuelve al seno de Dios de donde saliste, deja ya un mundo que no te merecia: *Proficiscere, anima*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

christiana: ya por fin el Señor se compadeció de tus lágrimas, ya viene á abrirte el camino de los santos y las puertas eternas; camina, alma fiel, vé á unirte con la Iglesia del cielo que te espera; pero acuérdate de tus hermanos, los que dejas acá en la tierra, expuestos aún á las tentaciones y borrascas; compadécete del triste estado de la Iglesia militante, que te engendró en Jesucristo y que te ve con envidia salir del mundo; ruega para que se acabe su cautiverio y se una eternamente con su Esposo, del que aun está separada: *Proficiscere, anima christiana.* Los que duermen en el Señor no mueren eternamente, pues nosotros aunque te perdamos en la tierra, es para volver á hallarte dentro de poco con Jesucristo en el reino de los santos; el cuerpo que ahora dejas para que sea presa de los gusanos y de la corrupcion, te seguirá muy presto inmortal y glorioso; no perecerá ni un cabello de tu cabeza; en tus cenizas quedará una semilla de inmortalidad hasta el dia de la revelacion, en que tus huesos áridos volverán á cobrar vida y parecerán mas resplandecientes que la luz. ¡Qué felicidad la tuya de salir por último de tantas miserias que aun nos afligen á nosotros, de no estar ya expuesta como tus hermanos, á perder al Dios que vas á poseer; de cerrar finalmenmente los ojos á todos los escándalos que nos afligen, á la vanidad que nos engaña, á los ejemplos que nos llevan tras sí, á las inclinaciones que nos dividen, á las agitaciones que nos disipan! ¡Qué felicidad el salir por último de un lugar en donde todo nos disgusta, todo nos mancha, en donde somos molestos aun á nosotros mismos, en donde solo vivimos para hacernos desgraciados, é ir á una morada de paz, de alegría, de serenidad, en donde no hay mas ocupacion que gozar del Dios que se ama! *Proficiscere, anima christiana.*

¡Qué nueva esta de gozo y de inmortalidad para el alma justa! ¡qué órden tan feliz! ¿Con qué paz, con qué confianza, con qué accion de gracias la aceptará? Levanta entonces al cielo sus ojos ya casi muertos, como otro viejo Simeon, y mirando á su Señor que viene hácia ella, le dice con su corazon: romped, ¡oh Dios mio! cuando gustáreis estas reliquias de la mortalidad, estos débiles lazos que aun me detienen; espero en paz el efecto de vuestras eternas promesas. De este modo, purificada con las expiaciones de una vida santa y cristiana, fortalecida con los últimos remedios de la Iglesia, lavada con la sangre del Cordero, confortada con la esperanza de las promesas, consolada con la secreta suavidad del espíritu que habita en ella, muere para vivir eternamente, cierra sus ojos con una santa alegría á todas las criaturas, se duerme tranquilamente en el Señor, y vuelve al seno de Dios de donde habia salido.

Católicos, inútiles son aquí las reflexiones; este es el fin de los que han vivido en el temor del Señor; su muerte es preciosa en la presencia de Dios, como lo ha sido su vida; este es el fin deplorable de los que le han olvidado hasta esta última hora. La muerte de los pecadores es abominable á los ojos de Dios, como su vida; si vivís en el pecado, morireis con los horrores é inútiles pesares del pecador, y vuestra muerte será una muerte eterna: si vivís en la justicia, morireis en la paz y confianza del justo y vuestra muerte no será mas que un tránsito á la bienaventuranza. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna et majestate.

Verán entonces al Hijo del hombre que vendrá sobre una nube con gran poder y majestad.

Luc. 21. v. 27.

SEÑOR:

Este ha de ser el último espectáculo que acabará las revoluciones eternas que la figura de este mundo ofrece cada dia á nuestra vista, y que ó nos divierten con su novedad ó nos engañan con sus encantos; tal será la venida del Hijo del hombre el dia de su revelacion, el cumplimiento de su reino y la entera redencion de su cuerpo místico; tal el dia en que se manifiesten las conciencias, aquel dia de calamidad y desesperacion para unos, y de paz, alegría y consuelo para otros; la esperanza de los justos, el terror de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los pecadores, el dia en que se decidirá la suerte de todos los hombres.

Esta imágen siempre presente que las profecías del Salvador acerca de este terrible dia habian dejado á los primeros fieles, los hacia pacientes en las persecuciones, alegres en los trabajos, gloriosos en los oprobios; esta fué la que mantuvo despues la fé de los mártires, animó la constancia de las vírgenes, suavizó á los anacoretas los horrores del desierto; esta la que aun hoy puebla las soledades religiosas que levantó la piedad de nuestros padres contra el contagio del siglo.

Vosotros mismos, católicos, acordándoos alguna vez del formidable aparato de este gran suceso, no habeis podido menos de compungiros y temer con su memoria; pero estos temores han sido pasajeros, se disiparon al instante con otras ideas suaves y alegres que sucedieron y que os restituyeron á vuestra antigua calma. ¡Oh Dios! en los tiempos felices de la Iglesia se hubiera tenido por apostasía de la fe el no desear el dia del Señor; todo el consuelo de los primeros discípulos era el esperarle, y aun era menester que acerca de esto moderasen los apostoles la santa ansia de los fieles, y hoy es necesario que la Iglesia se valga de todo el terror de nuestro ministerio para hacer acordar de él á los cristianos, y todo el fruto de nuestros discursos se reduce á hacerle temer.

No obstante, no es mi intento referiros aquí toda la historia de esta terrible venida; quiero ceñirme á una de aquellas circunstancias que me ha parecido siempre mas propia para hacer impresion en los corazones, y es la manifestacion de las conciencias.

Es, pues, mi intento manifestar que el pecador en la tierra nunca se conoce tal como es, ni es mas que medio

conocido de los hombres; vive por lo comun desconocido á sí mismo por su ceguera y á los demás por sus disimulos y artificios. En este gran dia se conocerá y será conocido; el pecador manifestado á sí mismo y el pecador manifestado á las criaturas, son los dos puntos sobre que he determinado hacer algunas sencillas y edificantes reflexiones. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Todo se reserva para lo por venir, dice el sábio, y queda incierto en la tierra, porque todo sucede igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece víctimas y al que desprecia los sacrificios.[1] Porque á la verdad, católicos, ¿qué idea formariamos de la Providencia en el gobierno del universo si juzgásemos de su sabiduría y de su justicia por los diversos destinos que en el mundo da á los hombres? ¿seria posible que los bienes y los males se dispensasen en la tierra sin distincion, sin eleccion y sin respeto? ¿habia de gemir el justo casi siempre en la afliccion y en la miseria, viviendo el impío al mismo tiempo cercado de gloria, de placer y de abundancia? ¿y despues de tan diferentes fortunas, de costumbres tan contrarias, habian ambos de caer igualmente en un eterno olvido, sin que el Dios justo y vengador que han de hallar despues, se dignase de pesar sus obras y discenir sus méritos? ¡Oh Señor! vos sois justo y á cada uno le dareis segun el mérito de sus obras. Supuesto este gran punto de la fe cristiana, tan conforme á la equidad natural, digo: que en este terrible dia, en que á vista de todo el universo

1 Eccles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecerá el pecador ante el terrible tribunal, acompañado de sus obras, será la manifestacion de las conciencias el mayor suplicio del alma infiel. Primeramente se hará patente á sí misma con un riguroso exámen, cuyas circunstancias voy á manifestaros.

No quiero detenerme en ponderaros los títulos propios del que os ha de examinar y que anuncian todo el rigor de que ha de usar cuando pese en su peso vuestras obras y pensamientos; será un legislador severo, celoso de la santidad de su ley, y que os juzgará segun ella; se desvanecerán todas las mitigaciones, todas las vanas interpretaciones introducidas por la costumbre ó inventadas por una falsa ciencia; las disipará todas el resplandor de la ley, caerán las vanas salidas con que habian halagado al pecador, y el legislador irritado examinará casi con mas rigor las falsas interpretaciones que habian alterado su pureza, que las trasgresiones manifiestas con que habia sido violada; será un juez encargado de los intereses de la gloria de su Padre contra el pecador, establecido para juzgar entre Dios y el hombre, y este dia será el dia de su celo por el honor de la Divinidad contra los que no la hayan tributado el honor que la es debido; será un Salvador que os manifestará sus llagas para echaros en cara vuestra ingratitud; cuanto ha hecho por vosotros se volverá contra vosotros; su sangre, precio de vuestra salud, levantará su voz y pedirá vuestra perdicion, y el desprecio de sus favores se contará entre vuestros mayores delitos; será el escrutador de los corazones, á cuya vista se manifestarán los mas ocultos consejos y los mas secretos pensamientos. Finalmente, será un Dios de una majestad terrible, en cuya presencia se desharán los cielos, se confundirán los elementos, se trastornará toda la naturaleza, y se hallará el pecador solo y precisado á sufrir su exámen y el terror de su presencia.

Ved aquí, pues, las circunstancias de este terrible exámen. Primeramente, será el mismo respecto de todos los hombres. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes*,[1] dice otro evangelista. No se atenderá ni á la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento ni de temperamento, y como el Evangelio por donde habeis de ser juzgados es la ley de todos los tiempos, de todos los Estados y que propone unas mismas leyes al noble y al plebeyo, al príncipe y al vasallo, á los grandes y al pueblo, al solitario y al que vive entre los negocios del mundo, al fiel que vivia en el fervor de los primeros tiempos y al que ha tenido la desgracia de vivir en la relajacion de estos siglos, no habrá distincion alguna en el modo de examinar á los culpados. Las excusas fundadas en la dignidad, en el nacimiento, en los peligros de su estado, en las costumbres de su siglo, en la debilidad del temperamento, serán vanas, no se admitirán, y el justo Juez pedirá entonces tan exacta cuenta acerca de la castidad, de la modestia, de la ambicion, del perdon de las ofensas, de la negacion de sí mismo, de la mortificacion de los sentidos, al griego como al bárbaro, al pobre como al rico, al que vivió en el mundo como al que vivió en la soledad, al príncipe como al simple ciudadano; finalmente, á los cristianos de estos últimos tiempos, como á los primeros discípulos del Evangelio. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

¡Oh vanos juicios de la tierra, qué habeis de hacer entonces tan extraordinariamente confundidos! ¡qué poco caso haremos de la nobleza de la sangre, de la gloria de

1 Matth. 25, v. 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestros mayores, del resplandor de la reputacion, de la distincion de los talentos y de todos los pomposos títulos con que acá en la tierra procuran los hombres exaltar su bajeza y sobre los que fundan tantas distinciones y privilegios; cuando veamos en aquel monton de culpados al soberano confundido con el esclavo, los grandes con el pueblo, los sábios puestos sin órden entre los ignorantes y simples, los dioses de la guerra, aquellos hombres invencibles y gloriosos que habian llenado el mundo con el ruido de su nombre, puestos al lado del rústico, del labrador. ¡Oh Dios mio! vos solo teneis la gloria, el poder, la inmortalidad; los demas títulos de soberbia serán destruidos y aniquilados con el mundo que los inventó, y cada uno parecerá rodeado solamente de sus obras.

En segundo lugar. Este exámen será universal, esto es, se harán en él presentes todas las edades y todas las circunstancias de nuestra vida, las flaquezas de la niñez, que se os han olvidado, los excesos de la juventud, en la que casi todos los instantes fueron otros tantos delitos; la ambicion y cuidados de una edad mas madura, la obstinacion y los pesares de una vejez acaso lasciva. ¡Qué espanto, católicos, cuando volviendo á pasar por las diversas escenas que habeis representado en el mundo, os halleis en todas profano, disoluto, voluptuoso, sin virtud, sin penitencia, sin buenas obras, sin haber pasado por todos estos estados mas que para juntar mayor tesoro de indignacion y habiendo vivido en todos como si todo hubiera de morir con vosotros!

La variedad de sucesos que acá en la tierra se suceden unos á otros y que dividen nuestra vida, no fijan nuestra atencion mas que á lo presente, y no nos permiten que nos acordemos de ella toda entera, ni que veamos todo lo que

somos; nunca registramos mas de lo que nos ofrece nuestro estado presente; la última situacion es siempre por la que juzgamos de nosotros mismos. Un pensamiento de salvacion con que Dios nos favorece alguna vez, calma en nosotros la insensibilidad de muchos años; un dia empleado en ejercicios de piedad nos hace olvidar toda una vida delincuente; el confesar nuestros pecados en el tribunal de la penitencia, los borra de nuestra memoria y nos olvidamos de ellos como si nunca los hubiéramos cometido; en una palabra, nunca vemos mas que lo presente del estado de nuestra conciencia; pero delante del terrible Juez todo se presentará junto, se manifestará la historia toda entera; desde el primer pensamiento que formó vuestro corazon, hasta su último suspiro, todo se pondrá á la vista. Aquí se reunirán todas las iniquidades repartidas por las diferentes edades de vuestra vida, sin que se oculte ni una accion, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra; ¿pues qué será de nuestras obras cuando están contados hasta nuestros cabellos? Veremos revivir toda la carrera de nuestros años, que estaba como aniquilada para nosotros y que no obstante vivia en la presencia de Dios; hallaremos en ella, no las historias perecederas en que debian conservarse para la posteridad nuestras vanas acciones, no aquellas relaciones lisonjeras de nuestras militares hazañas y de aquellos admirables sucesos que habian llenado tantos volúmenes y agotado tantas alabanzas; no aquellas memorias públicas en que estaba señalada la elevacion de nuestro nacimiento, la antigüedad de nuestro orígen, la gloria de nuestros antepasados, las dignidades que los condecoraron, el lustre que nosotros hemos añadido á su nombre, y toda la historia, por decirlo así, de las ilusiones y errores humanos; esta inmortalidad tan ponderada que nos prometia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos, será sepultada entre las ruinas del universo; pero al mismo tiempo veremos la historia mas terrible y mas exacta de nuestro corazon, de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion, esto es, aquella parte interior é invisible de nuestra vida, tan desconocida á nosotros mismos como á los demás hombres.

Sí, católicos, además de la historia exterior de nuestras costumbres, que todo se hará presente, lo que mas nos admirará será la historia secreta de nuestro corazon, que entonces se manifestará toda entera á nuestra vista, de este corazon que nunca habiamos sondeado ni conocido; de este corazon que sin cesar se nos ocultaba á nosotros mismos, y que con nombres especiosos nos disfrazaba la vergüenza de sus pasiones; de este corazon, cuya grandeza, rectitud, magnificencia, desinterés y bondad tanto habiamos ponderado; á quien el público error y la adulacion habian mirado como tal y que nos habia colocado sobre los demás hombres. Tantos vergonzosos deseos que apenas se habian formado cuando procurábamos ocultarlos aun á nosotros mismos; tantos ridículos proyectos de fortuna y elevacion, halagüeños errores á que nuestro corazon engañado se entregaba sin cesar; tantas envidias ruines y secretas, las que por soberbia disimulábamos, siendo, no obstante, como eran, el principio invisible de toda nuestra conducta; tantas disposiciones pecaminosas, que mil veces nos indujeron á desear el que fuesen eternos ó que quedasen sin castigo los deleites de los sentidos; tantos ódios y rencores que corrompieron nuestro corazon aun sin saberlo nosotros; tantos pensamientos obscenos y viciosos, de los que con tanta gracia nos gloriábamos; tantos proyectos infames á los que solo faltó la ocasion, de los que no hicimos caso porque no salieron de nuestro corazon; en una palabra, aquella variedad de pasiones que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior. Todo esto es lo que se manifestará á nuestra vista. Veremos salir, dice San Bernardo, como de una emboscada, delitos sin número, de los que nunca nos habiamos creido culpables. *Prodient ex improviso, et quasi ex insidiis.* Seremos manifestados á nosotros mismos, se nos hará entrar en nuestro corazon, en el que nunca habiamos habitado. Una repentina luz iluminará este abismo, se revelará este misterio de iniquidad, y veremos que lo que mas ignorábamos de nosotros era á nosotros mismos.

Al exámen de los males que hemos hecho sucederá el de los bienes que dejamos de hacer. Se nos acordarán entonces las infinitas omisiones de que ha estado llena nuestra vida y de las que ni aun remordimientos habiamos tenido; tantas circunstancias en que por nuestro carácter estábamos obligados á dar gloria á la verdad y en que la hicimos traicion por viles intereses ó por condescendencias indignas; tantas ocasiones de hacer bien como Dios nos habia presentado y las despreciábamos casi siempre; tantas ignorancias culpables y voluntarias por haber temido siempre á la luz y huido de los que nos podian instruir; tantos sucesos tan propios para abrirnos los ojos y que solo sirvieron de aumentar nuestra ceguera; tanto bien como pudiéramos haber hecho con nuestros talentos ó ejemplo, y le hemos estorbado con nuestros vicios; tantas almas á quienes con nuestras liberalidades hubiéramos podido conservar en la inocencia, y las hemos dejado perecer por no haber querido cercenar nada de nuestras profusiones; tantos delitos como hubiéramos podido hacer evitar á nuestros inferiores ó iguales con reprensiones discretas y consejos útiles, los que la indolencia, la cobardía ó acaso otros fines mas culpa-

bles nos han hecho suprimir; tantos dias, tantos instantes como hubiéramos podido aprovechar para el cielo, pasados inútilmente y en una indigna ociosidad. Y lo mas terrible es que esta será la parte mas inocente de nuestra vida que se presente á nuestra vista, y que á lo mas ofrece un gran vacío á nuestra memoria.

¡Qué pesar entonces para el alma fiel el ver tantos dias perdidos, sacrificados á la inutilidad y al mundo que ya pereció, cuando un solo instante consagrado á un Dios, fiel en sus promesas, hubiera podido merecerla la felicidad de los santos! ¡el ver tantas bajezas, tantos rendimientos por unos bienes y una fortuna miserable que no habian de durar mas que un instante, cuando una sola violencia sufrida por Jesucristo hubiera podido asegurarla un reino inmortal! ¡Qué pena el ver que no hubiera tenido necesidad de tantos cuidados ni de tantos trabajos para salvarse como ha padecido para perderse, y que un solo dia de esta larga vida de los que empleó para el mundo, le hubiera bastado para la eternidad!

A este exámen sucederá, en cuarto lugar, el de las gracias de que habeis abusado; tantas inspiraciones santas despreciadas ó mal obedecidas, tantos cuidados y atenciones de la divina Providencia con vuestra alma inutilizados; tantas verdades como os hemos predicado, que en otros fieles han obrado la penitencia y la salud y siempre han caido en vano en vuestros corazones; tantos contratiempos y aflicciones como os envió el Señor para llamaros á sí, de las que no quisisteis aprovecharos; tantos dones, aun de naturaleza, que debian fundar en vosotros esperanzas de virtud y de que os valísteis para fomentar vuestros vicios. ¡Ah! si el siervo inútil solo por haber escondido su talento fué arrojado á las tinieblas exteriores, ¿qué perdon podreis esperar vosotros que recibísteis tantos y los habeis empleado todos contra la gloria del Señor que os los entregó?

¿Qué cuenta tan terrible será esta? Jesucristo os pedirá el precio de su sangre: os quejais algunas veces de que Dios no hace bastante por vosotros, que os hizo nacer flacos y de un temperamento de que no sois dueños, y no os da los auxilios necesarios para resistir á las ocasiones en que estais metidos! ¡Ah! ¡y cómo vereis entonces que toda vuestra vida ha sido un continuo abuso de sus dones! Vereis cómo entre tantas naciones infieles que no le conocian, fuísteis los privilegiados, ilustrados, llamados á la fe, mantenidos con la doctrina de la verdad y con la virtud de los Sacramentos, socorridos continuamente con sus inspiraciones y gracias. Os admirareis al ver cuánto ha hecho Dios por vosotros y lo poco que vosotros habeis hecho por Dios. Vuestras quejas se mudarán en una confusion profunda, que no hallará mas consuelo que la desesperacion.

Hasta ahora el justo, Juez solo os ha examinado de los delitos que son propios vuestros. ¿Pero qué será cuando entre en cuenta con los pecados ajenos, de que fuísteis ocasion ó causa en vuestros prójimos, y que por consiguiente se os han de imputar? ¡Qué nuevo abismo os presentarán todas las almas á quienes fuísteis motivo de ruina ó escándalo, todas las almas á quienes vuestras conversaciones, vuestros consejos, vuestros ejemplos, vuestras solicitaciones, vuestras inmodestias precipitaron con vosotros en una perdicion eterna; todas las almas cuya flaqueza engañásteis, cuya inocencia corrompísteis, cuya fe pervertísteis, cuya virtud trastornásteis, cuyo libertinaje autorizásteis, cuya impiedad asegurásteis con vuestras persuasiones, ó con el ejemplo de vuestra vida! Jesucristo, de quien son y que las rescató con su sangre, os las pedirá como su mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estimada herencia, como su mas preciosa conquista, que injustamente le habeis usurpado. Y si el Señor señaló á Cain con una señal de reprobacion cuando le pidió cuenta de la sangre de su hermano, juzgad con qué señal os marcará cuando os pida cuenta de su alma.

Pero aun no es esto todo. Si fuísteis hombre de república y autoridad, ¡cuántos abusos autorizados! ¡cuántas injusticias disimuladas! ¡cuántas obligaciones sacrificadas, ó á vuestros intereses, ó á las pasiones é intereses ajenos! ¡cuántas acepciones de personas contra la equidad y la conciencia! ¡cuántas injustas empresas aconsejadas! ¡y aun acaso, cuántas guerras, cuántos desórdenes, cuántos males públicos de que fuísteis ó el autor ó el indigno ministro! ¡Vereis que vuestra ambicion ó vuestros consejos fueron como la fatal raíz de una infinidad de desgracias y calamidades de vuestro siglo, de males que se perpetúan y pasan de padres á hijos, y os admirareis al ver que vuestras iniquidades han vivido mas que vosotros, y que aun mucho tiempo despues de vuestra muerte érais culpable en la presencia de Dios de una infinidad de delitos y desórdenes que sucedian en la tierra! Aquí es, católicos, donde se conocerá el peligro de los cargos públicos, los precipicios que rodean aun al mismo trono, los escollos de la autoridad, y con cuánta razon llama felices el Evangelio á los que viven en la oscuridad de una condicion privada, con cuánta prudencia nos inspiraba la religion el horror á la ambicion, la indiferencia á las grandezas de la tierra, el desprecio de lo que solo es grande á los ojos de los hombres, y nos aconsejaba el no amar sino lo que siempre debe amarse.

¿Pero os parece que si estais libres de todos estos vicios que se acaban de referir, aplicados ya ha mucho tiempo á las obligaciones de la vida cristiana, que no os tocará este

terrible juicio, ó á lo menos que os presentareis en él con mas confianza que el alma delincuente? Sin duda que sí, católicos, este dia será el dia del triunfo y de la gloria de los justos, el dia que justificará los tan ponderados excesos de retiro, de mortificacion, de modestia, y delicadeza de conciencia, que tanto habia censurado el mundo y de que tanto se habia burlado; sin duda se presentará el justo ante este terrible tribunal con mayor confianza que el pecador; pero con todo eso, parecerá en él y serán juzgadas hasta sus mismas buenas obras; vuestras virtudes, vuestras obras santas serán expuestas á este exámen riguroso. El mundo que muchas veces niega los elogios debidos á la virtud mas verdadera, suele algunas veces darlos con ligereza á las apariencias de virtud. Muchos justos hay que se engañan á sí mismos y que solo deben este nombre á la reputacion y error público; por eso dice el Señor: no solo visitaré á Tiro y Sidon en el dia de mi furor, esto es, á los pecadores, cuyos delitos parece los confunden con los infieles y habitadores de Tiro y de Sidon, sino que llevaré la luz de mis juicios hasta Jerusalen; esto es, examinaré, inquiriré, sondearé los motivos de aquellas obras santas que parecian igualaros con las almas mas fieles de la santa Jerusalén: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.*[1]

Registraré hasta el primer motivo de aquella conversion que tanto ruido hizo en el mundo, y veré si acaso fué su raiz alguna desesperacion secreta, la decadencia de la edad ó de la fortuna, algunos ocultos fines de favor y elevacion, y no el horror al pecado y el amor á la justicia: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.*

Cotejaré las liberalidades con los pobres, las visitas de misericordia, el celo de las obras de piedad y la proteccion

1 Sophon. 1. v. 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

concedida á mis siervos, con las complacencias, los deseos de estimacion, la ostentacion, los fines humanos que las han inficionado, y acaso hallaré que mas son frutos de la vanidad que efectos de la gracia y obra de mi espíritu: *Scrutabor, etc.*

Llamaré á juicio aquella frecuencia de Sacramentos, de oraciones, de santos ejercicios de que hicísteis costumbre, sin que en vosotros dispertase movimiento alguno de compuncion, y entonces sabreis cómo la tibieza, la negligencia, el poco fruto que los acompañaba, eran en mi presencia otras tantas infidelidades, por las que sereis juzgados sin misericordia: *Scrutabor, etc.*

Examinaré aquel retiro del mundo y de los deleites, aquella singularidad en vuestra conducta, aquella afectacion de modestia y gravedad, y acaso hallaré que mas provenia de humor, de temperamento y de pereza, que de fe, y que en una vida mas regular y mas retirada, al juicio de los hombres, todavía conservais todo vuestro amor propio, toda la pasion á vuestro cuerpo, todas las delicias de la sensualidad, y en una palabra, todas las inclinaciones de las almas mundanas: *Scrutabor, etc.*

Registraré exactamente aquel fingido celo de mi gloria, que tanto os hacia gemir por los escándalos que veíais que os movia á condenarlos con tanta satisfaccion y confianza y á declamar tan vivamente contra los desórdenes y flaquezas de vuestros hermanos; y acaso este celo, á mi vista, no será mas que una aspereza de génio, una malignidad del natural, una inclinacion á censurar y maldecir, un celo indiscreto, celo de ostentacion y de vanidad; y lejos de parecer en mi presencia celoso de mi gloria y de la salvacion de vuestros prójimos, parecereis injusto, terrible, maligno y temerario. *Scrutabor, etc.*

Os pediré cuenta de aquellos prodigiosos talentos que empleásteis, al parecer, en mi gloria y en la instruccion de los fieles, que os granjearon las bendiciones de los justos y los aplausos aun de los mundanos; y acaso los obsequios, el deseo de la estimacion y de aventajarse á los demás, y la complacencia en las alabanzas de los hombres, no dejarán ver en vuestras obras mas que las obras de un hombre y los frutos de la vanidad, y yo maldeciré estos trabajos, nacidos de tan perversa raiz. *Scrutabor, etc.*

¡Gran Dios! ¡cuántas de las obras con que yo habia contado se hallarán entonces muertas en vuestra presencia! ¡oh qué exámen tan terrible! De todas cuantas acciones ejecutamos por vos, ¡qué pocas serán las que querreis tener por vuestras y que sean juzgadas dignas de recompensa!

No infirais de aquí, católicos, que es inútil el trabajar por la salvacion, pues parece que el justo juez solo intenta perder á los hombres; ¡qué es lo que decís! al contrario, solo vino por salvarlos, y sus misericordias excederán á sus justicias. Lo que debeis inferir es, que si estas almas justas, á quienes tantas veces habeis acusado de exceso y de escrúpulo en la práctica de las obligaciones de la vida cristiana, como si en esto cometieran exceso, si estas almas puestas en la presencia de Dios parecerán tibias, sensuales, imperfectas, y acaso delincuentes, ¿qué será entonces de vosotros que vivís entre los peligros y placeres del mundo, que solo empleais los mas inútiles instantes de vuestra vida en obsequio de la religion y de la salvacion, que apenas ejecutais una obra de piedad en un año entero de disolucion é inutilidad? Si aun correrán peligro los que están encargados de buenas obras que poder presentar, vosotros que no podreis ofrecer mas que una vida mundana, ¿qué suerte debeis temer? Si al leño verde se le trata con tanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rigor, ¿qué sucederá al seco? Y si apenas se salva el justo, el alma mundana (no digo el pecador, que ese ya está juzgado) que vive sin vicios ni virtudes, ¿cómo se atreverá á presentarse?

Muchas veces nos decís, católicos, que vuestra conciencia no os acusa de delitos enormes, que no sois ni bueno ni malo, y que vuestro solo pecado es la indolencia y la pereza. ¡Ah, y cómo no os conoceréis en el tribunal de Jesucristo! vereis que el testimonio de vuestra conciencia, que no os remordia de delito alguno, que no os ofrecia casi nada que decir al confesor, era una ceguedad terrible, á la que os habia entregado la justicia de Dios. Vereis por el temor con que estarán los justos, lo que debeis temer vosotros mismos, y si la confianza con que siempre vivísteis, era la paz de la conciencia buena, ó la falsa seguridad de la mundana.

¡Oh, Dios mio! exclama San Agustin, ¡si pudiera yo ver ahora el estado de mi alma del mismo modo que me lo manifestareis entonces! *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¡Si yo pudiera despojarme de estas preocupaciones que me ciegan, desconfiar de estos ejemplos que me aseguran, de estas costumbres que me sosiegan, de estas alabanzas que me engañan, de esta elevacion y estos títulos que me sacan de mí, de estos talentos que oscurecen mi vista, de estas condescendencias de un director que me asegura, de este amor propio, que es la raiz de todos mis errores, y pudiera yo verme solo á vuestros piés y á vuestra luz! ¡Oh Dios mio! ¿qué horror tendria yo de mí mismo! *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¿Y qué medidas tomaria yo, confundiéndome en vuestra presencia, para evitar la pública confusion de aquel temible dia, en que

se manifestarán los consejos del corazon y los mas secretos pensamientos? Porque, católicos, no solo se hará presente el pecador á sí mismo, sino que se manifestará tambien á todas las criaturas.

SEGUNDA PARTE.

Dos desórdenes nacen en el mundo de la inevitable confusion de los buenos con los malos en la tierra. Primeramente, el vicio, con el fervor de esta confusion, se oculta de la vergüenza pública que le es tan debida, y la virtud desconocida no recibe los elogios que merece. En segundo lugar, exaltado las mas veces el pecador, ocupa los primeros puestos, mientras el justo vive en el abatimiento y está hollado á sus piés como un esclavo. En este dia se manifestarán dos cosas que repararán estos dos desórdenes. Primeramente, se distinguirán los justos de los pecadores por la pública manifestacion de su conciencia. En segundo lugar, se distinguirán de los justos en el estar separados de ellos y en la diferencia de los lugares y puestos que les serán señalados en los aires: *Et separabit eos ab invicem, sicut Pastor segregat oves ab hædis.*[1] Estadme atentos.

Para comprender bien toda la confusion que padecerá el alma pecadora cuando sea manifestada á todas las criaturas, y expuestos al público aun sus mas secretos vicios, no hay mas que atender, primeramente al número y carácter de los que han de ser testigos de su vergüenza; en segundo lugar, al cuidado que ella habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á los ojos de los hombres cuando vivia en la tierra. En tercer lugar, finalmente, á las cuali-

1 Matth. 25. v. 32.

dades personales, que harán aun mas profunda y molesta su confusion.

Figuraos aquí, católicos, el alma delincuente ante el tribunal de Jesucristo, rodeada de ángeles y de hombres: los justos, los pecadores, sus parientes, sus súbditos, sus señores, sus amigos, sus enemigos, todos mirándola atentamente; presentes al terrible exámen que el justo Juez hará de sus acciones, de sus deseos y de sus pensamientos; obligados, aunque por fuerza, asistir á su juicio, y á ser testigos de la justa sentencia que contra ella pronunciará el Hijo del hombre; la faltarán al alma infiel en este dia todos los remedios que acá en la tierra pueden aliviar la mas terrible confusion.

Primer remedio. Acá en la tierra cuando hemos cometido algun delito que nos ha hecho caer en desprecio, todo pasa en la presencia de cierto número de testigos, que se hallan en nuestra nacion ó en los lugares de nuestro nacimiento: despues podemos apartarnos de ellos para no tener continuamente á nuestra vista la memoria y el argumento de nuestra pasada vergüenza: podemos mudar domicilio y buscar en otra parte, entre hombres desconocidos, la reputacion que ya habiamos perdido. Pero en este gran dia todos los hombres justos oirán la historia secreta de vuestras costumbres y de vuestra conciencia; no podreis ir á ocultaros de la vista de los asistentes, buscar nuevas regiones, ni huir á los desiertos como Caín; cada uno estará quieto é inmóvil en el lugar que se le hubiere señalado, teniendo escrita en su frente la sentencia de su condenacion y toda la historia de su vida, con la precision de sufrir las miradas de todo el universo y la vergüenza de sus flaquezas. No habrá entonces lugar separado en donde poderse ocultar de la vista del público. La luz de Dios, la sola gloria del Hijo del hombre llenará el cielo y la tierra, y en los vastos espacios que os rodearán no descubrireis mas que los ojos atentos de todos los que os miran.

Segundo remedio. Acá en la tierra, aun cuando pública nuestra vergüenza y hemos sido degradados de nuestro honor para con los hombres, siempre se hallan á lo menos algunos pocos amigos que nos favorezcan, cuya estimacion y trato nos alivia en algun modo del público desprecio, y cuya benignidad nos ayuda á sufrir los furores de la pública censura; pero en este dia la presencia de nuestros amigos será el objeto mas insufrible á nuestra vergüenza: si son pecadores como nosotros, nos echarán en cara nuestros comunes placeres y nuestros ejemplos, en los que acaso hallaron el primer escollo de su inocencia; si son justos, como la vista de los santos es sencilla y nos tuvieron siempre por hijos de luz, nos echarán en cara el que abusamos de su buena fe y el que engañamos su amistad; amábais al justo, nos dirán, y aborrecíais la justicia; protegíais la virtud, y en vuestro corazon colocábais sobre el trono al vicio; amábais en nosotros la rectitud, la fidelidad, la seguridad que no hallábais en vuestros amigos mundanos, y no buscábais al Señor que formaba en nuestro corazon todas estas virtudes. ¡Oh! ¿es posible que el autor de todos nuestros dones no mereciese ser mas amado y mas buscado que nosotros!

Y ved aquí el *tercer remedio* que faltará á la confusion del alma pecadora. Porque caso que acá en la tierra no hallemos amigos que se interesen en nuestras desgracias, á lo menos hay muchas personas indiferentes á quienes no ofendan nuestros defectos y no se declaran contra nosotros. Pero en aquel terrible dia no habrá quien nos mire con indiferencia. Los justos, que tanto sienten en este mundo las calamidades de sus prójimos, que son tan ingeniosos para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscar excusas á sus defectos, ó á lo menos para cubrirlos con el velo de la caridad y minorarlos á vista de los hombres, cuando no pueden hallar alguna aparente excusa; los justos, desnudos entonces, á imitacion del Hijo del hombre, de aquella benignidad, de aquella misericordia de que habian usado en la tierra con sus prójimos, silbarán al pecador, dice el profeta, le insultarán, y pedirán al Señor que le castigue para venganza de su gloria; se pondrán de parte de su celo y de su justicia, y dirán burlándose: Ved al hombre que no quiso poner su confianza en el Señor, y que quiso mas confiar en la vanidad y en la mentira.[1] *Ecce homo, qui non posuit Deum adjutorem suum.* Ved al insensato, que creia ser él solo sábio en la tierra, que tenia por locura la vida de los justos y se fiaba en el fervor de los grandes, en la vanidad de los títulos y dignidades, en la extension de sus posesiones y dominios, en la estimacion y alabanza de los hombres, apoyos de barro que habian de perecer con él. ¿Donde están ahora aquellos señores, aquellos dioses de carne y sangre á quienes habia sacrificado su vida, sus cuidados y trabajos? Vengan aquí á aliviarle y defenderle, vengan á librarle de los males que le amenazan, ó por mejor decir, á librarse ellos de la condenacion que los espera: *¿Ubi sunt Dii eorum in quibus habebant fiduciam? Surgant, et opitulentur vobis, et in necesitate vos protegant.*[2] Los pecadores no se compadecerán ya de su desgracia, los aborrecerán con tanto horror como á sí mismos, la compañía en la infidelidad que debia unirlos, no será mas que un ódio eterno que los separe, una sensibilidad bárbara que solamente engendrará en su corazon pensamientos de crueldad y de furor para con sus prójimos, y aborrecerán en los otros los mismos delitos que son causa de sus penas. Finalmente, los hombres que vivian mas lejos de nosotros, las naciones mas bárbaras á quienes no habia sido anunciado el nombre de Jesucristo, llegando entonces, aunque tarde, al conocimiento de la verdad, se levantarán contra vosotros y os arguirán diciendo que si los prodigios que Dios obró, aunque en vano, con vosotros, los hubiera obrado con ellos hubieran sido ilustrados como vosotros con las luces del Evangelio y fortalecidos con los socorros de la fe y de los Sacramentos, hubieran hecho penitencia, *in cinere, et cilicio*, y se hubieran aprovechado para su salvacion de las gracias de que vosotros habeis abusado para perderos eternamente.

1 Psalm. 51. v. 9.
2 Deut. 32 v. 37. 38.

Tal será la confusion del alma reprobada: maldecida de Dios, verá al mismo tiempo que es el desprecio del cielo y de la tierra, el oprobio y anatema de todas las criaturas, aun las inanimadas, á quienes obligó á que sirviesen á sus pasiones, y que gemian, como dice San Pablo, con la esperanza de librarse de esta vergonzosa servidumbre, se levantarán contra ella á su modo. El sol, de cuya luz habia abusado, se oscurecerá como para no alumbrar mas á sus delitos. Los astros desaparecerán, como para decirla que bastante tiempo han sido testigos de sus injustas pasiones. Se abrirá la tierra debajo de sus piés, como para arrojar de su seno á un mónstruo á quien ya no podia sufrir. Y todo el universo, dice el sábio, se armará contra él para venga la gloria de su Señor á quien ultrajó: *Et pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos.*[1] ¡Oh! ácá deseamos tanto ser compadecidos en nuestras desgracias, que la sola indi-

1 Sap. 5. v. 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ferencia nos enfada é irrita, y allá no solo estarán cerrados todos los corazones á nuestros males, sino que todos los que estén presentes nos insultarán, y no tendrá el pecador mas recurso que su confusion, su desesperacion y sus delitos. Esta es la primera circunstancia de la confusion del alma pecadora, la que consiste en la multitud de los testigos.

La segunda se infiere del cuidado que habia tenido el pecador mientras vivió en la tierra de disfrazarse á la vista de los hombres, porque, católicos, el mundo es un gran teatro donde cada uno representa un personaje fingido: como estamos llenos de pasiones y éstas siempre tienen en sí alguna cosa ruin y despreciable, todo nuestro cuidado consiste en ocultar la ruindad y dar á entender lo que no somos. La iniquidad es siempre engañosa y disimulada; toda vuestra vida, ¡oh vosotros particularmente que me escuchais y que mirais los dobleces de vuestra intencion como la ciencia del mundo y de la corte! toda vuestra vida no fué mas que un continuo disfraz y artificio, aun vuestros mas sinceros é íntimos amigos no os conocian perfectamente; á todos os ocultábais, mudábais de aspecto, de dictámen y de inclinacion segun las ocasiones y calidad de aquellos á quienes queríais agradar: de este modo os habíais acreditado de sábio y de prudente, y en este dia no se verá mas que una alma vil, sin rectitud, sin verdad, y cuya mayor virtud fué ocultar su indignidad y su bajeza.

¡Tú tambien, alma infiel, á quien un sexo mas celoso del honor te hizo tan cuidadosa en ocultar tus flaquezas á la vista de los hombres! ¡tú, que con tanta destreza te librabas de la vergüenza de ser sorprendida, que tan de lejos y con tanta seguridad tomabas tus medidas para engañar la vista de un esposo, la vigilancia de una madre y aun

acaso la buena fe de un confesor; que cualquiera accidente que hubiera frustrado tus precauciones y artificios te hubiera costado la vida, considera que son inútiles todos estos cuidados, que no cubres tus desórdenes, dice el profeta, mas que con una tela de araña, la que con solo el aliento de su boca romperá el Hijo del hombre en este gran dia. Yo juntaré, dice el Señor, al rededor de tí, en presencia de todas las naciones, á todos los amantes profanos: *Congregabo super te omnes amatores tuos.* Verán aquella eterna continuacion de ficciones, de artificios y de ruindades, aquel vergonzoso comercio de protestas y juramentos de que te valias para contentar á un mismo tiempo muchas pasiones y hacer que se durmiesen en su credulidad; las verán, y registrando hasta la raiz las fingidas expresiones que los hacias, hallarán que no nacieron de su mérito, como se lo quisiste persuadir, sino de tu perverso carácter, de un corazon naturalmente inclinado á la disolucion, cuando al mismo tiempo te preciabas de tenerle tan noble y tan sincero, que nada sino el mérito podia moverle: *Congregabo super te omnes amatores tuos;*[1] *et videbunt omnem turpitudinem tuam.* Y todo esto pasará á vista de todo el universo, de tus amigos, los que conservaste con una apariencia de modestia; de tus parientes, los que ignorabas su deshonra; de un confesor á quien siempre engañaste, de un esposo que vivia muy satisfecho de tu fidelidad: *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

¡Oh Dios mio! ¿qué abismos podrá entonces haber en la tierra tan profundos que le parezcan al alma infiel suficientes para esconderse? En el mundo no ven los hombres en nuestros vicios mas que la exterioridad y los escándalos, y

[1] Ibid.

aun esta confusion nos es comun con los que todos los dias se hallan culpados de los mismos delitos; pero en el tribunal de Jesucristo se verán vuestras flaquezas en vuestro mismo corazon, esto es, su nacimiento, sus progresos, sus mas secretos motivos y mil circunstancias vergonzosas y personales, que os ocasionarán mas sonrojo que los mismos delitos. Esta será para vosotros una confusion particular que no dividireis con nadie: *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

Finalmente, la última y mas terrible circunstancia de la vergüenza del pecador serán sus cualidades personales.

Pasais plaza de amigo fiel, sincero, generoso, y entonces se verá que érais infame, pérfido, interesado, sin fe, sin honra, sin probidad y sin conciencia. Habíais pasado plaza de una alma superior á las flaquezas vulgares, y manifestareis entonces las mas indignas bajezas y ciertos lances en que el alma mas vil se hubiera muerto de vergüenza. Os miraban en el mundo como á un hombre íntegro y de incontrastable rectitud en la administracion de vuestro empleo; acaso esta fama os granjeó nuevos honores y la confianza del público, mientras que abusábais de la credulidad de los hombres; ese exterior de equidad ocultaba una alma inicua y vil, y la fortuna y el interés habian mil veces hecho traicion en vuestro interior á vuestra fidelidad y corrompido vuestra inocencia. Parecíais adornado de santidad y de justicia, os manifestábais siempre semejante á los justos, os tenian por amigo de Dios y fiel observador de su ley, y no obstante, vuestro corazon no era recto en la presencia del Señor. Cubríais con el velo de la religion una conciencia manchada y muchos misterios de ignominia. Caminábais pisando las cosas santas para llegar con mas seguridad á vuestros fines. ¡Ah! que en este dia de

revelacion vais á ver cómo se desengaña todo el universo! Los que os vieron en la tierra, admirados de vuestra nueva suerte, buscarán al hombre justo en el réprobo; la esperanza del hipócrita será entonces confundida; gozásteis injustamente de la estimacion de los hombres; pero entonces sereis conocido y Dios quedará vengado. Finalmente, ¿pero cómo me he de atrever á decirlo aquí ni revelar la vergüenza de mis hermanos? Si acaso érais dispensador de los santos misterios y ensalzado en dignidad en el templo de Dios, si se os habia entregado el depósito de la fe, de la doctrina y de la piedad, si os presentábais todos los dias en el santuario, revestido de las terribles señales de vuestra dignidad, ofreciendo dones puros y sacrificios sin mancha; si se os confiaba el secreto de las conciencias, si confortábais en la fe á los débiles, si hablábais de la sabiduría entre los perfectos y bajo el velo mas augusto y santo de la religion ocultábais las mayores execraciones de la tierra; si érais un impostor, un hombre de pecado, sentado en el templo de Dios; si enseñábais á los otros sin saberos enseñar á vos mismo; si inspirábais el horror á los ídolos y contábais vuestros dias por vuestros sacrilegios; ¡ah! por último se manifestará el misterio de iniquidad y os conocerán por lo que siempre fuísteis, anatema del cielo y vergüenza de la tierra. *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

Esta es, católicos, la confusion que cubrirá al alma reprobada, y esta no será de poca duracion. En el mundo lo mas penoso que se experimenta en una culpa es la primera vergüenza; el ruido se desvanece poco á poco, otras nuevas aventuras ocupan el lugar de las nuestras, y la memoria de nuestras caidas perece con el ruido que las habia publicado; pero en aquel gran dia quedará eternamente la vergüenza con el alma pecadora; no acaecerán despues otros

sucesos que hagan perder de vista sus delitos y su oprobio; no habrá mas mudanza, todo permanecerá fijo y eterno. Lo que se hubiere manifestado ante el tribunal de Jesucristo estará patente para toda la eternidad; aun el carácter de las penas publicará sin cesar la naturaleza de los delitos, y su vergüenza se renovará cada dia con sus tormentos. Católicos, inútiles son aquí las reflexiones. Si ha quedado aún en vosotros alguna fe, á vosotros toca registrar vuestras conciencias y tomar desde ahora las medidas para poder sufrir la manifestacion de este terrible dia.

Pero despues de haberos explicado la confusion pública que cubrirá al pecador, quisiera poder exponeros aquí cuál será la gloria y el consuelo del verdadero justo cuando se hagan patentes á la vista del universo los secretos de su conciencia y todo el misterio de su corazon, de aquel corazon cuya hermosura, oculta á los ojos de los hombres, solo era conocida de Dios; de aquel corazon en quien siempre creyó ver manchas é impurezas, habiéndole su humildad ocultado toda su santidad é inocencia; de aquel corazon en quien solamente habitó Dios y á quien siempre procuró adornar y enriquecer con sus dones y sus gracias! ¡Qué nuevas maravillas va á presentar á la vista de todo el universo este divino santuario, tan impenetrable hasta entonces, cuando se corra el velo que le cubria! ¡qué fervorosos deseos! ¡qué secretas victorias! ¡qué sacrificios heróicos! ¡qué súplicas tan puras! ¡qué gemidos tan tiernos! ¡qué excesos de amor! ¡qué fe! ¡qué grandeza! ¡qué magnanimidad! ¡qué superioridad sobre los vanos objetos que forman todos los deseos y todas las esperanzas de los hombres! Entonces se verá que no habia en el mundo cosa mayor ni mas digna de admiracion que un verdadero justo, y que estas almas á quienes teniamos por inútiles porque lo eran para nuestras pasiones, cuya vida oscura y retirada despreciábamos, se verá entonces que lo que pasaba en el corazon de una alma fiel, era mas grande y admirable que los mayores sucesos de la tierra; que solo esto merecia ser escrito en los libros eternos, y que ofrecia á la vista de Dios un espectáculo mas digno de los ángeles y de los hombres, que las victorias y conquistas que llenan en el mundo la vanidad de las historias, á las que se levantan soberbios monumentos para eternizar su memoria, y serán miradas entonces como juegos pueriles ó como el fruto de la vanidad ó de las pasiones humanas. Este es el primer desórden que se reparará en aquel gran dia. El vicio escondido acá en la tierra de la pública vergüenza, y la virtud privada de los elogios que merece.

El segundo desórden que nace en el mundo de la confusion de los buenos con los malos, es la desigualdad de sus condiciones y el injusto trueque de sus suertes. Sucede en el presente siglo lo que sucedia con la estátua cuyo misterio explica Daniel; los justos como un barro que se pisa ó como un hierro endurecido con el fuego de las tribulaciones, no ocupan acá regularmente sino los puestos mas bajos y despreciables; pero los pecadores y mundanos, figurados en el oro y en la plata, objetos vanos de sus pasiones, se hallan casi siempre en la cabeza y en los mas eminentes puestos; esto era un desórden, y aunque de este modo se ejercitan los buenos y se obstinan mas los pecadores, aunque esta confusion de bienes y males entra en el órden de la Providencia, y aunque Dios se vale de caminos y medios impenetrables para conducir á sus fines al justo y al pecador, con todo eso, es preciso que el Hijo del hombre lo restablezca todo: *Instaurare omnia in Christo,*[1] y que por úl-

1 Ephes. 1, v. 10.

timo, se vea la diferencia que se debe hacer entre el justo y el impío, entre el que sirve al Señor y el que le desprecia. *Quid sit inter justum, et impium, inter servientem Deo, et non servientem ei.*[1] Ved, pues, el espectáculo de este último dia; estableceráse el órden, los buenos serán separados de los malos, los unos colocados á la diestra y los otros á la siniestra. *Et statuet oves quidem a dextris suis, hædos autem a sinistris.*[2]

En primer lugar, será una separacion absolutamente nueva. Para daros el lugar que os pertenece en esta formidable escena, no os preguntarán vuestro nombre, vuestro nacimiento, vuestros títulos ni vuestras dignidades. Esto no era mas que humo, que se fomentaba con el error público; solamente se examinará si sois un animal inmundo ó un cordero inocente. No será separado el príncipe del vasallo, el noble del plebeyo, el pobre del rico, el conquistador del vencido; solamente se separará la paja del grano, los vasos de honor de los de ignominia, los cabritos de las ovejas. *Et statuet oves quidem a dextris suis, hædos autem a sinistris.*

Veremos al Hijo del hombre que desde lo mas alto de la esfera registra con sus ojos los pueblos y naciones confundidas y juntas debajo de sus piés, leyendo en este espectáculo la historia del universo, esto es, los vicios ó virtudes de los hombres. Verémosle cómo junta sus escogidos de las cuatro partes de la tierra, cómo los escoge entre todas las lenguas, entre todos los estados, entre todas las naciones; cómo reune á los hijos de Israel derramados por la tierra, cómo refiere la historia secreta de un pueblo santo y nue-

2 Malach. 3. v. 18.
1 Matth. 25, v. 33.

vo, cómo manifiesta al público los héroes de la fe, desconocidos hasta entonces del mundo, sin distinguir los siglos por las victorias de los conquistadores, por la fundacion ó decadencia de los imperios, por la política ó barbarie de los tiempos, por los grandes hombres que han florecido en cada edad, sino por los diversos triunfos de la gracia, por las victorias ocultas de los justos contra sus pasiones, por el establecimiento de su reino en su corazon y por la heróica firmeza de un fiel perseguido. Veréisle que muda la cara de todas las cosas, que cria un nuevo cielo y una nueva tierra, y que reduce esta infinita variedad de pueblos, de títulos, de condiciones y de dignidades, á un pueblo santo y á un pueblo reprobado. *Et statuet, etc.*

En segundo lugar, esta separacion será cruel. El padre será separado del hijo, el amigo de su amigo, el hermano de su hermano; se tomará uno y se dejará otro. La muerte, que nos arrebata las personas mas queridas y que nos hace arrojar tantos suspiros y derramar tantas lágrimas, nos deja á lo menos un consuelo en la esperanza de reunirnos con ellos algun dia; pero aquí la separacion será eterna; ya no habrá mas parientes, mas padre, mas hijo, mas amigo; ya no habrá mas vínculo que el de las eternas llamas, que nos unirán para siempre con los réprobos.

En tercer lugar, esta separacion será ignominiosa. Sentimos tanto un desaire cuando nos dejan olvidados en una ocasion de lucimiento; sentimos tanto cuando en la distribucion de las gracias vemos á los subalternos llevarse los primeros puestos, dejando olvidados nuestros servicios, y que aquellos á quienes siempre habiamos tenido por inferiores, son elevados y puestos sobre nuestras cabezas; pero en aquel grande dia la preferencia será acompañada de las circunstancias de mayor desprecio para el alma pecadora·

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vereis en medio de aquel universal silencio, entre aquella terrible esperanza en que estará cada uno de la decision de su suerte, al Hijo del hombre, que viene por los aires trayendo en una mano coronas, y en la otra la vara de su furor; que llega y saca de vuestro lado á un justo, cuya inocencia acaso calumniásteis con temerarios discursos, ó cuya virtud despreciásteis con graciosidades impías; á un fiel que acaso nació vasallo vuestro; á un Lázaro que os importunó inútilmente con la revelacion de sus necesidades y miseria; á un competidor á quien siempre mirásteis con desprecio, y sobre aquellas ruinas os elevásteis con artificios y mañas. Vereis que el Hijo del hombre le pone en su cabeza una corona de inmortalidad, le hace sentar á su diestra, al mismo tiempo que tú, como otro soberbio Amán, despreciado, humillado y degradado, no tendrás á tu vista mas que el aparato de tu suplicio.

Sí, católicos, cuanto tiene de sensible un desaire se hallará en este. Un salvaje convertido á la fe, tendrá su asiento entre las ovejas, y el cristiano, heredero de las promesas de Jesucristo, se quedará entre los cabritos. El lego se levantará como una águila acercándose al Señor, y el ministro de Jesucristo quedará en la tierra cubierto de vergüenza y de oprobio. El hombre del mundo pasará á la derecha y el solitario á la izquierda. El prudente, el sábio, el investigador del siglo será arrojado al lado de los animales inmundos, y el idiota que ni aun responder sabia á las bendiciones comunes, será colocado sobre un trono de gloria y de luz. Raab, mujer pecadora, subirá á la Sion celestial con los verdaderos israelitas, y la hermana de Moisés, la esposa de Jesucristo, será separada del campo y de las tiendas de Israel, y parecerá cubierta de una vergonzosa lepra. *Et statuet oves quidem a dextris suis hædos autem a*

sinistris. Nada quereis, Dios mio, que falte á la desesperacion del alma infiel. ¿No bastaria el oprimirla con el peso de su desgracia, sino que tambien la habeis de hacer padecer un nuevo suplicio en la felicidad de los justos que la serán preferidos, cuando los vea conducidos por los ángeles al seno de la inmortalidad?

¡Qué mutacion de escena en el universo, católicos! entonces arrancados todos los escándalos del reino de Jesucristo, y separados enteramente los justos de los pecadores, formarán una nacion escogida, una generacion santa, y la Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres estaban escritos en el cielo. Entonces el comercio con los malos, que en la tierra les era inevitable, no molestará su fe ni hará temblar á su inocencia. Entonces, no siendo su suerte comun con los infieles é hipócritas, no se verán precisados á ser testigos de sus delitos, y aun algunas veces ministros involuntarios de sus pasiones. Entonces, rotos ya los lazos de sociedad y autoridad, ó dependencia, que los unia acá en la tierra con los impíos y mundanos, no dirán con el profeta: ¿Por qué, Señor, dilatais nuestro destierro y nuestra habitacion? Nuestra alma se seca de dolor á vista de los delitos y prevaricaciones con que está inficionada la tierra. Entonces, finalmente, sus llantos se mudarán en alegría, y sus gemidos en acciones de gracias. Pasarán á la diestra como ovejas escogidas, dejando la siniestra para los impíos. *Et statuet, etc.*

Dispuestas de este modo las cosas del universo, separados todos los pueblos de la tierra, inmóvil cada uno en el lugar que le haya tocado, pintado en el rostro de los unos el susto, el terror, la desesperacion, la confusion, y en el de los otros la alegría, la serenidad, la confianza: los justos con los ojos levantados, mirando al Hijo del hombre, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien esperan su libertad; los impíos mirando de un modo terrible hácia la tierra, y penetrando con su vista hasta el abismo, como señalando ya el lugar que los espera: el Rey de la gloria, dice el Evangelio, puesto en medio de los dos pueblos, se adelantará, y volviéndose hácia los que están á su derecha, con un semblante lleno de agrado y majestad, capaz él solo de consolarlos de todas las pasadas penas, les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el Reino que os está preparado desde el principio del mundo.*[1] Los pecadores os miraron siempre como la mas inútil porcion de la tierra; sepan, pues, hoy que el mundo subsistia solamente por vosotros, que todo estaba hecho para vosotros, y que luego que estuvo completo vuestro número, todo se acabó. Salid por último de la tierra en que siempre fuísteis extraños y pasajeros. Seguidme por los inmortales caminos de mi gloria y de mi felicidad, como me seguísteis en los de mis trabajos y fatigas. Vuestros trabajos han sido momentáneos, la felicidad de que vais á gozar será eterna. *Venite, benedicte Patris mei, possidere paratum vobis regnum a constitutione mundi.*[2]

Volviéndose despues hácia la izquierda, llenos sus ojos de furor y venganza, echando terribles miradas á una y otra parte, como rayos vengadores, sobre aquella multitud de culpados, con una voz, dice el profeta, que hará abrir las entrañas del abismo para tragarlos, dirá, no como en la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen; sino: Retiraos, malditos, al fuego eterno que está preparado á Satanás y á sus ángeles. Vosotros érais los escogidos del mundo, ahora sois los malditos de mi Padre; vuestros

1 Matth. 25. v. 34.
2 Ibid.

delitos fueron breves y momentáneos, vuestras penas serán eternas. *Discedite a me, maledicte, in ignem æternum, qui paratus est diabolo, et angelis ejus.*[1] Entonces los justos levantándose en el aire con el Hijo del hombre, empezarán á cantar el cántico celestial: ¡Qué rico sois, Señor, en misericordia, y cómo habeis coronado vuestros dones recompensando nuestros méritos! Los impíos maldecirán al autor de su ser y al fatal dia que presidió á su nacimiento, ó por mejor decir, se enfurecerán contra sí mismos como contra los autores de su perdicion y sus desgracias. Abriránse los abismos, bajarán los cielos; los réprobos, dice el Evangelio, irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna. *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.*[2] Esta es una suerte que nunca se mudará.

Despues de una relacion tan formidable y tan propia para hacer impresion aun en los mas endurecidos corazones, me es preciso acabar usando de las mismas palabras con que en otro tiempo habló Moisés á los Israelitas, despues de haberles manifestado las terribles amenazas y consoladoras promesas contenidas en el libro de la ley: hijos de Israel, les decia este sábio legislador, hoy os propongo una bendicion y una maldicion: *Et propono in conspectu vestro hodie benedictionem et maledictionem.*[3] Una bendicion si obedeceis á los preceptos de vuestro Dios y Señor, *benedictionem obedieritis si mandatis Domini,*[4] y una maldicion si saliéseis del camino que yo os enseñaré, por servir á dioses extraños: *Maledictionem si recesseritis de via, quam ego nunc ostendo vobis, et ambulaveritis post Deos alienos.*

1 Matth. 25. v. 42.
2 Ibid. v. 47.
3 Deut. 2. v. 26.
4 Ibid. v. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto mismo os digo yo, católicos, al acabar una materia tan terrible. En vosotros consiste el elegir y declararos. Aquí está la diestra y la siniestra, las promesas y las amenazas, las bendiciones y las maldiciones; vuestra suerte camina sobre esta terrible alternativa: ó estareis al lado de Satanás y sus ángeles, ó al de los escogidos con Jesucristo y sus santos. No hay medio, católicos; yo os he manifestado el camino que conduce á la vida y el que lleva á la perdicion. ¿Por cuál de los dos caminais? ¿á que lado os pondríais si en este instante hubiérais de parecer ante el terrible tribunal? La muerte es como la vida; temed que la suerte que hoy os toca sea la que os toque eternamente; salid desde ahora de vuestros caminos de iniquidad, empezad á vivir como los justos, si quereis en aquel último dia ser colocados á la diestra y subir en su compañía á la feliz morada de la inmortalidad. Amen.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS AFLICCIONES.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.
Feliz el que no tomase de mí motivo para caer y escandalizarse.
Matth. 2, v. 6.

Felicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesucristo. ¿Pero qué podia haber en él, que es la misma sabiduría, el resplandor del Padre y la imágen sustancial de todas sus perfecciones, qué podia haber en él que fuese á los hombres motivo de escándalo? Su cruz, católicos, su cruz que en otro tiempo fué el escándalo de los judíos, y es y será en todos los siglos el escándalo de la mayor parte de los cristianos. No entiendo por esta cruz solamente la que Su Majestad llevó, sino tambien la que á su ejemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discípulos suyos, ni repartir con nosotros su gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la cruz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto mismo os digo yo, católicos, al acabar una materia tan terrible. En vosotros consiste el elegir y declararos. Aquí está la diestra y la siniestra, las promesas y las amenazas, las bendiciones y las maldiciones; vuestra suerte camina sobre esta terrible alternativa: ó estareis al lado de Satanás y sus ángeles, ó al de los escogidos con Jesucristo y sus santos. No hay medio, católicos; yo os he manifestado el camino que conduce á la vida y el que lleva á la perdicion. ¿Por cuál de los dos caminais? ¿á que lado os pondríais si en este instante hubiérais de parecer ante el terrible tribunal? La muerte es como la vida; temed que la suerte que hoy os toca sea la que os toque eternamente; salid desde ahora de vuestros caminos de iniquidad, empezad á vivir como los justos, si quereis en aquel último dia ser colocados á la diestra y subir en su compañía á la feliz morada de la inmortalidad. Amen.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS AFLICCIONES.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.
Feliz el que no tomase de mí motivo para caer y escandalizarse.
Matth. 2, v. 6.

Felicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesucristo. ¿Pero qué podia haber en él, que es la misma sabiduría, el resplandor del Padre y la imágen sustancial de todas sus perfecciones, qué podia haber en él que fuese á los hombres motivo de escándalo? Su cruz, católicos, su cruz que en otro tiempo fué el escándalo de los judíos, y es y será en todos los siglos el escándalo de la mayor parte de los cristianos. No entiendo por esta cruz solamente la que Su Majestad llevó, sino tambien la que á su ejemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discípulos suyos, ni repartir con nosotros su gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la cruz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto es lo que nos turba y esto es lo que nos parece bien en nuestro divino Salvador; quisiéramos que pues fué preciso que él padeciese sus penas, hubiesen sido para nosotros como un título de excepcion y nos hubiesen merecido el privilegio de no padecer con él. Desengañémonos, católicos, de nosotros depende el hacer meritorias nuestras penas; pero el padecer ó no, no quedó en nuestro arbitrio. La Providencia ha dispuesto los bienes y los males de esta vida con tanta sabiduría, que cada uno en su estado, por féliz que parezca su suerte, halla cruces y amarguras que contrapesen sus placeres. No hay, pues, felicidad perfecta en la tierra, porque este no es el tiempo de los consuelos, sino el de los trabajos. La elevacion tiene sus sumisiones é inquietudes, la oscuridad sus abatimientos y desprecios, el mundo sus cuidados é inconstancias, el retiro sus tristezas y enfados, el matrimonio sus antipatías y furores, la amistad sus quiebras y traiciones, y aun la piedad tiene sus repugnancias y disgustos: finalmente, todos los hijos de Adan, por un inevitable destino, hallan sus propios caminos sembrados de zarzas y espinas: el estado mas feliz en la apariencia tiene sus secretas amarguras que corrompen toda su felicidad. El trono es el asiento de los pesares, del mismo modo que el puesto mas inferior. Los palacios soberbios ocultan cuidados crueles, del mismo modo que el techo del pobre y del labrador. Y para que no cobremos aficion á nuestro destierro, todos los dias estamos experimentando que falta alguna cosa á nuestra felicidad.

No obstante, aunque destinados á padecer, no podemos amar los trabajos; aunque heridos cada dia con una nueva afliccion, no sabemos convertir en mérito nuestras penas; aunque nunca somos dichosos porque nos es necesario llevar nuestra cruz, no sabemos hacer que á lo menos ésta nos sea útil. ¡Gran talento tenemos para privarnos de todo el mérito de nuestras penas! Unas veces buscamos en la flaqueza de nuestro corazon la excusa de nuestros sentimientos y murmuraciones, otras veces en el exceso ó cualidad de nuestros trabajos, otras finalmente en los estorbos que nos parecen ponen á nuestra salvacion; esto es, nos quejamos unas veces de que somos muy flacos para sufrir con tranquilidad nuestras penas, otras de que naestras penas son muy excesivas, y otras de que en este estado es imposible pensar en la salvacion.

Estos son los tres pretextos que regularmente se oponen en el mundo al uso cristiano de las aflicciones; el pretexto de la propia flaqueza, el pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones, y el pretexto de los obstáculos que parece oponen á nuestra salvacion. Estos pretextos son los que debemos confundir oponiéndoles las reglas de la fe. Escuchadme todos, y sabed que la mayor parte de los hombres no se condena solamente por los placeres. ¡Oh! son estos muy raros en la tierra y los sigue muy de cerca el disgusto; condénanse por el uso poco cristiano que hacen de sus trabajos. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El lenguaje mas comun de las almas á quienes el Señor aflige, es alegar su propia flaqueza para justificar el uso poco cristiano que hacen de sus aflicciones. Confiesan y se quejan de no haber nacido con bastante fortaleza para poder conservar un corazon sumiso y tranquilo; dicen que no hay mayor felicidad que el poder ser insensible, que este carácter nos libra de muchos trabajos y pesares inevitables

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la vida; pero que nosotros no podemos formarnos un corazon á nuestro gusto, que la religion no hace fuertes ni filósofos á los que nacieron con inclinaciones mas suaves y mas humanas, y que el Señor es tan justo, que no nos imputará á delito nuestras propias desgracias.

Pero para confundir aquí una ilusion tan comun y tan indigna de la piedad, advertid primeramente, católicos, que cuando Jusucristo mandó á todos los fieles que llevasen con sumision y amor la cruz que Su Majestad les destina, no añadió que este precepto tan justo, de tanto consuelo y tan conforme á su ejemplo, era solo para las almas fuertes é insensibles; no distinguió entre sus discípulos á los que la naturaleza, el valor ó las reflexiones habian hecho mas firmes y constantes, de los que eran naturalmente mas débiles y delicados, para obligar á los unos á una penitencia y una insensibilidad que no les costase casi nada, y dispensar á los otros de lo que pudiera costarles trabajo.

Por el contrario, sus divinas reglas son remedios, y cuanto mas distantes parezcamos, por razon del carácter de nuestro corazon, tanto mas útiles y necesarias son para nosotros: por lo mismo que sois flaco y que las menores contradicciones hallan siempre vuestro corazon mas vivo y mas opuesto al sufrimiento, por lo mismo el Señor debe haceros pasar por tribulaciones y amarguras, porque los flacos, y no los fuertes, son los que tienen necesidad de ser probados.

Y á la verdad, ¿en qué consiste el ser flaco y sensible? Consiste en amarse excesivamente á sí mismo, en entregarse todo á la naturaleza negándose todo á la fe, en dejarse llevar de la viveza de sus inclinaciones y en no vivir mas que para gozar de su sosiego y de sí mismo, como si fuera esta la única felicidad del hombre. En este estado, pues, y con

este caudal excesivo de amor propio y del mundo, si el Señor no dispusiera modo de afligir vuestra flaqueza, si no hiriera á vuestro cuerpo con una habitual debilidad que hace que el mundo os fastidie, si no os dispusiera las pérdidas y pesares que hacen que el retiro os sirva de comodidad, si no trastornara ciertos proyectos de modo que oscureciendo mas vuestra fortuna os apartan de grandes peligros, si no os colocara en ciertas circunstancias en que algunas obligaciones tristes é inevitables ocupan lo mas precioso de vuestros dias; en una palabra, si no pusiera entre vuestra flaqueza y vos mismo una barrera que os sujeta y detiene, ¡oh qué presto hubiera naufragado vuestra inocencia! Hubiérais sin duda abusado de la paz y de la prosperidad; vosotros, que aun en medio de las aflicciones y trabajos no hallais seguridad, y que aunque afligidos y separados del mundo y de los placeres, no podeis volveros á Dios, ¿qué os sucederia si en un estado mas feliz no tuvieran freno vuestros deseos? La misma flaqueza y el mismo peso del amor propio que tanto os hacen sentir el dolor y la afliccion, os expondrian mas al peligro de los placeres y de las prosperidades humanas.

Por lo que no es excusa de nuestras tibiezas y murmuraciones el confesar que somos flacos y débiles para sufrir los golpes con que Dios nos hiere: la debilidad de nuestro corazon proviene solamente de la flaqueza de nuestra fe. Una alma cristiana debe ser una alma fuerte y á prueba, como dice el apóstol, de persecuciones, de oprobios, de enfermedades y aun de la misma muerte. Podrá ser oprimida, continúa el mismo apóstol, pero nunca será abatida; podrán quitarla sus bienes, su fama, su sosiego, su fortuna y aun su vida; pero no podrán quitarla el tesoro de la fe y de la gracia que tiene oculto en lo íntimo de su corazon, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que con abundancia la consuela en todas estas leves y pasajeras pérdidas: la podrán hacer derramar lágrimas de sentimiento y de tristeza, porque la religion no destruye los sentimientos de la naturaleza; pero inmediatamente desaprueba su corazon su flaqueza, y de sus lágrimas carnales hace lágrimas de penitencia y de piedad. ¿Pero qué es lo que digo? Una alma cristiana se regocija en las mismas tribulaciones, las mira como señales del amor que Dios la tiene, como preciosa prenda de las futuras promesas, como felices rasgos de su semejanza con Jesucristo, y que aun en esta vida la dan un seguro derecho á su gloria inmortal. Ser flaco y volverse contra Dios en los trabajos, es haber perdido la fe y no ser cristiano.

Confieso que hay algunos corazones mas tiernos y mas sensibles al dolor; pero esta sensibilidad les ha quedado para aumentar el mérito de sus penas y no para excusar su impaciencia y sus murmuraciones. No condena el Evangelio el sentimiento, condena sí el desordenado uso del dolor. Cuanto mas sensibles somos por naturaleza en nuestros trabajos, tanto mas debemos serlo en los consuelos de la fe. La misma sensibilidad que abre nuestros corazones al pesar que mortifica, debe abrirlos á la gracia que alivia y que consuela. Las aflicciones son mejor socorridas en un buen corazon, porque la gracia halla en él mas fácil entrada. El dolor inmoderado mas es efecto de la furia que de la bondad del corazon, y el no poder sujetarse á Dios ni consolarse en sus trabajos, no es ser tierno y sensible, sino feroz y desesperado.

Además. Todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza, y si no teneis la suficiente para llevar con sumision la cruz con que el Señor quiere afligiros, tampoco la tendreis para la observancia de los demás preceptos que os

impone la doctrina de Jesucristo. Se necesita de fortaleza para perdonar una injuria, para decir bien de los que nos calumnian y para ocultar los defectos de los que intentan oscurecer vuestras virtudes; se necesita de fortaleza para huir del mundo que nos agrada, para desviarse de los deleites á los que nos inclinan nuestras pasiones, para resistir á los ejemplos que autoriza la multitud y que la costumbre ya casi ha llegado á establecer por ley; se necesita de fortaleza para usar cristianamente de la prosperidad, para ser humilde en la elevacion, mortificado en la abundancia, pobre de corazon entre los bienes perecederos, desprendido de todo aun cuando todo se posea, y para estar llenos de deseos del cielo en medio de todas las felicidades de la tierra; se necesita de fortaleza para vencerse á sí mismo, para reprimir un deseo, para ahogar una pasion que agrada y para traer continuamente arreglado á un corazon que continuamente se extravía. Finalmente, recorred todos los preceptos del Evangelio, no hay uno que no suponga una alma fuerte y generosa, en todo es necesario violentarse; el reino de Dios es un campo que es necesario siempre cultivar, una viña en que es preciso pasar el peso del dia y del calor, una lucha en que es necesario pelear con continuacion y valentía; en una palabra, el discípulo de Jesucristo luego que se muestra flaco, puede contarse por vencido; hasta las menores obligaciones de la fe son costosas, en todo se halla el carácter de la cruz, que es el espíritu dominante, y si os falta la fortaleza un solo momento estais perdidos: excusarse, pues, con la flaqueza, es decir que nada del Evangelio se hizo para nosotros, y que no solamente no podemos ser obedientes y sufridos, pero ni tampoco castos, humildes, desinteresados, mortificados, pacíficos ni caritativos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero además de esto, católicos, por grande que sea nuestra flaqueza, siempre debemos confiar en la bondad de nuestro Diosy creer que nunca permite que seamos afligidos ni tentados mas de lo que permiten nuestras fuerzas, que siempre proporciona el Señor las aflicciones á nuestra debilidad, que derrama sus castigos como sus favores, con peso y con medida, que aunque nos castiga no quiere perdernos, sino purificarnos y salvarnos, que él mismo nos ayuda á llevar la cruz que nos impone, que nos castiga como padre y no como juez, que con la misma mano con que nos hiere nos sostiene, y que la misma vara que hace la herida derrama en ella el aceite y la miel que la cura; conoce el carácter de nuestros corazones y hasta dónde llega nuestra flaqueza, y como al tiempo que nos aflige no quiere perdernos, sino santificarnos, sabe hasta dónde ha de extender su mano, para que por una parte no se minore nuestro mérito si las penas son demasiado ligeras, y por otra no le perdamos del todo si fueran superiores á nuestras fuerzas.

¿Qué otro fin puede tener, católicos, en llenar nuestra vida de amarguras? ¿os parece acaso que es un Dios cruel que solo se deleita en que sus criaturas sean infelices? ¿que es algun bárbaro tirano, que solo halla su seguridad y su grandeza en las lágrimas y en la sangre de los vasallos que le adoran? ¿que es un señor envidioso que no se tiene por feliz mientras participan de su felicidad sus esclavos? ¿os parece que para que él sea dichoso es necesario que nosotros suframos, gimamos y padezcamos? No, fieles, por nosotros solos nos castiga; su amor sufre, por decirlo así, parte de nuestros males; pero como su amor es un amor justo é ilustrado, quiere dejarnos padecer porque prevé que si pusiera fin á nuestras penas, aumentaria nuestras miserias: es un médico compasivo, dice San Agustin, que

aunque se compadece de los gritos y trabajos de su enfermo, con todo eso, corta hasta lo vivo todo cuanto halla corrompido en la llaga: nunca es para con nosotros mas suave y amoroso que cuando se manifiesta mas severo, y es preciso que las aflicciones nos sean muy útiles y necesarias, cuando un Dios tan bueno y tan piadoso se determina á afligirnos.

Refiere la Escritura Santa que el patriarca José, colocado en las primeras dignidades de Egipto, no podia detener sus lágrimas y sentia renovarse en su corazon el amor á sus hermanos, al mismo tiempo que les manifestaba mas aspereza y fingia no conocerlos: *Quasi ad alienos durius loquebatur... avertitque se parumper, et flevit.*[1] Este es el modo con que nos castiga Jesucristo; finge, si es lícito decirlo así, no conocernos por sus coherederos y hermanos, nos castiga y trata con aspereza como á extraños; pero este disimulo cuesta mucho á su amor, no puede sufrir por mucho tiempo este carácter de severidad que le es como ajeno, sus gracias salen inmediatamente á suavizar sus golpes, se manifiesta al instante como es en sí, y no tarda su amor en disipar estas apariencias de rigor y enfado: *Quasi ad alienos durius loquebatur... avertitque se parumper, et flevit.* Juzgad si los golpes que vienen de una mano tan amiga y favorable, podrán dejar de ser proporcionados á nuestra flaqueza; no echemos, pues, la culpa de nuestras impaciencias y murmuraciones á la flaqueza de nuestro corazon, sino á su corrupcion.

¿Cuántas tiernas doncellas desafiaron en otro tiempo la barbaridad de los tiranos? ¿Cuántos niños aun antes de saber sufrir los trabajos de la vida, corrieron alegres á ofre-

1 Genes. 42, v. 7, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerse á los rigores de la muerte mas cruel? ¿Cuántos ancianos agobiados ya con el peso de sus cuerpos, sintieron renovarse su juventud como la de la águila en medio de los tormentos de un grande martirio? Es verdad que sois flacos; pero esta misma flaqueza es gloria para la fe y religion de Jesucristo, por eso mismo os escogió el Señor, para dar á conocer cuánto mas fuerte es la gracia que la naturaleza; y si hubiérais nacido con mayor fortaleza, no resultara tanto honor al poder de la gracia; entonces se atribuyera al hombre una paciencia que debe ser don de Dios, y así, cuanto mayor es vuestra flaqueza, tanto mas á propósito sois para servir de instrumento á los fieles y á la gloria de Dios. Siempre que Su Majestad ha querido cargar su mano sobre las criaturas, ha escogido personas débiles y flacas, para que el hombre nada piense atribuirse á sí y para confundir con el ejemplo de su firmeza la vana constancia de los sábios y filósofos; sus discípulos eran unos tiernos corderos cuando los envió al mundo y los expuso en medio de los lobos. Las Ineses, las Lucías, las Cecilias, glorificaban á Dios y á su doctrina en medio de su flaqueza ayudadas de la gracia. Estos son aquellos vasos de tierra que el Señor gusta de romper, como los de Gedeon, para que en ellos resplandezca con mayor magnificencia la luz y el poder de la fe; y si penetrais los fines de su misericordia y sabiduría, vuestra flaqueza, que á vuestro parecer justifica vuestras murmuraciones, seria el mas suave consuelo de vuestros trabajos.

Señor, le diríais sin cesar, yo no os pido aquellos vanos pensamientos que hallan todo el consuelo de sus penas en la gloria de sufrir con constancia; no os pido aquella insensibilidad de corazon que ó no siente los males ó los desprecia; conservadme, Señor, aquella razon tímida y débil,

aquel corazon tierno y sensible que tan desproporcionado parece para sufrir las tribulaciones y los trabajos; aumentad solamente vuestros consuelos y vuestras gracias; cuanto mas débil parezca á la vista de los hombres, mayor os pareceré en mi flaqueza, tanto mas admirarán los hijos del siglo el poder de la fe, la que sola puede levantar á las almas mas débiles y tímidas hasta el grado de constancia y firmeza á que nunca pudo llegar toda la filosofía y sacar su fortaleza de su misma debilidad. Este el primer pretexto, sacado de la flaqueza del hombre; vamos á descubrir la ilusion del segundo, que se saca del sexo y carácter de las mismas aflicciones.

PARTE SEGUNDA.

No hay cosa mas comun entre las personas á quienes Dios aflige, que el justificar sus quejas y murmuraciones con el exceso y calidad de sus mismas penas; queremos siempre que nuestras cruces no se parezcan á las de los otros, y temiendo que el ejemplo de su fortaleza y de su fe nos condene, buscamos pretextos en nuestras desgracias para justificar nuestras disposiciones y nuestra conducta; nos persuadimos á que podriamos llevar con resignacion una cruz que fuese de otra naturaleza, pero que el carácter de aquella con que el Señor nos aflige no admite consuelo; que cuanto mas examinamos lo que sucede entre los hombres, tanto mas singular es nuestra desgracia, y que no hay situacion que se parezca á la nuestra; que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado en que parece que la casualidad ha juntado solamente para nosotros mil circunstancias de afliccion, que nunca parece pudieron hallarse en otros.

Pero para quitar al amor propio una defensa tan débil y tan indigna de la fe, pudiera responder primeramente que cuanto mas extraordinarias nos parecen nuestras aflicciones, menos debemos creer que son disposiciones de la casualidad, antes bien debemos contemplar en ellas los impenetrables decretos de un Dios singularmente cuidadoso de nuestra suerte; debemos presumir que debajo de unos sucesos tan nuevos, oculta sin duda nuevos fines y singulares designios de misericordia para con nuestra alma; debemos decirnos á nosotros mismos, que no nos quiere dejar perecer con la multitud, que es el partido de los réprobos, pues nos guia por caminos tan singulares y tan poco conocidos. Esta singularidad de desgracias debe ser á los ojos de nuestra fe una distincion que nos consuele; el Señor siempre lleva á los suyos, tanto en materias de afliccion como en las demás, por caminos nuevos y extraordinarios. Mirad qué sucesos tan tristes y singulares los de la vida de Noé, de Loth, de José, de Moisés y de Job. Registrad de siglo en siglo la historia de los justos, y hallareis siempre en las contradicciones que experimentaron una singularidad tan extraordinaria, que en las edades siguientes llegaron algunos á tenerla por increible, y así cuanto menos se parezcan vuestras aflicciones á las de los demás hombres, tanto mas debeis mirarlas como aflicciones propias de los escogidos de Dios; están señaladas con el carácter de los justos y tienen parte en la tradicion de las calamidades singulares que componen su historia desde el principio de los siglos. Las batallas perdidas aun cuando nos parecia estar asegurados de la victoria, las plazas inconquistables rendidas al enemigo con solo presentarse delante de ellas, los Estados y provincias que nos han ganado, un reino el mas floreciente de la Europa afligido con todas las plagas que Dios en su

furor puede derramar sobre sus pueblos, la corte llena de luto, toda la estirpe real casi aniquilada; esto es, señor, lo que Dios por su misericordia reservaba para vuestra piedad y las singulares desgracias que os preparaba para purificar las prosperidades del reinado mas feliz de que hay memoria en las historias; los sucesos felices y extraordinarios que han acompañado vuestra vida, os han hecho el mayor rey que la monarquía y aun las demás naciones vieron jamás sobre el trono; lo singular de los desgraciados sucesos con que Dios os aflige, están destinados por la sumision y cristiana constancia con que os los vemos sufrir, á haceros tan gran santo como habeis sido gran rey. Todo debia ser singular en vuestro reinado, las prosperidades y las desgracias, para que nada faltase á vuestra gloria para con los hombres y á vuestra piedad para con Dios. Este es el grande ejemplar que su misericordia preparaba á nuestro siglo.

Y este es al mismo tiempo, católicos, con el que quiero instruiros y confundiros. Os quejais de lo excesivo de vuestras desgracias y trabajos; pero mirad al que es mas que vosotros, y considerad si el vasallo tendrá excusa en murmurar y quejarse, cuando el señor, que no padece menos, está conforme y tranquilo; cuanto Dios mas os aflige, tanto mas os ama, tanto mas cuida de vosotros. Otras desgracias mas regulares os hubieran acaso parecido efectos de causas puramente naturales, y aunque la Divina Providencia gobierna todos los sucesos, acaso hubiérais creido que el Señor no os miraba con particular atencion, pues solo os enviaba algunas aflicciones que todos los dias suceden á los demás hombres; pero en la triste y singular situacion en que os pone, no podeis menos de conocer que os mira con singular cuidado y que sois particular objeto de los fines de su misericordia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué cosa, pues, puede haber que mas nos consuele en nuestros trabajos? Dios me mira, cuenta mis suspiros, pesa mis aflicciones, ve correr mis lágrimas, las recibe para mi eterna santificacion; desde que extendió sobre mí su mano de un modo tan singular y que parece no haberme dejado alivio acá en la tierra, empiezo á ser un espectáculo mas digno de su atencion y cuidado. ¡Ah! si yo gozara de un estado mas feliz y tranquilo, no me miraria con tanto cuidado, se olvidaria de mí y estaria confundido en su presencia con los demás que viven felices en la tierra. ¡Dichosos trabajos que privándome de todos los humanos socorros, me dan á mi Dios y hacen que él sea el único recurso en mis penas! ¡Dichosos trabajos que haciéndome olvidar de las criaturas, son motivo de que yo sea el continuo objeto de la memoria y de las misericordias de mi Señor!

Pudiera responderos, en segundo lugar, que las calamidades comunes y leves solo despertarian nuestra fe por un momento, y prontamente hallariamos en las cosas que nos cercan mil alivios, que nos harian olvidar esta ligera desgracia: los deleites, los consuelos humanos, los sucesos nuevos que sin cesar ofrece á nuestros ojos la figura del mundo, calmarian muy presto nuestra tristeza y nos volverian el gusto del mundo y de sus vanos placeres; nuestro corazon, que siempre se conforma con todos los objetos que le deleitan, se cansaria muy presto de su dolor y de sus suspiros; pero el Señor, enviándonos trabajos, en los que solamente la religion puede servirnos de alivio, ha querido cercarnos todos los caminos por donde pudiéramos volvernos hácia el mundo; ha querido poner entre nosotros y nuestra flaqueza una barrera que no pueda ser vencida ni del tiempo ni de los acontecimientos; ha querido remediar nuestra

inconstancia, haciendo que nos sean necesarias algunas precauciones que acaso no siempre nos hubieran parecido igualmente útiles; leia en el carácter de nuestro corazon que la fidelidad que observábamos en huir de los peligros del mundo, no duraria mas de lo que durase nuestra tristeza; que en el mismo instante en que nos hallásemos consolados, nos veria mudados; que olvidándonos de nuestros pesares, olvidariamos tambien nuestras santas resoluciones, y que con unas aflicciones leves hubiéramos sido justos por poco tiempo; establece, pues, la duracion de nuestra piedad sobre la de nuestras penas, nos envia trabajos permanentes y constantes, como prendas de la constancia de nuestra fe, y temiendo el que entregándonos nuestra alma se la volviésemos á dar al mundo, quiso ponerla en seguridad, uniéndola para siempre al pié de la cruz. Bien conocemos nosotros mismos la necesidad que teniamos de un gran golpe para despertar de nuestro letargo; que las aflicciones leves con que el Señor nos habia visitado hasta entonces, no habian sido para nosotros mas que unas lecciones débiles é ineficaces, y que apenas nos habia herido, cuando ya nos habiamos olvidado de la mano que nos habia hecho una tan saludable llaga. ¡Pues de qué he de quejarme, oh Dios mio! El exceso que hallo en mis penas es el exceso de vuestras misericordias; bien conozco, Señor, que cuanto menos perdonais al enfermo, tanto mas adelantais la curacion de sus males, y el que rigor de vuestros golpes es la mayor utilidad y seguridad de nuestras penas: en adelante, Señor, será mi mayor consuelo en el trabajoso estado en que me ha puesto vuestra Providencia, el pensar que á lo menos no me contemplareis, que proporcionareis vuestros rigores y vuestros remedios á mis necesidades y no á mis deseos, y que atendereis mas á la seguri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad de mi salvacion que á la injusticia de mis quejas: *Et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.*[1]

Tambien pudiera responderos: vosotros los que os quejais del exceso de vuestras penas, entrad en juicio con el Señor, poned en un peso, á un lado vuestros delitos y á otro vuestras aflicciones; cotejad el rigor de sus castigos con la gravedad de vuestras ofensas; comparad lo que sufrís con lo que mereceis padecer; ved si vuestros trabajos igualan á los infames deleites de que habeis gozado; si lo vivo y dilatado de vuestros dolores corresponde á vuestras profanas liviandades; si el estado de afliccion en que vivís iguala á la licencia y desórden de vuestras primeras costumbres; si la privacion de las criaturas que padeceis, repara el injusto uso que de ellas hicísteis en otro tiempo, y si vuestras penas exceden á vuestras iniquidades, entonces podreis quejaros del Señor: juzgais de vuestros trabajos por vuestras inclinaciones, pero habeis de juzgar de ellos por vuestros delitos. ¿Por ventura no hubo en todo el tiempo de vuestra vida mundana algun instante en el que fuéseis víctima de una eterna desgracia? Pues ¿por qué murmarais contra la bondad de un Dios que quiere conmutar aquellas eternas llamas que tantas veces habeis merecido, en algunas penas transitorias, en las que aun los mismos consuelos de la fe os ofrecen tantos alivios?

¡Qué injusticia! ¡qué ingratitud! Guárdate, alma fiel, de que el Señor te oiga en su indignacion; guárdate de que castigue tus pasiones ofreciéndote acá en la tierra lo que las favorece; de que te halle indigna en su presencia de estas aflicciones temporales, de que te reserve para el tiempo de su justicia y de sus venganzas, y de que te trate como á aquellas desgraciadas víctimas, á las que solo se adorna de flores, solo se las cuida, solo se las engorda, porque están destinadas al sacrificio, y porque el cuchillo con que han de ser degolladas y la hoguera en que han de ser consumidas están ya sobre el altar; el Señor es tan terrible en sus dones como en su indignacion, y supuesto que es preciso que sean castigados los delitos ó con suplicios transitorios acá en la tierra ó con eternos dolores en la otra vida, nada debe atemorizar tanto, si se mira con los ojos de la fe, como el ser pecador y vivir feliz en la tierra.

[1] Job. 6. v. 10.

¡Gran Dios! suplícoos sea este para mí el tiempo de vuestras venganzas; y pues es imposible el que mis delitos queden sin castigo, daos prisa, Señor, á satisfacer vuestra justicia; cuanto mas me perdoneis acá en la tierra, tanto mas me parecereis un Dios terrible, que no quiere perdonarme á costa de estos transitorios trabajos, y que vuestra indignacion no quiere aplacarse sino con mi eterna desgracia; no oigais, Señor, los gritos de mi dolor y las quejas de un corazon corrompido que no conoce sus verdaderos intereses; yo desapruebo, Señor, estos suspiros demasiado humanos que me arranca todos los dias la tristeza de mi estado; desapruebo estas carnales lágrimas, que tantas veces me hace derramar la afliccion en vuestra presencia; no escucheis las súplicas que os he hecho hasta ahora para alcanzar el fin de mis trabajos, antes bien acabad de vengaros acá en la tierra; no reserveis nada para aquella eternidad terrible, en que vuestros castigos serán sin fin y sin medida: alentad, os suplico, mi flaqueza, y al mismo tiempo que llenais mi vida de amarguras, derramad en ella las gracias que consuelan, y cuya suavidad es mayor que la pena de un corazon afligido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A todas estas verdades, que de tanto consuelo son para una alma afiigida, podria añadir, católicos, que el parecernos excesivas nuestras penas consiste en el exceso de la corrupcion de nuestros corazones; que la viveza de nuestras pasiones es la que forma la de nuestros trabajos; que el sernos tan sensibles nuestras pérdidas, consiste en el demasiado apego que tenemos á los objetos que se pierden; que la viveza de la afliccion consiste en el excesivo afecto con que se amaban, y que el exceso de nuestros trabajos es siempre la pena del exceso de nuestros injustos amores. Podria añadir que aumentamos siempre todo cuanto es propio nuestro; que aun esta idea que formamos de lo singular de nuestras desgracias, al mismo tiempo que autoriza nuestras murmuraciones lisonjea nuestra vanidad; que nunca queremos parecernos á los demás; que hallamos un cierto gusto secreto en persuadirnos que somos solos en nuestra especie; quisiéramos que todos los hombres solamente atendiesen á nuestros infortunios, como si fuéramos los únicos desgraciados en la tierra. Sí, católicos; nada nos parecen los ajenos males, no advertimos que cuantos nos rodean son mas desgraciados que nosotros, que nuestras aflicciones tienen mil consuelos que faltan á otros muchos; que en las enfermedades habituales hallamos en la abundancia de bienes y en el número de personas que cuidan de nuestra asistencia, mil consuelos que están negados á otros infelices; que en la pérdida de una persona á quien amábamos, nos quedan, en el estado en que nos ha puesto la divina Providencia, mil alivios que pueden suavizar esta amargura; que en las disensiones domésticas hallamos en la amistad y confianza de nuestros amigos los consuelos que no podriamos hallar entre nuestros parientes; que en el caso de una preferencia injusta, la estimacion del público

nos venga de la injusticia de nuestros jefes. Finalmente, hallamos mil alivios humanos para nuestras desgracias; y si se pusieran en un peso nuestros consuelos y en otro nuestras penas, veriamos que aun nos quedan en nuestro estado mas alivios capaces de corrompernos, que cruces propias para santificarnos.

Y así, católicos, casi solamente los grandes y felices del mundo son los que se quejan del exceso de sus desgracias y trabajos; los infelices, que nacen y viven en la miseria é infelicidad, pasan en el silencio y casi en el olvido de sus penas, sus desgraciados dias; el mas pequeño vislumbre de alivio y descanso les vuelve la serenidad y la alegría; los mas leves consuelos que hallan en sus penas hacen que las olviden, y un instante de contento los alivia de un año entero de aflicciones; cuando al mismo tiempo vemos á las almas felices y sensuales, que en medio de su abundancia cuentan por una desgracia inaudita la sola contradiccion á uno de sus deseos; que el fastidio y demasiada abundancia de deleites las martiriza, y hallan en algunos males imaginarios el motivo de mil pesares verdaderos; que sienten con mas viveza el dolor de haberles faltado un puesto, que el gusto de todos los que ocupan; finalmente, que miran todo lo que puede turbar su felicidad sensual, por poco que sea, como la mayor de las desgracias.

Sí, católicos, los grandes y poderosos son los únicos que se quejan; siempre creen ser ellos solos los infelices, nunca hallan bastantes consoladores, y al menor contratiempo ven alrededor de sí, no solamente todos aquellos amigos mundanos que les granjea su puesto y su fortuna, sino tambien á los piadosos y doctos ministros, venerados de la pública estimacion, cuyos santos consejos serian mejor empleados con otros muchos infelices, á quienes faltan todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consuelos del mundo y de la religion, y á los que les serian mas útiles. Pero, católicos, en el tribunal de Jesucristo se compararán vuestras aflicciones con las de tantos desgraciados que os cercaban, y cuyas desgracias son tanto mas terribles, cuanto ellos eran mas oscuros y olvidados; y entonces se os preguntará si debíais murmurar y quejaros, se os preguntará si debíais ponderar tanto vuestras calamidades, las que para otros muchos hubieran sido consuelos; se os preguntará si debíais murmurar tanto contra un Dios que os trataba con tanta piedad, cuando al mismo tiempo cargaba su mano sobre otros muchos desgraciados; se os preguntará si aquellos tenian menos derecho que vosotros á los bienes y placeres de la tierra, si su alma era menos noble y menos preciosa que la vuestra en la presencia de Dios; en una palabra, si acaso ellos eran mas pecadores ó de otra naturaleza que vosotros. ¡Oh, católicos! no solo lo excesivo de nuestro amor propio, sino tambien la falta de compasion para con nuestros hermanos, es la que aumenta á nuestra vista nuestras propias desgracias. Entremos alguna vez en aquellas pobres casas en donde la vergüenza oculta miserias tan terribles y tan dignas de compasion; entremos en aquellos asilos de la misericordia, en donde parece haberse juntado todas las calamidades; allí aprenderemos lo que debemos juzgar de nuestras desgracias; allí, movidos con el exceso de tantas miserias, nos avergonzaremos de nombrar las nuestras; allí nuestras murmuraciones contra el cielo se mudarán en acciones de gracias, y no reparando tanto en las ligeras cruces que el Señor nos envia como en las otras de que nos liberta, empezaremos á temer su piedad, en vez de quejarnos de su rigor. ¡Dios mio! ¡qué terrible será el juicio de los grandes y poderosos, pues además del inevitable abuso de su prosperidad, las aflicciones

que debieran haber servido para santificarla y para expiar sus abusos, serán sus mayores delitos.

¿Pero cómo se ha de usar de las aflicciones para santificar los peligros del propio estado y coadyuvar á la salvacion, cuando parece que estas mismas aflicciones ponen unos obstáculos invencibles para ella? Este es el último pretesto, deducido de la incompatibilidad que parece tienen las aflicciones con nuestra salvacion.

TERCERA PARTE.

No puede menos de admirar el que la corrupcion del corazon humano halle aun en los mismos trabajos obstáculos para la salvacion, y que los cristianos pretendan justificar sus murmuraciones contra la sabiduría y bondad de Dios, acusándole de que les envia unas cruces incompatibles con su eterna salud. Pues con todo eso, no hay cosa mas comun en el mundo que este modo de hablar tan injusto, y cuando exhortamos á las almas á quienes Dios aflige á que de sus transitorios trabajos hagan caudal para el cielo y para la eternidad, nos responden que hallándose en este estado de miseria, les es imposible pensar en su eterna salud, que las contradicciones en que se hallan indisponen su espíritu y alteran su corazon en vez de reducirle á su deber, y que para pensar en Dios es menester estar tranquilo.

Pues yo, al contrario, digo que entre todos los pretextos que se alegan para justificar el uso poco cristiano de las aflicciones, este es el mas insensato y mas culpable. El mas culpable, porque es blasfemar contra la Providencia el decir que os pone en un estado incompatible con vuestra salvacion: cuanto Dios hace ó permite acá en la tierra, solo lo hace ó permite para facilitar á los hombres los caminos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la vida eterna. Todos los sucesos prósperos ó adversos que han de llenar la carrera de nuestra vida, todos nos los ha preparado como medios para nuestra salud y santificacion; todos sus designios para con nosotros se reducen á este único fin. Cuanto somos, aun en el órden de la naturaleza, nuestro nacimiento, nuestra fortuna, nuestros talentos, nuestro siglo, nuestras dignidades, nuestros protectores, nuestros vasallos, nuestros señores; todo esto, en la misericordia que usa con nosotros, se ordena á los impenetrables fines de su eterna santificacion. Aun todo este mundo visible no está hecho mas que para el siglo futuro. Cuanto sucede tiene sus secretas relaciones con el siglo eterno, en el que nada pasará; cuanto vemos no es mas que la figura y esperanza de las cosas invisibles. El mundo en tanto es digno de los cuidados de un Dios sábio y misericordioso, en cuanto con secretas y admirables relaciones deben sus revoluciones diversas formar aquella Iglesia del cielo, aquella inmortal congregacion de escogidos en que eternamente será glorificado. Aunque obra en tiempo, es siempre con respeto á la eternidad, y este es el modelo que nosotros debemos seguir. Decir, pues, que nos coloca en circunstancias que no solo no dicen relacion, sino que son incompatibles con nuestros intereses eternos, es hacer un Dios temporal y blasfemar contra su admirable sabiduría.

Pero no solo no hay cosa mas culpable que este pretexto, sino que tambien digo que no la hay mas insensata; porque solamente se vuelve una alma á Dios cuando se desprende de este mundo miserable, y nada la desprende con tanta eficacia de este miserable mundo, dice San Agustin, como cuando el Señor derrama sobre los peligrosos placeres las saludables amarguras. Señor, decia un santo rey de Judá, yo os olvidé en la prosperidad y en la abundancia; las delicias del reino y el resplandor de un reinado largo y glorioso corrompieron mi corazon; las alabanzas y los venenosos discursos de los malos me sepultaron en un profundo y funesto sueño; pero vos me herísteis, derramando sobre mi pueblo los azotes de vuestra indignacion, levantando contra mí mis propios hijos y vasallos, á quienes yo habia llenado de beneficios, y disperté; me humillásteis y recurrí á vos; me afligísteis y os busqué: y he llegado á conocer que no debe ponerse la confianza en los hombres, que la prosperidad era un sueño, la fama un error, los talentos que los hombres admiran, vicios ocultos bajo una exterioridad brillante de virtudes humanas; el mundo todo entero una figura que nos alimenta con fantasmas vanos y que no deja en el corazon cosa alguna verdadera, y solo vos mereceis ser servido, porque vos solo nunca faltais á los que os sirven. *In die tribulationis meæ Deum exquisivi.*[1]

Este es el mas natural efecto de los trabajos, facilitar todas las obligaciones de la religion. Nos facilitan el aborrecimiento al mundo, haciendo que nos sea fastidioso; el despego de las criaturas haciéndonos experimentar ó su perfidia con sus infidelidades, ó su fragilidad con sus no esperadas pérdidas; la privacion de los deleites poniendo en ellos obstáculos, el deseo de los bienes eternos y las expresiones amorosas á Dios, no dejándonos casi ningun consuelo entre los hombres. Finalmente, todas las obligaciones de la fe son mas fáciles para el alma afligida; sus buenos deseos hallan en este estado menos obstáculos, su flaqueza menos escollos, su fe mas socorros, su tibieza mas alivios, sus pasiones mas freno, y aun su virtud mas ocasiones de mérito.

1 Psalm. 76. v. 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aun la Iglesia nunca se mantuvo mas pura y fervorosa que cuando estuvo mas afligida. Los siglos de sus trabajos y persecuciones fueron los siglos de su resplandor y de su celo; la tranquilidad corrompió despues sus costumbres; sus dias, desde que fueron mas felices y dichosos, empezaron á ser menos puros y menos inocentes; su gloria casi se acabó con sus trabajos, y su paz, como dice el profeta, fué mas amarga por el desórden de sus hijos, de lo que habian sido sus turbaciones por la barbaridad de sus mismos enemigos. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.*[1]

Vosotros mismos los que os quejais de que las cruces con que el Señor os aflige os desalientan, y entibian el deseo de trabajar para vuestra salvacion, bien sabeis que los dias que habeis gozado mas felices no han sido para vosotros ni mas santos ni mas fieles; bien sabeis que embriagados entonces con los placeres del mundo, vivíais en un entero olvido de Dios, y que las dulzuras de vuestro estado solo servian de estímulo á vuestra corrupcion y de instrumento á vuestros injustos deseos.

Pero esta es, católicos, la ilusion perpetua de nuestro amor propio. Mientras somos felices, mientras sucede todo á medida de nuestro deseo y gozamos de una fortuna tranquila, alegamos los peligros de nuestro estado para justificar los desórdenes de nuestras costumbres mundanas; decimos que es cosa muy difícil en cierta edad y en cierto estado, cuando es preciso mantenerse con honor y guardar alguna correspondencia con el mundo, el condenarse al retiro, á la oracion, á huir de las diversiones y á todas las obligaciones de una vida triste y cristiana; pero por otra parte, cuando estamos afligidos, cuando el cuerpo se halla

1 Isaiæ 38. v. 16.

desmayado, cuando nos abandona la fortuna, cuando nuestros amigos nos engañan, cuando nuestros superiores nos desprecian, cuando nuestros enemigos nos oprimen, cuando nos persiguen nuestros parientes, nos quejamos de que en este estado de pena y de amargura todo nos aparta de Dios; que el espíritu no se halla con la tranquilidad necesaria para pensar en la salvacion, que está demasiado herido el corazon para poder sentir mas que sus propias desgracias, que es necesario procurar mitigar el dolor con diversiones y placeres que parecen necesarios, y no acabar de perder el juicio entregándose del todo á los horrores de una profunda tristeza. De este modo ¡oh Dios mio! con nuestras eternas contradicciones justificamos los adorables medios de vuestra sabiduría respecto de los destinos de los hombres, y preparamos á vuestra justicia poderosas razones para confundir algun dia la ilusion y mala fe de nuestros pretextos.

Porque, católicos, por otra parte, sean de la naturaleza que fueren nuestros trabajos, la historia de la religion nos ofrece muchos justos que en el mismo estado en que nos hallamos nosotros, poseyeron su alma en paciencia, é hicieron de sus aflicciones camino para su salvacion. Si llorais la pérdida de una persona á quien amábais, Judith en semejante dolor halló motivo para aumentar su fe y su piedad, y mudó las lágrimas de su viudez en lágrimas de retiro y penitencia; si una salud quebrantada os hace vuestra vida mas amarga y triste que la misma muerte, Job en los destrozos de un cuerpo lleno de llagas, halló motivo de compuncion, deseos de eternidad y esperanzas de su eterna resurreccion; si desacreditan con imposturas vuestra fama, Susana ofreció una alma constante á la mas infame calumnia, y sabiendo que tenia al Señor por testigo de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inocencia, le dejó el cuidado de vengarla de la injusticia de los hombres; si trastornan vuestra fortuna con artificios, David arrojado de su trono miró el abatimiento de su nuevo estado como pena del abuso que habia hecho de su pasada prosperidad; si un matrimonio desgraciado es motivo de que continuamente esteis experimentando lo pesado de su cruz, Esthér halló en las inconstancias y en los furores de un esposo infiel, la prueba de su virtud y el mérito de su paciencia; finalmente, figuraos en el estado mas triste, y hallareis que en él ha habido justos que han obrado su salvacion; y sin ir á buscar ejemplos en la antigüedad, mirad entre vosotros (porque aun no se ha abreviado la mano del Señor) y vereis muchas almas que cargadas con las mismas cruces, hacen de ellas muy diferente uso que vosotros y hallan medios para salvarse en los mismos sucesos en que vosotros hallais ó escollos para vuestra inocencia ó pretextos para murmurar. ¡Pero qué digo! vereis algunas almas á quienes la misericordia de Dios ha sacado del desórden derramando sobre su vida saludables amarguras, trastornando una fortuna que ya estaba fija, resfriando un favor que era envidiado, quebrantando una salud que parecia inalterable, apartándolos de las gracias merecidas por medio de unas preferencias no esperadas, y acabando una amistad profana por medio de una inconstancia ruidosa en el cómplice.

Vosotros mismos, testigos entonces de su mudanza y de su conversion á Dios, minorásteis se mérito por las facilidades que les proporcionaban su pena y su afliccion; desconfiásteis de una virtud que era como efecto necesario de las desgracias, dijísteis que era muy fácil dejar al mundo cuando ya el mundo no nos quiere, que luego que se volviese á manifestar algun vislumbre de fortuna, se veria cómo inmediatamente sucedian los placeres á todo aquel aparato de devocion, y que el entregarse á Dios en la adversidad era á mas no poder. ¡Oh y qué injustos que sois! Hoy que se trata de que os volvais á Su Majestad en vuestra afliccion, respondeis que es imposible que un corazon angustiado y oprimido con la amargura no es capaz de nada ni puede sentir mas que su dolor, y que en este estado de afliccion y de desgracia es mayor la desesperacion que la compuncion; y despues de haber censurado y hecho sospechosa la piedad en las almas afligidas, como un partido fácil de tomar y sin mérito alguno por lo poco que costaba, no os determinais á tomarle en una afliccion ni á usar de él cristianamente, porque decís que es imposible el ocuparos en otra cosa mas que en vuestra misma desgracia. Responded si podeis, ó por mejor decir, temblad de hallar el escollo de vuestra salvacion en un estado que debia ser el mas seguro camino para ella; despues de haber abusado de la prosperidad, temed el que vuestras desgracias sean los mas funestos instrumentos de vuestra perdicion, y que vosotros mismos os cerreis todos los caminos que la divina misericordia os podia abrir para llamaros á sí.

¿Cuándo, pues, ¡oh Dios mio! llegará el tiempo de que elevada mi alma por la fe sobre todas las criaturas, solamente os adore á vos en ellas, sin atribuirlas los sucesos de que vos solo sois autor; que reconozca en los diversos estados en que la colocais, los fines adorables de vuestra providencia; que aun en medio de sus cruces goce de aquella paz inalterable que no puede dar el mundo con todos sus placeres? *Quando consolaberis me.*[1]

¡Qué cosa tan infeliz es, católicos, cuando uno está afli-

1 Psalm. 118, v. 82.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gido y castigado de Dios, el querer consolarse volviéndose contra la mano que le hiere, murmurando contra su justicia, separándose de él como con una especie de rabia, de desesperacion y de venganza, y buscar consuelo en sus propios furores! ¡Qué estado tan terrible el de una alma insensata á quien Dios aflige, y que para consolarse se queja al mismo Dios de su afliccion! Busca el alivio de sus penas multiplicando las ofensas, se entrega al desórden para olvidar sus trabajos, y de la molesta tristeza del delito forma un abominable remedio para la tristeza de sus aflicciones.

No, católicos, solamente la religion puede consolarnos con solidez en nuestras desgracias. La filosofía suspendia sus quejas pero no mitigaba el dolor. El mundo adormece los placeres pero no los cura; en medio de sus insensatos placeres permanece el secreto aguijon de la tristeza, permanece siempre profundamente atravesado en el corazon. Solo Dios puede ser el consolador de nuestras penas, y no necesita de otro el alma fiel. ¡Criaturas flacas! bien podeis con vanos discursos, con aquel lenguaje ordinario, tierno y compasivo, hacer que os oigan los oidos corporales; pero advertid que solo el Dios de todo consuelo sabe hablar al corazon: en vano he buscado yo entre vosotras alivio al exceso de mis penas; he aumentado mis males queriendo olvidarlos, y vuestros vanos consuelos no han sido para mí mas que nuevos tormentos. *Et qui consolaretur, et non inveni.*[1]

¡Gran Dios! De aquí adelante no derramaré la amargura de mi corazon sino á vuestros piés. Con vos solo quiero olvidarme de todos mis males, de todos mis trabajos, de

1 Psalm. 69, v. 21.

todas las criaturas; hasta ahora me he abandonado á todos los pesares y tristezas humanas, he deseado mil veces que los insensatos proyectos de mi corazon sirviesen de regla á vuestra sabiduría. Mis pensamientos han sido desordenados, mi espíritu ha soñado mil sueños alegres, mi corazon se ha dejado llevar de estas vanas fantasmas. Yo he deseado mejor cuna, mas favor, mas talento, mas gloria, mas salud; con estas ideas me he formado una felicidad imaginaria. ¡Oh qué insensato he sido! Como si yo pudiera formar á medida de mis deseos el órden inmutable de vuestra providencia, como si yo fuera ó mas sábio, ó estuviera mas ilustrado que vos acerca de mis verdaderos intereses. Nunca conté con los eternos designios que teníais para conmigo, jamás miré las amarguras de mi estado como que hacian parte del órden de mi predestinacion eterna, y hasta ahora solamente las criaturas han decidido de mis alegrías como de mis pesares. Por eso mis alegrías nunca hans ido tranquilas y mis penas siempre han sido sin consuelo. Pero en adelante, ¡oh Dios mio! vos solo sereis mi único consolador, y buscaré en la meditacion de vuestra santa ley y en mi sumision á vuestras eternas disposiciones, los sólidos consuelos que jamás he hallado en las criaturas, los que suavizando acá en la tierra nuestras penas, nos aseguran al mismo tiempo la recompensa inmortal. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA LA FIESTA

DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Vadam, et videbo visionem hanc magnam.
Iré, y veré esta grande maravilla.
EXOD. 3. v. 3.

SEÑOR:

Extraordinario era el prodigio que se manifestó á Moisés en el monte Sinaí. Una zarza cercada por todas partes de llamas sin consumirse; ¿pues qué es lo que en su presencia suspende la actividad del fuego? ¿por qué este elemento, que con su voracidad consume cuanto encuentra, parece que respeta esta zarza milagrosa? ¡Quién no diria, como Moisés: iré, y veré esta grande maravilla! *Vadam, et videbo visionem hanc magnam.*

Aun es mayor el prodigio que la Iglesia ofrece hoy á la piedad de los fieles. Una pura criatura, una hija de Adan, una porcion de la masa corrompida del humano lina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

je, que á pesar de la raiz inficionada de donde procede, á pesar de la depravacion del siglo en que habita, á pesar del aire emponzoñado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorrupta en medio de la mayor corrupcion. ¡Oh Dios! ¡quién como vos! vos sois el Dios que obra los prodigios.

Los justos, aun los de primer órden, no obstante sus temores y vigilancia, no obstante los socorros de la gracia que los sostiene, experimentan muchas veces al dia su flaqueza: si dijeran que estaba un solo instante de su vida sin pecado, mentirian al Espíritu Santo y contra sí mismos; y María desde el primer instante en que Dios derramó en su alma la justicia y santidad, hasta el momento en que entró en la eterna bienaventuranza, María siempre triunfó del pecado, del mundo y de todos sus halagos; del mundo y sus falsas máximas, con las que hace que tantas almas entren en el camino de la perdicion; del mundo y de tantas contradicciones que opone á la virtud, y con las que desgraciadamente se pierden tantos justos, de aquellos que el Evangelio llama temporales; por todas partes la rodea el fuego del pecado, pero sin poderla hacer sentir su infame ardor. ¡Qué prodigio tan inaudito! ¡qué gloria! ¡qué privilegio tan singular concedido á María! Iré, y veré esta gran maravilla. *Vadam, et videbo visionem hanc magnam.*

No obstante haber nacido María con un privilegio tan sublime, que ponia entre ella y el pecado una casi infinita distancia, nunca creyó poder conservarle sino por medio de la fidelidad y vigilancia. La misma plenitud de gracia que la hacia superior á todos los peligros, se los hacia, al parecer, mas formidables. Sin tener en sí aquel caudal de flaqueza y corrupcion que hace que en todo hallemos escollos, y que muda en lazos aun nuestras mismas virtudes,

las mas rigurosas precauciones la parecieron el único asilo y toda la seguridad de su inocencia. El retiro, la oracion, el huir del mundo, la negacion de sí misma, fueron las reglas constantes de sus costumbres; y aunque tantos favores recibidos del cielo la daban una confianza tan firme y tan bien fundada de que nunca la abandonaria la gracia, vivió, no obstante, como si siempre estuviera temerosa de perderla.

¡Qué instruccion y qué ejemplo! Si María libre de aquel principio de corrupcion que hace que nuestras caidas sean tan fáciles y casi inevitables, huye del mundo, vive con recogimiento y oracion, ¿cómo nos prometeremos nosotros poder conservar entre sus placeres y peligros una inocencia que aun dentro de nosotros mismos tiene enemigos tan terribles contra quienes pelear? Esta es la reflexion mas natural que nos ofrece este misterio.

Hallo pues en María, cuya fidelidad quiero proponer por modelo á las almas favorecidas de Dios y á quienes la gracia ha sacado del vicio, dos fidelidades respecto de la gracia recibida; una de precaucion y otra de correspondencia: la fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros; la fidelidad de correspondencia, con la que cuida hasta el fin de hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia: fué fiel en conservar la gracia recibida, y fué fiel en aumentarla y seguirla hasta donde la misma gracia la quiera conducir. Volvámonos á la misma Señora para alcanzar por su intercesion estas dos fidelidades. *Ave María.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE.

Tres escollos deben tener las almas, que deseosas de su salvacion y vivamente persuadidas de que todo lo que no es Dios es un sueño, quieren empezar á ser fieles. Primeramente, su propia fragilidad que las arrastra; en segundo lugar, el mundo, con el cual todavía quieren guardar respetos y atenciones; y por último, el olvido de la gracia, que poco á poco las hace menos cuidadosas de la grandeza y singularidad del favor que en medio de sus extravíos mudó su corazon y disipó sus tinieblas. A estos tres tan peligrosos escollos para una nueva conversion, opone María tres precauciones, que nos servirán hoy de modelo. Primeramente á la propia fragilidad, opone una entera separacion del mundo; á la vana delicadeza de los juicios públicos, una insensibilidad heróica respecto de los discursos y frívolos pensamientos de los hombres, y al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza del beneficio. Os suplico que me esteis atentos.

El primer escollo de nuestra inocencia está en nosotros mismos; nuestras mas santas resoluciones vienen casi siempre á tropezar con nuestras propias inclinaciones; la misma prontitud de corazon que forma nuestras lágrimas y penitencia, es en el instante siguiente la causa de nuestra inconstancia y de nuestros disgustos; y sin que los objetos exteriores se mezclen en nuestro engaño, la virtud por sí sola se debilita en el mismo corazon en que se habia formado.

Una de las ilusiones mas comunes de que se vale el demonio para engañar á las almas que empiezan á servir á Dios, es el persuadirlas que no es necesario romper abiertamente con el mundo para hacer una vida cristiana; que

se puede muy bien vivir en medio de sus placeres sin tener parte en ellos; que una vez mudado el corazon, las ocasiones que antes eran funestas á la inocencia, son ya objetos indiferentes, y que entonces los mismos peligros vistos de cerca sirven de instruccion y de remedio.

Para confundir, pues, un error tan injurioso á la piedad, nos propone hoy la Iglesia el ejemplo de María. Fortalecida con todas las bendiciones de la gracia, defendida con el privilegio de su concepcion milagrosa, y teniendo la promesa de Dios por prenda de su inocencia, no se tiene por segura sino lejos del mundo y de sus riesgos. Huye de las ocasiones aun antes de la edad en que pueden temerse los peligros. El retiro de Nazareth fué el primer asilo en que muy en tiempo depositó el tesoro de la gracia para libertarle del contagio. Allí, separada del mundo, unida con Dios por medio de los mas santos movimientos de una caridad ya consumada, heredera de los deseos de todos los patriarcas sus antepasados, cargada de los votos de toda la sinagoga, suspiraba sin cesar por la venida del Salvador; gemia por la desolacion de Jerusalen y por las infidelidades de su pueblo, pedia al Señor que visitase á Israel con su misericordia, y pensando continuamente en el que habia de ser la salud de Judá y la luz de las naciones, le formaba ya en su corazon por medio de la fe, dicen los Santos Padres, antes que la virtud del Todopoderoso le hubiese formado en su seno por medio de la secreta obra de su poder. Ni la autoridad de los ejemplos, ni la licencia de las costumbres de su tiempo, en que el comercio de las naciones y el reinado de un extranjero habian alterado mucho en Judea la sencillez de las primeras costumbres y la observancia de la ley de Dios, no la hicieron minorar la austeridad de sus precauciones y conducta. Hija de David, esposa de José, ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre del Mesías, entregada despues al amado discípulo, en todos los diferentes estados de su vida se oculta, vive lejos del mundo y donde solo Dios la vea. La oracion y el retiro la parecen el único medio de conservar la gracia recibida. *Primera instruccion.*

Es error el creer que el mundo y sus peligros son menos de temer, cuando se les presenta un corazon convertido y una alma que desconfía de ellos. Primeramente, exponeis la gracia recibida, y esta es una temeridad castigada casi siempre con la pérdida del beneficio que se expone. En segundo lugar, es una ingratitud y señal del poco caso que haceis de las misericordias que el Señor usa con vosotros: á la ingratitud sigue la tibieza, y muchas veces la indignacion del bienhechor. Podia añadir que cuanto mas ha purificado vuestro corazon la gracia de una corversion sincera, tanto mas peligrosas son para vosotros las ocasiones: en otro tiempo, cuando caminábais por el camino de la iniquidad, viviendo en el comercio de los sentidos y de las pasiones, estaba menos expuesta vuestra alma; la familiaridad con los deleites entorpecia, por decirlo así, su viveza; veíais mil veces el peligro sin reflexion y con tranquilidad; el disgusto os servia como de seguridad; el pecado, si es lícito decirlo así, os servia de muralla contra el pecado mismo; pero hoy que conociendo el don de Dios os absteneis de cuanto puede desagradarle, tienen para vosotros los placeres un nuevo veneno; cuanto mas huís de ellos, mas debeis temer su presencia; cuanto mas tema vuestro corazon el entregarse á ellos, mayor impresion harán en él: si desafiamos temerariamente á un enemigo que nos parece temible, ya nos podemos contar por vencidos: las mas ligeras ocasiones que en otro tiempo apenas merecian vuestra atencion, ofenderán hoy vuestra inocencia. Todo aquello de que nos

privamos empieza á sernos mas amable; los deleites que hemos renunciado se presentan con nuevos halagos; el pecado á quien ya hemos apartado de nosotros, halla al corazon mas fácil para recibir sus impresiones. Os fiais de vuestra virtud, y la misma virtud expuesta á los peligros es muchas veces la mas peligrosa tentacion de la alma fiel.

Jehú, príncipe impío, miraba con la indiferencia á soberbia Jezabel, rodeada de pompa y de atractivos, cuidadosa solamente de agradarle; y David, justo y fiel, va perecer su inocencia por sola la indiscrecion de una mirada. Algunas veces está la virtud mas cerca de caer que el vicio mismo; y vos lo permitís así, ¡oh Dios mio! para que las almas que son vuestras, obren su salud, huyendo de los peligros y desconfiando de sí mismas.

Por otra parte, si ya os sentís movido de Dios, ¿qué encanto puede tener el mundo en que vivís? Aun cuando pudiérais salir por fiadores de la fragilidad de vuestro corazon y pudiérais prometeros que nunca os sorprenderian aquellas ocasiones halagüeñas, en aquellos instantes de inadvertencia ó flaqueza en que repentinamente se suele perder el fruto de muchos años de virtud, ¿qué es lo que aun podeis hallar en el mundo que os agrade? ¿en qué os podeis ocupar en él, sino en cosas inútiles, de que vuestra fe se queja en secreto? ¿Qué podeis oir sino vanos discursos que se oponen á vuestras determinaciones ó que las entibian? ¿De qué os pueden servir sus placeres sino de halagos que os perviertan, sus mas honrosas conexiones, sino de cumplimientos que os molesten, sus mas divertidas tertulias sino de escenas que os estorben? ¿Qué puede ser para vosotros todo el mundo entero sino una perpetua violencia? ¡Oh alma fiel! exclama San Agustin. ¿Qué haces en medio de un mundo que no se hizo para tí? *¿Quid tibi cum pompis*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diaboli, amator Christi? Infelices seríais si aun amáseis al mundo; pero aun lo seríais mucho mas si no amándole os obstináseis en vivir en medio de sus peligros: salid, pues, de este mundo corrompido; esto es, formaos en él nuevas amistades, nuevos placeres, nuevas ocupaciones; uníos con el corto número de almas justas que viven en el mundo como vosotros, pero no viven como el mundo; en su compañía, dice San Agustin, hallareis aquella fidelidad, aquella verdad, aquel candor, aquella alegría pura y agradable, y aquella seguridad que nunca pudísteis hallar en las compañías mundanas: apartaos generosamente de aquello que no os es permitido amar, tened valor para huir de lo que la fe os ha hecho ya despreciar, y no hagais caso de los vanos juicios de un mundo que no conoce á Dios y que ya está juzgado. *Segunda precaucion*, cuyo ejemplo vereis en María Santísima.

El temor de los juicios humanos es, católicos, el segundo obstáculo que opone el demonio á las santas inspiraciones de la gracia. Bien conocemos que para corresponder á los movimientos saludables que la bondad de Dios pone en nuestros corazones, era necesario dar muchos pasos; pero nos detiene el mundo que hablará, que lo condenará y se burlará; al mismo tiempo que le despreciamos le tememos.

Persuadida, pues, María de que es imposible unir lo que nos pide la gracia con las costumbres y sujeciones que nos impone el mundo, y el no ser infiel á Dios cuando queremos suavizar con respetos humanos las obligaciones de una nueva vida, no se detiene en examinar si sus pasos parecerian extraños á los hombres, sino solamente si son medios necesarios para conservar la gracia recibida; y así, aunque en la Sinagoga se miraba á la virginidad como oprobio y eran despreciadas las personas que abandonaban la esperanza de ser madres del Mesías, conociendo María que este era el camino por donde Dios queria llevarla, abraza este humilde estado, y sin tener respeto á su nacimiento, á la esperanza de sus parientes, frustrada con esta resolucion, á lo que diria el mundo, el que siempre desea hallar en la conducta de los justos alguna cosa extraordinaria para poder motejar á la piedad de capricho y de flaqueza, consagra á Dios su virginidad y sigue la voz del cielo sin cuidar de los vanos pensamientos de los hombres; porque á la verdad, católicos, se adelanta poco en el camino de Dios cuando se miran con respeto las injustas preocupaciones del mundo.

Y si no, decidme los que movidos de la gracia, aunque demasiado atentos á los juicios humanos, guardais aún ciertos respetos con un mundo á quien no amais, ¿qué es lo que pretendeis con dejar de hacer por respeto suyo mil cosas propias de la fidelidad que debeis á Dios? Si quereis con esto evitar sus censuras y que favorezca vuestra nueva virtud, os engañais, porque cuanto mas observante os vea de sus máximas, mas censurará vuestra piedad, cuanta mayor uniformidad querais conservar con él, mayores motivos dais á la malignidad de sus censuras; las mismas condescendencias de que con trabajo usará vuestro corazon para agradarle, serán el motivo de su burla; condena solamente en los que se dedican á la piedad lo que halla en ellos de mundanos; se burla de aquellas almas indecisas que hacen á todo, al mundo y á la virtud, y así son indefinibles; se rie de los que despues de haberle abandonado aun quieren agradarle; y aunque es enemigo declarado de la virtud, por lo comun su censura mas se dirige contra los defectos de la virtud que contra la virtud misma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si quereis, pues, que el mundo apruebe vuestra mudanza, haced que sea sincera y universal. ¿Quereis que alabe vuestra nueva penitencia? Haced que sea proporcionada á vuestros antiguos desórdenes, que no note en vosotros un penitente sensual, tibio y medio mundano, despues de haberos conocido un pecador vivo, ardiente y sin respetos en el vicio; que no pueda decir de vosotros que á unas pasiones extremadas ha sucedido una virtud acomodada, que en lugar de los placeres violentos habeis elegido la pereza, y que en vuestra nueva vida no hay otra cosa especial mas que haberos apartado de todo lo que os molestaba. No temais, pues, al mundo sino mientras useis con él de respetos. Mientras que Sanson vivió enemigo declarado de los filisteos y lejos de sus ciudades, le tuvieron por un hombre escogido por Dios para ensalzar la gloria de Israel; pero apenas se acercó á aquel pueblo infiel, apenas hizo alianza con él é imitó sus costumbres, cuando se hizo la fábula de Gaza y sirvió de público juguete á sus conversaciones.

Nada perdona el mundo á la virtud. No solamente no alaba en los justos el que se acomoden á sus costumbres, sino que quiere en ellos mas modestia, mas moderacion, mas caridad, mas desinterés, mas olvido de sí mismos, y mas privacion si es posible de los que manda el Evangelio. Es excesivamente severo en las reglas que impone á los justos, les disputa hasta las mas leves condescendencias que usan consigo mismos, les imputa á pecado aun las faltas mas leves, se escandaliza aun de sus mas inocentes libertades; quisiera condenarlos á un perpetuo retiro, á una tristeza sin consuelo y á una entera insensibilidad acerca de sus propios intereses. Quisiera, segun parece, que para contarse entre los justos dejasen de

ser hombres; y su injusticia se emplea mas en ponderar sus obligaciones, que en disculpar sus fragilidades. En este punto es el mundo un doctor muy rígido. Los fariseos acusan de intemperancia los inocentes convites de Jesucristo. Michol censura las santas alegrías de David. Los grandes de Jerusalen miran como ambiciosas las lágrimas y predicciones de Jeremías. El mundo aumenta y envenena cuanto halla en las acciones de los justos, y usando consigo de toda la indulgencia posible, guarda para ellos toda su severidad, como si abultando las obligaciones de la piedad quisiera persuadirse á que son impracticables, y justificar las trasgresiones con que se aparta de ellas.

Finalmente, la última precaucion de que se vale María para conservar la gracia recibida, es un continuo reconocimiento, y este es el tercer escollo que puede temerse en una nueva vida. No conocemos bien el gran favor de Dios en habernos sacado del desórden; esta falta de conocimiento nace primeramente de una oculta soberbia que hace que atribuyamos en parte nuestra mudanza á un natural feliz, á un gran caudal de rectitud y probidad, el que aun en medio de los desórdenes nos hacia avergonzar del vicio, que ponia ciertos límites á nuestras pasiones, los que suelen traspasar la mayor parte de los pecadores, y que nos hacia respetar la obligacion al mismo tiempo que la posponiamos al deleite. Pero María, nacida con tantos privilegios y formada segun parece para la virtud, no busca en sí las razones de los favores de Dios. *Obró en mí* (dice) *cosas grandes, porque se acordó de su misericordia.*[1]

Cualquiera cosa que quisiera atribuirse á sí misma la hubiera parecido una infame ingratitud, y no hallando en

1 Luc. I, v. 49, 54.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí cosa alguna que pudiese merecerla la estimacion de Dios, cuanto mas se miraba, mas descubria la grandeza del beneficio, sin hallar en sí mas que nuevos motivos de agradecimiento.

Dios gusta de que conozcamos el valor de las gracias que nos hace, es tan celoso de sus dones como de su gloria, y no hay cosa que tanto suspenda sus misericordias como el querer buscar en nosotros mismos las razones de haberlas merecido. Porque á la verdad, además de que un natural feliz y dispuesto para el bien es un don gratuito, es injusticia querer por eso minorar lo grande del beneficio que ha mudado nuestro corazon y el reconocimiento que debemos á nuestro bienhechor.

¿De qué proviene, pues, que tantos pecadores nacidos con mejores disposiciones que nosotros, mas inclinados que nosotros por el carácter de su corazon á la vergüenza y á la inocencia, y mas movidos de la virtud y de sus santas verdades que la inspiran; de qué proviene que no obstante esto, no tienen volor para romper sus cadenas, que continúan ofendiendo al Dios que conocen, que ultrajan la misma verdad que respetan, que se dejan llevar como por fuerza de sus inclinaciones, y que á pesar de la voz de la naturaleza que parece acordarles su obligacion, se dejan todavía aprisionar del mundo y del encanto de sus pecaminosos deleites? ¿Pero qué es lo que digo? ¿De qué proviene que estas felices inclinaciones con que nacieron sean el pretexto de su impenitencia, que fiados en ellas se prometan una conversion futura, y que hallándose con mas disposiciones para la virtud que otros pecadores, mueran impenitentes porque no se sentian obstinados? Aun no digo bastante, católicos; examinad lo que pasa en el mundo y vereis que las personas de un carácter mas pacífico, las mas dispuestas á la virtud, los corazones mas tiernos, mas sinceros y mas generosos, son los que mas se dejan engañar de los deleites. ¿Qué es, pues, lo que habeis ofrecido á la gracia, presentándola una alma buena y fácil, sino mas disposiciones para los deleites y mas obstáculos para la virtud? Cuanto mas parece que os habia favorecido la naturaleza, tanto mas distante estábais del reino de Dios, tanto mas debeis bendecir á la mano misericordiosa que os ha mudado en medios de santificacion las mismas inclinaciones que en otros son el escollo de su inocencia; que ha mudado vuestra inclinacion al vicio en un santo deseo de la justicia, vuestro amor á las criaturas en una amorosa compuncion hácia él, vuestros movimientos profanos en santas lágrimas; y si alguna vez se os permite reflexionar sobre ese natural dócil que se os concedió al tiempo de nacer, es para que os confundais de haberle hecho servir tanto tiempo á la injusticia, y de no haber hecho mas uso de los talentos que os distinguen de los demás hombres, que el haber hallado en ellos una distincion infeliz en la ciencia del pecado y en la satisfaccion de sus pasiones. ¿Quién soy yo, ¡oh Dios mio! para querer hallar en mi corazon las razones de vuestras misericordias? Un infeliz á quien han hecho mas culpable vuestros dones, un pecador que en vuestros mismos beneficios ha hallado la raiz de sus miserias, un mónstruo de ingratitud que se ha divertido en juntar cuantas disposiciones favorables á la virtud puede dar de sí un natural feliz, con cuanto puede inspirar á favor del vicio una voluntad corrompida.

La segunda razon porque el reconocimiento, que debe ser continuo en las almas á quienes Dios ha movido, se entibia en nosotros, es porque nos vamos olvidando de nuestras pasadas miserias. En los primeros dias de nuestra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penitencia apenas nos atreviamos á mirarnos á nosotros mismos; los horrores de nuestra alma, que aun estaban vivos por decirlo así, hacian gemir á nuestra fe; nuestros desórdenes se presentaban todavía á nuestra vista con toda su fealdad, y aun era preciso que el confesor prudente y caritativo nos los disfrazase para asegurar nuestros temores y para que no desmayase nuestra flaqueza; entonces la sola tentacion que padeciamos era el conocer demasiado nuestra miseria. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con nosotros mismos, nuestras falsas virtudes nos han ocultado nuestros pasados delitos, y algunos pocos dias dedicados á la penitencia, algunas pocas lágrimas han borrado de nuestra memoria los horrores de una vida llena de iniquidad: de este modo el reconocimiento del beneficio que nos purificó, se ha borrado con la memoria de las manchas de que entonces estábamos cubiertos.

Esto sucede en las mas de las conversiones, de lo que nace que sean tan poco durables. Dios quiere que en todos los instantes de la vida se conozca el inestimable precio de la gracia que mudó nuestro corazon; deja de ser misericordioso luego que dejamos de ser agradecidos á sus misericordias. David despues de su rigurosa penitencia, de sus lágrimas y de sus cánticos, aun no veia en sí sino al asesino de Urías y al violador de la santidad del lecho conyugal; su culpa, aun despues de mucho tiempo de expiada, se manifestaba continuamente á su vista como una sombra importuna; y ni el resplandor del trono, ni la prosperidad de su reinado, ni el número de sus victorias, ni la constante fidelidad que observó despues á la ley de Dios, ni su celo por la majestad del culto divino, ni las alabanzas de sus profecías, que parecian haberle borrado la memoria de su pecado para no acordarse mas que de su piedad, y de tantas

acciones santas con que despues le habia reparado, no pudieron borrarle de su espíritu y de su corazon: *Et peccatum meum contra me est semper.*[1]

¡Oh Dios! decia continuamente el petitente rey, cuando me acuerdo en vuestra presencia de la multitud de mis iniquidades, de las gracias con que siempre me habeis favoredo, aun cuando yo con mas ingratitud y escándalo violaba vuestra santa ley, se turba mi corazon, me abandona mi confianza, y mis ojos miran sin gusto todo este resplandor y grandeza que me rodea. *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum.*[2] Sí, Dios mio, todos los placeres del reinar no pueden aliviar la gran tristeza que deja en mi alma el dolor de haberos ofendido. *Afflictus sum.*[3] Toda la gloria de mi reino no equivale al secreto abatimiento que en vuestra presencia me hace padecer la memoria de mis flaquezas. *Humiliatus sum.*[4] ¿Qué podré yo, Señor, daros por tantas bendiciones con que me habeis enriquecido? En mis desórdenes nunca me habeis desamparado; me enviásteis profetas que me anunciasen vuestras santas voluntades, me dísteis un corazon dócil y dispuesto para la verdad, siempre me favorecísteis contra mis enemigos, multiplicásteis mi descendencia y asegurásteis para siempre en mi casa el trono de Judá; me hicísteis amado de mis pueblos y temido de mis vecinos; ¿qué os daré yo, Señor, por tantos beneficios? ¿Podrán acaso bastar mis lágrimas para expiar mis delitos ó para agradecer vuestras gracias? *Quid retribuam Domino pro omni-*

1 Psalm. 50. v. 4.
2 Psalm. 37. v. 22.
3 Ibid. v. 9.
4 Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bus quæ retribuit mihi.[1] De este modo perseveró David hasta el fin, y afianzó en la continua memoria de su pecado la seguridad de su penitencia.

Finalmente, la última razon porque dejamos entibiar nuestro agradecimiento, despues de los primeros pasos de nuestra conversion, es porque no consideramos que cuando Dios mudó nuestro corazon, nos prefirió á otras muchas almas menos pecadoras que nosotros, y no obstante las dejó en el camino de la perdicion.

La preferencia que Dios usó con María, no en sacarla del pecado, sino en preservarla de él, es para la Señora el mayor motivo de su agradecimiento; se acuerda de que al mismo tiempo que el Señor desprecia á las demás hijas de Judá, se digna mirar la bajeza de su esclava, escogerla y llenarla de dones y de gracias; y siendo toda la ocupacion de los pensamientos de María esta preferencia de las misericordias y amor del Señor para con ella, la sirve de despertar su amor y asegurar su fidelidad.

Y á la verdad, católicos, no hay cosa que tanto dé á conocer el valor de la gracia á una alma en quien Dios ha infundido un santo disgusto del mundo y un horror de los pasados desórdenes, como el ver á una infinidad de pecadores de todas clases, de todas edades, de todos sexos, y que solian ser cómplices de sus antiguos placeres, entregados aún á la ceguedad y á la corrupcion de su corazon, cuando ella sola ha sido escogida y separada por un singular favor de Dios, sacada de sus desórdenes, ilustrada y llamada al conocimiento de la verdad: entonces esta alma movida de la grandeza del beneficio, dice: ¿Qué habeis hallado en mí, ¡oh Dios mio! que haya podido merecerme una distincion

[1] Psalm. 115. v. 12.

tan singular de gracia y de misericordia? ¿qué tenia yo mas que tantas almas á quienes á mi vista habeis dejado perecer en el mundo, sino mas miserias que curar y mas oposiciones á vuestra gracia? ¿qué os he hecho yo para que así me prefirais? Yo he sido mas indiscreto en mis pasiones, he resistido mas tiempo á vuestras inspiraciones santas, he estado atado con mas pesadas y vergonzosas cadenas. Este es, Dios mio, todo mi mérito. Una abundancia de iniquidad ha atraido sobre mí la superabundancia de vuestras misericordias; habeis escogido la mas flaca y delincuente de vuestras criaturas, para hacer resplandecer mas en mí el poder de vuestro brazo y las maravillas de vuestra misericordia. ¡Oh Dios, que tan propicio sois al pecador, dadme un corazon capaz de amaros tanto, como desea mi agradecimiento y merece el exceso de vuestra bondad! En esto consiste, católicos, esta fidelidad de precaucion, tan necesaria para conservar la gracia recibida. Pero á la fidelidad de precaucion añadió María la fidelidad de correspondencia.

PARTE SEGUNDA.

No basta haber evitado con precauciones saludables los escollos que pueden temerse en el principio de una vida cristiana; es necesario tambien seguir los caminos por donde la gracia nos llama, y adelantar continuamente en el camino de la salvacion en que hemos entrado.

¿Cuáles son, pues, las comunes causas de nuestras recaidas? Primeramente, el no haber seguido toda la fuerza y toda la extension de la gracia que nos sacó del desórden; en segundo lugar, el salirnos del camino por donde queria llevarnos; finalmente, el desmayar al tiempo que vamos ade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lantando, y ceder á cada obstáculo que el demonio opone á nuestra propia flaqueza. Pero María ofrece á la gracia una correspondencia de perfeccion, una correspondencia de estado y una correspondencia de perseverancia, con que acaba de instruirnos.

En primer lugar, una correspondencia de perfeccion, y en esto enseña María á las mas movidas del deseo de su salvacion, á no poner límites peligrosos á la gracia que las sacó de los desórdenes del mundo y de las pasiones. Jamás hubo criatura que hiciese vida mas desprendida, mas pura y mas perfecta que esa santa hija de Judá; no tuvo inclinacion que dividiese ó debilitase en su corazon el amor á Jesucristo; amóle mas que á su propia estimacion, pues las sospechas de José no pudieron sacar de su boca ni una sola palabra que perjudicase á su humildad; mas que á su patria, pues huye á Egipto sin detenerse; mas que á los aplausos mundanos, pues no le insta, como sus demás parientes, á que se manifieste al mundo; mas que á su descanso, pues nunca le abandona en sus viajes; y finalmente, mas que á sí misma, pues le ofrece en sacrificio en el Calvario, sin que lo tierno de su amor ceda á lo grande de su fe; la llamaba la gracia al mas riguroso desapropio, á las virtudes mas perfectas, á las acciones mas heróicas, y nunca la limita á un género de virtud mas suave y mas comun.

No hay, pues, cosa mas rara entre las personas que se han levantado de sus desórdenes, que este género de correspondencia á la gracia. Bien sé que cada uno tiene su propio don, que la medida de la gracia no es la misma para todas las almas, y que al siervo á quien se le hubiere dado menos, tambien se le pedirá menos; pero aseguro que tú en particular á quien Dios ha tocado, eres infiel á la gracia recibida, aunque te abstengas de los pasados delitos, si

por otra parte te ciñes á costumbres tibias, sensuales y comunes.

Y fundo esta verdad en las luces con que Dios os ha favorecido, y que se han seguido á vuestra penitencia; cuando abrísteis los ojos para ver lo enorme de vuestros pasados delitos, los abrísteis al mismo tiempo para ver hasta dónde se extendian vuestras obligaciones: conocísteis las reglas de la fe, vísteis hasta dónde extiende el Evangelio el despego, el aborrecimiento del mundo, el desprecio de sí mismo, el amor de la cruz y la violencia de los sentidos y del espíritu; vísteis en la mayor parte de las costumbres recibidas en el mundo, muchas cosas que no veian los mundanos; en cada accion conocíais lo mejor, segun la expresion del apóstol, esto es, lo que debia hacerse para seguir el espíritu de la fe; y así digo que sereis juzgados segun lo que habeis conocido, y que vuestras luces serán en la presencia de Dios la medida de vuestras obligaciones.

Fundo tambien esta verdad en los pensamientos que Dios os inspira, y si no, acordaos de aquellos primeros instantes de penitencia en que empezásteis á detestar los desórdenes de vuestra vida pasada; entonces sentísteis un nuevo gusto en la oracion, en el retiro y en las santas austeridados, gemíais en lo íntimo de vuestro corazon por los empeños con que aun estábais ligados con el mundo, por los placeres que aun teníais precision de permitiros, por las costumbres que una especie de cortesanía os hacia seguir; os decíais á vos mismo que una alma cristiana debia desterrar de sí estas reliquias del mundo, y que una alma pecadora, entregada como la vuestra á las lágrimas y á la penitencia, debia mirar estas costumbres mitigadas como delitos. ¿No es verdad, católicos, que á pesar de la flaqueza que hasta ahora os ha hecho perseverar en este es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tado, no se han borrado aún de vuestros corazones estos pensamientos fieles? ¿que aun os reprendeis todos los dias vuestra tibieza y vuestra infidelidad á los dones recibidos? ¿que conoceis que aun falta algo á lo que Dios pide de vosotros? ¿que no obstante el público error que alaba vuestra piedad, conoceis todavía que en la presencia de Dios estais muy distantes del estado á que os llama la gracia, y que las alabanzas de los hombres que suponen en vosotros virtudes que no teneis, serán motivo de hacer mas severa vuestra condenacion? ¿no es verdad que toda vuestra vida, por mas inocente que parezca á la vista de los hombres, no es mas que una continuacion de remordimientos, que no experimentais aquella paz inocente que es el mas suave fruto de la gracia, y que aunque os absteneis del pecado, con todo eso os hallais privados de todos los consuelos de la virtud?

La vocacion, pues, del cielo está escrita, por decirlo así, en las inquietudes de vuestra alma. Si esta vida que aun seguís, natural y mundana, fuera la situacion ó estado en que Dios os quiere; si la gracia no os llamara á una abnegacion del mundo mas absoluta, á una mas severa vigilancia sobre vuestros sentidos, estaríais tranquilos en vuestro estado, solo experimentaríais aquellos deseos de un estado mas perfecto, inseparables de la injusticia cristiana; pero no padeceríais las inquietudes de un corazon agitado, descontento, acobardado, que se esfuerza continuamente para levantarse sobre sí mismo y que inmediatamente le abate su flaqueza; gustaríais las delicias que se experimentan en ser de Dios y en servirle: el estar vuestra virtud triste é inquieta consiste en que es tibia é infiel; acaso otro que hubiera sido llamado á menor grado de gracia y de justicia, se preservara de caer en este estado de imperfeccion;

sus inclinaciones menos vivas, su génio mas moderado y su corazon menos fácil de moverse, no hallaria entre los mismos peligros en que vosotros vivís, los mismos precipicios; pero vosotros cuyas inclinaciones mas frágiles, cuya alma mas fácil en recibir las impresiones solo puede estar segura lejos de los peligros, y defendida con todas las precauciones de la fe, sentireis que insensiblemente se debilita vuestra virtud, que se disminuye vuestro horror al vicio, que cada dia se aumenta vuestra flaqueza, que cada objeto debilita vuestro corazon con nuevas impresiones, que cada victoria de las que conseguís disminuye vuestras fuerzas, y caereis tanto mas peligrosamente, cuantas mas habian sido las caidas invisibles que habian precedido en vuestro corazon, antes que un conocido abandono de Dios os manifestase á vosotros mismos vuestra caida. Es imposible el perseverar fiel por mucho tiempo no estando en el estado que Dios nos pide.

Finalmente, fundo esta verdad en vuestras pasadas costumbres. ¿Quereis saber cuáles deben ser los límites de vuestra virtud? Pues acordaos de cuál fué la medida de vuestros vicios, esta regla es indefectible: haced en la piedad los mismos progresos que hicísteis en los desórdenes, dad á Dios otro tanto como dísteis al mundo, aquel desasosiego, aquella embriaguez, aquel olvido de vuestros intereses y de vuestra gloria; aquellas sutilezas en vuestros empeños profanos, aquel corazon ocupado siempre en sus pasiones y que se tenia por feliz en sus penas: esto es lo fuísteis para el mundo, pues sed lo mismo para Jesucristo; ofreced á vuestro corazon objetos mas santos, dejad para un Dios que es el solo digno de ser amado, la misma ansia, la misma constancia, la misma sutileza que teníais para las vanas criaturas: en vuestras deplorables pasiones

hacíais gala de parecer héroes, de ser mas sinceros, mas generosos, mas fieles y mas grandes que los demás hombres. Servid á Jesucristo con la misma nobleza, sin temor, sin respetos, sin division, sin bajeza; llevad la misma grandeza de alma al pié de sus altares, no os contenteis con una virtud débil y comun, ni degradeis vuestro corazon cuando le entregais á Jesucristo, cuya gracia le eleva y ennoblece cuando está tímido y abatido.

Sí, católicos, las pasiones en las personas de cierta clase siempre son vivas, sobresalientes y extremadas, y la penitencia flaca, débil y tímida; vuelven en sí de los pasados desórdenes, arreglan sus costumbres, se reconcilian con las cosas santas, pero no reparan los excesos pasados; suelen amparar á los justos, honrarlos con su familiaridad, alentar su celo, proteger las empresas útiles á la piedad, pero sin conocer las lágrimas, los rigores, los santos desprecios de las cosas del mundo, ni los sacrificios de la penitencia, tienen las públicas virtudes en que nada padece el amor propio, pero no las personales, que son las que solamente forman al hombre interior y obran la verdadera mudanza del corazon: esta suele ser la penitencia, particularmente de los grandes; hácense mas favorecedores de la piedad, pero no son por eso mas rigurosos consigo mismos; hácense mas religiosos pero no mas penitentes. La primera cosa que Dios pide á un pecador, por mas distinguido que sea en el mundo, es sus suspiros, sus lágrimas y sus trabajos. No se contentó David con llevar en triunfo á Jerusalen el Arca santa, con haber juntado á costa de grandes gastos los materiales para un magnífico templo, con honrar la santidad de Nathan y del pontífice Abiathar, sino que lloró su pecado cubierto de ceniza y de cilicio, interrumpió mil veces su sueño para bañar su cama con sus lágrimas y confesar en la presencia del Señor la ingratitud y enormidad de su delito; pasó lo restante de sus dias lleno de pensamientos de compuncion y amargura, no pudiendo persuadirse á que lo elevado de su dignidad le dispensaba en las reglas escenciales de la penitencia; es necesario padecer para satisfacer delante de Dios por vuestros pecaminosos deleites, y mientras que vuestras pasiones no estén castigadas, no pueden estar mas que medio extinguidas.

Estas son reglas de fe y de equidad, vosotros podeis juzgar acerca de ellas. No basta haber salido de Sodoma y de los caminos de la iniquidad; es necesario seguir á la gracia hasta donde ella quiera conducirnos. Salió Loth de aquella ciudad reprobada que Dios entregó á las llamas de su venganza; pero esto no fué mas que el principio de su salud: quiso el ángel llevarle hasta lo alto de la montaña; no se atreve á seguirle, se asusta con la dificultad del camino y pide que se le permita detenerse á un lado, en una ciudad situada en la cuesta: *Quia nec possum in monte salvari. . . .est Civitas juxta.*[1] Con este medio creia haberse puesto en seguridad, haberse libertado del peligro de Sodoma y de la fatiga de la montaña. Pero las mitigaciones en materia de obligacion siempre son peligrosas; abándonale Dios, se emborracha y da motivo al mas abominable de todos los pecados; la virtud que busca el descanso está muy cerca de la virtud que se aparta del camino, y cuando no hacemos mas que medio huir del vicio, estamos muy expuestos á volverle á encontrar; y esta es la primera infidelidad que inutiliza la gracia de la conversion.

La segunda consiste en seguir los caminos que nos dicta nuestra vanidad ó nuestro capricho, y no aquellos por don-

1 Genes. 19, v. 19. 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de quiere conducirnos la gracia; pero María evita este escollo con una correspondencia de estado: elevada al grado mas sublime de la gracia, y con derecho de aspirar á los mas extraordinarios caminos, no sale del simple y natural de su estado; toda su piedad se halla limitada á criar á su Hijo con un religioso cuidado en su retiro de Nazareth, en tributar á José el respeto y obediencia que le era debido por razon del sagrado vínculo con que á él estaba unida; en ir todos los años á Jerusalen para celebrar allí la Pascua con su pueblo; en sujetarse á las comunes observancias de la ley: siempre persevera fiel en seguir la gracia en todos los acontecimientos de su vida; nunca se persuade á que un estado diferente seria mas favorable á la piedad; en las circunstancias en que Dios la pone, nunca busca razones para justificar lo que Dios condena, y el camino por donde la conduce la gracia la parece siempre el mas propio para su eterna salud. En esto suelen engañarse las mas santas intenciones, y aun la misma piedad suele ser nuestra mas peligrosa ilusion; apenas se encuentra quien quiera ir á Dios por el camino que le señala su gracia.

Algunos hay á quienes les parecen ligeras todas las cruces, menos las que les envia la divina Providencia; la pérdida de sus bienes y de su fortuna les parece tolerable, pero no pueden sufrir la mala fe de un enemigo que los deshonra y calumnia, y les parecen muy injustos estos sentimientos; en cualquiera otro estado en que Dios nos colocase nos parece que le seriamos fieles; pero en este que es el único camino por donde la gracia queria guiarnos, nos quejamos de su providencia y faltamos á sus órdenes.

En medio del mundo y de la corte adonde nos llama nuestro estado, nos decimos á nosotros mismos que seriamos mas fieles en el retiro y lejos de los peligros; en el retiro en donde algunas veces nos detiene nuestra obligacion, nos persuadimos que la piedad sola y entregada á sí misma, se relaja y desfallece, y que el trato de los justos y los públicos socorros de la virtud la alientan y confortan; entre los cuidados públicos, una condicion particular parece mas proporcionada á la salvacion: si nos hallamos en este estado, pretextamos la inutilidad, y creemos que una vida desocupada casi no puede ser inocente: los que están ligados con el santo vínculo del matrimonio se quejan de que las antipatías, casi siempre inseparables de una mútua sujecion, son un obstáculo invencible para salvarse; los que se hallan en un estado libre se figuran que si estuvieran ligados tendrian su corazon tranquilo y serviria esto de freno á sus locas pasiones; cada uno apetece las obligaciones esenciales del estado en que no se halla, y nadie es fiel á la gracia de su propio estado. ¿Señor, decian los israelitas en el desierto, nos habeis acaso traido á estos lugares áridos para que nos sirvan de sepulcro? Dadnos enemigos con quienes pelear y de quienes podamos defendernos, y no peñascos ardiendo, hambre y sed que nos consumen:[1] *¿Cur eduxisti nos in desertum istud ut occideres omnem multitudinem fame?* ¿Señor, decian los mismos despues que salieron del desierto y llegaron á los paises de Canaá, para qué nos sacásteis del desierto? Allí solamente teniamos que defendernos de las incomodidades de un largo viaje; aquí vamos á ser presa de estos pueblos valerosos é innumerables que nos rodean, y nos traeis á una tierra habitada de gigantes y monstruos que tragan á sus habitadores: *Terra devorat habitatores suos.*[2]

1 Exod. 16. v. 3.
2 Núm. 13. v. 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el desierto, donde no necesitaban mas que de paciencia, les parecian fáciles el valor y la fuerza de los combates: en Palestina, en donde debian combatir, les parecia mas fácil sufrir las incomodidades del desierto. De este modo, ¡oh Dios mio! con una continua ilusion huimos siempre de nosotros mismos, é infieles al estado en que nos habeis puesto, sustituimos á las presentes obligaciones, que serian penosas á la naturaleza, unos sacrificios quiméricos, que divierten la fantasía y nada cuestan al corazon.

Finalmente, á esta correspondencia de estado añade María una correspondencia de perseverancia. Hasta el fin ofrece á todos los rigores que Dios envió sobre ella una fe siempre mas viva y mas constante; si Jesucristo, siendo aún niño, para probar, al parecer, su tierno amor se pierde de su vista y se oculta en el templo, lejos de enfadarse, corre como la Esposa en busca de su Esposo que ha perdido, y no cesan sus cuidados hasta que halla á su amado. En las bodas de Canaá, la respuesta de Jesucristo, tan áspera al parecer, no desalienta su fe, y en el mismo tiempo en que parece manifestarla el Señor tanto despego, espera todo cuanto de él puede esperar, y su fidelidad, fundada sobre reglas sólidas, no depende de los diversos modos de proceder de Jesucristo para con María.

Por lo comun en los principios de la piedad nos mantenemos por un cierto gusto sensible, que casi siempre acompaña á los primeros pasos de una nueva vida, un gusto que las mas veces tanto es obra de la naturaleza como de la gracia, y que regularmente proviene mas de la flaqueza y timidez de un corazon tierno, que de una plenitud de amor y de compuncion, y así, llegando á faltar este gusto y no teniendo apoyo sensible el corazon, desmaya, se entibia y pierde el ánimo; mira atrás, está cerca de recaer y por fin

recae. Esta es la suerte de las mas de las almas; su piedad es una piedad sensible y gustosa, es un cierto atractivo inseparable de la novedad, y que tiene siempre mas imperio sobre las almas ligeras é inconstantes; no es una real y profunda persuasion de las verdades santas, un temor verdadero del juicio de Dios, un santo aborrecimiento de sí mismas, un desprecio heróico del mundo y de sus deleites, ni una mutacion universal del corazon; y de aquí provienen las tristes escenas que afligen á la Iglesia, que deshonran la virtud, y que vemos todos los dias suceder; de aquí proviene el burlarse el mundo de tantas almas que despues de haberle abandonado con ruido, vuelven luego á sus placeres.

Cuando nos volvemos á Dios, católicos, es necesario esperar disgustos y amarguras; mirar estas como parte de la penitencia que nos impone el Señor, fundar la fidelidad, no sobre el gusto que pasa, sino sobre reglas santas, sobre máximas de fe, sobre la verdad que siempre es permanente; convencerse con la luz que Dios nos inspira, de que el mundo es un sueño, que el pecado es la única desgracia del hombre, que la inocencia es la verdadera felicidad aun en la tierra, que los males y bienes presentes no son verdaderos bienes ni males, y que nuestros títulos, nuestras dignidades, en una palabra, todo cuanto somos á la vista de los hombres, perecerá con los hombres, y solo seremos eternamente lo que seamos en la presencia de Dios. El gusto pasa, pero la verdad permanece eternamente. Y además de esto, decidme: el mundo á quien renunciásteis, ¿no tenia tambien sus amarguras? ¿no habia tambien entre sus placeres muchos ratos de molestia y de tristeza? ¿Los caminos de las pasiones de que salísteis estaban por ventura siempre sembrados de flores? ¿Es posible que habiendo amado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tanto tiempo á un mundo pérfido, injusto y molesto, os háyais de cansar de la virtud y de la inocencia al primer instante de disgusto? ¡Oh alma fiel! ¿son acaso mas insufribles los disgustos de la virtud que los del pecado? Estos dejan en el corazon una raiz terrible y funesta, que hace que no podamos sufrirnos á nosotros mismos, derraman un torrente de amarguras en lo interior de nuestra conciencia, no dejan al pecador ningun recurso dentro de sí, y entregándole á sí mismo, le entregan á todas sus desgracias.

Por el contrario, los disgustos de la virtud no son mas que unas inquietudes superficiales, que siempre dejan en el fondo de la conciencia una paz y una tranquilidad secreta; son nubes pasajeras que ocultan por un instante al alma su Señor y su Dios, pero que no apagan en ella las luces de la fe, que alumbra aun en este lugar oscuro y que en secreto la consuela en sus penas.

En la Escritura santa podeis ver la diferencia. Saúl cansado de sí mismo y de sus delitos, es un infeliz que no puede sufrir el peso de su conciencia; vuélvese á todas partes, y no halla cosa alguna que pueda calmar los furores de su alma; el arpa de un pastor divierte su tristeza, pero no la cura; los encantos de una Pythonisa engañan su vista, pero no pueden engañar su corazon: los espectáculos del reino mitigan su enfado, pero no pueden librarle de sus crueles pesares; busca modo de engañarse y no le halla; huye de sí mismo y se encuentra en todas partes; siempre lleva consigo sus inquietudes y disgustos, y lejos de suavizar con los placeres que le cercan la amargura de su alma, derrama esta amargura sobre todos los placeres que pudieran consolarle. Estas son las inquietudes del pecado.

Al contrario David, padeciendo las amarguras á que Dios suele entregar algunas veces las almas justas; cuándo

¡oh Dios mio! dice, derramareis sobre mi alma aquellos inexplicables consuelos en que conoce un corazon que os ama, lo suave que sois y la gran felicidad que tiene en ser vuestro. *¿Quando consolaberis me?*[1] ¡Ah! si vuestra santa ley no me sustuviera en este estado de tristeza y de trabajo, no podria defenderme de mí mismo, y mi flaqueza venceria la grandeza de vuestros beneficios, la verdad de vuestras promesas y la fidelidad que tantas veces os he prometido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tuc forte periissem in humilitate mea.*[2] El uno abandonado de Dios y entregado á sí mismo, no halla alivio sino en los horrores de su propia conciencia; el otro afligido por Dios, pero teniéndole siempre oculto en lo íntimo de su corazon, lleva consigo el consuelo de todas sus penas. En una palabra, el pecador, perdiendo el gusto de sus placeres, lo pierde todo. El justo nada pierde en perder los consuelos sensibles de la virtud, porque no pierde la misma virtud. ¡Gran Dios! ¡qué fácil es el consolarnos mientras que os poseemos! ¡cuánto mas apreciables son las amarguras de la virtud que las falsas alegrías del pecado! ¡y qué bien se recompensan los rigores con que afligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos da María: felices nosotros si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.

1 Psalm. 118. v. 182.
2 Psalm. 118 v. 92.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR LA CONVERSION.

Ego vox clamantis in deserto: dirigite viam Domini.

Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor.

JOAN. I, V. 28.

SEÑOR:

Jesucristo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiéndolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se deja arrastrar nuestro insensato corazon, las que siempre están vivas, y para destruirlas es preciso combatirlas, y no lo hacemos. Estos obstáculos son las ocasiones, en las que ha tropezado tan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas veces nuestra inocencia, y que sirven aún todos los dias de fatal escollo á nuestras resoluciones, porque en vez de ceder á la inclinacion secreta que nos lleva á ellas, es preciso huirlas, y no lo hacemos: en una palabra, el verdadero y único modo de preparar á Jesucristo el camino de nuestros corazones, es mudar de vida y convertirnos sinceramente.

Pero aunque el negocio de nuestra conversion sea el mas importante de que podamos estar encargados en la tierra, pues solamente con ella podemos traer á Jesucristo á nuestros corazones; aunque sea el único que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, ne obstante, ¡oh deplorable ceguedad! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¡Qué es lo que esperais, católicos! Jesucristo no cesa de anunciaros por sus ministros las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia y al retardar vuestra conversion; ya ha mucho tiempo que por nuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aun no se contenta con avisaros en público por la voz de sus ministros; os habla tambien en lo íntimo de vuestros corazones, y continuamente os está diciendo en secreto: ¿no es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, cuando para salir de ella casi no te queda más remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazon, de desterrar ese caos de pasiones que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de disponerte á lo menos algunos dias felices y tranquilos, y que ya que has vivido tantos años para un mundo que siempre te ha dejado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios que es quien solamente puede dar la alegría y la tranquilidad á tu alma? ¿No quieres, por último, despues de una vida llena de vanidad, pensar en tus intereses eternos, volverte á la verdad, y sirviendo á Dios tomar el único partido prudente que el hombre puede tomar en la tierra? ¿No estás cansado de sufrirte á tí mismo contra los remordimientos que te mortifican, contra la tristeza del pecado que te consume, contra la nada del mundo que en todas partes te sigue? ¿Y no quieres, finalmente, poner fin á tus desgracias y á tus inquietudes, dando fin á tus pecados?

¿Qué respondemos á esta voz secreta que ya ha tanto tiempo que está clamando en lo íntimo de nuestros corazones? ¿que pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos da aún los auxilios necesarios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo, que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones para poder pensar en una nueva vida. Esto es, nos figuramos dos pretextos para dilatar nuestra conversion; el primero sacado de parte de Dios, el segundo de nosotros mismos. El primero que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo que nos asegura, acusándonos á nosotros mismos de no poder aún volvernos á él. Y así dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios y que Dios no se acuerda aún de nosotros: dilatamos nuestra conversion porque nos prometemos que algun dia estaremos algo mas separados del mundo y de nuestras pasiones, y mas en estado de empezar una vida mas regular y mas cristiana; dos pretextos que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar despues de haber implorado, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

No es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de sus injustos procederes. Puede muy bien decirse que esta ceguedad entró en el mundo con el pecado. Esta fué la excusa que alegó el primer hombre de su delito, y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo por haberle juntado con la mujer, habia sido la causa de su desobediencia.

Y esta, católicos, es una ilusion comun á casi todas las almas que viven en la culpa y que dejan para mas adelante la conversion que Dios les pide. Continuamente nos están diciendo que la conversion no depende de nosotros, que el Señor es quien muda los corazones y les da la fe y la gracia que les falta; y así, no se contentan con irritarle dilatando su conversion, sino que tambien le insultan echándole la culpa de su obstinacion y de la dilacion de su penitencia. Confundamos, pues, hoy el desórden y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora mas inexcusable en su impenitencia, quitémosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar que os convertiríais si tuviérais fe y si estuviérais bien persuadidos de la verdad de la religion; pero que la fe es un don de Dios que de él solo le esperais, y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Primer pretexto: no tenemos fe y Dios es solo quien la da.

Pero primeramente os pregunto: ¿cómo habeis perdido

esta fe tan preciosa? En el bautismo la recibísteis, conservóse en vuestro corazon por medio de una educucion cristiana, creció en vosotros, era un talento inestimable que os entregó el Señor, distinguiéndoos con él de tantas naciones infieles, y sellándoos con el sello de la salud al salir del vientre de vuestras madres. ¿Qué habeis, pues, hecho de este don de Dios? ¿quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿no son esas tinieblas en que os hallais un justo castigo del desórden de vuestras pasiones? ¿dudábais acaso de la fe de vuestros padres antes de ser impúdicos y disolutos? ¿no sois vosotros mismos quien ha apagado entre el cieno aquella luz celestial que la Iglesia cuando os reengendró, os puso en la mano para que os sirviese de guia entre las tinieblas y peligros de esta vida? ¿pues por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? El es quien os habia de pedir su propio don, quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó, quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros que no hice por tí? Ennobleci tu alma con el don de la fe y con el carácter propio de mis hijos, tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos; quisiste apagar la fe y la luz que yo te habia entregado, y yo la he conservado mucho tiempo en tu corazon aun á pesar tuyo; la he hecho sobrevivir á los impíos esfuerzos que has hecho para apagarla porque servia de estorbo á tus desórdenes; bien sabes cuánto te ha costado el sacudir el yugo de la fe y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el mas justo castigo de tus culpas, ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿y dices que la falta de fe no es culpa tuya, porque no depende del hombre, cuando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma? ¿Dices que yo te la debo dar si quiero que me sirvas, yo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

soy quien te la pide, yo que tantos motivos tengo para quejarme de que la hayas perdido? Entrad en juicio con vuestro Dios y Señor, y justificaos si es que teneis que responderle.

Y para mejor haceros conocer, amados oyentes mios, la debilidad de este pretexto, estadme atentos: os quejais de que os falta la fe, decís que desearíais tenerla, que no hay mayor felicidad que el estar vivamente persuadido, y que en este estado todo cuesta poco; pero si deseais tener fe, si creeis que no hay otra cosa mas feliz que el estar verdaderamente convencidos de las verdades de eterna salud y de la ilusion de todo lo que pasa en el mundo; si envidiais la suerte de las almas que han llegado á este apetecible estado, esa es la suerte que esperais y que creeis haber perdido; siendo así, ya no os falta otra cosa que conocer para acabar una vida pecaminosa, mas que la felicidad de aquellos que salieron de ella para trabajar en su salvacion. Decís que desearíais tener fe; pues estad persuadidos á que la teneis desde el instante que creeis que es digna de ser deseada; á lo menos teneis la suficiente para conocer que la mayor felicidad del hombre consiste en sacrificarlo todo á sus promesas. Las almas que todos los dias se convierten á Dios no son guiadas por otras luces. Los justos que llevan su yugo no se sostienen y animan con otras verdades, y aun nosotros mismos cuando le servimos nada mas conocemos.

Dejad, pues, de engañaros á vosotros mismos y de esperar lo que ya poseeis. ¡Ah! no os falta la fe; lo que sí os falta es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone; vuestras pasiones y no vuestras dudas son las que os detienen: no os conoceis. Hallais utilidad en persuadiros que os falta la fe, porque este pretexto que poneis á la gra-

cia, es de menos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raiz; vuestras dudas nacen de vuestros desórdenes. Arreglad vuestras costumbres, y cuanto os ofrezca la fe será cierto y os servirá de consuelo. Sed casto, honesto y moderado, y yo os respondo de la fe que os parece haber perdido. Vivid bien y os costará poquísimo el creer.

Y prueba de ser verdad lo que digo, es que si para volveros á Dios no tuviéseis que hacer mas que sujetar vuestra razon á los misterios que se os presentan, si la vida cristiana no os ofreciese mas dificultades que ciertas contradicciones aparentes que es necesario creer sin poder comprenderlas, si la fe no os propusiera obligaciones cuyo cumplimiento es penoso, si para mudar de vida no tuviérais que renunciar á las mas vivas pasiones y á los lazos mas estrechos, si este fuera un negocio puramente de entendimiento y de creencia, y que no hubiera de padecer en él el corazon ni las pasiones, ninguna dificultad tendríais en creer, miraríais como insensatos á los que comparasen unas dificultades puramente especulativas que nada cuesta el creerlas, con una eternidad de desgracias en que podian ser sepultados los incrédulos: la fe, pues, solo os parece difícil porque regla vuestras pasiones y no porque propone misterios. La santidad de sus máximas es la que os asusta, y no la incomprensibilidad de sus misterios; y así, aunque es verdad que vivís en la corrupcion, no lo es el que seais incrédulos.

Y á la verdad, á pesar de vuestras falsas dudas acerca de la fe, no dejais de conocer que la incredulidad declarada es un terrible partido que no os atreveis á seguir; es una arena movediza bajo la cual veis mil precipicios que os causan horror, en la que no hallais seguridad y sobre la que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no os atreveis á caminar con confianza. Todos los dias decís en vuestro interior, que en entregarse á Dios nada se pierde, que en la realidad aun cuando no fuera tan cierto que nos espera otra vida despues de esta, es demasiado peligrosa la alternativa para no tomar bien las medidas, y que aun en una efectiva incertidumbre de las verdades de la fe, el partido que toma el justo seria siempre el mas seguro y prudente. Por lo que vuestro estado mas es una vaga irresolucion de un corazon agitado y que teme el romper sus cadenas, que una real y efectiva duda acerca de la fe, ni un temor de perder vuestros trabajos sacrificando á ella vuestros injustos placeres. Vuestras dudas mas son esfuerzos que haceis para defenderos contra la poca fe que aun os alumbra en lo interior, que señal de que la háyais perdido. No busqueis, pues, con que convenceros: trabajad sí en no oponeros á la fuerza interior que os alumbra y os condena. Entrad en cuentas con vuestro corazon, reconciliaos con vosotros mismos, dejad hablar á una conciencia que continuamente pleitea en vuestro interior á favor de la fe contra vuestros desórdenes. En una palabra, escuchaos á vosotros mismos y sereis fieles.

Pero acaso direis: es constante que si no hubiera que hacer mas que creer, esto no costaria mucho: pero nos falta la gracia y la esperamos. La conversion no es obra del hombre, Dios solo es quien muda el corazon, y este es el segundo pretexto de los pecadores que dilatan la conversion.

Digo, pues, que este pretexto tan vulgar y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto, si atendemos á Dios de quien se queja, es temerario é ingrato, y si le examinamos en sí mismo, es ridículo é improbable.

Primeramente, es injusto si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aun no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devocion y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando como estais llenos de pasiones, ¿es razon que espereis ni pidais que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿quereis que vuestro corazon entregado aún al desórden, experimente las suaves dulzuras y los castos atractivos de la virtud? Os pareceis á un hombre que sustentándose solamente con hiel y ajenjos, se quejase de que todos los alimentos le parecian amargos. Decís que Dios es quien debe daros gusto para servirle si quiere que le sirvais, cuando al mismo tiempo estais continuamente estragando vuestro corazon con indignos excesos, cuando sin cesar estais poniendo un nuevo caos entre Dios y vosotros con vuestros nuevos desórdenes, cuando finalmente, todos los dias extinguís en vuestra alma con nuevos delitos aun aquellos pensamientos de virtud natural, aquellas felices impresiones de inocencia y de regularidad que nacieron con vosotros y que podrian servir para atraeros á la virtud y á la justicia. ¡Oh hombre! solamente quieres justificarte acusando la sabiduría y justicia de Dios.

Mas aun cuando Dios produjese en vuestro corazon este gusto y estos deseos de salud que deseais, viviendo como vivis en la corrupcion y en la disolucion, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aun cuando os llamara, ¿cómo le habíais de oir estando como estais, distraidos con los placeres de una vida mundana? Aun cuando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en órden á vuestra conversion, cuando inmediatamente le apagaria el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? A la verdad, fieles, que este Dios lleno de longanimidad y pacien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, mueve aún vuestros corazones y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia: su gracia nunca os falta, pero vosotros la recibís en un corazon tan lleno de corrupcion y de miseria, que por decirlo así, no hace efecto en él ni le mueve: es como una chispa que cae en un abismo de barro y corrupcion, y que se apaga en el mismo instante que cae en él.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes mios, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta y de que esperais su gracia para convertiros; ¿pero acaso puede haber pecador en cuya boca sea esta queja mas injusta que en la vuestra? Traed á la memoria todo el curso de vuestra vida y examinad desde la primera edad hasta ahora: el Señor os habia prevenido desde vuestra infancia con sus bendiciones, os dotó de un natural feliz, de una alma buena y de todas las inclinaciones mas favorables á la virtud; os proporcionó aun dentro del recinto de vuestra familia, socorros y ejemplos domésticos de fe y de piedad: aun se extendieron á mas las misericordias del Señor; os ha preservado de mil peligros, os ha hecho sobrevivir á muchas ocasiones en que las desgracias de la guerra han hecho perecer á vuestro lado á vuestros amigos, y acaso á los que fueron cómplices de vuestros desórdenes; se ha valido para llamaros á sí de las aflicciones, de los disgustos y de las desgracias; os ha quitado de delante los infames objetos de vuestras pasiones en el mismo tiempo en que vuestro corazon estaba mas unido á ellos; ha gobernado vuestra suerte con tanta misericordia, que ha opuesto siempre mil obstáculos á vuestras pasiones sin que háyais nunca podido llegar al cumplimiento de todos vuestros malvados deseos, faltando siempre alguna cosa á vuestra injusta felicidad; os ha facilitado empeños y obligaciones sérias que aun á pesar vuestro os han puesto en la precision de hacer una vida prudente y arreglada para con los hombres; no ha permitido que se haya obstinado vuestra conciencia en los desórdenes, ni habeis podido conseguir el calmar vuestros remordimientos y vivir con tranquilidad en la culpa; no ha habido dia en que no háyais pensado en la vanidad del mundo y en el horror de vuestro estado; aun en medio de vuestros placeres y de vuestros excesos, se ha alterado vuestra conciencia, sin que háyais podido sosegar vuestras secretas inquietudes sino prometiéndoos una mudanza en lo porvenir. Un Dios justo y misericordioso os insta y os sigue por todas partes desde que le abandonásteis; está pegado á vosotros, dice un profeta, como se pega el gusano al vestido, para roer sin cesar vuestro corazon y haceros con la importunidad de su mordedura un saludable remedio: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior; las verdades santas que pone en mi boca y el haberme enviado aquí para anunciarlas, acaso es para moveros á vos solo. ¿Qué es vuestra vida sino un eslabonado de gracias? ¿qué sois vosotros sino unos hijos de dileccion y la obra de las misericordias del Señor? ¡Oh injustos! os quejais de que os falta la gracia, cuando parece que á vosotros solos se ha dignado el Señor de mirar sobre la tierra, y cuando ha estado llamando continuamente á las puertas de vuestro corazon, como si fuérais el solo entre los hombres que quisiera salvar, cuando parece que para vos solo ha dispuesto la mayor parte de los sucesos que veis acaecer todos los dias; en una palabra, cuando todos los instantes han sido unas nuevas gracias, y cuando el mayor delito será el haber recibido muchas y haber siempre abusado de ellas.

Pero para acabar de convenceros os pregunto: ¿en qué os fundais para decir que os falta la gracia? Sin duda lo decís porque conoceis que en el estado en que os hallais os costaria mucho volveros á Dios; luego os parece que tener la gracia es convertirse sin trabajo, sin violencia y casi sin conocerlo: ¿os parece que tener la gracia es lo mismo que tener pasiones que combatir, cadenas que romper, ni tentaciones que vencer; que es renacer por medio de la penitencia, sin lágrimas, sin dolor y sin dificultad? ¡Ah! sabed que sobre este pié nunca tendreis esta gracia quimérica, que siempre os ha de costar trabajo el convertiros; que sea lo que fuere la gracia, siempre es preciso hacer héroicos esfuerzos, reprimir vuestras inclinaciones, despegaros de los objetos mas amados y sacrificar todo lo que aun nos cautiva; mirad si les cuesta trabajo á los que todos los dias se convierten á Dios, y con todo eso tienen la gracia, pues ella es quien los liberta y quien muda su corazon: preguntadlos si la gracia se lo facilita todo, si deja al amor propio algo que padecer y que sufrir; preguntadlos si tienen que sufrir mil combates, que vencer mil obstáculos, que moderar mil pasiones, y entonces sabreis si el tener la gracia es lo mismo que convertirse sin que cueste trabajo alguno: mirad si le costó algo á San Agustin; ¡qué esfuerzos no hizo para levantarse de su cieno y para romper las cadenas de hierro con que estaba atada su rebelde voluntad! Y con todo eso, ¿qué corazon hubo jamás en quien la gracia obrase con mas fuerza y abundancia que en el suyo? La conversion, pues, es un sacrificio penoso, un bautismo trabajoso, un parto doloroso, una victoria que supone combates y fatigas. Es verdad que la gracia las suaviza, pero no dispensa las batallas: si esperais para convertiros una gracia de esta naturaleza, os aseguro que nunca la hubo, y que el esperar tan lo-

camente la libertad y la salud, es estar determinado á perecer.

Pero si el pretexto de la falta de la gracia es injusto de parte del pecador que le alega, no es menos temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja.

Porque decís que Dios es el dueño absoluto, y que cuando quiera sabrá hallaros; esto es, que vosotros no teneis que hacer mas que dejarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, cuando él quisiere sabrá mudar vuestro corazon. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas que pasar alegremente vuestra vida en deleites y culpas, y que sin cuidado alguno de vuestra parte, aun sin pesar en ello, sin poner de vuestra parte otra disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desórdenes y continuas resistencias á su gracia, él sabrá cuándo es tiempo de llamaros para sí: es decir, que vuestra salvacion, el negocio grande y único que os interesa en la tierra, no es negocio vuestro, y que el Señor, que no os ha encargado otro en el mundo, que os manda preferirle á todos los demás, y que los desprecieis todos para entregaros á él solo, os ha dispensado absolutamente de él por tomarle á su cargo. Manifestadnos, pues, esta promesa en algun nuevo Evangelio, pues bien sabeis que en el de Jesucristo no se halla. Cuanto puede responder el pecador para justificarse, dice un profeta, es una necedad, y su corazon se pone inicuamente de parte de sus delitos contra el mismo Dios: *Stultus fatua loquetur, et cor ejus faciet iniquitatem, ut perficiat simulationem, et loquatur ad dominum fraudulenter.*[1]

Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo. De-

1 Isai. 32. v. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cís que os falta la gracia, ya os he respondido que os engañais, que si procediérais de buena fe, debiérais conocer que nunca os ha faltado la gracia; que muchas veces habeis experimentado sus saludables impresiones, que hubiera triunfado de vuestra obstinacion, si la dureza é impenitencia de vuestro corazon no la hubiera opuesto una terrible resistencia; que Dios quiere que todos los hombres se salven, que solo sacó á las criaturas racionales de la nada para que le alaben, le bendigan y le glorifiquen; en una palabra, que solamente os hizo para sí; os ha abierto, católicos, como á otros muchos pecadores, mil caminos de conversion, y que sin duda os hubieran conducido al camino derecho si no hubiérais cerrado los oidos á su voz cuando os llamaba. Decís que os falta la gracia, ¿y qué quereis decir con eso? ¿Quereis dar á entender que Dios, que es nuestro Padre y de quien somos hijos, que nos tiene infinitamente mas amor que la mas tierna madre á su hijo único, que un Dios tan bueno nos deja sin socorro y en la imposibilidad de obrar bien? ¿No conoceis que este estilo es una blasfemia contra la sabiduría de Dios y que es la justificacion de todos los delitos? ¿Ignorais por ventura que por grande que fuese la herida que hizo á nuestra libertad la caida de Adan, con todo eso, nos quedó la suficiente? ¿que ni habria fe ni le estarian impuestas al hombre ningunas obligaciones, si no tuviera real y verdadero poder para cumplirlas? ¿que en tal caso, la religion en vez de servir de socorro y de consuelo, solo seria una desesperacion y un lazo? ¿que si no obstante todo el cuidado que Dios tiene de nuestra salvacion, perecemos, siempre es por defecto de nuestra voluntad y no por falta de su gracia? ¿que nosotros solos somos los autores de nuestra perdicion y de nuestras desgracias, que en nuestra mano estuvo el evitarlas, y que infinitos pecadores,

sin mas gracia ni mas auxilios que nosotros, rompieron sus cadenas y glorificaron á Dios y á sus misericordias con una nueva vida?

Pero aun cuando no fueran tan ciertas estas verdades de la fe, y aun cuando fuera verdad, católicos, que os falta la gracia, tambien seria indubitable que Dios os habia abandonado del todo, que estaríais señalados con un carácter de reprobacion y que no podia ser peor vuestro estado, porque no tener gracia es la situacion mas terrible de todas y la mas segura señal de una condenacion eterna; y con todo eso, este mismo pensamiento tan terrible os asegura, justifica para con vosotros mismos vuestra tranquilidad en la culpa, os hace dilatar vuestra conversion sin recelo, sin remordimientos, y aun sirve de disculpa á vuestros desórdenes, es decir, que os hallais contentos con no tener esta gracia preciosa; os decís con gusto á vosotros mismos: Dios aun no se acuerda de mí; yo no tengo otra cosa que hacer mas que vivir tranquilamente en la culpa; su gracia aun no vendrá tan presto: es decir, que no la deseais, y que sentireis el que viniese á romper las cadenas que aun amais: no tener la gracia debiera ser para vosotros el motivo mas fuerte y el mas poderoso para salir de vuestro deplorable estado, y es el único que os tranquiliza y os detiene.

Por otra parte, cuanto mas dilatais la conversion menos gracia teneis, porque se multiplican mas vuestras culpas, se aleja Dios mas de vosotros, se acaban sus misericordias, y se pasa el tiempo de la indulgencia; vuestra medida se llena, se acerca el término terrible de su indignacion, y si acaso es cierto que hoy no teneis la gracia suficiente para convertiros, tambien lo es que en ningun tiempo la tendreis ni aun para conocer que teneis necesidad de la conversion y de la penitencia.

Y así, católicos, no os quejeis de la gracia; quejaos sí de vosotros mismos. Agustino, en el tiempo de sus tibios deseos de conversion, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilacion de su penitencia? No por cierto. No buscaba la razon en otra parte mas que en su flaqueza y en el desórden de su corazon. Hallábame, dice él mismo, con un corazon enfermo y lleno de remordimientos; acusábame á mí solo de mis desgracias y de la dilacion que yo oponia á una nueva vida: *Sic ægrotabam, et excruciabar, accusans me metipsum.*[1] Daba vueltas dentro de mis propias cadenas sin hacer esfuerzo alguno, como si ellas hubieran de romperse por sí mismas: *Volvens, ac versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum.* Pero vos, Señor, no cesábais de castigar mi corazon con secretas amarguras, obrando en él continuamente con una misericordiosa severidad, remordimientos penetrantes que turbaban toda la dulzura de mi vida: *Et instabas tu in occultis meis, Domine, severa misericordia flagella ingeminans timoris, et pudoris.*[2] Con todo eso, las diversiones del mundo, que siempre habia amado y aun amaba, me detenian: *Retinebant me nugæ nugarum antiquæ amicæ meæ*, y me decian en secreto: ¿es posible que hayas de renunciar á nuestros deleites? *¿Dimittis ne nos?* ¿Te has de despedir desde este instante de todo lo que hasta ahora ha sido el deleite de tu vida? *¿A momento isto non erimus tecum ultra in æternum?* ¿Es posible que de aquí adelante no te ha de ser permitido el ver á las personas á quienes mas amabas? ¿Te has de separar de los amigos que te acompañaban en los placeres? ¿Te has de desterrar de sus concurrencias? ¿Te has de privar

1 Confes. lib. 8. cap. 2. núm. 25
2 Ibid. núm. 26.

de los mas inocentes deleites y de todos los consuelos de la sociedad? *¿A momento isto non tibi licebit hoc, et illud ultra in æternum?* ¿Te parece que podrás sufrir la molestia de una vida tan triste y tan distinta de la que has hecho hasta aquí? *¿Putas ne sine istis poteris?*

Este pecador, medio movido á su conversion, hallaba las razones de su dilacion y resistencia en el temor de renunciar á sus pasiones y de no poder sufrir una nueva vida; pero no en el defecto de la gracia, y este es el mismo estado en que vosotros os hallais y lo que os decís todos los dias á vosotros mismos.

Y si no, supongamos que os falta la gracia; ¿qué inferís de aquí? ¿Inferís acaso que las culpas en que os hallais sumergidos no han de ser causa de vuestra condenacion si llega la muerte á cogeros en este deplorable estado? Me parece que no os atrevereis á decirlo: ¿que no teneis que hacer mas que vivir tranquilamente en vuestros desórdenes, esperando á que Dios os mueva y que os dé la gracia? Pues sabed que es cosa ridícula el esperar la gracia, haciéndose cada dia mas indigno de ella. ¿Que no sois culpable en la presencia de Dios de la dilacion de vuestra conversion, porque no depende de vosotros? Eso era querer que todos los pecadores que dilatan su conversion y mueren impenitentes, pudieran justificarse. ¿Que no debeis cuidar de vuestra salvacion, sino dejarla á la casualidad? Este es el partido de la desesperacion y de la impiedad. ¿Que el instante de vuestra conversion está predefinido, y que algo mas ó menos de desórden no es capaz de adelantarle ni atrasarle? Pues atravesaos el corazon con un puñal ó arrojaos en un rio, fiados en que está determinado el instante de vuestra muerte, y que esta temeridad no puede retardarla ni apresurarla. ¡Oh hombre! exclama el apóstol, respondiendo á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la locura é impiedad de este pretexto; ¿de este modo desprecias las riquezas de la bondad de tu Dios? ¿Ignoras acaso que su paciencia en sufrir tus desórdenes, lejos de autorizarlos, debe atraerte á la penitencia, y no obstante eso, su misma longanimidad es quien te asegura en la culpa? ¿Y quieres juntar á la obstinacion de tu corazon un abundante tesoro de ira para el terrible dia de la cuenta, en el que se le dará á cada uno segun sus obras?

La sola consecuencia racional que pudiérais inferir en el caso de que os faltara la gracia, es el que debíais rogar mas que otro alguno para alcanzarla, sin omitir diligencia alguna para aplacar la ira de un Dios irritado y que se ha retirado de vuestro corazon; vencer su resistencia con vuestras importunidades, separar de vosotros todo lo que separa su gracia de vuestro corazon, disponerle los caminos, apartar los estorbos que hasta ahora os lo han hecho inútil, evitar las ocasiones en que vuestra inocencia halla todos los dias nuevos escollos, y que acaban de cerrar vuestro corazon á las santas inspiraciones; este es el modo cristiano y prudente de glorificar á Dios, de confesar que él solo es el Señor de los corazones, y que todo dimana de él; pero el decir, como acostumbrais todos los dias, sin mudar vuestras desordenadas costumbres: Dios sabe muy bien cuándo me ha de buscar para hallarme, es decir, yo aun no pienso en él; puedo muy bien pasarme sin él; vivo feliz y tranquilo; cuando me fuerce sin que yo pueda resistir, entonces me rendiré; pero entre tanto, quiero gozar de mi fortuna y del privilegio que me concede de no convertirme aún. ¡Qué disposicion tan fatal para recibir aquella preciosa gracia que muda el corazon! Pues de este modo la espera con confianza el alma impenitente.

Estos son los pretextos que el pecador que dilata su conversion opone por parte de Dios. Veamos ahora los que alega por parte de sí mismo.

SEGUNDA PARTE.

Extraordinaria cosa es, católicos, que siendo la vida tan corta, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la memoria de lo porvenir, podamos formarnos á nosotros mismos tantos y tan frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros que amenazan á nuestra vida, á nuestra honra ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aun cuando sea dudoso el peligro, y en este asunto en que el peligro es cierto y presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Parece, ó que la salvacion es una cosa arbitraria, ó que nuestra vida está en nuestras manos, ó que se nos ha prometido el tiempo de la penitencia, ó que es pequeño mal el morir sin haberla hecho, pues vemos á todos los pecadores vivir tranquilos con la esperanza de que se convertirán algun dia, sin que nunca llegue el caso de poner en ejecucion este deseo; y lo que hay mas incomprensible en la dilacion de su penitencia, es el que todos convienen en la necesidad que tienen de convertirse y en el mal estado de sus conciencias, que todos miran como la mayor de sus desgracias el morir en este triste estado, y no obstante, todos dilatan el salir de él alegando tan pueriles pretextos, que apenas son dignos de refutarse.

Los vanos pretextos que nos oponemos á nosotros mismos para dilatar la conversion que Dios nos pide, son la edad, las pasiones y las resultas de la mudanza de vida, las que tememos no poder sufrir.

Primeramente *la edad*. Queremos dejar pasar los años de la juventud, á la que parece no conviene un partido tan prudente como es el de la piedad. Esperamos cierta estacion de la vida, en la que marchitada la primera flor de la edad, siendo ya mas sérias las costumbres, mas exacta la honestidad, no mirándonos el mundo con tanta atencion, estando el espíritu mas maduro y mas en estado de sostener esta grande empresa, nos prometemos trabajar en ella, sin que entonces pueda haber cosa que nos distraiga.

Pero es una cosa muy natural preguntaros: ¿quién os ha dicho que llegareis al término que os habeis propuesto, que no os cogerá la muerte en medio de estos años que habeis destinado aún al mundo y á las pasiones, y que el Señor, á quien no esperais hasta la tarde, no llegará por la mañana, cuando esteis mas descuidados? ¿Es por ventura la juventud alguna seguridad contra la muerte? Mirad sin que hablemos ahora de lo que sucede á todos los hombres, si entre el corto número de vuestros amigos y parientes ha habido algunos á quienes la justicia divina haya abierto el sepulcro en los primeros años de su carrera, que como la flor de los campos se hayan secado en el discurso de un dia, sin que os hayan dejado mas que la triste pena de haber visto nacer una vida que se acabó al instante. ¡Oh insensatos! acaso mañana os pedirán cuenta de vuestra alma; ¿y de qué os servirán entonces estos proyectos de conversion que formais para en adelante? Esas grandes resoluciones que ofreceis poner en ejecucion algun dia, ¿qué podrán minorar de vuestra eterna desgracia si las previene la muerte, como está sucediendo todos los dias, sin dejaros mas consuelo que el inútil pesar de haberlas formado en vano?

Pero demos caso que la muerte no os sobrecoja; os pregunto: ¿en qué fundais que la edad mudará vuestro corazon

y formará en vosotros las disposiciones que hoy no teneis para una nueva vida? ¿Mudó acaso la edad el corazon de Salomon? ¡Ah! entonces fué cuando sus disoluciones llegaron al mas alto punto, sin conocer límites su vergonzosa fragilidad. ¿Dispuso por ventura la edad á Saul para su conversion? ¡Ah! entonces añadió á sus pasados desórdenes la supersticion, la impiedad, la dureza y la desesperacion. ¿Puso remedio la edad á los desórdenes de Jezabel y de la incestuosa Herodías? Entonces se manifestaron mas ambiciosas, mas lascivas, mas cuidadosas de agradar que nunca: puede ser que con la edad salgais de algunos desórdenes, porque os retirará el disgusto que siempre se sigue á ellos; pero no os convertireis por eso; no vivireis en el desórden, pero no os arrepentireis, no hareis penitencia, no se mudará vuestro corazon; todavía os mantendreis mundano, ambicioso, lascivo, sensual; vivireis tranquilo porque solo tendreis las disposiciones para estos vicios sin entregaros á sus excesos. Los años, los ejemplos, el largo uso del mundo, solo habrán servido de endurecer vuestra conciencia y sustituir una indolencia y una sabiduría mundana á las pasiones, y de borrar aquella sensibilidad de religion que la primera edad deja en el alma, entonces aún timorata; morireis impenitentes.

Y si acaso os persuadís á que estas razones son un simple movimiento de celo y no una verdad fundada en experiencia, examinad lo que todos los dias pasa á vuestra vista. Veis que á todas las almas que han envejecido en el mundo y á las que solamente la edad ha retirado de los placeres, las acompaña el amor del mundo hasta la muerte, bajo diferentes exterioridades, á quien solo ha mudado la decencia; conservan el mismo amor al mundo, las mismas inclinaciones, la misma ansia por los deleites, y un cora-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zon aún jóven en un cuerpo mundano y deshecho. Se acuerdan con gusto de las delicias de los primeros años, hacen revivir con error de la imaginacion lo que la edad y el tiempo los ha quitado, miran con envidia á una juventud lozana y á las delicias que la acompañan, disfrutan todo lo que aun es compatible con la seriedad de su estado, forman pretextos para concurrir todavía á ciertos placeres, sin faltar á su honor y sin exponerse á la risa del público. Finalmente, á proporcion que el mundo huye y se escapa, corren con él con mas gusto que nunca. El largo uso que de él han hecho, solo ha servido de hacerle mas necesario y de ponerlos en estado de no poder pasarse sin él. La edad hasta ahora á ninguno ha convertido.

Pero aun cuando no fuera de temer esta desgracia, ¿el Señor no es por ventura el Dios de todos los tiempos y de todas las edades? ¿hay acaso entre todos los dias alguno que no sea suyo ó que nos le haya destinado para el mundo y para la vanidad? ¿no es celoso aun de las primicias de nuestro corazon y de nuestra vida, figuradas en los primeros frutos de la tierra que mandaba la ley ofrecerle? ¿Pues por qué le habeis de usurpar la parte mas hermosa de vuestra vida por consagrarla al demonio y á sus obras? ¿Os parece demasiado larga la vida para emplearla toda entera en honra del Señor que nos la dió y que nos promete otra inmortal? ¿os parece demasiado preciosa la primera edad para consagrarla á merecer la posesion eterna del Ser soberano? ¿luego no le reservais mas que los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida? Que es como decirle: Señor, mientras yo pueda servir al mundo y á sus deleites, no espereis que me vuelva á vos ni que os busque; mientras el mundo me quiera á mí no podré resolverme á quereros á vos; cuando empiece á olvidarme y huya de mí, cuando yo

ya no le pueda gozar, entonces me volveré á vos y os diré: aquí estoy; os suplicaré que recibais mi corazon abandonado del mundo y afligido con la dura necesidad de haberse de dar á vos; pero hasta entonces no espereis de mí mas que una entera indiferencia y un absoluto olvido: en la realidad vos solo sois bueno para servido cuando ya no servimos para nada. Es indefectible que siempre os hallaremos; para vos todos los tiempos son los mismos, pero para el mundo despues de cierta edad ya no somos á propósito. Es preciso darse prisa á gozarle antes que se nos huya y mientras que dura el tiempo proporcionado. ¡Oh! alma indigna de confesar jamás las misericordias de un Dios á quien tanto ultrajas, ¿crees que entonces aceptará el Señor unos homenajes tan forzados y tan vergonzosos á su gloria, no teniendo como no tiene necesidad del hombre, y haciéndole como le hace mucha gracia, aun cuando acepta sus mas puros votos y sus mas sinceros rendimientos?

En otro tiempo insultaba el profeta Isaías en estos términos á los que adoraban los vanos ídolos. Cogeis un cedro del Líbano, les decia, separais lo mejor de él para vuestras necesidades, para vuestros placeres, para el lujo y para el adorno de vuestros palacios, y cuando no sabeis qué hacer de lo restante, fabricais un ídolo y le ofreceis votos y homenajes ridículos: *Et de reliquo ejus idolum faciam.*[1] Lo mismo puedo yo deciros, católicos; separais los mas hermosos y floridos años de vuestra vida para satisfacer á vuestros gustos y á vuestras pasiones injustas, y cuando ya no sabeis qué hacer de los restantes, cuando ya son inútiles al mundo y á los deleites, entonces fabricais un ídolo, le haceis servir á la religion, os formais una virtud falsa, super-

1 Isaiæ 44. v. 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficial, inanimada, á la que consagrais por fuerza el resto de vuestras pasiones y desórdenes. *Et de reliquo ejus idolum faciam.* ¡Oh Dios mio! ¿Es esto miraros como á un Dios celoso, á quien ofende la mas leve mancha en las mas puras ofrendas, ó como á un ídolo vano que no conoce la dignidad y ficcion de los respetos que se le tributan? *Et de reliquo ejus idolum faciam.*

Católicos, en la edad avanzada no se recoge sino lo que se ha sembrado en los primeros años de la vida; si sembrais en la corrupcion, dice el apóstol, segareis en la corrupcion: todos los dias estais vosotros mismos diciendo que se muere como se vive, que los caractéres no se mudan, que en la vejez duran todos los defectos é inclinaciones de la primera edad, y que no hay mayor felicidad que el formarse en tiempo unas buenas inclinaciones, y acostumbrarse, como dice el profeta, á llevar el yugo del Señor desde la juventud: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.*[1]

A la verdad, católicos, aun cuando no atendiéramos mas que al sosiego de nuestra vida, aun cuando no tuviéramos mas interés que el pasar en la tierra unos dias sosegados y felices, seria gran dicha el prevenir y ahogar en su nacimiento, inclinándonos desde el principio á la virtud, tantas pasiones violentas, que despues afligen nuestro corazon y que son la causa de todas las desgracias y amarguras de nuestra vida: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* ¡Qué felicidad el no haber formado en sí sino ideas inocentes, y librarse de la funesta experiencia de tantos placeres infames que corrompen para siempre el corazon, que manchan la imaginacion, que nos dejan

1 Thren. 3. v. 27

mil vergonzosas é importunas imágenes que aun en la virtud nos acompañan, que sobreviven á nuestros delitos, y aun muchas veces llegan ellas á serlo! *Bonum est viro, etc.* ¡Qué felicidad el haberse formado desde los primeros años unos inocentes y tranquilos placeres, el haber acostumbrado el corazon á contentarse con ellos, el no haber adquirido la triste necesidad de no poder pasarse sin deleites violentos y culpables, y el no haber hecho insufrible con el largo uso de unas pasiones desenfrenadas, la dulzura y tranquilidad de la virtud y de la inocencia! *Bonum est, etc.* ¡Qué gracias no adquieren para lo restante de la vida estos primeros años pasados con pudor y con aborrecimiento al vicio! ¡Qué atento hacen estar al Señor á todos nuestros caminos! ¡y cómo nos hacen ser el delicioso objeto de sus cuidados y de su paternal complacencia! *Bonum est viro, etc.*

Es verdad, direis, que es felicidad el haberse entregado á Dios desde el principio y el haberse podido preservar de todos los inconvenientes de la edad y de los deleites; pero no estamos ya en este caso, hemos seguido el camino ordinario, nos hemos dejado arrebatar del torrente del mundo y de las pasiones; actualmente nos hallamos en los lazos mas estrechos, y no está en nuestra mano el romperlos; esperamos una situacion mas favorable, y nos prometemos que apagada la pasion que nos cautiva, no nos meteremos en nuevas cadenas y nos dedicaremos con seriedad á nuestra obligacion y á la virtud, que es el segundo pretexto; *las pasiones, los empeños de que aun no podemos salir.*

Pero primeramente: ¿estais bien seguros de que llegará este tiempo mas favorable que esperais para convertiros á Dios? ¿Quién os ha revelado el curso y duracion de las pasiones que actualmente os cautivan? ¿quién las ha señalado término y las ha dicho como el Señor á las olas del mar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agitado: llegareis hasta tal parte, y allí se romperá vuestro ímpetu:[1] *Usque huc venies.* ¿Sabeis cuándo se acabarán? ¿podeis asegurar que han de acabarse? ¿sabeis que será antes de que os acabeis vos mismo? ¿sereis acaso el primer pecador arrebatado en medio de sus deplorables pasiones? ¿casi todos los hombres á quienes veis morir no mueren en este triste estado? ¿se muere por ventura de otro modo en el mundo? ¿Los ministros que son llamados al socorro de los moribundos, hallan acaso en el lecho de la muerte muchos pecadores, que habiendo dejado mucho tiempo antes sus costumbres, se hayan preparado para este último momento? ¿Qué os parece, señores, que hallamos? Hallamos unas almas aún ligadas con mil cadenas, las que va á romper la muerte, y unas conciencias inexplicables, si es lícito decirlo así, y sepultadas aún en el caos de una vida desordenada. ¿Qué otra cosa oimos sino inútiles aflicciones por este terrible asalto y vanas protestas, de que si se hubiera previsto se hubieran tomado otras medidas? ¿Cuáles son los ordinarios cuidados que ocupan nuestro ministerio en estos últimos momentos? El aclarar unas conciencias que entonces no debiéramos mas que consolar; ayudar á acordarse de unos delitos que debiéramos exhortar entonces á olvidarlos; hacer al pecador que está agonizando, que explique sus desórdenes, cuando entonces debiéramos animarle con la memoria de sus virtudes; en una palabra, abrirle los abismos de su corazon, cuando entonces solo debiéramos abrir al alma, que está para apartarse de su cuerpo, el seno de Abraham, y los tesoros de una gloria inmortal. Estos son los tristes oficios que acaso tendremos que hacer con vosotros algun dia; nos llamareis, y en vez de consolarnos

1 Job. 38. v. 11.

entonces con vosotros, refiriendo las utilidades que al alma fiel promete una santa muerte, será nuestra ocupacion el haceros referir vuestros delitos.

Pero aun cuando no llegaran vuestras pasiones hasta esta última hora, cuanto mas dilatais la conversion, mas profundas raíces echais en la culpa; vuestras cadenas forman nuevos lazos con que aprisionan el corazon; el fermento de la corrupcion que teneis dentro de vosotros mismos se dilata, se extiende, indispone y corrompe toda la capacidad de vuestra alma; bien podeis inferirlo de los progresos que hasta ahora han hecho en vuestro corazon las pasiones: en el principio no eran éstas mas que unas libertades tímidas, en las que buscábais para sosegaros alguna sombra de inocencia; despues no eran mas que unas acciones dudosas, en las que apenas podíais distinguir el delito de la simple ofensa; siguió luego el desórden, pero aun eran ya muy raros los grandes excesos, é inmediatamente os avergonzábais de ellos sin poderlos sufrir mucho tiempo en vuestra conciencia, que aun se asustaba de su estado; fuéronse multiplicando insensiblemente las caidas, y llegó á hacerse hábito en vosotros el desórden; la conciencia no clama ya sino débilmente contra el imperio de la pasion: habeis hecho necesidad de la culpa, ya no sentís los remordimientos; la habeis tragado como el agua, que pasa sin sentir ni causar gusto alguno en el paladar; cuanto mas adelante vais, mas crece el veneno, mas desfallece aquel resto de pudor que la razon y la gracia habian puesto en vosotros, mas se mancha é inficiona lo que habia quedado sano en vuestra alma. ¡Qué locura, pues, el dejar envejecer y corromper las heridas con el pretexto de que se curarán mas fácilmente! ¿Qué es, pues, lo que haceis dilatando la conversion, sino hacer mas incurables vuestros males y quitar á la esperanza de

vuestra conversion todos los remedios que aun la podian quedar?

¿Acaso os fiais en que no son eternas las pasiones y que el tiempo y el disgusto os han de despertar tarde ó temprano?

A esto os respondo primeramente, que aunque es verdad que podreis cansaros de los objetos que hoy os cautivan, no por eso se acabarán vuestras pasiones: bien podreis formaros nuevos lazos; pero no os formareis un nuevo corazon: confieso que no son eternas las pasiones; pero casi siempre lo son la corrupcion y el desórden: las pasiones, que solamente se acaban con el disgusto, siempre dejan dispuesto el corazon para otras, y por lo comun son un nuevo fuego que apaga y arroja al primero: acordaos de lo que os ha sucedido hasta ahora; creíais que acabada tal conexion quedaríais libre y en estado de volveros á Dios; teníais señalado el término de vuestros desórdenes y el principio de vuestra penitencia para este feliz instante; acabóse aquella conexion; la muerte, la inconstancia, el enfado ó algun otro accidente rompió aquel lazo, y con todo eso, no os habeis convertido: se han presentado nuevas ocasiones, habeis contraido nuevas amistades, habeis olvidado vuestras primeras resoluciones, y vuestro último estado es peor que el primero. Las pasiones que no se apagan con la gracia, no hacen mas que disponer el corazon para otras nuevas.

En segundo lugar os respondo: aun cuando se acabaran todas vuestras pecaminosas conexiones, y no quedase objeto particular que ocupase vuestro corazon, sino son el tiempo y el disgusto quien os ha puesto en ese estado, nada habeis adelantado para vuestra conversion; aun tendreis apego á todo sin estar unido á nada; os hallareis en un estado vago de indolencia y de insensibilidad, mas distante del reino de Dios que aun en el del fuego de las locas pasiones;

vuestro corazon, libre de todas las pasiones en particular, estará como lleno de una pasion universal, si es lícito decirlo así, de un gran vacío que lo llenará todo; y por lo mismo que no teneis inclinacion alguna en particular que os arrastre, os será mas difícil el salir de este estado, os hallareis sin fuerzas, sin gusto, sin pensamiento alguno en órden á vuestra salvacion, y dejandoos la falta de objeto mas tranquilo en órden á las criaturas, aumentará vuestro disgusto para con el Señor. Esta es una calma de la que os costará mas trabajo el libertaros, que de la misma tempestad, porque los mismos vientos que ocasionan la borrasca, alguna vez pueden con un golpe feliz echarnos al puerto; pero la calma, cuanto es mayor, tanto mas seguramente conduce al naufragio.

Pero finalmente, quisiérais mudar de vida y entablar una mas razonable y cristiana: conoceis la nada del mundo y de sus deleites; si procurais divertiros es sin gusto y como por fuerza; quisiérais dejarle del todo y trabajar sériamente para vuestra salvacion; pero este primer paso os amedrenta; es un golpe ruidoso que os hará ser mirado del público y temeis no poderle sufrir; os hallais colocado en un estado en que la mudanza será muy reparada, y temeis que como otros muchos representareis una escena que durará poco y que no os dejará mas que motivos para que ridiculicen vuestra devocion, sin dejaros mérito de ella.

¿Temeis, amados oyentes mios, el no poderos mantener en este estado? ¿Y qué, dilatando vuestra conversion os prometeis que Dios os moverá algun dia, y si os convertís hoy, no os atreveis á prometeros al que os ha de sostener? ¿contais con sus misericordias cuando le ultrajais, y no os atreveis á contar con ellas cuando le glorifiqueis? ¿Creeis que nada arriesgais por su parte continuando en ofenderle, y

desconfiais empezando á servirle? ¡Oh hombre! ¿en dónde está aquella razon y aquella equidad de juicio de que tanto te precias? ¿Es posible que solamente en el negocio de tu salvacion hayas de ser un abismo de contradicciones y una paradoja incomprensible?

Por otra parte, ¿no tendremos razon para deciros: empezad á lo menos, experimentad si acaso podeis perseverar en el servicio de Dios? ¿no merece el asunto el que á lo menos se haga la experiencia? ¿El hombre á quien la borrasca arroja en medio del mar, que está expuesto al furor de las olas y amenazado de un triste naufragio, antes de dejarse sumergir no hace todos los posibles esfuerzos por ver si puede llegar nadando al puerto? ¿Se persuade acaso á sí mismo para no hacer diligencia alguna, diciéndose: no podré mantenerme sobre las ondas, puede ser que me falten las fuerzas en el camino? ¡A que no! Hace experiencias y esfuerzos, combate contra el peligro, va hasta donde alcanza el último instante de su fuerza, y no se deja sumergir hasta que vencido de la violencia de las olas se ve obligado á ceder á la desgracia de su suerte. Vosotros pereceis, católicos, las ondas os vencen, la corriente os arrebata; ¿y dudais si hareis alguna experiencia para ver si podeis libertaros del peligro? Empleais en medir vuestras fuerzas los únicos instantes que os quedan para pensar en vuestra seguridad, y mientras deliberais, perdeis un tiempo que solo se os ha dado para libraros del peligro en que estais y en el que habeis visto perecer á tantos.

Finalmente, quiero concederos que en adelante se cansará vuestra flaqueza con las dificultades de la virtud, y que os vereis precisados á volver atrás; pero á lo menos habreis pasado algun tiempo sin ofender á vuestro Dios, habreis hecho algunos esfuerzos para aplacarle, habreis dedicado á lo

menos algunos dias á bendecir su santo nombre; se descontará á lo menos este tiempo de vuestra mala vida y del tesoro de iniquidad que vais juntando para el terrible dia de las venganzas; á lo menos teneis derecho de presentar á Dios vuestra flaqueza y decirle: Señor, bien veis mis deseos y mi imposibilidad; quisiera tener un corazon mas constante para vos, ¡oh Dios mio! mas firme en el amor de la verdad, mas insensible al mundo y menos fácil en dejarse engañar.

Fijad, Señor, mis incertidumbres y mis inconstancias; quitad al mundo el imperio que tiene sobre mi corazon, volved á la posesion de los antiguos derechos que sobre él teneis; sea eficaz vuestro llamamiento, porque si no acaso volverá á huir de vos: las eternas inconstancias de mi vida me cubren de vergüenza, Señor, y son causa de que no me atreva á levantar los ojos para miraros ni prometeros una eterna fidelidad; mil veces he faltado en este punto á mis promesas despues de haberos jurado un eterno amor, mi flaqueza me ha hecho olvidar mil veces la felicidad de esta resolucion, de modo que ya no me atrevo á salir por fiador por mí mismo; cada instante se me huye mi corazon y muchas veces aun al mismo tiempo que me levanto de vuestros piés, bañados mis ojos con las lágrimas que me hizo derramar el dolor de haberos ofendido, se me presentó una ocasion en que caí, y las mismas infidelidades que acababa de detestar, me han hallado flaco é infiel como antes: con un corazon tas inconstante, ¿qué es lo que yo os puedo prometer? ¡Oh Dios mio! ¿qué podré prometerme á mí mismo? Muchas veces he creido que ya eran firmes mis resoluciones; he gozado de algunos momentos de gracia, tan vivos y tan penetrantes, que parecia me aseguraban el que mi fidelidad habia de ser eterna; pero no veo cosa que sea capaz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hacerme constante ni que pueda hacerme esperar aquella sólida virtud á que no he llegado hasta ahora. Compadeceos, Señor, de mi peligroso estado; el carácter de mi corazon me asusta y desanima; sé que el ser inconstante en vuestros caminos es señal de perdicion, y que maldecís en vuestros santos libros á las almas inconstantes. Pero Señor, mientras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dejaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, mas quiero perecer haciendo esfuerzos para volverme á vos, ¡oh Dios mio! que nunca permitís que perezca el alma que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido, que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos que preparais á los que os aman. Amen.

SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION.

Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus.

Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas.

Luc. 3. v. 4.

Señor:

Oid lo que la Iglesia nuestra madre continuamente nos repite en este santo tiempo para disponernos al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Preparad, dice á todos sus hijos, preparad el camino del Señor que baja desde el cielo á visitar y rescatar á su pueblo; enderezad sus sendas; iguálense las montañas y los collados; enderécense los caminos torcidos, y reúnanse los extraviados, ó lo que es lo mismo en el sentido metafórico: disponeos, nos dice, para recoger el fruto del gran misterio que vamos á celebrar con la humildad del corazon, con la dulzura de la caridad, con la rectitud de la intencion, con la uniformidad de la vida, renunciando á vuestra propia sabiduría y á vuestra propia justicia, mortificando la carne y humillando el espíritu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hacerme constante ni que pueda hacerme esperar aquella sólida virtud á que no he llegado hasta ahora. Compadeceos, Señor, de mi peligroso estado; el carácter de mi corazon me asusta y desanima; sé que el ser inconstante en vuestros caminos es señal de perdicion, y que maldecís en vuestros santos libros á las almas inconstantes. Pero Señor, mientras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dejaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, mas quiero perecer haciendo esfuerzos para volverme á vos, ¡oh Dios mio! que nunca permitís que perezca el alma que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido, que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos que preparais á los que os aman. Amen.

SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION.

Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus.

Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas.

Luc. 3. v. 4.

Señor:

Oid lo que la Iglesia nuestra madre continuamente nos repite en este santo tiempo para disponernos al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Preparad, dice á todos sus hijos, preparad el camino del Señor que baja desde el cielo á visitar y rescatar á su pueblo; enderezad sus sendas; iguálense las montañas y los collados; enderécense los caminos torcidos, y reúnanse los extraviados, ó lo que es lo mismo en el sentido metafórico: disponeos, nos dice, para recoger el fruto del gran misterio que vamos á celebrar con la humildad del corazon, con la dulzura de la caridad, con la rectitud de la intencion, con la uniformidad de la vida, renunciando á vuestra propia sabiduría y á vuestra propia justicia, mortificando la carne y humillando el espíritu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Permítaseme usar del mismo estilo, católicos, con los que venís en esta solemnidad á purificaros en el tribunal de la penitencia para dar un nuevo nacimiento á Jesucristo en vuestros corazones, recibiéndole en la sagrada comunion: *Parate viam Domini.* Preparad el camino del Señor: la accion que vais á ejecutar es la mas santa de la religion y la fuente de las mayores gracias; no la hagais, pues, sin poner en ella todo el cuidado y usar de todas las precauciones que pide. No os expongais á perder por culpa vuestra las preciosas utilidades que de ella os deben resultar: *Parate viam Domini.*

La comunion debe hacer que nazca Jesucristo en nuestros corazones; ¿pero qué diferencia habria entre el justo y el pecador, entre el que respeta al cuerpo del Señor y el que le trata como una vianda comun, si igualmente naciera en el corazon de todos los que le reciben? No os engañeis, católicos, en este punto. Hay un modo de recibir á Jesucristo que nos hace inútil su presencia; y ojalá que recibiéndole de este modo solamente nos privásemos de las gracias que acompañan á una santa comunion. ¡Ah fieles! la comunion si no hace que nazca Jesucristo en nuestros corazones, le hace morir en ellos; si no os hace partícipes de su espíritu y de sus gracias, es para nosotros el decreto de condenacion eterna, si no es para nuestras almas fruto de vida, es fruto de muerte. Alternativa terrible que nos debe hacer temblar, aunque no apartarnos del todo de la sagrada mesa. El pan que en ella se da es el verdadero sustento de nuestras almas, la fortaleza de los fuertes, el alivio de los flacos, el consuelo de los afligidos y la prenda de la feliz inmortalidad. ¡Que cosa tan peligrosa seria, pues, el privarse de ella! pero lo seria infinitamente mas el acercarse sin haberse preparado. Por eso os repito nuevamente con la Iglesia, amados oyentes mios: *Parate viam Domini.* Preparad el camino del Señor, disponeos de antemano para recibirle; desterrad de vuestros corazones todo cuanto pueda desagradarle, aprended las disposiciones que pide en los que le reciben, haced los posibles esfuerzos para adquirirlas; no hay otro medio para no exponeros á una indigna comunion y para traer á Jesucristo á vuestras almas.

Esta es una materia tan importante que pide toda vuestra atencion. Por una parte se trata de haceros evitar una culpa tan terrible como la profanacion del adorable cuerpo y sangre del Hijo de Dios; por otra, se trata de enseñaros á lograr con la comunion todas las gracias que puede producir en vuestros corazones. ¿Cuáles son, pues, estas disposiciones tan esenciales para comulgar dignamente y con fruto? Las reduciré á cuatro, que serán el asunto de este discurso. Imploremos, etc. *Ave María.*

La Eucaristía es un maná oculto, es la vianda de los fuertes, prenda sensible y permanente del amor de Jesucristo, y continuacion y cumplimiento de su sacrificio. Es necesario, pues, saber distinguir este maná oculto, de las viandas comunes, para no engañarse: *Non dijudicans corpus Domini,*[1] que es la primera disposicion. Es la vianda de los fuertes, y así es necesario que el hombre se examine antes de llegar á comerla. *Probet autem seipsum homo,*[2] que es la segunda. Es la prenda del amor de Jesucristo por lo que siempre se recibe en su memoria; esto es, sintiendo con su presencia los movimientos mas tiernos y amorosos que puede excitar la memoria de un objeto muy

1 Corinth. Ep. I, cap. II, v. 29.
2 Ibid. v. 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amado. *Hoc facite in meam commemorationem*,[1] que es la tercera. Es el cumplimiento de su sacrificio, y así es justo que siempre que lleguemos á recibirle anunciemos su muerte, llegando á la sagrada mesa con espíritu de cruz y de martirio. *Quotiescumque manducabitis panem huc, et calicem bibetis, mortem Domini anuntiabitis donec veniat*,[2] que es la cuarta. Debemos, pues, llegar á la sagrada mesa con una fe respetuosa que nos haga discernir, con una fe prudente que nos haga examinarnos, con una fe ardiente que nos haga amar, y con una fe generosa que nos haga sacrificarnos: esta es justamente la doctrina del apóstol refiriéndoos la institucion de la Eucaristía, y la que dan todos los santos acerca del uso de este adorable Sacramento.

Primera disposicion: *Una fe respetuosa que nos haga discernir*. No os parezca, católicos, que hablo aquí de aquella fe que nos distingue de los incrédulos, porque ¿qué mérito puede haber en creer, cuando las preocupaciones de la niñez nos han acostumbrado á ello y la sumision casi nació con nosotros? Aun el sacudir este yugo costaria mucho trabajo, y no se necesita de menos esfuerzo para pasar de la fe al error, que del error á la verdad: hablo de aquella fe viva que llega hasta las nubes que rodean el trono del Cordero, que le ve, no en enigma y como entre cristales, sino cara á cara, si es lícito decirlo así, y como en sí es, de aquella fe que no obstante el velo con que el verdadero Moisés se cubre sobre esta montaña santa, no deja de ver toda su gloria, ni de temblar de respeto en su presencia; de aquella fe que sin profundizar temerariamente la Majestad, se oprime con su resplandor; que ve á los ángeles del cielo cubrirse con sus alas, y á las columnas del firmamento temblar delante de la terrible Majestad de este rey; de aquella fe á la que nada pueden añadir los sentidos, y que es feliz no porque cree sin ver, sino porque casi ve al mismo tiempo que cree. Hablo de aquella fe respetuosa que santamente se horroriza con sola la presencia del Santuario, que se acerca al altar como Moisés á la zarza sagrada, y como los israelitas á la montaña que arrojaba rayos; de aquella fe que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y que asustada exclama como Pedro: apartaos de mí, Señor, porque no soy mas que un hombre y un pecador. Hablo de aquella fe cuyo respeto llega á temor, y que aun tiene necesidad de que la conforten; que descubriendo desde lejos á Jesucristo sobre el altar, siente un resplandor de majestad que la hiere, la para, la turba, la hace temer el que va á ponerse en su presencia sin su órden.

1 Ibid. v. 24.
2 Ibid. v. 26.

Este es el discernimiento de fe que el apóstol os pide, católicos. ¡Gran Dios! ¿ha quedado algo de esta fe sobre la tierra? ¡Ah! que por mas que os manifesteis al mundo, éste no os conoce mas que antes. Aun vuestros discípulos no os conocen muchas veces sino segun la carne, y como siempre están en vuestra compañía, se acostumbra á ella su vista y casi no os distinguen. Cuando aparezcais en los aires sobre una majestuosa nube, se caerán los hombres de espanto, los impíos se ocultarán en profundas cavernas y pedirán á las montañas que caigan sobre su cabeza. ¿No estais por ventura en el Santuario como sobre una nube de gloria? ¿no se abren los cielos sobre vos? ¿no bajan los espíritus celestiales inmediatamente que acaba el sacerdote de pronunciar aquellas poderosas palabras, para serviros de ministros y rodearos de sus respetos? ¿no juzgais á los hombres desde aquel misterioso tribunal? ¿no mirais con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

distincion á la multitud de adoradores que llena vuestros templos? ¿no separais allí los cabritos de los corderos? ¿no pronunciais decretos de muerte y de vida? ¿no teneis allí en una mano coronas y en otra rayos? ¿no me distinguís allí, y escribís sobre mi frente con una mano invisible los caractéres de mi eleccion ó de mi reprobacion eterna? ¡Oh Dios! ¡y acaso al mismo tiempo que vos me estais condenando, yo me atrevo á arrimarme! ¡al mismo tiempo que me arrojais de vuestra presencia, yo me presento ante ella con confianza; al mismo tiempo que abrís el abismo, acaso para señalarme el lugar que en él me corresponde, me presento temerariamente en vuestra mesa; al mismo tiempo que acaso me colocais entre los hijos de ira, vengo yo á ponerme entre los hijos de amor: vuestra carne vivificadora es para mí carne de pecado; el Cordero sin mancha que rompe los siete sellos del libro de la muerte, acaso cierra y llena el último de mis iniquidades; y vos, Señor, que habíais de ser mi Salvador, llegais á ser mi pecado!

¡Ah, católicos! antiguamente no se podia ver á Dios sin morir inmediatamente. Un pueblo entero de bethsamitas, solo por haber querido mirar con curiosidad el arca, fué exterminado. El ángel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalen. A los israelitas no se les permitia en el desierto ni aun el arrimarse á la montaña en que el Señor daba su ley; los rayos y relámpagos impedian el acercarse; el terror y la muerte precedian por todas partes á la cara del Dios de Abraham. ¿Y qué? ¿porque no salen hoy torrentes de fuego de nuestros santuarios para castigar á los profanadores é indiscretos, ya le miramos sin respeto y sin temor? ¡Oh hombres flacos sobre quienes tanto pueden los sentidos, que solo sois religiosos cuando el Dios que adorais es terrible! ¿Decidme: si distinguiéramos el cuerpo del Señor, si la fe de su presencia hiciera en nosotros tan grandes impresiones como haria si le viésemos claramente con los ojos corporales, llegariamos tan tranquilos y casi insensibles á sentarnos á su mesa? ¿Bastaria para disponernos á una accion tan temible el haber dedicado antes algunos momentos á rezar con corazon tibio y un espíritu distraido algunas cortas oraciones? ¿Os parece que la comunion es negocio de una mañana que se quita al sueño ó á los cuidados domésticos? ¡Ah! que este cuidado debiera ocuparnos y traernos inquietos un mes antes; tendriamos necesidad de mucho tiempo para asegurarnos, si es lícito decirlo así, contra nuestro propio respeto y contra la idea de su Majestad: los dias que precediesen serian dias de retiro, de silencio, de oracion, de mortificacion; cada dia que se acercase á este feliz término, veria crecer en nosotros nuestro temor y nuestra alegría; este pensamiento nos acompañaria en todos nuestros negocios, en todas nuestras conversaciones, en nuestras comidas, en nuestro descanso y aun en nuestro sueño; nuestro espíritu lleno de fe no podria desembarazarse de él; solamente veriamos á Jesucristo: la figura del mundo, lejos de encantarnos, apenas nos moveria; tendriamos ojos y no veriamos; sola esta imágen seria el objeto de nuestra atencion, y esto es lo que se llama distinguir el cuerpo del Señor.

Bien sé que el alma mundana siente unos secretos temores al acercarse una solemnidad en que el decoro ó acaso la ley, la obligan á llegar á la sagrada mesa. Pero ¡oh Dios mio! vos que penetrais lo íntimo del corazon, ¿de qué nacen estas turbaciones? ¿Son acaso aquellos temores de fe y de religion con que una humilde criatura debe llegar á vuestra mesa? ¡Ah! que es una tristeza que causa la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte; son unas inquietudes que nacen de las tinieblas de una conciencia, que es necesario aclarar; está triste é inquieta, como aquel jóven del Evangelio á quien mandásteis que os siguiese; teme estos felices dias como dias funestos; mira las solemnidades de los cristianos como misterios tristes y lúgubres; se fatiga con las delicias de vuestro banquete, entra en él como los ciegos y cojos del Evangelio, esto es, es necesario que las leyes de vuestra Iglesia saquen, como por fuerza, á estos infelices de las plazas públicas, de los deleites del siglo y del camino real de la perdicion, y los traigan contra su voluntad á la sala del festin; retarda cuanto puede esta obligacion de la religion, y esta sola memoria ahoga todos sus deleites. Vos, Señor, veis á estas almas infieles cargadas con el peso de una conciencia irresoluta, que están indecisas mucho tiempo entre sus obligaciones y sus pasiones, que por último, eligiendo un confesor indulgente, suavizan la amargura de este paso, y se ponen en vuestra presencia, que sois, ¡oh Dios mio! su alimento en este misterio de amor, con tanta repugnancia, como si se fueran á presentar á un enemigo, y que acaso en todo el año no experimentan otro trabajo mayor que el de recibir á un Dios que con tanto amor se les franquea. ¡Ah, Señor! tambien vos despreciais invisiblemente estas víctimas culpables que van forzadas al altar, pues no quereis sino sacrificios voluntarios. Tambien os entregais de mala gana á estos corazones ingratos que contra su gusto os reciben; y si aun fuérais capaz de aquellos santos furores que manifestásteis en el sepulcro de Lázaro, os veriamos enfurecer cuando entrais en las profanas bocas, que no son á vuestra vista mas que sepulcros abiertos, así como ellos han gemido mucho tiempo antes de resolverse á tributaros este obsequio.

Confesemos, pues, católicos, que es muy rara la fe que nos hace distinguir el cuerpo de Jesucristo. Creemos, es verdad, pero con una fe que no llega mas que á la superficie de este Sacramento, sin penetrar su virtud y sus misterios. Creemos, pero con una fe que ciñe todo su mérito á sujetarse y no contradecir. Creemos, pero con una fe leve que la desmienten las obras, creemos, pero con una fe humana que es el don de nuestros padres segun la carne y no el don del Padre de las luces; creemos, pero con una fe popular que solo deja en nosotros unas ideas flacas y pueriles; creemos, pero con una fe supersticiosa que solo se ciñe á respetos vanos y exteriores; creemos, pero con una fe de costumbre que nada conoce, creemos, pero con una fe insípida que nada discierne; creemos, pero con una fe cómoda y sin consecuencias; creemos, pero con una fe poco ilustrada, que falta ó al respeto familiarizándose ó al amor apartándose; creemos, pero con una fe que cautiva el espíritu y deja vagar el corazon; creemos, finalmente, pero con una fe tranquila y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de digna del Dios que nos da á conocer. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, con la fe, es gustar mas de este celestial pan que de todas las viandas de Egipto, es tenerle por el único consuelo de nuestro destierro, por el mas tierno alivio de nuestras penas, por el sagrado remedio de nuestros males y por el continuo deseo de nuestras almas; es hallar en él serenidad en las borrascas, paz en las turbaciones, calma en las inquietudes de la adversidad, asilo contra nuestras desgracias, escudo que oponer á los encendidos dardos que nos asesta el demonio, remedio contra los estímulos de la carne rebelde y nuevo fervor contra las inevitables tibiezas en la piedad. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, es tener mas cuidado, mas atencion,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas circunspeccion en recibiros, que en todas las demás acciones de la vida. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, es respetar los templos en que se os adora, los ministros que os sirven, y á nuestros cuerpos que os reciben. Examine cada uno si acerca de esto oye el testimonio de su conciencia, y es la segunda disposicion; una fe prudente que nos haga examinarnos: pruébese el hombre: *Probet autem se ipsum homo.*

Segunda reflexion. Bien sé que nuestro corazon huye de nosotros mismos, que el espíritu del hombre no siempre conoce lo que pasa en el hombre; que las pasiones nos engañan, los ejemplos nos aseguran y las preocupaciones nos arrastran; que nuestras inclinaciones casi siempre deciden en favor de nuestro corazon, que el probarse á sí mismo es las mas veces confirmarse en los mismos errores. Este es el hombre, ¡oh Dios mio! entregado á solas las luces de su razon, continuamente se muda y se desfigura aun á sí mismo, á vos os conoce muy imperfectamente, y apenas se conoce á sí; no ve con claridad ninguna de cuantas cosas le rodean, tiene por luz á las tinieblas, va de desórden en desórden, cuando vuelve en sí no sale de sus errores; solamente las luces de vuestra fe pueden enderezar sus juicios, abrir los ojos de su alma, servir de guia á su corazon, enseñarle á que se conozca, aclarar los misterios del amor propio, descubrir los artificios de sus pasiones y hacer un hombre espiritual que juzgue de todo rectamente. Las reglas de la fe son, católicos, con las que nos hemos de examinar; las doctrinas humanas, las relajaciones introducidas por la costumbre, los ejemplos de la multitud, nuestras propias luces son unas guias falaces, y si en alguna ocasion conviene no engañarse, en ninguna tanto como en esta, en que el sacrilegio es la pena del engaño.

¿Pero acerca de qué hemos de examinarnos? ¿acerca de qué? Acerca de la santidad de este Sacramento y nuestra corrupcion. El es la carne de Jesucristo, el pan de los ángeles, el cordero sin mancha, que no quiere que estén al rededor de su altar sino los que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado con la sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria á quien yo veo llegar con tanta seguridad? ¿llegas con todo tu pudor, con toda tu inocencia? ¿has poseido siempre el vaso de tu corazon con honor y santidad? ¿no has manchado tu cuerpo con el cieno de mil pasiones? ¿tu alma en la presencia de Dios no está como aquel tizon negro de quien habla el profeta, á quien las impuras llamas de tus primeros años tiznaron y consumieron, sin que haya quedado mas que una horrible reliquia de su violencia? ¿no estás todo cubierto de llagas vergonzosas? ¿hay en todo tu cuerpo parte alguna que no este señalada con algun delito? ¿en dónde colocas, pues, la carne del cordero? ¿descansará acaso sobre tu lengua? ¡Pero esta carne pura ha de descansar sobre un sepulcro que siempre ha exhalado infeccion y hediondez; esta carne inmolada con tanta dulzura ha de descansar sobre el instrumento de tus venganzas y de tu amargura; esta carne crucificada sobre el asiento de tus sensualidades y embriagueces! Bajará á tu corazon; ¿pero hallará allí, acaso, en donde reclinar su cabeza? ¿No has convertido este santo templo en una caverna de foragidos? ¿Quieres colocarla entre tantos deseos impuros, tantas amistades profanas, tantos proyectos de ambicion, tantos movimientos de ira, de envidia y de soberbia? ¿la has dispuesto su mansion en medio de todos estos mónstruos? ¡Ah! esto es entregarla á sus enemigos y ponerla en las manos de sus verdugos.

Ya estamos examinados, me respondereis acaso; ya nos

hemos confesado antes de llegar á recibirla. ¡Ah católicos! ¿Y vais á recibir á Jesucristo con la misma boca de donde habeis vomitado vuestras iniquidades? ¿y os atreveis á llegar al altar á participar de los misterios santos, con un corazon en que aun humean mil pasiones mal apagadas y que volverán á encenderse el dia despues? ¿y vais á comer el pan de los escogidos, con la imaginacion aún manchada con las frescas ideas de los excesos que acabais de referir al confesor? ¿Es posible que al levantaros del confesonario habeis de usar de la comunion como de penitencia? ¿vais sin intermision desde el pecado al altar? ¿en vez de derramar lágrimas entre los penitentes quereis ir á consolaros con los justos? ¿en vez de sustentaros con el pan de la tribulacion, correis apresurados al festin delicioso? ¿en vez de estar como el publicano á la puerta del templo, os acercais temerariamente al Santo de los santos? Antiguamente no llegaba un penitente á la mesa del Señor sino despues de muchos años de humillacion, de ayunos, de oracion, de austeridad, y despues de haberse purificado con las lágrimas, con el dolor y con los ejercicios públicos de una trabajosa disciplina: se formaban nuevos hombres, no les quedaba de la antigua vida mas que un sincero pesar, no veian, finalmente, señales de las pasadas culpas sino en la penitencia y maceraciones con que las habian expiado: la Eucaristía era entonces el pan celestial del que no comia el hombre pecador sino á costa del sudor de su rostro; y hoy creemos que el haber confesado las culpas es haberlas ya castigado, que una absolucion que supone un corazon contrito y humillado, le forma ella misma, y que toda la pureza que pide la carne de Jesucristo en el que la recibe, consiste en que haya descubierto la podredumbre é infeccion de sus llagas; comuniones indignas, católicos. Comeis y bebeis vuestro juicio; por mas que os aseguren, sabed que el hombre no puede justificaros cuando Dios os condena.

Por otra parte, la Eucaristía es un ázimo puro, y es necesario hallarse sin fermento alguno para comerle. Decidme, pues, ¿aquellas personas del mundo que por razon de una solemnidad se determinan á llegar á la Eucaristía, han dejado ya el antiguo fermento cuando llegan al altar? ¿no llevan aún viva la raíz de todas sus pasiones? Inferidlo por las consecuencias. Al salir de la sagrada mesa se hallan con las mismas disposiciones, sus rencores no se han extinguido, el imperio de su voluntad no se ha debilitado, el deseo de los placeres no se ha minorado en ellos, la inclinacion al mundo no es menos rápida que antes, la concupiscencia nada ha perdido de sus antiguos derechos, no se ve que usen de mas precauciones que antes contra los peligros ciertos: vuelven á entablar sus conexiones, á revivir sus pasiones; todo vuelve á estar como antes, y solo tienen de mas que en su primer estado, el haber profanado este terrible misterio; ¿y de qué proviene esto? De que el confesarse simplemente no es haberse examinado.

Además, es la vianda de los fuertes. Una alma flaca, vacilante, poco segura, que se mueve á todos vientos, que cede al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, que cada instante huye de la gracia, que tiene larga experiencia de su fragilidad, que no lleva al altar mas de unas promesas mil veces violadas y una devocion á la que sofoca el primer deleite, que desde sus primeros años vive en el comercio de sus flaquezas y de las cosas santas, y ha visto siempre suceder las culpas al arrepentimiento y los sacramentos á las recaidas; una alma de este carácter ¿es por ventura una alma fuerte? ¿no debe probarse,

creer, fortificarse y ejercitarse en la caridad? ¿cuando apenas puede digerir leche, podrá sin imprudencia cargarse de una vianda sólida que solo puede servir de mantenimiento al hombre perfecto?

Mandábase en la ley antigua que si la víctima que se acababa de sacrificar[1] se ponia en un vaso de tierra, éste se rompiese inmediatamente; pero que si el vaso era de metal se lavase y limpiase. Parece que estas circunstancias, señaladas con tanto cuidado, no serian dignas del Espíritu divino, si no encerraran instrucciones y misterios. Una alma frágil que recibe la verdadera víctima, es semejante al vaso de tierra que se rompe y no puede resistir á la violencia de este sagrado fuego. Pero el alma fuerte como el bronce, se purifica en él y deja en él las mas leves manchas, quedando mas pura y mas brillante. ¿Qué es lo que sucede, segun dice Jesucristo, cuando se echa vino nuevo en una vasija vieja y gastada? Piérdese el vino y se sale. ¿Qué quiere decir esta parábola? Echais el vino místico, este vino que engendra vírgenes, cuya fuerza embriaga santamente á las almas castas, le echais en un corazon gastado y debilitado con las antiguas pasiones. Pues no me admiro de que no pueda sufrir su fuerza, de que no pueda mantenerse en él la sangre de Jesucristo, ni de que en la primera ocasion que se ofrezca la derrameis y piseis. Era menester acostumbrar vuestro corazon poco á poco, prepararle con el retiro, con la oracion, con el huir las ocasiones, con las continuas victorias contra vosotros mismos, y con estas largas y prudentes pruebas fortificarle y ponerle en estado de recibir á Jesucristo.

Llega el tiempo de la Pascua de los cristianos. Pues

1 Levit. 6. v. 28.

sabed que Jesucristo no celebra su Pascua sino con sus discípulos: *Cum discipulis meis facio Pascha.*[1] ¿Y en qué os parece que consiste el ser su discípulo? Consiste en negarse á sí mismo, en llevar su cruz y seguirlo. ¿Sois mortificado en vuestros deseos, paciente en vuestras aflicciones, y seguís las huellas que os dejó señaladas Jesucristo? Ser su discípulo consiste en amarse unos á otros; ¿y cuántas veces habeis venido á comer este pan de union, cuántas veces os habeis presentado en este festin de caridad llevando en el corazon una oculta hiel de amargura contra vuestro hermano? ¿cuántas veces habeis llegado á ofrecer vuestro presente en el altar sin haberos reconciliado con él?

Finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados aun los mas resplandecientes astros; tan santo, que despues de la caida del ángel fué preciso que se rompiese el cielo, se abriesen los abismos y que quedase un eterno caos entre él y el pecado; tan celoso, que cualquiera extraño deseo le ofende. Y así, católicos, es necesario que examineis vuestras inclinaciones: ¿fomentais en vuestro corazon aquellos deseos del siglo de que habla el apóstol? pues para dar á Dios la gloria que se merece, examinad de este modo vuestro corazon en su presencia. Voy á tomar por sustento á Jesucristo y convertirle en mi propia sustancia; pero luego que haya entrado en mi alma y que distinga las intenciones, las inclinaciones mas secretas, ¿hará acaso alguna cosa que sea indigna de la santidad de su presencia? Irá primeramente al orígen y principio de mis desórdenes, examinará si está arrancada la raíz ó solamente suspendido el curso; verá cuáles son

1 Matth. 26. v. 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aún las pasiones dominantes en mi alma, cuál es el peso que hace todavía inclinar el corazon. ¡Oh! ¿podrá acaso decir, como en otro tiempo cuando entró en la casa de Zaqueo, hoy ha llegado la salud á esta casa? ¿he detestado por ventura, de buena fe aquella pasion tan fatal á mi inocencia, aquel enojo de que acabo de arrepentirme á los piés del confesor, aquella idolatría de las riquezas que me obliga á tan injustos tratos, aquella pasion desordenada por el juego, perjudicial á mi salud, á mis intereses y á mi salvacion? ¿aquel humor inconstante y molesto que se enardecia con el menor motivo? ¿aquella vanidad que me saca de la clase en que me dejaron mis mayores? ¿aquella envidia que siempre me ha hecho mirar con pesar la prosperidad ó reputacion de mis iguales? ¿aquel génio soberbio y censurador que de todo juzga sin juzgarse jamás á sí mismo? ¿aquella pasion al regalo y al deleite que es como mi propio ser y naturaleza? ¿La confesion que acabo de hacer con el ministro de Jesucristo las ha desarraigado todas de mi corazon? ¿soy yo una nueva criatura? Solamente un hombre resucitado puede aspirar á comer este pan celestial que yo acabo de recibir. ¿Soy por ventura tal en vuestra presencia, oh Dios mio? ¿no me llamaba vivo estando aún en la realidad muerto? ¿entrando el fuerte armado en mi alma, la poseerá en paz sin hallar siete espíritus inmundos que le arrojen de ella? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Cristo, vuestro Santo baje á la corrupcion. De este modo, católicos, se debe examinar el alma. Antiguamente prohibió el Señor á los judíos que ofreciesen miel y levadura en los sacrificios; pues ved si al acercaros al altar llegais á él con la levadura de vuestras culpas y con la miel de vuestra concupiscencia; esto es, aquel gusto del mundo y del deleite, aquel carácter sensual enemigo

de la cruz é incompatible con la salvacion; y si no os conoceis bastante puro, no os acerqueis. Esta carne santa, dice el profeta, no os quitará vuestra malicia, antes añadirá otra nueva; vuestra religion será vana, vuestro culto idolatría, vuestro sacrificio un sacrilegio.

Examinaos, pues, á vos mismo, y despues comed de este pan celéstial; pero no debeis contentaros con el simple discernimiento y con el exámen. Con esto no habeis hecho mas que apartar los obstáculos, pero no habeis puesto las últimas disposiciones; habeis separado todo lo que podia desterrar de vuestras almas á Jesucristo, pero no habeis adquirido lo que podia atraerle á ellas; habeis tomado las medidas para no recibirle indignamente; pero no las habeis tomado para recibirle con fruto: no basta el estar libres de culpas, es necesario estar revestidos de justicia y santidad; no basta el no hacerle traicion con Judas, es necesario amarle con los otros discípulos; en una palabra, es poco el no ser mundano, profano, sensual, carnal, soberbio, vengativo y obstinado; es necesario ser grave, suave, humilde, firme, casto, fiel y cristiano. Siempre que hagais esto, hacedlo en mi memoria; que es la tercera disposicion, comulgar en memoria de Jesucristo.

Tercera reflexion. ¿Qué os parece que es comulgar en memoria de Jesucristo? Primeramente, católicos, es acordarse de lo que pasó en el corazon del Señor cuando instituyó este adorable Sacramento. Mucho he deseado, decia el Señor á sus discípulos, el comer esta Pascua con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.*[1] Suspiraba por este feliz momento, no le perdia de vista; su memoria le consolaba de todas las amarguras de su pasion:

1 Luc. 22, v. 15.

Antequam patiar. ¿Qué quiso enseñarnos con esto, católicos? ¡Ah! que es necesario llevar á esta mesa divina un corazon abrasado, penetrado, consumido de amor; un corazon impaciente, fervoroso y deseoso; una hambre y una sed de Jesucristo; un gusto avivado con el amor; en una palabra, una fe ardiente que nos haga amar. Este pan, dice un santo padre, pide un corazon hambriento: *Interioris hominis quærit esuriem.*[2] ¡Ah, Señor! dice entonces el alma fiel con San Agustin, ¿quién me concederá que vos vengais á mi corazon para tomar posesion de él, para llenar todo su vacío, para reinar solo en él, para morar allí conmigo hasta la consumacion de los siglos, para servirme allí de todo, para ser mis mas castas delicias, para derramar en él mil secretos consuelos, para saciarle, para embriagarle, para hacerle olvidar de mis desgracias, de mis inquietudes, de mis vanos placeres, de todos los hombres, de todo el mundo, y dejarme todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestra conversacion, de las dulzuras que preparais á los que os aman? Puede ser, Señor, que la casa de mi alma no esté suficientemente dispuesta para recibiros, pero vos podeis adornarla; puede ser que vea en ella algunas manchas que os aparten, pero vos la purificareis con vuestro divino contacto; puede ser que distingais en ella enemigos invisibles; ¿pero no sois vos el fuerte armado? Vuestra sola presencia los disipará, y todo quedará en paz luego que vos tomeis la posesion: acaso hay en ella arrugas que la afean; pero vos renovareis su juventud como la de la águila: acaso está aún manchada con las reliquias de sus pasadas infidelidades; pero vuestra sangre acabará de lavarlas. Venid, Señor, y no tardeis; con vos me vendrán todos los bienes: despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, en nada tendré todas mis desgracias desde el instante en que vos vengais á consolarme: honrado, favorecido, elevado y lleno de abundancias, ninguna de estas vanas prosperidades me moverá ni me parecerán apreciables desde el instante en que me hagais gustar vuestra suavidad. Estos son los deseos con que debemos llegar al altar.

2 August. in Confes. lib. 5. cap. 5.

¡Pero ay! unos llegan con una repugnancia criminal; necesitan que se ofrezcan ocasiones para acabar de resolverse, porque si no nunca se acordarian de llegar á la sagrada mesa. ¿Pero qué digo ocasiones? son necesarios rayos y anatemas, es necesario que la Iglesia truene y fulmine. ¡Dios mio! ¿es posible que la tibieza de los cristianos haya reducido á vuestra Iglesia á que haga una ley expresa para mandarlos que participen de vuestra carne y sangre? ¿que ha de haber sido preciso valerse de penas y amenazas para llevarlos al altar y obligarlos á que se sienten á vuestra mesa? ¿que la mayor felicidad del hombre en la tierra haya llegado á ser para él el mas penoso precepto? ¿que el mas glorioso privilegio con que pudísteis favorecer á los hombres, haya llegado á ser para ellos un tormento y una violencia? ¡Oh Señor! ¿cuando dísteis á la Iglesia el poder de atar, esperábais que tuviese que emplearle en este uso? ¿Estaba por ventura destinada su autoridad á traer por fuerza sus hijos al altar ó á separar de él á sus enemigos? Otros llegan con un corazon torpe, con un gusto estragado, con una alma toda de hielo. Gentes que viven en el comercio de los deleites y de los sacramentos, que se sientan á la mesa de Satanás y á la de Jesucristo, que

tienen unos dias destinados para el Señor y otros para el siglo: gentes á quien una comunion no les cuesta mas que un dia de molestia y de cuidado; que en este dia no juegan, no miran, no se dan al público, no maldicen, no frecuentan las concurrencias, pero este régimen no dura mucho tiempo; toda la devocion acaba con la solemnidad del dia; es una accion de pura ceremonia; quedan satisfechos con esta corta suspension; vuelven tranquilamente á sus primeros caminos, porque antes habian hecho consigo mismos este pacto; viven con tranquilidad en esta pacífica mezcla de lo profano y sagrado: los Sacramentos nos calman acerca de los placeres; los placeres, para que nuestra conciencia esté mas sosegada, nos conducen á los Sacramentos, y somos medio buenos para poder ser mundanos sin escrúpulo. De este modo vamos al altar con un gusto estragado con las diversiones y alegrías del siglo, con el embarazo de los negocios y con el tumulto de las pasiones: no percibimos las inefables dulzuras de esta celestial vianda; hallamos aun al pié del trono de la gracia las imágenes de los placeres de que acabamos de salir; los intereses que nos ocupan, los proyectos que nos embarazan, las ideas que nos apartan del altar para mas estrecharnos con el mundo, hacen en nuestro corazon impresiones mucho mas vivas que la persencia de Jesucristo. Pero Señor, ¿no era contra estos monstruosos cristianos contra quienes indignado vuestro profeta os decia en otro tiempo: *¡Ah, Señor! sea para ellos vuestra mesa un lazo, un castigo y una piedra de escándalo?*[1]

En segundo lugar. Comulgar en memoria de Jesucristo es querer despertar con la presencia de esta prenda soberana toda la impresion que su memoria puede hacer en un

1 Psalm. 68. v 23.

corazon que le ama. La ausencia entibia las mas finas amistades; preveia Jesucristo que subiendo á los cielos olvidarian insensiblemente sus discípulos sus beneficios y divinas instrucciones. No estuvo Moisés mas de cuarenta dias en el monte, y ya no se acordaban los israelitas de los prodigios que habia hecho para sacarlos de Egipto. ¿Qué se ha hecho Moisés? se decian unos á otros; hagamos unos dioses que vayan delante de nosotros y nos defiendan de nuestros enemigos. Jesucristo, para remediar estas inconstancias del corazon humano, quiso cuando subió á la Sion celestial dejarnos una prenda de su presencia; ésta quiere que nos sirva de consuelo en su ausencia: en ella debemos hallar la mas viva memoria de sus maravillas, de su doctrina, de sus beneficios, de su divina persona; en ella, bajo de misteriosas señales, le vemos nacido en Belem, educado en Nazareth, conversando con los hombres y recorriendo las ciudades de Judea, haciendo señales y prodigios que ninguno antes habia hecho, llamando para que le siguiesen á unos toscos discípulos para hacerlos maestros del mundo, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando la salud á los hombres, dejando en todas partes señales de su poder y de su bondad, entrando triunfante en Jerusalen, llevado al Calvario, espirando en una cruz vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo á los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y formando despues su Iglesia con la efusion de su espíritu y la abundancia de sus dones: en una palabra, allí le hallamos en todos sus misterios.

Envidiais, dice San Juan Crisóstomo, la suerte de la Hemorroisa que toca sus vestiduras, de una pecadora que baña sus piés con sus lágrimas, de las mujeres de Galiléa que tuvieron la felicidad de seguirle y servirle en los caminos de su mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nisterio, de sus discípulos con quienes trataba familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de gracia y de salud que salieron de su boca; llamais felices á los que le vieron. ¡Cuántos reyes y profetas lo desearon en vano! Pero católicos, venid al altar, le vereis, le tocareis, le besareis santamente, le bañareis con vuestras lágrimas y aun le llevareis en vuestras entrañas como María Santísima en las suyas. Nuestros padres iban á la tierra Santa á adorar las huellas de sus piés y los lugares que habia consagrado con su presencia. Aquí, les decian, propuso la parábola del buen pastor y de la oveja perdida; aquí reconcilió á la mujer adúltera; aquí consoló á la pecadora; aquí consagró las bodas y los festines con su presencia; aquí multiplicó los panes para sustentar al pueblo hambriento; aquí impidió el que sus discípulos hiciesen bajar fuego sobre la ciudad pecadora; aquí se humilló hasta conversar con una mujer de Samaria; aquí permitió que los niños anduviesen alrededor de él y reprendió á los que querian apartarlos; aquí dió vista á los ciegos, piés á los cojos, libertó á los energúmenos, hizo hablar á los mudos y oir á los sordos: con estas palabras nuestros padres, arrebatados de un santo gozo, derramaban lágrimas de ternura y devocion sobre aquella tierra feliz; aquel espectáculo, aquellas imágenes les acordaban el tiempo, las acciones, los misterios de Jesucristo alentaban su fervor y consolaban su fe; los pecadores hallaban allí una suave confianza, los flacos una nueva fuerza y los justos nuevos deseos.

Católicos, no hay necesidad de pasar los mares, cerca de vosotros teneis la salud. La palabra que os predico entrará, si quereis, en vuestra boca y en vuestro corazon. Abrid los ojos de la fe, mirad estos altares, mirad que no son lugares á quienes Jesucristo consagró en otro tiempo con su

presencia; mirad que es el mismo Jesucristo; acercaos en su memoria. Venid, y avivad aquí lo tierno, lo penetrante, lo vivo de vuestro corazon para con este divino Salvador. La memoria de su piedad, que no sufria el romper una caña ya cascada ni apagar una lámpara que aun humeaba, calmará vuestros furores é impaciencias. La memoria de sus trabajos y penosa vida confundirá vuestro regalo. La memoria de su modestia y humildad que le hizo huir cuando quisieron hacerle rey, curará vuestras vanidades, vuestros proyectos, vuestras frívolas pretensiones. La memoria de su ayuno cuadragenario os desengañará de las falsas razones que alegais para quebrantar el vuestro ó para mitigarle. La memoria de su celo contra los profanadores del templo, os enseñará el respeto y temor con que debeis entrar en él. La memoria de la simplicidad y frugalidad de sus costumbres, condenará las vanas superfluidades y los excesos de las vuestras. La memoria de su retiro, de su oracion, os enseñará á huir del mundo y á retiraros algunas veces á lo mas escondido de vuestras casas para pasar á lo menos algunas horas del dia en el indispensable ejercicio de la oracion. La memoria de su amor, de su compasion para con un pueblo hambriento, os dará entrañas de caridad para con los infelices. La memoria de sus santas conversaciones os instruirá para conversar con inocencia, santidad y utilidad para con los hombres. En una palabra, la memoria de todas sus virtudes, mas viva entonces y mas presente al corazon y al espíritu, os corregirá de todos vuestros desórdenes. Esto es lo que se llama comulgar en su memoria.

Pero llegar todos los dias al altar con las mismas flaquezas, familiarizarse con la carne de Jesucristo, de modo que no excite en nosotros sentimientos nuevos y nos de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

je en el mismo estado que estábamos; sustentarse con una vianda divina, y no creer; acercarse con frecuencia á este horno ardiente y no poder calentar vuestra tibieza; presentarse con unas culpas mil veces detestadas sin acabar de aborrecerlas; con unos hábitos de imperfeccion, que aunque leves en sí, no lo son, atendida la pasion é inclinacion que hace nos sean inevitables, y la circunstancia del Sacramento que nos exponemos á profanar: hacer profesion de la piedad, de huir del mundo, estar siempre en compañía de las cosas santas, y haber formado como un punto fijo de virtud sin pasar de allí jamás; andar continuamente repitiendo las mismas confesiones y recaidas, no estar mas adelantados en la virtud que al principio; despues de muchos años de ejercicios de piedad, haber retrocido y aflojado mucho del primer fervor; usar continuamente de este divino remedio sin experimentar alivio en nuestros males; amontonar Sacramento sobre Sacramento, si es lícito decirlo así, sin desocupar nunca el corazon para hacer lugar á esta celestial vianda; mantener envidias, rencores, delicadezas, aficiones ocultas, aborrecimiento á la mortificacion, deseos de agradar, de introducirse, de llegar á conseguir; hacer costumbre de las diversiones, de hablar con libertad de los prójimos, de usar de alegrías desordenadas y desahogos absolutamente mundanos, de pensamientos profanos, movimientos vanos, rodeos ajenos de la sinceridad, disfraces que se familiarizan con la mentira, impaciencias y ruidos; cultivar unas amistades que aunque cubiertas con el velo de piedad, solo las formó y las mantiene la inclinacion; ser extremamente celoso de su gloria, de sus intereses, de sus derechos, ponerse en arma al mas ligero desprecio sin poder sufrir ni aun el mas leve desairé; cuidar infinitamente de sí mismo, y buscar su estimacion en un adorno simple y modesto; anhelar por su comodidad acaso con mas cuidado que una alma mundana, y con todo eso, sustentarse con el pan de los ángeles; ¡oh Dios mio! cosas son todas capaces de hacernos temblar.

¿No es comer indignamente este pan, el comerle con tantas flaquezas é imperfecciones? ¿Quién, Señor, sino vos, sabe lo que nosotros somos? Esto no es comulgar en vuestra memoria, el dia de la cuenta se manifestarán muchas obras al parecer justas, como un lienzo manchado en vuestra presencia; muchos de los que habian profetizado en vuestro nombre serán despreciados; en este estado todo debe temerse. A Pedro no le admitís á vuestra cena hasta despues de haberle lavado los piés, no obstante haberos asegurado que estaba limpio. Apartais á la Magdalena y la prohibís el que se acerque cuando salís del sepulcro, porque el principio de su fervor era aún un gusto demasiado sensible, no obstante que os habia amado mucho y habia lavado vuestros piés y sus pecados con sus lágrimas: y nosotros, Señor, llenos de miserias, faltos de sinceros frutos de penitencia, criados en el regalo y sensualidad, tibios y sin gusto, fijos en un cierto estado de piedad flaca é imperfecta, fundada mas en la costumbre y en los empeños de una profesion santa, que en vuestra gracia y en una fe viva y sólida, hacemos pasto ordinario de vuestro cuerpo. ¡Qué abismos, Señor! ¡Cuántos delitos habrá acaso en nosotros que ahora los ignoramos, de los que nos arrepentimos, los que infinitamente multiplicamos, y que son como el tronco en que ingerimos otras nuevas profanaciones! ¡Qué abismos, vuelvo á decir, y qué terribles secretos nos hará manifiestos vuestra luz en el terrible dia de la cuenta! ¡qué soy yo en vuestra presencia, Dios mio! Yo no puedo ni agradaros ni desagradaros con tibieza, mi condicion no permite estos es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tados, que son como un medio entre la inocencia y el pecado: si no soy santo, soy un mónstruo; si no soy un vaso de honor, soy un vaso de ignominia; si no soy ángel de luz, no hay que dudar soy ángel de tinieblas; y si no soy templo vivo de vuestro espíritu, soy su profanador. ¡Oh Dios mio! y qué motivos tan poderosos son estos para velar, para cuidar de mí mismo, para ser circunspecto, para temblar al acercarme á vuestros altares, para humillarme, para llorar y para compungirme, esperando á que vuestros adorables juicios se manifiesten! Pero no basta, católicos, el comulgar en memoria de Jesucristo y acordarnos de su vida; es necesario tambien, y es la última disposicion, acordarnos de su muerte y anunciarla siempre que comemos su cuerpo y bebemos su sangre; y esto es lo que se llama fe generosa que nos hace sacrificar.

Cuarta reflexion. Siempre que comiéreis el cuerpo del Señor ó bebiéreis su sangre, anunciareis su muerte hasta que venga. ¿Qué significa esta sentencia? En el sentido literal se anuncia su muerte, porque este misterio fué preludio de su pasion, porque Judas formó entonces la última resolucion de entregarle, porque Jesucristo deseoso de sufrir el bautismo de sangre con que habia de ser bautizado, previno el cumplimiento y anticipadamente se inmoló á sí mismo con la mística separacion de su cuerpo y de su sangre; porque la Eucaristía es el sacrificio permanente de la Iglesia y la plenitud y fruto del de la cruz; y finalmente, porque Jesucristo está en él como muerto, pues tiene boca y no habla, ojos y no usa de ellos, piés y no anda. Pero, católicos, en este estado, tanto el impío como el justo, anuncian su muerte siempre que comen su cuerpo; reciben el misterio pero no el mérito; esta es naturaleza del Sacramento y no privilegio del que le recibe: es efecto de

su institucion y no disposicion para recibirle. El fin, pues, del apóstol es precaver el abuso, enseñar á los fieles á comer dignamente el cuerpo del Señor, y manifestarles en los misterios que encierra este Sacramento, las disposiciones que pide. Hay, pues, un modo de anunciar la muerte del Señor que pasa en nuestros corazones, que nos dispone y nos prepara, que acostumbra la situacion de nuestra alma á la naturaleza de este misterio, que nos hace llevar en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, y que nos ofrece y sacrifica con él. Volvamos, pues, á tomar todas las razones que hemos apuntado, y mudemos la letra en espíritu.

Primeramente, se anuncia la muerte del Señor, porque este misterio fué preludio de su pasion. En los primeros tiempos la Eucaristía era un preludio del martirio; desde el instante que se declaraba el furor del tirano y empezaba á levantarse la persecucion, todos los fieles corrian á fortalecerse con este Pan de vida, llevaban á sus casas este precioso depósito, y teniendo á la vista esta preciosa prenda de su inmortalidad, no les parecia tan terrible la muerte y aun la deseaban, y los inefables consuelos que la presencia de Jesucristo, oculto bajo los místicos velos, derramaba ya en sus almas, les hacia suspirar por aquel torrente de delicias con que embriagará á sus escogidos cuando le vean cara á cara. Encarcelados, cargados de prisiones como malhechores, aunque el mundo no era digno de ellos, ocultaban cuidadosamente en su seno la divina Eucaristía, se sustentaban con la esperanza del martirio, engordaban con esta celestial vianda como víctimas preparadas para que su sacrificio fuese mas agradable al Señor: las vírgenes castas, los fieles fervorosos, los ministros santos, todos participaban juntos en los calabozos del pan de bendicion; de este modo todos estaban alegres en-

tre las cadenas y serenos en aquellos lugares oscuros; cantaban cánticos de acciones de gracias en aquellas lúgubres moradas, en las que no hallaba la vista sino tristes imágenes de la muerte y preparativos de los mas crueles suplicios. ¡Cuántas veces decian á Jesucristo, á quien tenian presente en aquel adorable Sacramento: Señor, pues estais entre nosotros, no temeremos los males, no tendremos miedo aunque nos veamos rodeados de ejércitos enteros, nuestros enemigos podrán perder nuestros cuerpos, pero vos los hareis gloriosos é inmortales; ¿pero quién podrá perder á los que os entregó vuestro Padre? Felices son estas cadenas, pues vos ayudais á llevarlas; santas son estas prisiones, pues las consagrais con vuestra presencia; amables son estas tinieblas, pues en ellas llenais nuestras almas de tantas luces; preciosa es la muerte que va á unirnos con vos y á rasgar los velos que os ocultan á nuestra vista. Con estas reflexiones, ¡qué valor no experimentaban en los tormentos! Llenos de la carne de Jesucristo, teñidos con su sangre, salian, dice el Crisóstomo, de sus calabozos como leones aún ensangrentados y sedientos de tormentos y muertes: volaban á los cadalsos, se presentaban en ellos con una santa valentía, miraban á una y otra parte con constancia y magnanimidad, atemorizando aun á los mas bárbaros tiranos y desarmando á los mismos verdugos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor disponiéndose para el martirio.

La paz de nuestros siglos y la religion de nuestros soberanos, no nos permiten esta esperanza; ya no es la muerte la recompensa de la fe, ni la Eucaristía hace mártires; ¿pero no tenemos por ventura tiranos domésticos? ¿acaso nuestra fe debe solo temer á los tiranos? ¿no hay martirio de amor como de sangre? Católicos, una alma fiel al acer-

carse al altar suspira por la disolucion de su cuerpo terrestre, porque ¿cómo es posible que ame esta vida al mismo tiempo que anuncia la muerte de Jesucristo y cuando en estos signos místicos considera su salida del mundo para ir á buscar á su Padre celestial? Quéjase de lo dilatado de su destierro, llega al pié del santuario con un espíritu de muerte y de martirio. ¡Oh Señor! dice, pues vos estais muerto y crucificado para el mundo, ¿por qué me deteneis en él? ¿qué puedo yo hallar en la tierra que sea digno de mi corazon, no estando vos en ella? El mismo misterio que con vuestra presencia pudiera consolarme, me hace acordar de vuestra muerte; esos velos con que os ocultais son artificio de vuestro amor, y solo os encendeis para despertar en mi corazon el deseo de veros claramente. Criaturas vanas, ¿qué otra cosa hallo en vosotras sino una abominable privacion del Dios que busco? ¿Qué me respondeis cuando mi corazon engañado se vuelve hácia vosotras para calmar sus inquietudes? Volveos, me decís, al que nos hizo; nosotras gemimos esperando á que venga á librarnos de esta triste esclavitud que nos hace servir á las pasiones y á los errores de los hombres; no le busques entre nosotras, porque no le hallarás; ya resucitó y no está aquí: si alguna vez se manifiesta, es para morir todos los dias: recoge los deseos y afectos que querias entregarnos y envíalos hácia el cielo; nos han robado al esposo, ya la tierra no es para el cristiano mas que una morada de suspiros y lágrimas; esto es lo que nos responden. ¿Pues qué es, Señor, lo que me detiene en la tierra? ¿cuáles son los lazos y los encantos que pueden unirme al mundo? Inquieto en los placeres, impaciente con la ausencia, enfadado de las conversaciones y comercio de los hombres, atemorizado con la soledad, sin gusto para el mundo, sin gusto para la vir-

tud, ejecutando el mal que aborrezco y sin practicar el bien que quislera ejecutar; ¿qué es lo que me detiene? ¿quién dilata la disolucion de este cuerpo de pecado? ¿qué es lo que me impide volar con alas de paloma al monte santo? Bien conozco, Señor, que seria esto para mí una gran dicha; entonces podria continuamente sustentarme con este pan delicioso; yo no experimento verdadera alegría sino al pié de los altares; allí gozo de los mas felices ratos de mi vida, pero duran muy poco; es necesario volver inmediatamente á experimentar las molestias y enfados del siglo. ¿He de vivir apartada de vos por mucho tiempo? No, Señor, no hay felicidad perfecta en la tierra, y la muerte es suave á quien os ama.

¿Son estos nuestros pensamientos, católicos, cuando llegamos al altar? ¿Dónde están ahora aquellos cristianos que como los primeros fieles esperan la dichosa esperanza y apresuran con sus suspiros el fin de su destierro y la venida de Jesucristo? Esta es una piedad tan fina, que ya no se conoce, es un idioma casi de contemplativos; pero no obstante, es el fundamento de la religion y el primer paso de la fe; miramos la necesidad de morir como una pena cruel; la sola idea de la muerte, que tanto consolaba á nuestros padres, nos hace estremecer; el fin de la vida es el término de nuestros placeres, habiendo de ser el de nuestras penas; la mantenemos á expensas de la ley de Dios y de las obligaciones que nos impone la Iglesia; los cuidados que molestan al cuerpo son infinitos; en este punto son excesivas nuestras preocupaciones, y si alguna vez sucede el que deseemos la muerte, es por estar cansados de la vida y de sus molestias, es por alguna desgracia, por alguna enfermedad habitual que nos molesta, por alguna mudanza en nuestros negocios, que no nos deja esperar deleites en

el mundo, porque nos faltó un puesto que poseiamos, por una muerte, por un accidente; finalmente, por un disgusto y un deseo de amor propio. Nos cansamos de ser desgraciados, pero no nos apresuramos por reunirnos á Jesucristo, y con todo eso, vamos á comer la cena del Señor, á renovar la memoria de su pasion y anunciar su muerte hasta que él venga: ¡qué indignidad!

En segundo lugar, anunciamos su muerte en este misterio porque en él formó Judas la última resolucion de entregarle. ¿Qué pide, pues, de nosotros esta memoria? ¡Ah, católicos! pide un fervoroso deseo de reparar con nuestras sumisiones la impiedad de tantas comuniones monstruosas que de nuevo crucifican á Jesucristo. ¿Cuántos pérfidos ministros le ofrecen en todos los lugares en donde es conocido su nombre con manos sacrílegas? ¿Cuántos pecadores vengativos, mundanos, impúdicos y ladrones, de todos pueblos y de todas naciones, le reciben en sus profanas bocas? Debemos, pues, nosotros sentir los ultrajes que allí padece Jesucristo; confundirnos en su presencia, contemplando que el mas señalado de sus beneficios es la ocasion de los mayores pecados; temblar por nosotros mismos, admirar su bondad, con la que por un corto número de escogidos ha querido exponerse á las indignidades de esta infinita multitud de pecadores de todos los siglos y de todos los tiempos que le han afrentado y le afrentan; apartar con las lágrimas de nuestro corazon y con interiores suspiros, los azotes que las comuniones indignas atraen sobre la tierra, porque si antiguamente se quejaba el apóstol de que el ser los cuerpos heridos con llagas, las enfermedades populares, las muertes repentinas eran efecto de la profanacion de este Sacramento, ¡ah! ¿cuánto tiempo ha, Señor, que nos estais hiriendo? Arrojais sobre nuestras ciudades y provincias el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rayo de vuestro furor; armais los reyes contra los reyes y los pueblos contra los pueblos; no se oye hablar mas que de batallas y de ruidos de guerra; haceis llover del cielo la esterilidad sobre nuestros campos; la espada enemiga despuebla nuestras familias y quita á los padres el consuelo de su ancianidad; gemimos con unas cargas que apartando de nuestros muros al enemigo del Estado, nos entregan al hambre y á la miseria; las artes son casi inútiles al pueblo; perecen las ganancias y el comercio, y apenas basta la industria para socorrer las necesidades; las calamidades secretas y de vos solo conocidas, son aún mas lastimosas que las públicas. Hemos visto á la hambre y á la muerte segar á nuestros ciudadanos y mudar nuestras ciudades en espantosos desiertos; el enemigo de vuestro nombre se aprovecha de nuestras disensiones y usurpa vuestra herencia.

Gran Dios, ¿de dónde vienen estos azotes tan dilatados y terribles? ¿dónde se forman estas nubes de furor y de indignacion que ha tanto tiempo que descargan sobre nuestras cabezas? ¿No estais armado para castigar á los sacrílegos? ¿Los atentados que todos los dias se cometen al pié de vuestros altares contra vuestro cuerpo, no son los que motivan estas señales de vuestra indignacion? Heridnos, pues, Señor; vengad vuestra gloria; mandad al ángel que está en los aires que no detenga su brazo, que no perdone á las casas en donde aun están impresos los vestigios de una sangre profanada: vuestra indignacion es justa; pero no, no vengueis, Señor, unos delitos permitiendo otros delitos; concedednos la paz, oid los clamores de los justos que os la piden: Señor, os dicen con el profeta,[1] *nosotros esperábamos la paz y aun no nos ha llegado este bien.* Haced que

1 Jerem, 8. v. 15

cesen las profanaciones que traen siempre consigo las guerras; no castigueis los sacrilegios, permitiendo que se multipliquen sobre la tierra; volved la majestad á tantos templos profanados, el culto y la dignidad á tantas iglesias despojadas, el esplendor y la magnificencia á tantos altares derribados, la paz á nuestras ciudades, la abundancia á nuestras familias, el consuelo y alegría á Israel; volved los hijos á sus padres, á las esposas desconsoladas sus esposos, y si nuestras desgracias no os mueven, muevan os á lo menos las de vuestra Iglesia.

En tercer lugar, se anuncia la muerte del Señor en este misterio porque Jesucristo se ofrece en él á sí mismo, por la separacion mística de su cuerpo y de su sangre. ¿Qué se sigue, pues, de aquí? que debemos estar al pié de los altares como si estuviéramos al pié de la cruz; imitar las disposiciones de los discípulos y mujeres de Jerusalen, que recogieron los últimos suspiros del Señor cuando moria y estuvieron presentes á la consumacion de su sacrificio. ¡Qué horror no tenian éstos á un mundo que crucificaba á su Señor! ¿Os parece que comunicaban con sus asesinos? ¿Temian acaso declararse por discípulos de aquel Señor que tan manifiestamente se declaraba su Salvador á costa de su sangre? ¿No decian al Padre celestial: castigadnos, Señor, á nosotros que somos los culpados, y perdonad al inocente? ¡Qué horror tenian á sus culpas pasadas, por las que veian á su Señor clavado en una cruz! ¡qué impresion tan fuerte hacian sus penas en aquellos corazones! Y así, católicos, contemporizar aún con el mundo, no atreverse á declarar abiertamente por la piedad, avergonzarse de la cruz de Jesucristo, medir la devocion de modo que aun persevere cierto gusto del mundo, que se mezcle, por decirlo así, con los intereses de nuestra virtud; no confesar á Je-

sucristo á cara descubierta, no atreverse á faltar á un espectáculo en que se hace burla del Señor, á una concurrencia en que se le ofende, á un camino de donde no puede salir entera la inocencia, á un cumplimiento en que padecen las obligaciones de la religion, á un cierto género de vida que tienen por indispensable los mundanos, á ciertas máximas que ofenden al Evangelio y que la costumbre ha acreditado de leyes; vivir con todas estas condescendencias, y con todo eso venir á comer la Pascua con los discípulos de Jesucristo; conservar aún inteligencias con sus enemigos y sentarse á su mesa; hacer estimacion de las máximas que le crucifican y querer ser testigos y compañeros fieles de su cruz, esto, señores, es una contradiccion.

Venció Jesucristo al mundo, le clavó en su cruz é hizo que sus errores y máximas espirasen con él; y así el anunciar su muerte en la comunion es acordarse de esta victoria. Pues si el mundo vive aún y reina en nuestros corazones, católicos, ¿no destruís el fruto de la muerte del Señor? ¿no disputais á Jesucristo el honor de su triunfo? Y en vez de anunciar su muerte ¿no venís á renovarla con sus enemigos?

Mas: se anuncia en cuarto lugar, su muerte en este misterio, porque es la consumacion del sacrificio de la cruz y nos aplica su fruto. ¿Quién, pues, nos da derecho al fruto de la cruz, y por consiguiente á la comunion? Los trabajos, las mortificaciones, una vida interior y penitente; y si no decidme: ¿os atreveríais á llegar á anunciar la muerte del Señor viviendo entre las delicias? ¿os atreveríais á sustentar un cuerpo como el vuestro, acostumbrado á los placeres, halagado, acariciado, os atreveríais, vuelvo á decir, á alimentarle con una carne crucificada? ¿os atreveríais á incorporar á Jesucristo agonizando y coronado de espinas,

con unos miembros delicados y sensuales? ¿os atreveríais habiendo de convertir su carne en vuestra propia sustancia, á trasformarla en una carne sensual? Esto seria un gran delito. Para alimentaros con la carne de Jesucristo, es necesario que vuestros miembros puedan hacerse miembros suyos y que su cuerpo pueda tomar la figura del vuestro. Su cuerpo, pues, es un cuerpo crucificado, sus miembros son unos miembros que padecen, y si vosotros vivís sin padecer, si no llevais la mortificacion de Jesucristo en vuestros cuerpos, si no habeis hecho jamás, como puede suceder, violencia alguna á vuestros sentidos y deseos, si habeis pasado vuestros dias en una tranquila sensualidad, si os impacientan las aflicciones, si os enfada todo lo que es contrario á vuestro génio, si no os ejercitais en obras de mortificacion, si no recibís bien la que el cielo os envia, ¿cómo quereis unir vuestra carne con la carne de Jesucristo? En esto no se piensa, católicos; pero sabed que una vida sensual, solo es capaz de una comunion indigna.

Finalmente, se anuncia la muerte del Señor en este misterio porque en él está como muerto: tiene boca y no habla, ojos y no mira, piés y no camina; reparad, pues, católicos, y obrad segun este modelo. De este modo debeis anunciar su muerte cuando participais de su cuerpo. Es necesario llegar con los ojos acostumbrados á no ver las cosas de la tierra; con una lengua enseñada al silencio ó á las conversaciones de Dios, como dice San Pablo; con piés y manos inmobles para las obras pecaminosas, con los sentidos muertos ó mortificados; en una palabra, debeis llevar una muerte universal en vuestro cuerpo. El estado de Jesucristo en la Eucaristía es el estado de un cristiano en la tierra. Un estado de retiro, de silencio, de paciencia, de humildad y de divorcio con sus sentidos. Porque ¿qué

es estar Jesucristo en la Eucaristía? Es estar en el mundo como si no estuviera en él; estar entre los hombres pero invisible; oir sus vanos discursos, sus quiméricos consejos, sus esperanzas frívolas, sus inquietudes, sus empresas, y dejarles obrar. Tribútanle honores divinos y le ultrajan, y permaneciendo siempre él mismo, se muestra tan insensible á los insultos como á los rendimientos; ve renovar los siglos, los imperios, las familias; ve mudar las costumbres, variar el gusto y las edades de los hombres, cesar los usos y volver á revivir; ve la figura de este mundo en una continua revolucion, prevalecer las herejías, destruirse su heredad, las guerras, las sediciones, trastornarse todo repentinamente, temblar todo el universo, y permanece tranquilo sobre sus ruinas, y nada le aparta de la íntima é inefable aplicacion á su Padre; nada turba el divino reposo de su santuario, en el que siempre está vivo para interceder por nosotros. Volvedle á mirar, y obrad segun este ejemplar. Lleguemos á la sagrada mesa con los ojos cerrados mucho antes á cuanto pueda ofender á nuestra alma, con una lengua cercada de una guardia de circunspeccion y de vergüenza, con unos oidos castos é impenetrables á los silbidos de la serpiente y á la sensualidad de los sonidos y voces tan propias para corromper el corazon, con una alma tan insensible á los desprecios como á las alabanzas, con una alma incapaz de alterarse por los sucesos de la tierra ni por las revoluciones de la vida; igual en la buena y en la mala fortuna; que mire con indiferencia cuanto sucede en el mundo, que juzgue de los bienes y males que la suceden como si no la tocasen, y que en medio de las agitaciones de la tierra, del tumulto de los sentidos, de la contradiccion de las lenguas, de las vanas empresas de los hombres, esté siempre atenta á no perder la paz de su co-

razon, á caminar tranquilamente hácia la eternidad, á no perder de vista á su Dios, y á tener siempre su conversacion en el cielo.

No quiero decir con esto que deban excluirse del altar todos los que no han llegado á este estado de muerte. Este es un asunto que pide toda la vida, y la carne de Jesucristo es un socorro para fortificarnos y ayudarnos en esta empresa. Pero es necesario haber á lo menos empezado para no llegar al altar indignamente. Es necesario estar en una continua pelea con los sentidos, con la corrupcion, con las flaquezas, y adelantar todos los dias alguna cosa. Es necesario practicar la abnegacion cristiana. Es necesario expiar con el retiro, con el silencio, con las lágrimas, con la oracion, con las maceraciones, las continuas victorias que de nosotros alcanzan el mundo y los sentidos. Es necesario levantarse con tiempo de las caidas. Lo que quiero decir es, que una comunion no es negocio de un dia ni de una solemnidad, que toda nuestra vida debe ser una continua preparacion para la Eucaristía, que todas nuestras acciones deben ser como pasos que nos guien al altar, que la vida de la mayor parte de las personas del mundo, aun de aquellas que no viven en el desórden, que de nada se angustian, que viven segun los sentidos, que solo les mueven los intereses terrenos, es una vida que no anuncia la muerte del Salvador, y por eso deben ser excluidas de este misterio. Os quiero hacer conocer que la Eucaristía es un festin, si es lícito decirlo así, de duelo y de muerte. Que las alegrías, los placeres, las vanas decoraciones, afean esta sagrada mesa y hacen que seais despreciado como el que se presenta con un vestido roto y sucio; que es imposible alimentarse á un mismo tiempo con las viandas de la tierra y con el pan del cielo, y que desde el instante que lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

garon los israelitas á las fronteras de Canaan y empezaron á comer los frutos de la tierra, dice la Escritura, que dejó de llover maná y no volvieron á alimentarse con esta celestial vianda: *Defecitque manna, postquam comederunt de frugibus terræ.* Quiero daros á entender que este Sacramento es el fruto y no la señal de la penitencia. Que los que solo comulgan por razon de la solemnidad, mas son profanadores que verdaderos adoradores. Que es imposible sustentarse con el cuerpo de Jesucristo sin vivir de su espíritu. Que es tambien necesario que el Espíritu Santo descanse sobre una alma, como sobre María, antes que Jesucristo venga á ella como á encarnar de nuevo. Quiero daros á entender que la leccion de los libros santos y los saludables rigores de la penitencia deben preparar en nuestros corazones la morada á Jesucristo, para que seamos como arcas santas, y que este celestial maná descanse en ellos en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aaron. Quiero daros á entender que nada os debe hacer temblar tanto á vosotros que vivís en los peligros del siglo y los amais, como las comuniones que habeis hecho antes de haberos probado y sin mas precauciones que una confesion. Quiero daros á entender que el pan de vida se muda en veneno para la mayor parte de los fieles. Que casi ve el altar mas delitos que el teatro. Que es mas ultrajado Jesucristo en su santuario que en las asambleas de los pecadores, y que las solemnidades son para el Señor misterios de luto y dias destinados á afrentarle. En una palabra, os quiero dar á entender que para llegar dignamente es necesaria una fe respetuosa que nos haga discernir, una fe prudente con que nos examinemos, una fe viva

Jos. 5 v. 12

que nos haga amar, y una fe generosa que nos haga sacrificar. Sin esto el recibir al Señor es hacernos una culpa de su carne y de su sangre, es comer y beber su juicio.

¡Ah Señor, y qué poco he conocido yo hasta ahora la extrema inocencia y pureza que pedís en los que llegan á alimentarse con este pan celestial! El Centurion, aquel hombre de una fe tan viva, tan humilde, tan ilustrado, aquel hombre tan rico de buenas obras, que amaba á vuestro pueblo, que levantaba sagrados edificios á vuestro nombre, destinados para las públicas oraciones y para interpretar vuestras Escrituras; aquel hombre no se juzgaba digno ni aun de recibiros en su casa. La mas pura de todas las vírgenes, cuando la anuncia el ángel que vais á bajar á su seno, se atemoriza, considera su miseria, y si la queda alguna fuerza para hablar, solo es para preguntar: ¿cómo podrá ser esto? ¿Pues quién soy yo, Señor, para atreverme á sentarme á vuestra mesa con tan poca precaucion? Yo que me pongo tan vacío en vuestra presencia, que no tengo que ofreceros sino las reliquias de un corazon á quien ha ocupado el mundo tanto tiempo y que reserva para las criaturas y para las pasiones la parte mas principal de él; yo que no llevo á vuestros altares mas que unos débiles ensayos de salvacion y obras llenas de pecados; yo que solo excedo á los demás pecadores en el abuso que he hecho de vuestras gracias, en las luces inútiles y en los pensamientos que se han exhalado en deseos; que no llevo mas inspiraciones, que no consiguen de mí otra cosa mas que vanos amagos de conversion; un corazon incapaz de familiarizarse ni con el pecado ni con la virtud, un natural feliz y casi naturalmente enemigo del exceso y del vicio, á quien con todo eso yo he alterado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ah Señor! los frutos de una comunion santa son tan abundantes y sensibles, el alma sale tan inundada en vuestras gracias y favores, que aun cuando yo no tuviera otras señales de lo indigno de mis comuniones que su inutilidad, debiera temblar y confundirme. Cuando se come vuestra carne dignamente, vos nos enseñais que aun se padece hambre, y yo me retiro de esta sagrada mesa fatigado y cansado de mis respetos; respiro al salir de ella como al salir de un cumplimiento ó de una molestia; me alegro de haber acabado como si hubiera dado fin al negocio mas penoso, y si algun gusto experimento, es el de los placeres y del mundo. Cuando se ha comido dignamente vuestra carne, quedamos en vos y vos quedais en nosotros; esto es, vuestra sangre preciosa que corre por nuestras venas nos deja vuestras inclinaciones, vuestro amor y vuestra semejanza; somos como otro vos mismo, y como en príncipes herederos de una sangre real, se debe advertir en nuestro semblante cierto aire de majestad que anuncie nuestra nobleza; no deben manifestarse en nosotros sino inclinaciones nobles y pensamientos dignos de la sangre que hemos recibido, y con todo eso, yo siempre hallo en mí pensamientos terrenos, inclinaciones bajas y mundanas, un corazon que aun se revuelca en el cieno y que no sabe levantarse sobre las criaturas y volver á vuestro seno, de donde salió. • Cuando se come dignamente vuestra carne nos enseñais que vivimos para vos y que esto es vivir eternamente, y yo he continuado viviendo para el mundo, para mí mismo, para los hombres que me rodean, para mis placeres, para mis proyectos de fortuna, para mis negocios, para mi familia, para mis hijos, para mi gloria, sin dejar para vos apenas un instante en todo el dia. ¿Qué he de hacer, pues, Señor? ¿me he de retirar de vuestra mesa, me he

de privar de este fruto de vida? ¿no se ha de partir para mí el pan de consolacion? No, Señor, vos no quereis excluirme, sino hacerme digno, no quereis que me retire, sino que me disponga, no me negais el pan de vuestros hijos, pero no quisiérais que mi indignidad os obligase á ofrecerme en su lugar una serpiente. Preparaos, pues, Señor, dentro de mí mismo una digna morada. Allanad las alturas, enderezad las sendas torcidas, purificad mis deseos, enmendad las inclinaciones ó criadlas de nuevo. Vos solo podeis ser vuestro precursor y prepararos los caminos en las almas; llenadnos, pues, Señor, de vuestro espíritu, para que comamos dignamente vuestro cuerpo y vivamos eternamente para vos. *Amen.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL DIA DE LA NATIVIDAD.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus.

Os traigo una nueva que será de grande alegría para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo del Señor.

Luc. 2. v. 10. 11.

Señor:

Esta es la gran nueva que ya ha cuatro mil años esperaba el mundo, el gran suceso que habian anunciado tantos profetas; figurado en tantas ceremonias, deseado de tantos justos, y que toda la naturaleza parece prometia y aceleraba con la universal corrupcion que se habia introducido en toda la carne. Este es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba á los hombres, despues que la infidelidad de nuestro primer padre nos sujetó á todos al pecado y á la muerte.

El Salvador, el ungido y el Señor se manifiesta por último en la tierra; las nubes producen al justo, la estrella de Jacob aparece en el universo; sale el cetro de Judá, y ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha llegado el que habia de venir; ya se cumplieron los tiempos misteriosos, el Señor ha manifestado la señal que prometió á Judea; una vírgen concibió y ya ha parido, y de Belem sale el conductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres, católicos, con este nacimiento? No hubiera sido anunciado, esperado, deseado por tantos siglos, no hubiera formado la religion de tantos pueblos, ni sido el objeto de todas las profecías, la manifestacion de todas las figuras, el único fin de todos los pasos de Dios hácia á los hombres, si no fuera la mayor señal de amor que podia darlos. ¡Qué noche tan feliz aquella en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la luz del mundo entre sus tinieblas, en el cielo resuena la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, católicos, para participar de las alegrías que este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra, es necesario participar tambien de los favores que nos trae: la comun alegría se funda en la comun salud que nos ofrece, y si no obstante estos socorros nos obstinamos en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos el luto y la tristeza al gozo que inspira una nueva tan feliz.

¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales espíritus vienen hoy á anunciarlos á los pastores: viene, dicen, á dar gloria á Dios y paz á los hombres, y en esto se descubre todo el fondo de este misterio, á Dios la gloria que le habian querido quitar los hombres, y á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos. Imploremos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El hombre solo fué colocado en la tierra para tributar al autor de su sér la gloria y los respetos que le son debidos; todas las cosas le acordaban esta obligacion; pero todo cuanto debia servir para acordársela, solo servia de desviarle mas de ella. Debia el hombre á su Majestad suprema su adoracion y sus respetos, á su bondad paternal su amor, á su sabiduría infinita el sacrificio de su carazon y de sus luces. Estas obligaciones grabadas en lo íntimo de su corazon y nacidas con él, le eran continuamente anunciadas por todas las criaturas; no podia ni escucharse á sí mismo ni escuchar á cuanto le rodeaba sin oirlas en todas partes: con todo eso, las olvida, las echa fuera de su corazon; no contempla en la obra el honor y culto debido al Artífice soberano; en los beneficios que le hace el amor debido á su bienhechor; en la oscuridad de efectos naturales, la imposibilidad de sondear los secretos de Dios y la desconfianza con que debe vivir de sus propias luces: la idolatría tributaba á las criaturas el culto que el Criador se habia reservado para sí; la sinagoga le honraba con la boca limitando á un culto esterior, poco digno del Señor, el amor que le debia; la filosofía erraba en sus discursos, medía las luces de Dios por las del hombre, y creia que la razon que no se conoce á sí misma podia conocer todas las verdades. Estas tres heridas se observaban en la tierra; en una palabra, ni Dios era conocido y glorificado, ni el hombre se conocia á sí mismo.

Primeramente: ¿á qué exceso no habia llegado el culto de la idolatría? La muerte exaltaba muy presto á los honores de deidad á una persona á quien se amaba; y sus vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les cenizas, sobre las que estaba escrita su nada con caractéres indefectibles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad; el amor conyugal se formó dioses, imitóle el amor impuro y quiso levantar sus altares; la esposa y la enamorada, el esposo y el amante, todos delincuentes, tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios; la locura y la corrupcion abrazó un culto tan ridículo y abominable; inficionóse todo el universo, autorizóle el imperio y la majestad de las leyes; hízose respetable esta extravagancia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios y con la inmensa riqueza de los simulacros; cada pueblo deseó tener sus dioses; denefecto del hombre ofrecia inciensos á la bestia; los respetos impuros llegaron á ser el culto de las divinidades impuras; las ciudades, las montañas, los campos, los desiertos todos se mancharon, y vieron los soberbios edificios consagrados á la soberbia, á la impureza, á la venganza; la multitud de divinidades igualó á la de las pasiones; los dioses llegaron á ser casi tantos como los hombres; todo vino á ser Dios para el hombre, sin que el hombre conociese al verdadero Dios.

Estaba el mundo casi desde su nacimiento sepultado en el horror de estas tinieblas; cada siglo habia añadido nuevas impiedades; cuanto mas se acercaba el tiempo del Salvador, tanto mas parece que crecia la depravacion entre los hombres; la misma Roma, señora del universo, se habia sujetado á los diferentes cultos de las naciones que habia vencido, y veia levantar dentro de sus muros los diversos ídolos de tantos pueblos subyugados, que mas servian de monumento público á la locura y ceguedad, que á sus victorias.

Pero finalmente, aunque toda la carne habia corrompido su camino, Dios no queria hacer llover su furor sobre los hombres, ni exterminarlos con un nuevo diluvio; queria salvarlos, habia puesto en el cielo la señal de su alianza con el mundo, y esta verdadera señal no era aquel arco tosco, aunque resplandeciente, que se manifiesta en las nubes; era Jesucristo su Unigénito Hijo; el Verbo hecho carne, el verdadero sello de la eterna alianza y la sola luz que vino á iluminar todo el mundo.

Manifiéstase hoy en la tierra, y da á su Padre la gloria que habia querido quitarle la impiedad del culto público, el respeto que le tributa su alma santa, unida la Verbo, desagravia primeramente á su Divina Majestad de todos los honores que el mundo le habia hasta entonces negado, por tributarlos á la criatura. Mas gloria da á la Divinidad un hombre-Dios que la adora, que cuanto le habian quitado todos los pueblos idólatras: muy agradable debió ser á Dios este respeto, pues él solo bastó para arruinar la idolatría en la tierra; hizo suspender la sangre de las víctimas impuras, trastornó los altares profanos, hizo callar á los oráculos de los demonios, demolió los ídolos vanos y mudó sus soberbios templos, que hasta entonces habian servido de asilo á todas las abominaciones, en casas de culto y oracion. De este modo mudó de cara el universo, fué adorado el Dios desconocido, aun en Atenas y en las ciudades que eran mas famosas por su ciencia y política; el mundo reconoció á su autor, Dios volvió á tomar posesion de sus derechos, estableciése en la tierra un culto digno de su majestad, y tuvo en todas partes fieles que le adorasen en espíritu y en verdad.

Este es el primer beneficio del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y la primer gloria que da á su Padre celestial. ¿Pero, católicos, se extiende á nosotros este grande beneficio? No adoramos ya vanos ídolos, á un Júpiter incestuoso, á una Vénus lasciva, á un Marte negativo y cruel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Pero es Dios glorificado entre nosotros? ¿no colocamos en su lugar á la fortuna, al deleite, al favor, al mundo con todos sus placeres? Porque todo aquello que amamos mas que á Dios, lo adoramos; todo lo preferimos á Dios, viene á ser un Dios para nosotros; todo lo que es solo objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras aflicciones, de nuestros temores y de nuestras esperanzas es nuestro culto, y nuestras pasiones son nuestros dioses, á las que sacrificamos el Dios verdadero.

¿Qué ídolos de esta especie no hay aún en el mundo cristiano? Aquella infeliz criatura á quien habeis entregado vuestro corazon, á quien habeis sacrificado vuestros bienes, vuestra fortuna, vuestra gloria, vuestro descanso y de quien no os pueden separar ni los motivos de religion ni aun los del mundo, esa es vuestra ídolo: ¿qué la falta para ser vuestra infame divinidad, pues en vuestros excesos ni aun este nombre la negais? Aquella corte, aquella fortuna que os ocupa, que os posee, á la que entregais todos vuestros cuidados, todos vuestros pasos, todos vuestros movimientos, toda vuestra alma, todas las potencias y aun vuestra misma vida, esa es vuestro ídolo. ¿La negais acaso alguno de aquellos criminales respetos que os pide ó que pueden serviros para alcanzar su favor? Aquella vergonzosa intemperancia que envilece vuestro nombre y nacimiento, que desdice aun de vuestras costumbres, que ha negado y entorpecido vuestros talentos con los excesos del vino y de la embriaguez, que haciéndoos insensible para todo, solo os deja gusto para los brutales deleites de la mesa, esa es vuestra ídolo; solo contais por vida el tiempo que empleais en ella, y tributais con el corazon mas respetos á esta divinidad infame y despreciable, que con vuestras canciones profanas é insolentes. En otro tiempo las pasiones se formaron dioses, y Jesucristo no ha destruido estos ídolos sino destruyendo las pasiones que los habian formado: vosotros volveis á levantarlos haciendo revivir las pasiones que habian hecho idólatra al mundo entero; ¿y de qué sirve conocer á un solo Dios si tributais vuestros respetos á otras divinidades? El culto está en el corazon, y si el Dios verdadero no es el Dios de vuestro corazon, poneis en su lugar, como los paganos, á las criaturas viles y no le dais la gloria que se le debe.

No se contenta Jesucristo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, ni con establecer sobre las ruinas de los ídolos el conocimiento del verdadero Dios, sino que le forma aduladores que estimarán en muy poco las exteriores sumisiones, si no las santifica y anima el amor, y que tendrán á la misericordia, á la justicia y á la santidad por las mas dignas ofrendas de Dios y por el mas magnífico aparato de su culto; que es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo y el segundo género de gloria que da á su Padre.

Es verdad que como dice el profeta, Dios era conocido en Judea; Jerusalen no veia en sus plazas ídolos que usurpasen los respetos al Dios de Israel: *No habia simulacro en Jacob, ni agüero en Israel.*[1] Esta sola porcion de la tierra se habia preservado del universal contagio; pero todo el mérito de su culto consistia en la magnificencia de su templo, en el aparato de sus sacrificios, en la pompa de sus solemnidades y en la exactitud de sus observancias legales. Toda su religion se limitaba á estas obligaciones exteriores, sus costumbres no eran menos delincuentes; permanecian allí la injusticia, el fraude, la mentira, el adulterio y todos los vicios, y aun los autorizaban con estas vanas exterio-

1 Num. 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ridades de culto; honraban á Dios con los lábios, pero el corazon de aquel ingrato pueblo siempre estaba muy distante de él.

Vino Jesucristo á desengañar á la Judea de un error tan grosero, tan antiguo y tan injurioso á su Padre; vino á enseñarla que el hombre puede contentarse con solas las exterioridades, pero que Dios solo mira al corazon, que cualquiera respeto exterior con que se le niega éste, mas es un insulto y una hipocresía, que un culto verdadero; que es inútil purificar el exterior si el interior está lleno de infeccion y podredumbre, y que á Dios solo se le adora amándole.

Pero ¡ah católicos! ¿no subsiste aún entre nosotros este error de la Sinagoga, tantas veces reprendido de Jesucristo? ¿A qué se reduce todo nuestro culto? á algunas observancias exteriores, á cumplir con ciertas obligaciones públicas establecidas por la ley, y esta es la religion de los mas prudentes; asisten á los misterios santos, hacen escrúpulo de faltar á las leyes de la Iglesia, rezan algunas oraciones consagradas ya por la costumbre, celebran las solemnidades y aumentan la multitud que concurre á nuestros templos; y en esto consiste toda su religion. ¿Pero están por ventura desprendidos del mundo y de sus deleites? ¿están menos ocupados con los cuidados del bien parecer y de la fortuna? ¿mas dispuestos á romper un lazo pecaminoso ó á huir de las ocasiones en que todos los dias naufraga su inocencia? ¿Acompaña estos exteriores ejercicios de devocion un corazon puro, una fe viva y una caridad sin fingimiento? No por cierto; todas sus pasiones subsisten siempre con estas obras religiosas, que hacen mas por uso que por religion. Y advertid, católicos, que ninguno de estos se atreveria á faltar del todo á estas obligaciones, á vivir

como impío sin profesion de culto, sin cumplir, á lo menos, con algunas obligaciones públicas; tendríanse por anatemas dignos de los rayos del cielo; ¡y al mismo tiempo se atreven á pisar estas santas obligaciones con unas costumbres delincuentes! No les causa horror el inutilizar estas superficiales reliquias de religion con una vida que la religion condena y aborrece, y no temen la ira de Dios, continuando en las culpas que la provocan y limitando todo el culto que se le debe, á unos vanos respetos que le insultan.

No obstante, ya he dicho que entre todos los mundanos estos son los mas prudentes y los que parecen mas regulares á los ojos del mundo. No han sacudido aún el yugo como otros muchos, no tienen la bárbara vanagloria de no creer en Dios, no blasfeman de lo que ignoran, no miran á la religion como juego é invencion humana, quieren vivir todavía unidos á ella con algunas exterioridades, pero no con el corazon; la deshonran con sus desórdenes, no son cristianos sino en el nombre, y así subsisten aún entre nosotros, mas que antiguamente en la Sinagoga, las magníficas exterioridades de culto, con la mas profunda y universal depravacion de costumbres que jamás reprendieron los profetas á la obstinacion é hipocresía de los judíos. De esto modo la religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial; de este modo aquella nueva alianza que debia estar escrita en los corazones, aquella ley de espíritu y de vida que debia hacer á los hombres espirituales, aquel culto interior que debia formar para Dios adoradores en espíritu y verdad, no forma sino fantasmas, adoradores falsos, apariencias de culto; en una palabra, un pueblo como el de los judíos, que le honra con los lábios, pero cuyo corazon corrompido, man-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chado con mil culpas y ligado con mil pasiones, permanece muy separado de él.

Este es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo, en el que nosotros no tenemos parte alguna. Vino á destruir un culto puramente exterior que se limitaba á los sacrificios de los animales y á las observancias legales, y que no daba á Dios la gloria que le es debida, pues no le tributaba los respetos de nuestro amor, capaz solo de glorificarle. Vino á sustituir á estas vanas apariencias de religion, una ley que debe cumplirse entera en nuestro corazon, y un culto en que el primero y principal respeto debe ser el amor á su padre. Con todo eso, este culto santo, este nuevo precepto, este sagrado depósito que nos ha dejado, ha degenerado entre nosotros; hemos hecho un culto absolutamente farisaico, en que no tiene parte alguna el corazon, que no muda nuestras desarregladas inclinaciones, que no influye en nuestras costumbres y con el que nos hacemos mas culpables y abusamos del beneficio que debiera borrar y purificar todos nuestros delitos.

Finalmente, los hombres quisieron tambien quitar á Dios la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría. Los filósofos, movidos de la extravagancia de un culto que multiplicaba infinitos dioses, y obligados por solas las luces de la razon á conocer un solo Ser Supremo, desfiguraban su naturaleza con mil opiniones ridículas. Unos se figuraban un Dios ocioso, metido dentro de sí mismo, gozando de su propia felicidad, que no se dignaba de bajarse á mirar lo que pasaba en la tierra, que en nada tenia á los hombres á quienes habia criado, interesando tan poco en sus virtudes como en sus vicios, y que dejaba á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, la revolucion de los imperios, la suerte de cada particular, la máquina entera del

universo y toda la disposicion de las cosas humanas. Otros le sujetaban á un fatal enlace de sucesos, haciéndole un Dios sin libertad y sin poder, y al mismo tiempo que le contemplaban como dueño de los hombres, le tenian por esclavo de la suerte, siendo entonces los delirios del entendimiento la sola regla de religion y creencia de los que eran tenidos por mas ilustrados y sábios.

Jesucristo vino á dar á su Padre la gloria que le habian quitado los vanos discursos de la filosofía. Vino á enseñar á los hombres que la fe es la fuente de las verdaderas luces y que el sacrificio de la razon es el primer paso de la filosofía cristiana. Vino á fijar las dudas, enseñándonos lo que debemos conocer del Ser Soberano y lo que debemos ignorar.

No bastaba, pues, que los hombres para glorificar á Dios le sacrificasen su vida como á Autor de su ser, y renunciasen con esta confesion á la impiedad de la idolatría; que le sacrificasen su amor y su corazon como á su soberana felicidad, y confesasen de este modo la insuficiencia é inutilidad del culto exterior y farisaico de la Sinagoga. Era tambien preciso que le sacrificasen su razon como á su sabiduría y á su verdad eterna, y se desengañasen de este modo de las vanas averiguaciones y orgullosa ciencia de los filósofos.

El nacimiento, pues, de un hombre-Dios, la union inefable de nuestra naturaleza con una persona divina, destruye toda la razon humana, y este misterio incomprensible, propuesto á los hombres como toda su ciencia, toda su verdad, toda su filosofía, toda su religion, les hace desde luego conocer que la verdad que hasta entonces habian buscado inútilmente, debe buscarse, no con vanos esfuerzos, sino con el sacrificio de la razon y de nuestras débiles luces.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Pero ay! ¿dónde están los fieles que sacrifican á la fe su razon entera y que renunciando á sus propias luces, bajan los ojos con un silencio de adoracion y de respeto ante las majestuosas tinieblas de la religion? No hablo de aquellos impíos que aun viven entre nosotros y que no se acuerdan de Dios; éstos deben ser entregados al horror y á la indignacion de todo el universo, que conoce y adora una Divinidad; ó al horror de su propia conciencia, la que aun contra su voluntad la invoca y llama en secreto, cuando al mismo tiempo se están ellos exteriormente gloriando de no conocerla.

Hablo de la mayor parte de los fieles, que casi forman de la Divinidad una idea tan falsa y humana, como antiguamente formaban los filósofos paganos; que no cuentan con ella respecto de los sucesos de la vida, que viven como si la casualidad ó el capricho de los hombres decidiese de todas las cosas de la tierra, y que solo conocen á la felicidad y á la desgracia como las dos únicas divinidades que gobiernan el mundo y que presiden á todo lo que pasa en la tierra. Hablo de aquellos hombres de poca fe, que lejos de adorar los futuros secretos, ocultos en los profundos é impenetrables consejos de la Providencia, van á buscarlos en las ridículas y pueriles predicciones que atribuyen al hombre una ciencia que Dios se reservó para sí solo. Esperan con una necia persuasion en las locuras de un falso profeta, sucesos y revoluciones que deben decidir de la suerte de los pueblos é imperios; fundan sobre esto vanas esperanzas para sí mismos, y renuevan ó las extravagancias de los agoreros y Aruspisces paganos, ó la impiedad de la Pitonisa de Saúl y los oráculos de Delfos y Dodona. Hablo de los que quisieran ver claramente los eternos caminos de Dios acerca de nuestros destinos, y que no pudien-

do con solas las fuerzas de la razon resolver las insuperables dificultades de los misterios de la gracia en órden á la salvacion de los hombres, en vez de exclamar con el apóstol: *¡Oh profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios!* están tentados á creer ó que Dios no se mezcla en nuestra salvacion, ó que es inútil el que nosotros cuidemos de ella. Hablo de aquellas personas secuaces del mundo que aplauden y tienen por convincentes aun las mas débiles y fútiles razones que la incredulidad opone á la fe; que titubean con cualquiera duda frívola que les propone el impío; que parece se alegrarian de que la religion fuese falsa, y que les hace menos fuerza el respetable peso de las pruebas que confunden á un entendimiento soberbio y confirman la verdad, que un discurso aéreo que la impugna, en el que por lo regular no se halla mas fondo que el atrevimiento de la impiedad y de la blasfemia. Finalmente, hablo de muchos fieles que dejan para el pueblo la creencia de tantos prodigios como nos ha conservado la historia de la religion, que parece creen que todo lo que excede á las fuerzas de los hombres excede tambien al poder de Dios, y que niegan los milagros á una religion que está fundada sobre ellos, siendo ella el mayor de todos.

De este modo usurpamos nosotros á Dios la gloria que le dió el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Este nos enseñó á sacrificar al incomprensible misterio de su manifestacion en nuestra carne nuestras propias luces y á vivir solo con la fe; fijó las dudas del espíritu humano y le sacó de los desórdenes y abismos en que se habia precipitado el entendimiento en órden á la verdad y á la vida; y nosotros la abandonamos y queremos caminar bajo los estandartes de la fe, como antiguamente bajo los estandartes, si es lícito decirlo así, de una flaca razon. Nos ponen en arma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los misterios de la fe que oimos; todo lo reformamos, de todo dudamos, queremos que Dios piense como el hombre. Sin perder del todo la fe, la dejamos debilitar dentro de nosotros mismos: no usamos de ella, y esta flaqueza de la fe es la que ha corrompido las costumbres, multiplicado los vicios, avivado en todos los corazones el amor de las cosas presentes, apagado el de los bienes futuros, introducido la discordia, el aborrecimiento, la disension entre los fieles, y destruido aquellos primeros rasgos de inocencia, de santidad y caridad que hizo tan respetable el cristianismo en los primeros tiempos, aun á los que rehusaban sujetarse á él. Pero no solamente el nacimiento de Jesucristo da á Dios la gloria que quisieron usurparle los hombres, sino que tambien da á los hombres la paz que continuamente se quitaban á sí mismos.[1] *Et in terra pax hominibus.*

SEGUNDA PARTE.

Reinaba una paz universal en todo el universo; cuando Jesucristo, príncipe de la paz,[2] vino á la tierra, todas las naciones sujetas al imperio romano sufrian tranquilamente el yugo de aquellos soberbios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscritos por las islas y desiertos é inundado la Asia y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones, y reunida bajo la autoridad de un César, hallaba en su esclavitud la paz de que no habia podido gozar en su libertad.

Estaba, pues, en paz el universo; pero esta era una paz

1 Luc. 2. v. 14.
2 Isai. 6. v. 9.

falsa; el hombre, entregado á sus injustas y violentas pasiones, padecia dentro de sí mismo la guerra y disension mas cruel; apartado de Dios, entregado á las inquietudes y furores de su propio corazon, combatido de la multitud y contrariedad eterna de sus desordenadas inclinaciones, no podia hallar la paz, porque no la buscaba mas que en el mismo orígen de sus turbaciones é inquietudes. Los filósofos se preciaban de poderla dar á sus discípulos; pero aunque esta calma universal de las pasiones que ofrecian fiados en su ciencia, y que anunciaban con tanto énfasis, pudiese reprimir los excesos de la ira, dejaba todo el veneno y el tumulto en el corazon; era una paz de soberbia y ostentacion, era una falsa apariencia de paz; pero bajo de esta máscara el hombre permanecia siempre el mismo.

Hoy baja Jesucristo á la tierra para traer á los hombres aquella verdadera paz que hasta ahora no habia podido darles el mundo; viene á traer el remedio para el orígen del mal; su divina filosofía no se limita á dar preceptos pomposos, que aunque puedan lisonjear al entendimiento, no curan las heridas del corazon, y como la soberbia, la sensualidad, los rencores y las venganzas habian sido las fatales raíces de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre, viene á darle la paz, destruyéndolas con su gracia, con su doctrina y ejemplo.

Sí, católicos, la soberbia fué la primera raiz de todas las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furores no habia encendido en la tierra esta funesta pasion? ¿con qué arroyos de sangre no habia inundado el universo? ¿qué otra cosa es la historia de los pueblos, de los imperios, de los príncipes y conquistadores, la historia de todos los siglos y de todas las naciones, sino la historia de las calamidades con que desde el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

principio del mundo habia la soberbia afligido á los hombres? El mundo no era mas que un teatro lúgubre en que esta pasion altiva é insensata ofrecia todos los dias las mas sangrientas escenas; pero esto que sucedia en lo exterior no era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia dentro de sí mismo. El deseo de ser ensalzado era tenido por virtud; la moderacion pasaba por cobardía; un hombre solo arruinaba su patria, trastornaba las leyes y las costumbres, hacia infelices á infinitos por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos, y el feliz éxito de su delito le granjeaba los respetos, y su nombre, bañado en la sangre de sus hermanos, era respetado en los anales públicos donde se conservaba su memoria, y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo. Esta pasion entre el pueblo no era tan ruidosa; pero no por eso era menos furiosa y funesta. No gozaba mas tranquilidad el hombre bajo que el público; cada uno queria adelantarse á sus iguales: el orador y el filósofo se disputaban y usurpaban la gloria, único objeto de sus trabajos y vigilias, y como los deseos de la soberbia son insaciables, el hombre que entonces tenia por honor el entregarse todo á ella, como no hallaba en ella cosa en que poder fijarse, tampoco podia estar pacífico y tranquilo. La soberbia, que era la única raiz del honor y de la gloria humana, era el fatal escollo del reposo y de la felicidad de los hombres.

El nacimiento de Jesucristo, enmendando este error en el mundo, restableció en él la paz que la soberbia habia desterrado de la tierra: bien pudo manifestarse á los hombres con todas las señales de resplandor que le atribuyeron los profetas, bien pudo tomar los pomposos títulos de conquistador de Judá, de legislador de los pueblos, de Salvador de Israel: Jerusalen hubiera conocido por estos glorio-

sos caractéres al que esperaba; pero Jerusalen no veria en estos títulos mas que una gloria humana, y Jesucristo vino á desengañarla y enseñarla que esta gloria es nada, que semejante esperanza no era digna de los oráculos de tantos profetas como la habian anunciado, que el Espíritu Santo, que fué quien los inspiró, no pudo prometer á los hombres mas que santidad y bienes eternos; que todos los demás bienes, en vez de hacerlos felices, multiplicaban sus desgracias y pecados, y que su visible ministerio solo corresponderia á las pomposas promesas con que tantos siglos antes le anunciaban, porque seria absolutamente espiritual y solo se propondria la salvacion de todos los hombres.

Por eso nace en Belen en un estado pobre y despreciable, sin pompa alguna exterior, aquel Señor cuyo nacimiento celebraba al mismo tiempo la celestial milicia con cánticos; sin título alguno que le distinga entre los hombres, el que era sobre todo el poder y sobre todos los principados: permite que se escriba su nombre con el de los mas oscuros vasallos del César, aquel cuyo nombre era sobre todo nombre, y el que solo tenia derecho de escribir el nombre de sus escogidos en el libro de la eternidad. Solos los pastores sencillos y rústicos vienen á tributar respetos á aquel en cuya presencia debe doblar la rodilla cuanto hay grande en el cielo, en la tierra y en los infiernos; finalmente, en este espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana. Si los títulos, la elevacion, las prosperidades hubieran podido hacernos felices en la tierra y dar la paz á nuestro corazon, Jesucristo se hubiera manifestado revestido de estos bienes y se los hubiera dado á sus discípulos; pero nos trajo la paz despreciándolos, y enseñándonos á que nos despreciásemos á nosotros mismos. Viene á hacernos felices, vi-

niendo á reprimir los deseos que hasta entonces habian sido causa de nuestras inquietudes. Viene á manifestarnos los bienes mas verdaderos y durables, los que solo son capaces de calmar nuestros corazones, de llenar nuestros deseos y de aliviar nuestras penas; unos bienes que no pueden quitarnos los hombres y que con solo amarlos y desearlos los poseemos.

Pero con todo eso, ¿quién disfruta esta feliz paz? ¿son por ventura menores despues de su nacimiento las guerras, las turbaciones y los furores? ¿están mas pacíficos los imperios y Estados que le adoran? ¿excita menos tumultos y confusiones entre los hombres la soberbia, á quien vino á aniquilar? Buscad entre los cristianos esta paz que debiera ser su herencia. ¿En dónde le hallareis? ¿acaso en las ciudades? La soberbia todo lo pone en ellas en movimiento; cada uno quiere ser mas que sus antepasados; para uno á quien eleva la fortuna, hay mil desgraciados que siguen sus pisadas sin poder llegar á donde el otro. ¿En el recinto de las casas? En ellas no se oculta otra cosa mas que cuidados é inquietudes, y el padre de la familia, continuamente ocupado mas en el adelantamiento que en la educacion cristiana de los suyos, les deja por herencia sus agitaciones é inquietudes, las que ellos tambien dejarán á sus descendientes. ¿En los palacios de los reyes? En ellos una desmesurada ambicion corroe y consume todos los corazones; en ellos, bajo un exterior de alegría y tranquilidad, se mantienen las mas violentas y amargas pasiones; en ellos es donde parece que reside la felicidad y donde la soberbia hace mas infelices y descontentos. ¿En el santuario? ¡Ah! sin duda que este debiera ser el asilo de la paz; pero aun hasta este santo lugar ha entrado la ambicion; buscan algunos en él mas la elevacion que el ser útiles á los fieles;

las dignidades santas de la Iglesia son, como las del siglo, premio de la solicitud y de los engaños: la religiosa circunspeccion del príncipe no puede contener las pretensiones y ocultos manejos; obsérvase la misma solicitud en pretenderlas, la misma tristeza cuando no se acuerdan de nosotros, la misma envidia contra los que son preferidos; un ministerio que no debia aceptarse sino temblando, se pretende con audacia; nos sentamos en el templo de Dios sin que su divina mano nos haya puesto en el asiento; nos ponemos á la frente del rebaño sin consentimiento de su dueño y sin que nos haya dicho como á Pedro: *Apacienta mis ovejas.*[1] Y como nos encargamos de este cuidado sin vocacion y sin talento, le gobernamos sin edificacion y sin fruto, y aun muchas veces con escándalo. ¡Oh paz de Jesucristo, que excedes á toda capacidad y que sola eres el remedio de las disensiones que continuamente excita la soberbia en nuestros corazones! ¿quién podrá introducirte en el del hombre?

Pero en segundo lugar. Si las inquietudes de la soberbia habian desterrado la paz de la tierra, no habian excitado menos turbaciones en ella los impuros deseos de la carne. El hombre, no acordándose de la excelencia de su naturaleza y de la santidad de su orígen, se entregaba sin escrúpulo, como las béstias, al ímpetu de este brutal instinto; siendo esta en su corazon la mas violenta y universal de sus inclinaciones, la tenia tambien por la mas inocente y legítima, y aun para autorizarla mas, formó de ella culto y se hizo dioses impuros, en cuyos templos este infame vicio era el solo respeto que honraba sus altares. Un filósofo, aunque por otra parte el mas sábio de entre

1 Joan. 21. v. 18.

los paganos, temiendo que el matrimonio sirviese de freno á esta deplorable pasion, quiso destruir este sagrado lazo, permitiendo una brutal confusion entre los hombres como entre los animales, y que el linaje humano solo se multiplicase á costa de maldades; cuanto mas universal era este vicio, tanto mas perdia de este nombre; y con todo eso, ¿qué diluvio de males no derramó sobre la tierra? ¿con qué furores no armó los pueblos contra los pueblos, los reyes contra los reyes, la sangre contra la sangre, los hermanos contra los hermanos? En todas partes introdujo la confusion y la rabia, é hizo temblar al universo; las ruinas de las ciudades, las reliquias de los imperios mas florecientes, los cetros y las coronas trastornadas, eran los públicos y lúgubres monumentos que levantaba cada siglo, para conservar, al parecer, á las futuras edades la memoria y la tradicion funesta de las calamidades con que este vicio habia continuamente afligido al género humano: él mismo era un fondo inagotable de confusiones y pesares para el hombre que se entregaba á él sin medida; prometia la paz y los placeres; pero siempre le seguian los celos, las sospechas, los furores, los excesos, los disgustos, las inconstancias y los tristes pesares: llegó á tanto exceso, que se vió autorizado con las leyes, con la religion y con el universal ejemplo, de modo que aun en aquellos siglos de oscuridad y corrupcion, solo el amor al sosiego pudo apartar de él á un cortó número de sábios.

Pero este motivo era muy débil para detener el impetuoso curso y apagar el fuego en los corazones de los hombres; habia necesidad de mas poderoso remedio, y este fué el nacimiento del Salvador, que vino á sacar á los hombres de aquel abismo de corrupcion para que quedasen puros y sin mancha, á desatarlos de aquellos vergonzosos lazos y á

darles la paz, restituyéndoles la libertad y la inocencia que les habia quitado la servidumbre y tiranía de este vicio. Nació de una madre Vírgen y la mas pura de todas las criaturas; con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo, y á la que aun su mismo pueblo miraba como oprobio. Además, uniéndose á nosotros se hizo nuestra cabeza, nos incorporó consigo mismo, nos hizo miembros de su místico cuerpo, de aquel cuerpo que recibe el influjo de sí mismo, de aquel cuerpo en el que son santos todos los miembros, que debe estar sentado á la diestra de Dios vivo y glorificarle por todos los siglos.

Ved, católicos, á qué grado de honor ensalzó Jesucristo nuestra carne en este misterio. Hízola templo de Dios, santuario del Espíritu Santo, parte de un cuerpo en que reside la plenitud de la Divinidad, el objeto de la complacencia y amor de su Padre. ¿Pero nosotros no profanamos aún este santo templo? ¿no hacemos aún servir á la ignominia los miembros de Jesucristo? ¿respetamos acaso nuestra carne despues que es una porcion santa de su cuerpo místico? ¿no ejerce aún esta pasion vergonzosa la misma tiranía sobre los cristianos, esto es, sobre los hijos de la santidad y de la libertad? ¿no turba aún la paz del universo, la tranquilidad de los imperios, el sosiego de las familias, el órden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, la inocencia de los comercios y la suerte de cada particular? ¿no ofrece aún todos los dias al mundo espectáculos trágicos? ¿respeta los mas sagrados vínculos ni los mas respetables caractéres? ¿hace caso de ninguna obligacion? ¿cuenta ni aun con los respetos? ¿no hace aun de la misma sociedad una confusion terrible, en la que la costumbre ha borrado todas las reglas? Vosotros los que me escuchais, decidme: ¿de dónde os han venido todas las desgracias y pesares de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vuestra vida? ¿no es de esta la deplorable pasion? ¿no es ella la que ha arruinado vuestra fortuna, la que ha introducido las inquietudes y divisiones aun en el recinto de vuestra casa, la que ha consumido el patrimonio de vuestros padres, la que ha deshonrado vuestro nombre, arruinado vuestra salud, y os ha hecho pasar una vida triste é ignominiosa en la tierra? ¿no es á lo menos la que actualmente despedaza vuestro corazon, cuya posesion tiene? ¿Qué es lo que pasa dentro de vosotros, sino una tumultuaria revolucion de temores, de deseos, de celos, de desconfianzas, de disgustos, de atrocidades, de despechos, de pesares y de furores? ¿habeis tenido un instante de paz despues que esta pasion manchó vuestra alma y se introdujo á turbar todo el reposo de vuestra vida? Haced que renazca Jesucristo en vuestro corazon, porque él solo puede ser vuestra verdadera paz; arrojad los espíritus impuros y estará pacífica la casa de vuestra alma. Haceos hijo de gracia, pues la inocencia es sola la raíz de la tranquilidad.

Finalmente, el nacimiento de Jesucristo reconcilia á los hombres con su Padre, une á los gentiles con los judíos, destruye todas las odiosas distinciones de griego y de bárbaro, de romano y deescita, apagó todas las enemistades y todos los rencores, de todos los pueblos hizo un solo pueblo, de todos los discípulos un corazon y una alma, último género de paz que vino á traer á los hombres. No estaban éstos unidos antes ni por el culto, ni por una comun esperanza, ni por la nueva alianza, que en un enemigo nos manifiesta un hermano; casi se miraban como criaturas de diferente especie; la diversidad de religiones, de costumbres, de países, de idiomas, de intereses, parece que habia diversificado entre ellos la misma naturaleza; apenas se conocian mútuamente por la figura de hombres, que era la

sola señal de union que aun les quedaba; exterminábanse como béstias feroces, ponian su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como ilustres monumentos de sus victorias; parece que se podia decir que todos descendian de diversas criaturas irreconciliables: ocupados siempre en destruirse, parece que no habian venido á la tierra mas que á vengar su querella y á terminar sus diferencias con la extincion universal de uno de los dos partidos. Todo dividia á los hombres; solamente los unian las pasiones é intereses, los que eran la única raiz de su division y discordia.

Pero Jesucristo fué nuestra paz, nuestra reconciliacion, la piedra angular que une y ata todo el edificio, la cabeza vivificadora que une todos sus miembros y hace de ellos un solo cuerpo; todo lo que nos une con él nos une entre nosotros; uno mismo es el espíritu que nos anima, la esperanza que nos sostiene, el pecho que nos cria, la cuna que nos junta y el pastor que nos guarda. Somos hijos de un mismo padre, herederos de unas mismas promesas, ciudadanos de la misma eterna ciudad y miembros de un mismo cuerpo.

Ahora bien, católicos, ¿tantos sagrados lazos han bastado para unirnos entre nosotros mismos? El cristianismo, que no debia ser mas que la union de los corazones, el lazo de los fieles entre sí y de Jesucristo con los fieles, que debia figurar en la tierra la paz del cielo; este cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras; la guerra y el furor parece han establecido entre los cristianos una eterna mansion; la religion, que debia unirlos, es la que los divide; el infiel, el enemigo de Jesucristo, los hijos del falso profeta que no vino á traer mas que la guerra y la carnicería entre los hombres, están en paz, y los hijos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la paz, los discípulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros: atrévome á decirlo en la presencia de un príncipe que mil veces ha preferido la paz á las victorias; los reyes se levantan contra los reyes, los pueblos contra los pueblos, los mares que los separan los reunen para que se destruyan; un vil monton de piedras excita su furor y su venganza, y las naciones enteras van á perecer y sepultarse debajo de sus murallas para disputar á quién han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos, ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo de batalla que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh divino reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos trajísteis, padece aún tantas guerras y calamidades en el universo!

Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une bajo de unas mismas leyes, no une los corazones ni los afectos; los rencores y los celos dividen á los ciudadanos del mismo modo que á las naciones, las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dejan á los hijos como una herencia de maldicion. Por mas que la autoridad del príncipe desarme el brazo, no desarma los corazones. Por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua. El rencor obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh católicos, vino Jesucristo en balde á la tierra! Vino á traernos la paz y dejárnosla como herencia suya, ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido desterradas de entre nosotros. Los rencores dividen aún la corte, la ciudad, las familias, y aquellos á quienes los puestos, los intereses del Estado, la cortesía ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse y levantarse los unos sobre las ruinas de los otros. La religion que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oida; la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos tan capaces de ablandar el corazon, dejan aún en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La equidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nuestro rencor y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos. Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unámonos, pues, con Jesucristo que nace, contemplemos el espíritu de este misterio, demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. *Amen.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMAM VERITATIS

SERMON

PARA EL DIA

DE LA CIRCUNSICION DE NUESTRO SEÑOR.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab angelo.
Llamóse Jesus, que fué el nombre que le dió el ángel.
Luc. 2. v. 21.

Un Dios que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y ésta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fe no acudiera prontamente á socorrerla, descubriéndola la profundidad de la sabiduría divina, oculta en la aparente locura del misterio de Dios-hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra santa religion, quiero decir, la divinidad de Jesucristo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del espíritu humano. Los hombres soberbios que no debian ocuparse sino en acciones de gracias por el inefable don que les hizo el Padre de las misericordias dándoles su

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

único Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las mas impías blasfemias. Están ciegos, pues no han visto que el nombre solo de Jesus que se le impuso en este dia, nombre que primero recibió en el cielo y que trae un ángel á la tierra á María y á José, es la incontrastable prueba de su divinidad. Este sagrado nombre le establece Salvador del humano linaje. Salvador, porque con la efusion de su sangre que es nuestro rescate, nos libra del pecado y de sus inseparables consecuencias, que son la tiranía del demonio y del infierno. Salvador, porque atrayendo sobre su cabeza el castigo debido á nuestra prevaricaciones, nos reconcilia con Dios y nos abre de nuevo la puerta del eterno santuario que estaba cerrada por el pecado. Pero, católicos, si el hijo de María fuera puro hombre, ¿de qué precio pudiera ser á los ojos de Dios la oblacion de su sangre? Si Jesucristo no fuera Dios, ¿cómo habia de ser aceptada su mediacion, cuando él mismo tendria necesidad de mediador para reconciliarse con Dios?

Esta prueba, que no hago mas que apuntar aquí, y otras muchas que me ofrece la religion, cerrarian prontamente la boca del impío y confundirian su impiedad si yo pensara en dilatarme en ellas; pero no permita Dios que yo venga al templo santo, en donde están levantados altares á nuestro divino Salvador y en donde se juntan sus adoradores, á disputar como si hablara entre sus enemigos, y hacer la apología del misterio de Dios-hombre á vista de un pueblo fiel, y de un príncipe cuyo mas glorioso título es el de cristianísimo. El consagrar hoy este discurso á la divinidad y gloria eterna del Hijo de Dios, no es por confundir á los impíos, sino solamente por consolar nuestra fe, refiriendo las maravillas de su autor y consumador, y por animar vuestra piedad, exponiendo la gloria y la divinidad del Mediador, que es el objeto y la mas suave esperanza; es tambien muy conveniente renovar de tiempo en tiempo estas verdades en el espíritu de los grandes y de los príncipes del pueblo, para fortalecerlos contra los discursos de la incredulidad, de los que suelen estar muy rodeados, y levantar algunas veces el velo que cubre el santuario, para exponer á su vista estas ocultas bellezas que la religion no propone mas que á su veneracion y respetos.

La divinidad, pues, del Mediador no se puede probar sino por su ministerio, los títulos no se pueden manifestar sino en sus funciones, y para saber si bajó del cielo y si es igual al Todopoderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino, católicos, á formar un pueblo santo y fiel, un pueblo fiel que cautive su razon bajo el sagrado yugo de la fe; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo y que ya no dependa de la carne, para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

El resplandor de su ministerio es el mas sólido fundamento de nuestra fe, y el espíritu de su ministerio la regla única de nuestras costumbres. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, seria el resplandor de su ministerio para nosotros una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; el espíritu de su ministerio seria el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor ó el espíritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su Divinidad.

¡Oh Jesus, único Señor de todos! Recibid este público homenaje de nuestra confesion y de nuestra fe; mientras que la impiedad blasfema en secreto y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de los altares, y formad en vues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro corazon, no solamente aquella fe que os confiesa y que os adora, sino tambien la que os sigue y os imita.

PRIMERA PARTE.

Se manifiesta Dios á los hombres para enseñarles lo que es y lo que los hombres le deben, y la religion propiamente no es mas que una luz divina con que Dios se descubre al hombre y que arregla las obligaciones del hombre para con Dios. Ya sea que el Altísimo se manifieste á sí mismo en la tierra, ó ya que llene de su espíritu á unos hombres extraordinarios, el fin de todos estos pasos no puede ser otro que el conocimiento y santificacion de su nombre en el universo, y el establecimiento de un culto en que se dé á Dios solo lo que solo á él se le debe.

Si nuestro Señor Jesucristo, venido al mundo en la plenitud de los tiempos, no fuera mas que un hombre justo é inocente, escogido solo para ser enviado de Dios á la tierra, hubiera sido el fin principal de su ministerio hacer al mundo idólatra y quitar á la Divinidad la gloria que le es debida, para atribuírsela á sí mismo.

Y á la verdad, católicos, ya sea que consideremos el resplandor de su ministerio en el aparato pomposo de oráculos y figuras que le precedieron, ya en las circunstancias maravillosas que lo acompañaron, ya finalmente en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesucristo no fuera mas que un hombre como nosotros, Dios que le envió á la tierra revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado, y seria culpable de la idolatría de los que le adoran.

El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo, es el haber sido anunciado y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adan, cuando desde lejos se le manifiesta el reparador necesario en la tierra para remediar su caida: en los siglos siguientes parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los patriarcas, es para confirmarlos en la fe de esta esperanza; si inspira á los profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de lejos, la historia del que ha de venir: todos los sucesos que acaecen en la tierra parece que conducen á este gran suceso; los imperios y los reinos no caen ni se levantan sino para disponerle los caminos; los cielos no se abren sino para prometerle, y toda la naturaleza, como dice San Pablo, parece que está impaciente por parir al Justo que tiene en su seno, y que ha de venir á libertarla de la maldicion en que habia caido: *Omnis creatura ingemiscit, et parturit.*[1]

Hacer, pues, católicos, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle desde lo alto del cielo y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religion y de culto; y si Jesucristo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la supersticion de los pueblos si hubiera sido una pura criatura; pero nada es respecto de Jesucristo el haber sido anunciado, todas las demás circunstancias en que se halló son aun mas maravillosas y mas admirables que las mismas predicciones. A la verdad, católicos, que Ciro y San Juan Bautista fueron anunciados mucho tiempo antes de nacer en las profecías de

1 Rom. 8. v. 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Isaías y de Malachías; éstas fueron unas puras predicciones sin consecuencias, sin aparato y que se hallan en un solo profeta; unas predicciones que solo anuncian sucesos particulares y en que no podia padecer engaño la religion de los pueblos: Ciro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalen, el Bautista para preparar los caminos al que habia de venir, uno y otro para confirmar con el cumplimiento de estas particulares profecías la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesucristo.

Pero aquí tenemos, católicos, un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los justos y señalado de lejos en todas las edades: los patriarcas mueren deseando verle, los justos viven con esta esperanza; los padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica que se perpetúa de siglo en siglo: aun los mismos profetas de los gentiles ven brillar desde lejos la estrella de Jacob, y hasta en los oráculos de los ídolos se anuncia este gran suceso: este no es un suceso particular, sino un suceso que ha de servir de remedio al mundo condenado; es el legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios, y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡qué lazo seria para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran mas que una pura criatura, y particularmente en tiempos en que la credulidad de los pueblos ponia con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte, católicos, cuando el Bautista se manifiesta en las riberas del Jordan, temiendo al parecer que el solo oráculo que le habia anunciado no fuese ocasion de idolatría á su pueblo á quien la fama de su santidad hacia que le siguiese, no hace milagro alguno; no cesa de decir, yo no soy el que esperais; parece que solo atiende á precaver los honores supersticiosos: al contrario, Jesucristo, á quien cuatro mil años antes las figuras, las profecías, las promesas habian anunciado á la tierra con tanta magnificencia; Jesucristo, lejos de precaver la supersticion de los pueblos respecto de sí, viene con gran virtud y poder, hace obras y maravillas que hasta entonces nadie habia hecho, y no solo se levanta sobre el Bautista, sino que dice ser igual al mismo Dios; ¿dónde estaria su celo de la gloria de aquel que le envia y su amor á los hombres, si en esto pudiera haber engaño y si fuera idolatría el tributarle honores divinos?

Además, católicos, cuantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los justos de la ley y de la edad de los patriarcas, no fueron mas que unas imperfectas imágenes de Cristo, y aun cada uno de ellos no representaba mas que algun pasaje singular de su vida y ministerio; Melchisedech su sacerdocio, Abraham su cualidad de cabeza y padre de los creyentes, Isaac su sacrificio, Job sus persecuciones, Moisés su oficio de mediador, Josué su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido; todos estos hombres tan venerables y milagrosos no eran mas que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso que fuese muy grande este Mesías, cuando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron; pero si quitais á Jesucristo la divinidad y su eterno orígen, en nada excede la verdad á la figura. Bien

sé, como diré despues, que el resplandor de sus maravillas, mirado de cerca, está señalado con unos caractéres divinos que no se hallan en la vida de estos grandes hombres; pero si se juzgara solo con los ojos corporales, no seria el paralelo favorable á Jesucristo. ¿Es acaso mayor que Abraham? Aquel hombre tan grande, que el mismo Dios entre sus nombres mas magníficos tomó el de Dios de Abraham, como para dar á entender á la tierra que los respetos de un hombre tan justo y tan extraordinario, eran mas gloriosos á su soberanía que el título de Dios de los imperios y de las naciones; tan grande, que los judíos creian ser mejores que los demás pueblos del mundo solo por ser descendientes de un padre tan famoso y querido del cielo; que los padres, refiriendo á sus hijos las maravillas de su nacion y la historia de sus mayores, los animaban á la virtud solo con decirles que eran hijos de Abraham y parte de una estirpe santa. ¿Es acaso mas maravilloso que Moisés? Aquel hombre poderoso en obras y en palabras, medianero de una alianza santa, que libertó á su pueblo y sacudió el yugo de Egipto; aquel que fué declarado Dios de Faraon, que parecia dueño de la naturaleza, que cubrió la tierra de plagas, que separó los mares é hizo llover del cielo un nuevo sustento, aquel hombre que vió al Señor cara á cara en el monte santo y que se dejó ver en presencia del pueblo de Israel lleno de resplandores. ¿Hay acaso en toda la vida de Jesucristo cosa tan extraordinaria ni tan grande? Con todo eso, todas estas maravillas no eran mas que unos toscos rasgos de su gloria y de su poder. El era quien debia perfeccionarlas y darlas la última mano; si Jesucristo, pues, no fuera imágen de la sustancia de su Padre y el resplandor eterno de su gloria, cuando mas deberia igualarse á estos primeros hombres, y podria la incredulidad de los judíos preguntarle sin blasfemar: ¿sois acaso mas que nuestro padre Abraham y que los profetas, los que con ser tan grandes murieron? *¿Numquid tu major es patre nostro Abraham?*[1] Con razon, pues, digo que si considerais su ministerio primeramente por el magnífico aparato de oráculos y figuras que le anunciaron, es tal su resplandor, que si Jesucristo no fuera mas que un hombre como nosotros, la misma sabiduría de Dios seria culpable del error de los que le adoran.

Pero, católicos, Cristo fué anunciado con sus miembros; nosotros estamos incluidos en las profecías que le anunciaron en la tierra; nosotros hemos sido prometidos como una descendencia santa, un pueblo espiritual que habia de tener grabada la ley en el corazon y que solamente habia de suspirar por los bienes eternos y adorar en espíritu y verdad; nosotros hemos sido, como Jesucristo, la esperanza de los justos del tiempo antiguo, el deseo de las naciones; nosotros somos esta nueva Jerusalen pura y sin mancha, tantas veces anunciada por los profetas, en la que solo Dios habia de ser conocido y adorado, en la que la fe habia de ser la sola luz que nos alumbra, la caridad el solo lazo que nos une, la esperanza de la patria el solo deseo que nos anima. ¿Llenamos, pues, esta esperanza tan ilustre y santa? ¿somos acaso dignos de haber sido el objeto deseado de todos los pasados siglos que nos precedieron? ¿Merecemos haber sido esperados como hombres celestiales que debian llenar la tierra de santidad y justicia? ¿no se engañaron los siglos esperando al pueblo cristiano? Si los justos de los pasados tiempos volvieran á la tierra, ¿podriamos manifestarnos á ellos y decirlos: Ved aquí los

[1] Joan. 8. v. 53.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres celestiales, espirituales, castos, fieles, caritativos que esperábais? ¡Ah, católicos! los antiguos justos fueron cristianos antes del nacimiento de la fe, y nosotros somos judíos aun despues de haber recibido el Evangelio; vivimos solamente para la tierra, no conocemos mas bienes verdaderos que los presentes, toda nuestra religion está en los sentidos; hemos recibido mas ausilios, pero no por eso somos mas fieles.

Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo se debe añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo carácter resplandeciente de su ministerio. Sí, católicos, aun cuando el cielo no le hubiera prometido á la tierra con tanta magnificencia, aun cuando no hubiera sido, como fué en las primeras edades, la sola ocupacion y esperanza del universo, ¿cómo se manifiesta en la tierra? ¿vióse acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras y en todas las circunstancias de su vida?

Digo primeramente en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder. Moisés, tanto en Egipto como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra; en los siglos siguientes, Elías vino á presentarse á los hombres con el mismo poder; pero si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aun en su mismo poder tenian impresos los caractéres de flaqueza y dependencia.

Moisés no obraba sus maravillas sino con la vara misteriosa; sin ella era un hombre flaco y sin poder, y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel árido leño, como para dar á entender á los israelitas que el mismo Moisés no era entre sus manos mas que un

instrumento frágil de quien queria servirse para obrar maravillas: Jesucristo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moisés no comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros, porque en él era un don extraño que habia recibido del cielo y del que no podia disponer; Jesucristo deja á los suyos un poder aun mayor del que él mismo habia manifestado: Moisés obra siempre en el nombre del Señor; Jesucristo lo obra todo en su propio nombre y sus obras son las obras de su Padre: no obstante, aquel Moisés que no habia sido anunciado como Jesucristo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel; aquel Moisés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro; se retira al monte para morir donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro, y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las tribus; ni aun á sus discípulos se manifiesta despues de su muerte; conténtase con dejarles la ley de Dios y hace los posibles esfuerzos para que le olviden; y Jesucristo, despues de todos los prodigios que obró en Judea, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discípulos: ¿era por ventura menos temible en este caso la supersticion? ¿ó era acaso Jesucristo menos celoso que Moisés de la gloria del Soberano Ser y de la salud de los hombres?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es verdad que Elías resucita muertos; pero tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita: sopla, se encoge, se agita, de donde se infiere que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida; Jesucristo resucita los muertos como si hiciera cualquiera accion comun de la vida; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente da á conocer que es el Dios de los muertos como el de los vivos, y nunca mas tranquilo que cuando obra las mayores maravillas.

Finalmente, los poetas nos representan á sus sibilas y sacerdotisas como furiosas cuando pronosticaban lo futuro; darece que no podian sufrir la presencia del espíritu impostor que en ellas habitaba; aun nuestros profetas cuando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseidos de un entusiasmo divino; muchas veces era preciso despertar en ellos el espíritu profético con el sonido de una lira. Bien se dejaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres, no los sacaban de su propio caudal; pero Jesucristo profetiza del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, no le turba ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos: los misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes y cuyas imágenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprenden bajo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbra; por eso ni la resurreccion de los muertos ni la prediccion de lo futuro no turban su ordinaria tranquilidad; parece que está jugando cuando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez da á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado y de la obstinacion de su pueblo, porque cuanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado, y la sola cosa que el hombre-Dios puede ver con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

Esta es la omnipotencia de Jesucristo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya, y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun profeta hasta Jesucristo que haya hablado de este modo? ¿y que en vez de dar á Dios la gloria, como al Autor de todo don excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

Pero, católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesucristo, somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El cristiano por la fe es dueño de la naturaleza; todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios. Todas sus obras, en algun sentido, deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino, y exceder las fuerzas de la humana flaqueza. Debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos y dueños del mundo, despreciándole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujándolas; árbitros de los sucesos, sujetándonos á ellos, y aun mas fuertes que la muerte deseándola. Este es el sublime estado del cristiano. Es preciso, pues, que Jesucristo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio, son las maravillosas y hasta entonces inauditas circunstancias que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de oscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su divinidad.

Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado por la operacion invisible del Altísimo en el seno de una Vírgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adan. ¡Qué gloria esta, aun cuando no tuviera otra, para una pura criatura!

En segundo lugar: apenas nació, cuando las celestiales legiones hacen resonar los aires con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento glorifica al Altísimo y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altísimo y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por esta misma luz, vienen estos hombres justos desde las extremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los judíos.

Examinad todas las circunstancias de su vida; si María le presenta en el templo, un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza, y trasportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Los doctores juntos en el templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada que toda la sabiduría de los ancianos: segun va creciendo, se va manifestando su gloria. El Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia y se tiene por indigno de servirle aun en los mas viles ministerios. El cielo se abre muchas veces sobre su cabeza y declara que aquel es el hijo amado. Los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad, y confiesan que es el santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas. ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra con tanto resplandor? ¿no tienen buena excusa los pueblos que le adoran?

Pero estos no son mas que unos débiles preludios de su gloria. Si se retira al Tabor, acompañado de tres discípulos solos, su gloria, impaciente, si es lícito decirlo así, de haber estado hasta entonces como cautiva bajo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; déjase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial, temiendo entonces que la gloria de Jesucristo fuese ocasion de error y de idolatría á los discípulos admirados y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarlos que este Jesus á quien veian tan glorioso, no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, los declara que es su Hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Cuando Moisés se manifestó cercado de gloria y como trasfigurado en la montaña de Sinaí, temiendo que los israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios bajado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adorareis mas que á mí solo.*[1] El mismo Moisés se presenta al pueblo llevando en las manos las tablas de la ley, como para darle á entender que aun en medio de la gloria de que le veian adornado,

1 Exod. 3. Deutor. 6.

no era mas que un ministro y no autor de la ley santa; que á él solo le tocaba presentarla grabada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones; pero Jesucristo se manifiesta en el Tabor como legislador: el Padre Eterno no le da una nueva ley para que la traiga á los hombres; solamente los manda que le oigan, y se le presenta como legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué más puedo decir, católicos? Si desde el Tabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria y á su divinidad. Toda la naturaleza desordenada le reconoce allí como á su Autor; los astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del templo que se rasga y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

Muchos justos habian muerto antes de él á manos de los impíos. El palacio de Herodes acababa de ver la cabeza del Bautista hecha premio de la sensualidad: Isaías glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los reyes de quienes descendia, no pudo su augusta ascendencia libertarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del celo. Otros muchos murieron por la justicia; pero no parecia que la naturaleza toda entera se interesase en sus trabajos. Los muertos no salian de sus sepulcros como para reprender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aún en la tierra.

Recorred los demás misterios de su vida, en todos hallareis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres.

Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto), es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

Si sube al cielo no es en un carro de fuego que le arrebata de un golpe; él mismo se eleva con majestad: deja á sus amados discípulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista y para que rindan las debidas adoraciones á su divino Maestro. Los ángeles se presentan delante de este Rey de la gloria como para recibirle en su imperio, y consuelan á los afligidos discípulos prometiéndoles que volverá á la tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve al lugar de donde habia salido y que va á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

Cuando Elías fué arrebatado en el carro de fuego, no tuve por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discípulo; sucede ésta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los profetas, los que acaso mas crédulos y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesucristo sube al cielo rodeado de gloria á vista de quinientos discípulos; los mas débiles y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fe de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario, se les sufren sus adoraciones, como sus pesares y lágrimas, y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por último con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que únicamente bastaria para hacerle mirar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como á un Dios y para eternizar el error y la idolatría entre los hombres.

Es cierto, católicos, que si los siglos paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus legisladores, á los fundadores de los imperios y á otros hombres célebres, hacian decir á sus historiadores y poetas, que estos héroes no habian muerto, que solo habian desaparecido de la tierra, que siendo de naturaleza de dioses, habian subido al firmamento para ocupar en él su lugar con los demás astros (que segun ellos eran otras tantas divinidades que nos alumbran) y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres idólatras por tanto tiempo, ¿qué impresion no debia hacer en los pueblos la verdad de este hecho? Y si el universo habia adorado á unos impostores que publicaban falsedades, ¿no hubiera tenido excusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los astros, cercado de gloria?

Pero advertid, católicos, que la accion de error no acabaria con Jesucristo; se nos anuncia tambien que parecerá al fin de los siglos en medio de los aires, rodeado de poder y majestad y acompañado de todos los espíritus celestiales; que todas las naciones juntas y temblando esperarán á sus piés la decision de su eterno destino; que pronunciará como Soberano su decisiva sentencia, que los Abrahanes, los Moisés, los Davides, los Elías, los Bautistas, cuanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio; que él solo se levantará sobre todo poder y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altísimo; que no solo parecerá dueño de la vida y de la muerte, sino Rey inmortal de los siglos, príncipe de la eternidad, jefe de un pueblo santo y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? ¿Los muertos que se presentarán en su juicio, podrán ser condenados por haberle adorado, habiéndole visto revestido de tanta gloria, majestad y poder?

Para finalizar esta primera parte de mi discurso, os pido que hagais una reflexion, y es: que si en Jesucristo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que algun rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fué arrebatado Enoch; Moisés se trasfiguró en el monte santo, Elías subió al cielo sobre un carro de fuego, el Bautista fué anunciado; pero además de que estas eran circunstancias únicas y que el lenguaje de estos hombres milagrosos y de sus discípulos, hablando de la Divinidad y de sí mismos, no dejaba lugar á la supersticion ni al engaño; en Cristo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres; en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios que fueron mirados casi como dioses en la tierra, y aun de un modo mas glorioso y divino; profetiza, pero con mas majestad y con caractéres mas resplandecientes que el Bautista; se manifiesta trasfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moisés; sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de majestad que Elías; ve lo futuro, pero con mas claridad que todos los profetas; nace no solo de un vientre estéril como Samuel, sino tambien de una vírgen pura é inocente. ¿Pues qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes claras y precisas acerca de su orígen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altísimo, la sola doctrina de sus discípulos, que nos dicen que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fué hecho por él; que le llamaban su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran aun cuando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

¡Oh vosotros los que le negais su gloria y su divinidad, y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres! acabad la blasfemia y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues lejos de establecer en él la gloria de Dios y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á divinidad, de hacerle colocar malamente al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

Nosotros, católicos, los que creemos en él y á quienes ha sido revelado el misterio de Cristo, no perdamos de vista este modelo divino que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo; consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal; estos son los diferentes estados de la vida del cristiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo imperio que vino á formarse Jesucristo sobre nuestros corazones; el mundo á quien hasta aquí hemos servido no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias; buscábamos en él la libertad, la paz, la dulzura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura y la desgracia de nuestros dias. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, perono nos da la paz como la promete el mundo. El mundo ha-

bia querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleites de los sentidos, por la indolencia y por una vana filosofía; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesucristo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz y á la felicidad que buscamos; el despego, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos y la abnegacion de nosotros mismos, son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues; no tenemos mas felicidad que esperar aún en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones y prohibirnos los violentos deleites que turban y corrompen el corazon; solamente la filosofía del Evangelio forma sábios y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyéndole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que vanidad y afliccion de espíritu. Y solo Jesucristo viniendo á traer la espada y la separacion, vino á traer la paz á los hombras.

¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y los deleites no hacen felices á los hombres; venid, pues, á recobrar un corazon que ha huido en vano de vos y que á pesar suyo sus propios disgustos os le traen; venid á ser su salvador, su paz y su luz, y mirad mas sus desgracias que sus delitos.

Ved aquí, señores, cómo el ministerio de Jesucristo seria para los hombres una inevitable ocasion de idolatría, si no fuera mas que una simple criatura; veamos ahora cómo el espíritu de su ministerio seria el lazo de nuestra inocencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE.

El resplandor del ministerio de Jesucristo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla. Por grande que nos haya parecido por los oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo y por las admirables circunstancias de sus misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza, y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y sus promesas. Descubramos, pues, todo lo que en sí encierra, hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesucristo su cualidad de hombre justo y de enviado de Dios Todopoderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar que es un Dios encarnado, que bajó á la tierra para salvar á los hombres.

Esta, católicos, es una alternativa inevitable. Si Jesucristo es santo, es Dios, y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio de la misma eterna verdad que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su nacimiento divino están obligados á confesar que fué un hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia y á confundirle con los impostores, éstos solo han sido algunos mónstruos de quienes ha tenido horror el humano linaje, y cuyo nombre, odioso aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde había salido el horror de su impiedad.

A la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caractéres de inocencia y de santidad, que Jesucristo hijo de Dios vivo? ¿en qué filósofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para con la gloria humana, tanto celo de la gloria del Ser Supremo, y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¡Qué celo por la salud de los hombres! Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los filósofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerlos conocer su flaco ó su ridiculez; Jesucristo no habla de sus vicios sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesucristo es el médico: los unos se preciaban de notar en sus prójimos vicios de que ellos no estaban exentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exime su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desórdenes de una ciudad infiel: bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar despreciándolos, y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un justo mas universalmente exento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad; cuanto mas se le observa mas se descubre su santidad. Sus discípulos, que le veian mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida, y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heróica virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo, no responde sino cuando sus respuestas pueden ser útiles á la salud de los que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le preguntan, no se ven en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre; en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y grandeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino cuando come en casa del Fariseo que cuando resucita á Lázaro. Cierto, católicos, que sola la naturaleza no podria llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un filósofo que da preceptos; es un justo que con su propio ejemplo da las reglas y preceptos de su doctrina. Es preciso, pues, que sea santo, pues aun el mismo discípulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia y á su santidad con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no pudo reprenderle de pecado alguno.

Digo, pues, católicos, que si Jesucristo es santo, tambien es Dios, y que si considerais la doctrina que nos enseñó, tanto en órden á su Padre como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta doctrina no seria mas que un conjunto de equívocos malignos ó de ocultas blasfemias.

Dije, si considerais la doctrina que nos enseñó en órden á su Padre: porque á la verdad, si Jesucristo no fuera mas que un simple enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones idólatras la unidad de la divina esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los judíos, los que habia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente no tenian necesidad de que Dios les enviase un profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un

profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel y libertador de su pueblo; además de esto, ¿cómo cumple Jesucristo con su ministerio, y en qué estilo habla del Ser Supremo? Moisés y los profetas, encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno, que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas, y que ellos no eran mas que sus siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas. no se les oia expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision. En ningun modo se comparaban con el Ser Supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre, y á fabricarse dioses palpables y visibles. No se valian de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor en cuyo nombre hablaban, y dar lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

Pero si Jesucristo no fuera mas que un enviado, como ellos, seria necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes que Abraham y que todas las cosas; que el Padre y él no eran mas que uno; que la vida consistia tanto en conocer al Hijo como en conocer al Padre; que cuanto hace el Padre lo hace tambien el Hijo: buscadme un profeta hasta Jesucristo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito y de tan poco respeto para el Dios Supremo, y que en vez de dar á Dios la gloria como autor de todo don excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se compara al Dios Soberano; es verdad que una vez dijo que el Padre era mayor que él; ¿pero qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios encarnado? ¿no tendriamos por insensato á un hombre que con seriedad nos dijese que el Ser Supremo es mayor que él? ¿no es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay por ventura alguna proporcion de mas y menos entre Dios y el hombre, entre el todo y la nada? ¿Pero qué digo? Jesucristo no se contenta con decir que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los judíos que se escandalizan; lejos de desengañarlos con claridad los confirma en el escándalo; en todas partes usa de un lenguaje ó impío ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara y justificara: si no es un Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á encandalizar á los judíos dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones haciéndose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz y el conocimiento de Dios, como él mismo decia, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras cuando los tienen por dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: Adorad al Señor, cuyos enviados y ministros somos: el ángel del Apocalipsi cuando San Juan quiere postrarse en tierra para adorarle, rehusa con horror este respeto, y le dice: *Adora solo á Dios.*[1] ¡Y Jesucristo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! ¡y Jesucristo alaba la fe de los discípulos que le adoran, y que con Tomás le llaman *su Señor y su Dios!*[2] ¡Y Jesucristo confunde á sus enemigos que le disputan su divinidad y su eterno orígen! ¿Es acaso menos celoso que sus discípulos de la gloria del que le envia? ¿ó le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Ser Supremo y que aniquilaria el único fruto de su ministerio?

1 Apoc. 19. v. 10.
2 Joan. 20. v. 28.

A la verdad, católicos, ¿qué bien hubiera traido al mundo Jesucristo si los que le adoran fueran idólatras y profanos? Todos cuantos han creido en él le han adorado como á Hijo Eterno del Padre, imágen de su sustancia y esplendor de su gloria; no se halla en el cristianismo mas que un corto número de hombres que teniéndole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta secta, desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos sectarios desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impía luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas y en las extremidades de las provincias y reinos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones que Jesucristo vino á formar en la tierra? ¿Es esta aquella Jerusalen celestial, antes estéril y ya fecunda, que debia encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y adonde desde las islas remotas los príncipes y reyes habian de venir á adorar? ¿Son estas las grandes utilidades que debia sacar el mundo del ministerio de Jesucristo? ¿es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reino espiritual y perpetuo, anunciado por los profetas con tanta majestad y que debia acompañar la venida del Salvador? ¿Qué os parece, católicos? ¿habia de reducirse una esperanza tan magnífica á ver al mundo en una

nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los justos, manifestado desde lejos á todo el universo como su único remedio, ¿habia de corromperle y pervertirle para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los reyes y los césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no habia de comprender en su extension mas que un corto número de hombres odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿habia de limitarse á formar la bárbara secta del impío Socino?

¡Oh Dios! ¡qué sábia y razonable parece la fe de vuestra Iglesia cuando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! ¡Y qué consuelo es para los que creen en Jesucristo y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia cuando intenta abrirse nuevos caminos y arruinar el único fundamento de la fe y de la esperanza de los cristianos!

Ved, católicos, cómo la doctrina de Jesucristo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno orígen. Por eso cuando hablan los profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas; llenos de la inmensidad, de la omnipotencia y de la majestad del Ser Supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano para que corresponda á lo sublime de estas imágenes; este Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano, quien pesa los montes en su peso, quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades, quien como jugando sostiene el universo. ¿Unos puros hombres habian de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad

del Ser Supremo y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle, y los mas elevados términos nunca lo son bastante para su admiracion y pasmo.

Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los profetas; le llama Padre santo, Padre justo, Padre clemente, pastor que corre tras la oveja descarriada y que con gran bondad la echa sobre sus hombros; amigo que se deja vencer de las importunidades de su amigo; padre de familias alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un hijo que habla con un lenguaje doméstico, que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime que le hace familiar la idea del Ser Supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con la majestad de su gloria, y finalmente, que no habla sino de lo que ve claramente y de lo que él mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion, los hijos de los reyes hablan simplemente de los cetros y coronas, y solamente el Hijo eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

Supuesto, pues, católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesucristo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos y amarle mas que temerle. Pero con todo eso, nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos, nos mueven poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable para nosotros su ley, tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiriamos si sus trasgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos, disputas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador no le conocieramos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

Pero no confirma nada menos la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su nacimiento divino. No hablo aquí de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de la razon y de la mas sana filosofía, todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas perecederas y amor á los bienes eternos; todo mantiene el buen órden y tranquilidad de los Estados; todo es grande porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas. El sábio del Evangelio no se propone otra recompensa de su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres; es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fe y es el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina filosofía las mas heróicas acciones son nada cuando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion comó precipicio, las aflicciones como favores, la tierra como destierro y todo lo que pasa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿qué hombre habló de este modo antes de Jesucristo? Y sus discípulos solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por dioses bajados á la tierra: ¿qué culto se podrá negar á su autor, en cuyo nombre lo anunciaban?

Pero dejemos estas reflexiones generales y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependéncia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él y que en él busquemos nuestra felicidad como en su Padre; que ordenemos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aun los pecados no se perdonan sino á los que le aman mucho, y el amor que se le tiene es toda la justificacion del justo y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿merece acaso la criatura ser amada por sí misma? ¿cuanto hay grande y digno de amor, no es don del que solo merece ser amado?

¿Qué profeta hasta Jesucristo vino á decir á los hombres: me amareis, cuanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amareis á vuestro Dios y Señor, dijo Moisés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo sino lo que puede hacernos felices; ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra perfeccion, ninguna criatura, pues, merece por sí misma que la amemos; esto seria idolatría: cualquiera hombre que se proponga á los demás hombres como objeto de su amor, es un impío y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Sér Supremo; es un mónstruo de soberbia y extravagancia que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el único santuario que jamás cedió la Divinidad á los ídolos profanos. La doctrina de Jesucristo, esta doctrina tan divina y tan admirada, aun de los paganos, no seria mas que una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia y de locura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si no siendo él el Dios bendito en todos los siglos, hubiese intimado á sus discípulos en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y seria en él una ostentacion insensata el proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues extenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos soberbios filósofos que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

Pero aun mas; no solo quiere Jesucristo que se le ame, sino que pide á los hombres las señales del mas heróico y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los prójimos, que á los amigos, que á las riquezas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo entero y que á sí mismo; quiere que se padezca todo por él, que todo se desprecie por él, que por él se derrame hasta la última gota de sangre: el que no le tributa estos grandes respetos no es digno de él; el que le compara con una criatura ó consigo mismo, le ultraja, le deshonra y no debe aspirar á ninguna de sus promesas.

¿Qué os parece, católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los ídolos, y aun como parece se contentaba el Dios verdadero; aun quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio para la gloria de su nombre; pero si no es dueño de nuestra vida, ¿qué derecho tiene á pedírnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿es por ventura ganarla el perderla por su amor? Si no fuera el autor de nuestro ser, ¿no seriamos sacrílegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura y á un simple enviado de Dios, el grande sacrificio de nuestro ser, destinado solo á reconocer la soberanía y poder del eterno Artífice que nos sacó de la nada? Muera Jesucristo en hora buena para glorificar á Dios, exhórtenos á que sigamos su ejemplo; muchos profetas murieron antes que él por la causa del Señor y exhortaron á sus discípulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesucristo, si no es Dios, nos mande morir por él, que pida á los hombres esta última señal de amor, que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberiamos, ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos que se hubiesen dejado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿seria posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus, y prevalecer contra toda cuanta ciencia, doctrina y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvajes que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discípulos de Jesucristo que se han sacrificado por él? ¿No seria su religion una religion bárbara y sanguinolenta?

Sí, católicos, las Lucías, las Ineses, las Aguedas, aquellas primeras mártires de la fe y del pudor, ¿se habian de haber sacrificado por un hombre mortal, y queriendo mas derramar su sangre que doblar la rodilla delante de los vanos ídolos, no habrian hecho mas que huir de la idolatría, para caer en otra mas reprensible muriendo por Jesucristo? Ignacio, aquel famoso mártir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser trigo de Jesucristo, ¿habia de haber perdido todo el fruto de sus tormentos y merecido desde entonces ser depedazado por leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? ¿Los generosos confesores de la fe no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

satos? ¿la tradicion de los mártires no habia de ser mas que una escena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los tíranos y perseguidores los defensores de la justicia y de la Divinidad, y el cristianismo una secta sacrílega y profana? ¿habia de haberse engañado el género humano? ¿y la sangre de los mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿pueden los oidos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí mismo para confundirla?

Estas son, católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesucristo, sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida, y en una palabra, cuanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su divinidad, esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo cuanto por él despreciamos, y darnos mas que dejamos, dándosenos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el apóstol San Juan, confiesa que Jesucristo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesucristo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesucristo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de la muerte eterna: de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos, les abrió el cielo, les aseguró la posesion del reino de Dios y de los bienes eternos, y los trajo la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aún sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aún

en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicándonos continuamente el precio de su sangre; forma pastores que nos instruyan, inspira profetas que nos enseñen, santifica á los justos para que nos animen con su ejemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias, no hay pasion en el hombre que no cure su gracia, no hay afliccion que no haga amable, no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿un hombre solo pudiera ser orígen de tantas gracias para los demás hombres? ¿El Dios Soberano, tan celoso de su gloria, pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan útil y tan necesario á los demás hombres llegase por último á ser su ídolo? ¿que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de Dios, llegase muy presto á tomar lugar en nuestros corazones?

Porque advertid, católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos dioses; los hombres olvidando al Autor de su ser y del universo, adoraron primero al aire que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al sol que los alumbraba, á la luna que presidia á la noche; estos eran su Cibeles, su Apolo, su Diana; adoraban á los conquistadores que los habian libertado de sus enemigos, á los príncipes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos é inmortalizado la memoria de su reinado. Júpiter y Hércules fueron colocados en el número de los dioses, el uno por sus muchas victorias, el otro por la felicidad y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tranquilidad de su reinado. Los hombres en los siglos de la supersticion y credulidad, no conocian mas dioses que aquellos que los hacian bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

Esto supuesto, católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesucristo? Acordaos de cuanto nos refieren los siglos paganos en la historia de sus dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los libros santos que el mundo debe á Jesucristo: creian ser deudores, á unos de la serenidad del aire y de una feliz navegacion, á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas, á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos, y de la salud á su Esculapio. ¿Pero qué son estos cortos beneficios comparados con los que Jesucristo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia y la verdad; hizo un mundo nuevo y una tierra nueva; llenó de bienes no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos y á todo el mundo; además de esto, por ser nuestro bienhechor se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? Si el agradecimiento, pues, hizo los dioses, ¿podian faltar adoraciones á Jesucristo entre los hombres? ¿seria conveniente el que le debiésemos tanto, si pudiera caber exceso en el amor y agradecimiento?

Aun mas; católicos: cuando murió hubiera advertido á sus discípulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios, que él solo habia sido el instrumento y no el autor ni la raiz de todas estas gracias, y que así debian olvidarle y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acaba Jesucristo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discípulos le olviden y dejen de esperar en él despues de su muerte, sino

que al mismo tiempo de dejarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

A la verdad, las promesas que les hizo en este último momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les habia concedido durante su vida; primeramente les promete el espíritu consolador, á quien llama espíritu de su Padre; este es el espíritu de verdad á quien no puede resistir el mundo, el espíritu de fortaleza que habia de formar los mártires, el espíritu de inteligencia que habia de alumbrar á los profetas, el espíritu de sabiduría que habia de conducir á los pastores, el espíritu de paz y caridad que de todos los fieles habia de hacer no mas que un solo corazon y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesucristo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio y prometerle á los hombres, si no es espíritu propio suyo? Elías subiendo al cielo mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliseo su doblado espíritu de celo y de profecía; ¿cuánto mas lejos estaria de prometerle el espíritu eterno del Padre celestial, aquel espíritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso, las promesas de Jesucristo se cumplieron; luego que subió al cielo, el espíritu de Dios se derramó sobre todos sus discípulos; los simples quedaron mas sábios que los sábios y filósofos, los flacos mas fuertes que los tiranos, los insensatos segun el mundo, mas prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifestábanse en la tierra nuevos hombres animados de un nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espíritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incrédulos, consolará á sus discípulos, los sostendrá entre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las persecuciones y oprobios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazon de que son hijos de Dios, y de que este augusto título les da derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

En segundo lugar Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, católicos? se escandalizaron los judíos porque él mismo los perdonó y porque parecia atribuirse un poder reservado á solo Dios; ¿pero cuál será el escándalo de todos los pueblos de la tierra cuando lean en su Evangelio que dejó este poder á sus discípulos? Si no fuera Dios, ¿pudieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? ¿Qué derecho tendria sobre las conciencias para atarlas ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder que ni aun él mismo podia ejercer sin blasfemia?

En tercer lugar, aun no basta esto, promete tambien á sus discípulos el don de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moisés á sus discípulos el don de los milagros con que le favoreció el Señor; conocia que esta virtud le era comunicada y que el Soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso cuando despues de su muerte mandó Josué al sol que se detuviese en medio de su carrera para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este astro que se detenga en el nombre de Moisés; no habia recibido de él el poder de hacer detener á los astros, ni se encomienda á él cuando quiere usarle; pero los discípulos de Jesucristo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos y dan piés á los cojos, y sin

este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moisés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesucristo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reino.

¿Qué he de decir por último? Promete á sus discípulos la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los césares, de los tiranos, y que su Evangelio será recibido en todo el mundo: ¿tiene acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza de la que hasta entonces no habia habido ejemplar en el universo? Acaso respondereis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os engañais, porque si no fuera Dios tampoco seria profeta; sus profecías serian sueños y quimeras. Seria un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro desmintiendo los sucesos de la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que están sentados bajo la sombra de la muerte, van á abrir los ojos á la luz, y no veria que adorándole iban á caer en mas culpables tinieblas. Profetiza que su Padre será glorificado y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no veria que los hombres iban á deshonrarle para siempre, igualando con él aquel Jesus que no debia ser mas que su enviado y su profeta; profetiza que serán derribados los ídolos, y no veria que él habia de ser colocado en su lugar; profetiza que se formará un pueblo santo de todas las lenguas y de todas las tribus, y no veria que solo vendria á formar un nuevo pueblo idólatra de todas las naciones que le colocarán en el templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos, que todo lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él y para él, ni tener fuerza, movimiento ni virtud sino de él; en una palabra, que le adorarán, que le amarán de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los paganos adoraron á sus ídolos. Esto no seria ser profeta; aun sus parientes segun la carne blasfeman y le tienen por un frenético é insensato, que á los sueños de un espíritu enfurecido les da el peso y realidad de revelaciones y misterios. *Quoniam in furorem versus est.*[1]

A esto llega, católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que nuestro Señor Jesucristo es Hijo eterno de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la religion es un sueño; apartad de la doctrina de los cristianos á Jesucristo Dios y hombre, y apartareis todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. ¿Qué celo no manifestaron, católicos, los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos impíos que desde entonces se atrevieron á hacer guerra á la gloria de la divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazon de la religion, que era quitarlos toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las promesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la religion se desvanecia en humo, sin ser mas que una doctrina humana y una secta de un hombre mortal, que como otros jefes no hubiera dejado mas que su nombre á sus discípulos.

Aun por eso, católicos, los mismos paganos reprendian á los cristianos de que tributaban honores divinos á

1 Marc. 3, v. 21.

su Cristo. Un procónsul romano[1] célebre por sus escritos, refiriendo al emperador Trajano sus costumbres y doctrina, despues de verse precisado á confesar que los cristianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el sol, no para empeñarse en cometer delitos ni para turbar la tranquilidad del imperio, sino para vivir con piedad y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan himnos y cánticos en honra de su Cristo y de que le tributan los mismos honores que á Dios. Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores divinos á Jesucristo, se hubieran justificado de esta calumnia, hubieran quitado este escándalo de su religion, que era casi el único que alteraba el celo de los judíos y la sabiduría de los gentiles; hubieran dicho con claridad: nosotros no adoramos á Jesucristo ni intentamos dar á la criatura los honores y culto que es debido á solo Dios. Con todo eso, no se defienden contra esta acusacion. Sus apologistas refutan las demás calumnias con que querian los paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican, aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus apologías dirigidas al senado se admiran hasta en Roma y tapan la boca á sus enemigos, y sobre la acusacion de idolatrar en Jesucristo, que seria la mas temible y horrorosa, sobre el cargo que se les hace de adorar á un crucificado, que era el mayor y mas capaz de desacreditarlos, y que tambien debia ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos á la idolatría, tan celosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio, ¿qué digo silencio? la autorizan

1 Plin. Ep. I. v. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando hablan de Jesucristo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confesándola en presencia de los tiranos, espirando con alegría sobre los cadalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él y de hallar en su seno una vida mas inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodiila á la estátua de los Césares, y aun antes que permitir que los amigos que tenian entre los paganos, movidos de una humana compasion y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los magistrados, que habian ofrecido incienso á los ídolos: ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesucristo sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto; antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dar lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? Y si fuera error el creer que Jesucristo es igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos mártires y convertido todo el universo.

¿Pero qué fruto puede sacarse de este discurso, católicos? El que Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos, y con todo eso, apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fe y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el

espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levantais sobre este fundamento, y que el principal respeto que os pide es que os parezcais á él y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza, seais del número de los participantes de su gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL DIA DE LA EPIFANIA DEL SEÑOR.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.
Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

MATTH. 2. v. 2.

Señor:

La verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre; es una luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazon, la raiz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males y el remedio de todas nuestras penas: ella sola es la seguridad de la buena conciencia y el terror de la mala; la pena secreta del vicio y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han amado, ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella solo inspira pensamientos magníficos, forma hombres heróicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre; todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla; no debiéramos buscar en los hombres mas que la verdad, no estimar en ellos más que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sino por la verdad: en una palabra, parece que deberia bastar el que se nos manifestase, como hoy á los Magos, para amarla y enseñarnos á conoçernos.

No obstante, son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta; para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y oscura que los entristece y molesta: finalmente, para muchos es una nube espesa que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos: es la misma estrella que se manifiesta hoy en el firmamento; los Magos la ven, los sacerdotes de Jerusalen saben que está anunciada en los profetas; Herodes no puede dudar de que haya aparecido, pues unos sábios vienen desde las extremidades del Oriente buscando con el favor de su luz al nuevo rey de los judíos; con todo eso, ofrecen unas disposiciones poco parecidas á la misma verdad que se les manifiesta.

En los Magos halla un corazon dócil y sincero, en los sacerdotes un corazon doble, tímido, flaco, disimulado; en Herodes un corazon obstinado y corrompido: por eso en los Magos forma adoradores, en los sacerdotes disimuladores, en Herodes un perseguidor. Esta, pues, católicos, es tambien entre nosotros la suerte de la verdad; es una luz celestial que se manifiesta á todos, dice San Agustin: *Omnibus præsto est*. Pero pocos la reciben, muchos la ocultan y disfrazan, y aun muchos mas la desprecian y persiguen. Manifiéstase á todos; ¿pero cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres señalados en nuestro Evangelio, que nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad, la verdad recibida, la verdad disimulada, la verdad perseguida. Espíritu Santo, espíritu de verdad, aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y en este lugar santo, destinado á formar ministros que vayan á anunciarla hasta las extremidades de la tierra, hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir, que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios, que nos aprueba y condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz; y que estando mas viva y mas resplandeciente en algunos instantes, nos descubre con mas evidencia el camino que debemos seguir, y que nos está señalado por esta luz milagrosa que hoy guia á los Magos á Jesucristo.

Esto supuesto, digo que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos: la Iglesia nos propone en este dia en la conducta de los Magos el modelo de las disposiciones que solas pueden hacernos útil y saludable el conocimiento de la verdad: pocas almas hay, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero ¡oh! no se abren sus ojos á la luz sino para volverse á cerrar inmediatamente, y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entonces, el delito de haberla despues inútilmente conocido.

Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla, pero no la buscan como se debe, porque en realidad se enfadarian de haberla hallado. Finalmente, algunos mas dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido; y estos son los tres escollos que hoy nos enseñan á evitar las disposiciones de los sábios del Oriente para con la luz cielo que viene á manifestarles nuevos caminos.

Aunque acostumbrados por la pública profesion que hacian de la ciencia y de la filosofía á sujetar todas las cosas al juicio de una vana razon y á no dejarse llevar de las preocupaciones populares, con todo eso, fiados en la fe de la luy celestial, no se detienen, antes de ponerse en camino, á examinar si la aparicion de este nuevo astro podia provenir de causas naturales; no llaman hombres sábios de todas partes para disputar acerca de un suceso tan inaudito; no gastan el tiempo en vanas dificultades, que por lo comun nacen mas de la oposicion que se tiene á la verdad, que de un sincero deseo de ilustrarse y conocerla. Instruidos por la tradicion de sus padres de lo que antiguamente habian dicho en Oriente los israelitas cautivos, y de lo que Daniel y otros muchos profetas habian anunciado acerca de la estrella de Jacob, que se habia de manifestar algun dia, conocen desde luego que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano; que la claridad que los manifiesta el cielo, basta para determinarlos y conducirlos; que la gracia deja siempre algunas oscuridades en los caminos por donde nos llama, por no quitar á la fe el mérito de su sumision; y que cuando hay la felicidad de percibir un solo vislumbre de la verdad, debe la rectitud del corazon suplir lo que falta á la evidencia de la luz: *Vidimus, et venimus.*

No obstante, ¡cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que los condena; cuántas almas que fluctuando de este modo ven claramente que la religion de nuestros padres tiene en el fondo unos caractéres de verdad que no se atreviera á disputárselos la razon mas soberbia y mas osada; que la incredulidad adelanta mucho; que despues de estas dudas siempre es preciso creer algo; que el no creer nada es un partido aun mas incomprensible para la razon, que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia que continuamente les reprende su descamino y locura, y procuran adormecerle con continuas disputas; que con el pretexto de ilustrarse resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazon; que solo consultan para poderse decir á sí mismos que no han podido satisfacer á sus dudas; que no consultan á los mas hábiles sino por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano! Parece que la religion no es mas que para discursos; no se mira como un negocio sério en que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no debemos perder un instante; es una simple materia de conversacion como antiguamente en el Areópago; es un descanso del ocio y una de las cuestiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones y mantienen el enfado y vanidad de los comercios.

Pero, católicos, *el reino de Dios no viene con observacion.*[1] La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sino de las lágrimas y suspiros; solamente purificando nuestro corazon en el silencio y en la oracion, debemos esperar, como los Magos, la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazon corrompido, dice San Agustin, puede ver la verdad, pero no podrá gustarla ni tenerla por amable: por mas que os ilustreis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones. La religion será clara luego que vosotros seais castos, templados y equitativos, y tendreis fe luego que dejeis de tener vicios; no tengais interés en que sea falsa la religion, y la hallareis incontrastable; no aborrezcais sus máximas, y no disputareis sus misterios: *Inhærere veritati sordidus animus non potest.*

El mismo Agustino, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba aún en el amor á los deleites, dudas y ansiedades que le detenian: no eran ya los sueños de los Manicheos los que le apartaban de la fe, conocia su necedad y fanatismo; ni tampoco eran las falsas contradicciones de nuestros libros santos; Ambrosio le habia descubierto el secreto y los adorables misterios; con todo eso, aun dudaba: el solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones haciéndose discípulo de la fe, se la hacia aún sospechosa; hubiera querido ó que la doctrina de Jesucristo fuera una impostura, ó que no condenara los deleites, sin los que no podia alcanzar cómo se podia vivir una vida feliz y tranquila: de este modo, fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar y temiendo ser ilustrado; siempre discípulo y admirador de Ambrosio, y siempre agitado con las inquietudes de un corazon que huia de la verdad, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad; seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones; queria ser mas ilustrado porque temia serlo demasiado: *Trehebam catenam meam, solvi timens,*[1] y mas esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se les manifestaba, porque la miraba con una mano victoriosa que venia á romper por último los lazos que aun amaba: *Repellens verba bene suadentis, tanquam manum solventis.* Hoy, pues, la luz del cielo no halla dudas que disipar en el espíritu de los Magos, porque no halla en su corazon pasiones que combatir, y merecen ser las primicias de los gentiles y los primeros discípulos de la fe que habia de sujetar todas las naciones al Evangelio: *Vidimus, et venimus.*

No quiero decir que no haya muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbra, los votos de los que están destinados á discernir si es bueno el espíritu que nos mueve; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse; por eso los Magos para mas asegurarse de la verdad del prodigio que los guia, vienen en derechura á Jerusalen, consultan á los sacerdotes y doctores, que son los que pueden descubrirles la verdad que buscan, preguntan unánimemente y sin rodeos en medio de esta gran ciudad: ¿Dónde está el Rey de los judíos recien nacido? *¿Ubi est qui natus est Rex judæorum!* No proponen su

1 Luc. 17. v. 20.

1 S. Aug. in Conf.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pregunta con mitigaciones proporcionadas á que les den una respuesta engañosa; quieren ser ilustrados; no quieren que los adulen, buscan la verdad sinceramente, y por eso la hallan: *Ubi est, etc.*

Esta es una nueva disposicion, bastante rara entre los fieles. ¡Ah! nosotros, no hallamos la verdad porque no la buscamos con corazon recto y sincero; esparcimos sobre todos los pasos que damos para buscarla, unas nubes que la ocultan á nuestra vista; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos nos respondan que es ella; no queremos ser instruidos, queremos ser engañados y añadir á la pasion que nos cautiva una autoridad que nos sosiegue.

Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres, y muchas veces aun de aquellos que tocados de Dios, se han retirado de los desórdenes de una vida mundana. Sí, católicos, por mas sincera que por otra parte parezca nuestra conversion, si entramos dentro de nosotros mismos veremos que siempre hay en nosotros algun punto, algun apego secreto y privilegiado en que no procedemos con sinceridad, el que nunca manifestamos con claridad á nuestro director, acerca del cual nunca buscamos la verdad sinceramente; en una palabra, respecto del que sentiriamos haberla hallado: de aquí proviene que las flaquezas de los justos dan todos los dias tantos motivos de irrision á los mundanos; de aquí proviene que hagamos que continuamente caigan sobre la virtud tantas reprensiones y censuras que solo debieran caer sobre nosotros: no obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad, queremos que nos la den á conocer; pero la prueba de que esto no es mas que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita,

que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, cuantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan, nuestros superiores se ven precisados á disimular; nuestros inferiores están alerta, valiéndose de continuas precauciones; no nos hablan de ella sino con una blandura que pone un velo á nuestras llagas; nosotros somos los únicos que ignoramos nuestra miseria; todos la ven y nadie se atreve á manifestárnosla; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fe y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos no conseguiria mas que hacer una nueva llaga.

David no conoció ni respetó la santidad de Natham hasta despues que este profeta le habló sinceramente acerca del escándalo de su conducta: desde este dia hasta el fin le miró como á su libertador y padre; y con nosotros pierde todo el mérito el que intenta hacer que nos conozcamos; antes era prudente, sábio, caritativo, tenia todos los talentos propios para granjearse la estimacion y la confianza; oiamos con gusto á los Bautistas, como en otro tiempo un rey incestuoso; pero despues que nos hablan con claridad, despues que nos han dicho, *no es lícito*,[1] han perdido en nuestro concepto todas estas grandes prendas. Tenemos su celo por mal humor, su caridad por ostentacion ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia; su verdad por una fantasma que toma su figura; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisiéramos que los demás las aprobasen; y obligados con el testimonio interior de la verdad á echárnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten: sentimos el que los demás se unan á nosotros contra

1 Matth. 14 v. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros mismos; semejantes á Saúl, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto; y por una corrupcion de corazon peor acaso que nuestras mismas pasiones, no pudiendo apagar la verdad en el fondo de nuestro corazon, quisiéramos extinguirla en el de todos los que se nos acercan. Luego con razon decia yo que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero como los Magos.

El poco caso que tambien hacen de las dificultades que parecian apartarlos de lo que buscaban, es una nueva prueba de lo que buscan con sinceridad y buena fe. Porque, católicos, ¿qué singular no debiera parecer á su espíritu el extraordinario camino que les propone la gracia? Solos en medio de su nacion, entre tantos sábios, sin respeto á sus parientes y amigos, á pesar de los discursos é irrisiones públicas, cuando todos los demás, ó desprecian esta estrella milagrosa, ó miran la observacion é intentos de estos tres sábios como un designio insensato ó una flaqueza popular contra el comun dictámen, ellos solos siguen la nueva guia que los manifiesta el cielo; ellos solos abandonan su patria y sus hijos, y tienen en nada una singularidad cuya necesidad y sabiduría les descubre la luz celestial. *Vidimus, et venimus.*

Ultima instruccion. El que la verdad se nos manifieste casi siempre inútilmente, consiste, católicos, en que no juzgamos de ella por las luces que deja en nuestra alma, sino por la impresion que hace en los demás hombres entre quienes vivimos; no consultamos á la verdad en nuestro corazon, sino solamente en la idea que forman los demás. Por eso la luz del cielo mil veces nos turba y nos ilustra inútilmente acerca de los caminos que debemos seguir; la

primera reflexion que hacemos despues acerca del ejemplo de los demás hombres que viven como nosotros, nos asegura y esparce una nueva nube sobre nuestro corazon. En aquellos felices instantes en que solamente consultamos la verdad en nuestra propia conciencia, nos condenamos á nosotros mismos, temblamos de lo porvenir y nos proponemos una nueva vida: entrando en el instante siguiente en el mundo y no consultando mas que el ejemplo comun, nos justificamos, nos restituimos á la falsa paz que habiamos perdido, desconfiamos de la verdad á quien contradice el comun ejemplo, la retenemos en la injusticia, la sacrificamos al error y á la oponion pública, se nos hace sospechosa porque nos acoge á nosotros solos para favorecernos con sus luces, y la misma singularidad de su beneficio nos hace ingratos y rebeldes. No alcanzamos que el trabajar por la salvacion es distinguirse del resto de los hombres, es vivir solo en medio de la multitud, es estar solo de su parte en medio de un mundo que ó nos condena ó nos desprecia; en una palabra, es no tener en nada los malos ejemplos y moverse solamente por las obligaciones. No alcanzamos que el perderse consiste en vivir como los otros, en conformarse con la multitud, en no distinguirse en nada de los del mundo, en formar un mismo cuerpo y un mismo mundo con él. No conocemos que el mundo está ya juzgado, que este cuerpo del Ante-Cristo perecerá con su cabeza y sus miembros, que esta ciudad criminal será herida de maldicion y condenada á un anatema eterno. Sí, católicos, el mayor obstáculo que hallan la gracia y la verdad en nuestros corazones es la opinion pública. ¿Cuántas almas tímidas no se atreven á convertirse de veras por no desamparar al mundo á quien sirven de espectáculo? Por eso aquel rey de Asiria no se atrevia á declararse por

el Dios de Daniel, porque los grandes de su corte hubieran condenado su conducta. ¿Cuántas almas fieles hay que disgustadas de los placeres, solo los siguen movidas de un falso honor y por no distinguirse de aquellas que las incitan con su ejemplo? Por eso Aaron en medio de los israelitas, danzaba al rededor del becerro de oro y ofrecia con ellos inciensos al ídolo que detestaba, porque no se hallaba con fuerzas para resistir solo al error público. ¡Oh y qué insensatos somos! Solo el ejemplo público es el que nos asegura contra la verdad, como si los hombres fueran nuestra verdad, ó como si debiéramos buscar la regla y la luz que debe conducirnos en la tierra, y no en el cielo como los Magos. Es verdad que muchas veces no es el respeto humano quien apaga la verdad en nuestro corazon, sino las violencias y trabajos que ella nos presenta. Por eso nos entristece como á aquel jóven del Evangelio, y no la recibimos con aquella alegría que manifestaron los Magos cuando volvieron á ver la estrella milagrosa. *Videntes stellam gavisi sunt gaudio magno valde.* Vieron la magnificencia de Jerusalen, la pompa de sus edificios, la majestad de su templo, el resplandor y grandeza de la corte de Herodes; pero no dice el Evangelio que les moviese este vano espectáculo de las pompas humanas. Miraban todos estos estos grandes objetos del deseo sin atencion, sin deleite, sin gusto, sin señal alguna de admiracion ni pasmo; no piden que se les enseñen los tesoros y riquezas del templo como antes habian hecho con Ezequías los enviados de Babilonia, y atentos únicamente á la luz del cielo que antes se les habia manifestado, no tienen ojos para ver nada de cuanto pasa en el mundo; movidos solamente de la verdad que los ha ilustrado, todo lo demás les es indiferente ó molesto; y desengañado del todo su corazon, nada hallan que

los alegre, que los interese y consuele, sino la verdad. *Vidimus stellam, etc.*

Por lo que á nosotros toca, católicos, acaso los primeros rayos de verdad que la bondad de Dios derramó sobre nuestros corazones, movieron en nosotros un gusto sensible; el proyecto de una nueva vida que formábamos al principio, la novedad de las luces que nos ilustraban y las que con especialidad no conociamos; el cansancio y el disgusto de las pasiones, en las que no conocia nuestro corazon mas que las amarguras y penas; la novedad de las ocupaciones que nos proponiamos en esta mudanza; todo esto nos ofrecia imágenes agradables; la novedad por sí sola agrada. Pero esta alegría no duró mas que un instante, como dice el Evangelio: *Ad horam exultare in luce ejus.*[1] A proporcion que la verdad se nos iba manifestando mas de cerca, nos parecia, como á San Agustin cuando aun era pecador, menos amable y halagüeña. *Quanto proprius admovebatur, tanto ampliorem incutiebat terrorem.*[2] Cuando despues de esta primera vista examinamos despacio y pormenor las obligaciones que nos imponia, las separaciones dolorosas que nos mandaba, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifestaba como indispensables, la vida séria, ocupada, interior en que nos empeñaba, empezábamos tristes é inquietos á apartarnos de ella; todas las pasiones la opusieron nuevos obstáculos, todo se nos presentaba bajo unas imágenes lúgubres y nuevas, y lo que al principio nos habia parecido tan agradable, mirado mas de cerca nos parece un objeto espantoso, un camino áspero é inaccesible á la flaqueza humana. *Ad modicum exultare in luce ejus.*

1 Joan. 15, v. 35.
2 San Agust. in Conf.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Dónde están las almas que como los Magos, despues de haber conocido la verdad, no quieren ver mas que á ella, que no tienen ojos para el mundo, para el vacío de sus placeres y para la vanidad de sus pompas y de sus espectáculos; que no hallan alegría sino cuando están ocupados en la verdad; que en la verdad hallan el alivio de todas sus penas, el estímulo contra su pereza, el socorro en sus tentaciones y las mas castas delicias de su alma? Y á la verdad, ¡oh Dios mio! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocidoy que ha conocido la verdad de vuestras eternas promesas, á una alma que conoce que todo lo que no es vos no es digno de ella, y que mira á la tierra como patria de los que deben perecer eternamente. Nada puede consolarla sino lo que la manifiesta los bienes verdaderos, nada la parece digno de su atencion sino lo que ha de durar eternamente, nada puede agradarla sino lo que siempre ha de agradar. Con nada es capaz de unirse sino con lo que nunca ha de perder, y todos los falsos objetos de la vanidad no son para ella mas que ó estorbo de su piedad ó tristes monumentos que la acuerdan la memoria de sus delitos. *Videntes stellam, etc.*

Esta es la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría. Veamos ahora en la conducta de los sacerdotes la verdad disimulada, y despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

PARTE SEGUNDA.

La primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos, es la obligacion de la verdad. No somos deudores á todos los hombres de los cuidados, de los deseos de servirlos, de las fatigas, pero á todos somos deudores de la verdad. Los diferentes estados que el nacimiento y las dignidades nos dan en el mundo, diferencian nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos; pero la obligacion de la verdad en todos los estados es la misma. Somos deudores de ella tanto á los grandes como á los pequeños, tanto á nuestros criados como á nuestros amos, tanto á los que la aman como á los que la aborrecen, á los que quieren valerse de ella contra nosotros, como á los que quieren aprovecharse de ella. Hay algunas ocasiones en que la prudencia permite ocultar y disimular el amor que tenemos á nuestros hermanos, pero ninguna hay en que sea lícito disimular la verdad. En una palabra, la verdad no es nuestra; nosotros no somos mas que sus testigos, sus defensores y sus depositarios; es la luz de Dios infusa en el hombre que debe ilustrar á todo el mundo; y cuando la disimulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces que la ha derramado en nuestra alma.

Con todo eso, el mundo está lleno de disimuladores de la verdad, parece que no vivimos mas que para engañarnos unos á otros, y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es mas que un comercio de ficcion, de engaño y de artificio. En la conducta de los sacerdotes de nuestro Evangelio vemos los diversos géneros de disimulo con que todos los dias se hacen los hombres culpables para con la verdad; hallamos en ellos un disimulo de silencio, un disimulo de condescendencia y un disimulo de ficcion y mentira.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Disimulo de silencio. Consultados por Herodes acerca del lugar en que debia nacer Jesucristo, es verdad que responden que Belen era el lugar señalado por los profetas, en donde se habia de efectuar este gran suceso. *At illi dixerunt in Bethlem Juda.*[1] Pero no añaden que habiéndose ya por último manifestado la estrella anunciada en los libros santos, y viniendo los reyes de Sabá y de Arabia con presentes á adorar al nuevo jefe que habia de regir el pueblo de Israel, no habia ya duda en que las nubes hubieran parido al Justo; no juntan los pueblos para anunciarles esta feliz nueva, no corren los primeros á Belen para animar á Jerusalen con su ejemplo; encerrados dentro de su culpable temor, guardan un profundo silencio, retienen la verdad en la injusticia; y cuando los extranjeros vienen de las extremidades del Oriente á publicar en Jerusalen que ha nacido el Rey de los judíos, los sacerdotes y los doctores callan y sacrifican á la ambicion de Herodes los intereses de la verdad, la mas amada esperanza de la nacion y el honor de su ministerio.

¡Qué vileza para unos ministros de la verdad! El favor del príncipe les mueve mas que el sagrado depósito de la religion de que están encargados. El resplandor del trono apaga en su corazon la luz del cielo; lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta y que solo de ellos podia saber la verdad; le confirman en el error ocultándole lo que hubiera podido desengañarle. ¿Pues cómo podrá llegar la verdad á los soberanos, si los mismos ungidos del Señor que rodean el trono, no se atreven á anunciarla, y se unen á los que habitan en las cortes para ocultarla y callar?

1 Matth. 2, v. 5.

Pero esta obligacion, católicos, os es comun con nosotros en algun modo, y con todo eso, hay en el mundo pocas personas, aun de aquellas que viven en la piedad, que no sean culpables todos los dias de este disimulo de silencio para con sus hermanos. Les parece á algunos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse muchas veces jueces de la misma fe que los ha de juzgar; óyenlos, vuelvo á decir, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones.

Digo, pues, que tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia es hacernos sus perseguidores y contrarios; y añado que aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado, faltan entonces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitud; no agradeceis suficientemente, vosotros en particular los que habeis recibido estos dones, el beneficio de la gracia y de la verdad con que os ha favorecido en medio de vuestras insensatas pasiones, con que ha disipado vuestras tinieblas, y os ha llamado á sí cuando seguíais las sendas falsas é injustas; sin duda que derramando de este modo la luz en vuestro corazon, no atendió solamente á vosotros; ha querido que vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros súbditos, vuestros amos hallen en vosotros ó su instruccion ó su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

censura; ha querido favorecer vuestro siglo, vuestra nacion, vuestra patria, favoreciéndoos á vosotros; porque el Señor forma á los escogidos ó para la salud ó para la condenacion de los pecadores; su fin ha sido poner en vosotros una luz que pueda alumbrar en medio de las tinieblas, que perpetuase la verdad entre los hombres y que diese testimonio de la justicia y sabiduría de su ley en medio de las preocupaciones y vanos pensamientos de un mundo profano.

No oponiendo, pues, mas que un débil y tímido silencio á las máximas que impugnan á la verdad, no cumplís con los fines de las misericordias de Dios para con vuestros hermanos, inutilizais para su gloria y para la extension de su reino el talento de la verdad que os habia entregado y del que particularmente os pedirá una estrecha cuenta. Hablo principalmente con vosotros los que en otro tiempo defendísteis con tanto ardor los errores y las máximas profanas del mundo, que fuísteis sus apologistas intrépidos y declarados; el Señor tenia derecho para pediros que os declaráseis con el mismo valor por la verdad; con todo eso, no ha conseguido su gracia mas que el hacer de un celoso partidario del mundo, un discípulo tímido del Evangelio: aquellas demostraciones de confianza y de intrepidez con que en otro tiempo hacíais la apología de las pasiones, os han abandonado desde que defendísteis los intereses de la virtud; aquella audacia que en otro tiempo hacia callar á la verdad, calla hoy á vista del error, y la verdad que hace intrépidos y valientes, dice San Agustin, á los que la tienen de su parte, os ha hecho flacos y cobardes.

Bien sé que hay tiempo de hablar y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven oyesen continuamente trastornar las máximas de la

religion, herir la reputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que una alma fiel conociese que solo se debe tener respeto á la verdad, y que no está en la tierra mas que para glorificar á la verdad; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia, el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria, la libertad generosa y cristiana que no considera mas que los bienes eternos, que no espera mas que á Dios, que á nada teme sino á su propia conciencia, que no condesciende sino con los intereses de la justicia y de la caridad y que solo intenta agradar con la verdad; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que éstos respetasen al carácter de la verdad, que debe llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo menos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian. Los israelitas entregados á sus danzas, á sus regocijos profanos y á sus clamores impíos é insensatos al rededor del becerro de oro, se suspenden y guardan un profundo silencio al presentarse Moisés, que baja del monte, armado solamente con la ley del Señor y con su eterna verdad. Este es el disimulo de silencio.

El segundo modo de disimular la verdad es el suavizarla con mitigaciones y condescendencias que la ofenden: los Magos no podian sin duda ignorar que no podia ser agradable á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Herodes la nueva que venian á anunciar á Jerusalen; este extranjero por sus artificios habia llegado á sentarse sobre el trono de David, pero no gozaba tan pacíficamente del fruto de su usurpacion que no estuviese continuamente temiendo que viniese algun heredero de la sangre de los reyes de Judá á arrojarle de la herencia de sus padres y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres que venian á declarar en medio de Jerusalen que habia nacido el Rey de los judíos, y á declararlo á un pueblo tan celoso de la sangre de David y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de cuanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los celos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban, el enviado del cielo ó el deseado de las naciones; podian distinguirle con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones, estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella, y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los Judíos? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los astros y que solo se manifiestan en el firmamento para ejecutar sus órdenes: *Vidimus enim, etc.*

Al contrario los sacerdotes y doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad, con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de rey que acaban los Magos de dar al Mesías y que tantas veces le habian da-

do los profetas; se le demuestran por una cualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina ó de poder; le anuncian mas como á legislador establecido para arreglar las costumbres, que como Soberano suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.*[1] Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías rey y conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien lisonjean.

¡Deplorable suérte de los grandes! Los labios de los sacerdotes se debilitan cuando los hablan; luego que se manifiestan sus pasiones se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las cuales la una siempre es favovable; no quieren los sacerdotes hacer traicion á cara descubierta á su ministerio y á los intereses de la verdad, pero quieren conciliarlos con sus propios intereses; intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarlos; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran: las pasiones y los excesos de la edad favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas príncipes y grandes, que personas de mas baja esfera, y que la vil condescencia que con ellos se usa, deshonra mas el ministerio y ocasiona mas oprobios á la religion, que los mayores escándalos que afligen la Iglesia.

La conducta de estos sacerdotes os parecerá indigna, ca-

1 Matth. 2. v. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tólicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones y vuestras conversaciones, vereis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus mas deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisonjeamos su soberbia, encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres, que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad y que mañana nos quitará la muerte; pero no nos atrevemos á reprender al insensato que sacrifica á este humo su sosiego, su vida y su conciencia: en presencia de un vengativo justificamos su sentimiento y su cólera, le minoramos su delito autorizando la justicia de sus quejas, lisonjeamos su pasion exagerando la maldad de su enemigo; solemos atrevernos á decir que es preciso perdonar, pero no nos atrevemos á añadir que el primer grado del perdon es no hablar de la injuria recibida.

En presencia de un cortesano mal contento con su fortuna y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes bajo aquel aspecto que les es menos favorable;

ocultamos con destreza su mérito y su gloria para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y oscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas condescendencias agriamos la pasion, le ayudamos á cegarse y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus prójimos, como usurpaciones hechas á él. ¡Pues en la presencia de un pródigo! Sus profusiones no son en nuestra boca mas que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son mas que una sábia moderacion y una economía doméstica. En la presencia de un grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apologías; respétanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos, nos trasformamos en ellos, nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas para apropiárnoslas, no tenemos idioma propio, hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son mas que una repeticion de sus preocupaciones, y á este indigno abatimiento de la verdad llamamos ciencia del mundo y prudencia que sabe gobernarse, y el grande arte de conseguir y agradar. *¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amareis la vanidad y la mentira!*[1]

De este modo, católicos, perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y

1 Psalm. 4. v. 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina; mudamos la amistad que debiera ser el remedio de nuestros errores y desórdenes, en un comercio de disfraz y seduccion: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula; y cuando digo hacemos, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad.

Quisiera, católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje, que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad; quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaanes*, que con sus discursos y consejos autorizan el desórden y la libertad, tuviese tambien la piedad sus *Finees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sábios, que se glorían de publicar que se debe gozar de lo presente, y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos y á los reyes con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moises y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus sacerdotes y doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla,

aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla y á la obligacion: bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios, que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos, que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfrazar y suavizar los remedios, y casi siempre curarlos sin que lo conozcan; bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del celo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar, no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad y queremos granjearnos los votos que solo á ella se deben: ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traicion á la verdad, tienen por lo comun mas autoridad y ostentacion que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia ó extravagancia, que virtud.

Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que públicamente se le hace traicion. El último disimulo de los sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo de mentira; no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados, sino que viendo que los Magos no volvian de Jerusalen como lo habian prometido, añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos extranjeros poco versados en la ciencia de la ley y de los profetas y que la luz del cielo á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad, era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fué consiguiente, y no van á Belen á buscar al nuevo rey recien nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos, habia mas de credulidad que de verdad.

Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres y de querer agradarlos á costa de la verdad; por último la abandonamos á las claras, la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces; por eso luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia; negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazon lleno de doblez y artificio, que toma todas las medidas sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inútil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia

y cuanto hay de mas sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazon capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza: las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

Solamente debemos cuidar de qué cuando intentamos defender los intereses de la verdad no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfía dan todos los dias al error unos defensores tan intrépidos y obstinados como aquellos de que se gloría la fe. La sola verdad digna de nuestro amor, de nuestro celo y de nuestro valor, es la que nos manifiesta la Iglesia; solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo, sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion y de nuestra vanidad.

¡Oh Dios mio! Derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el celo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una débil caña, fácil de mover á todos vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la mas gloriosa se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.*[1] A la verdad, señores, no basta ser su testigo y depositario; es necesario tambien ser su defensor; carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Ultima instruccion que nos da nuestro Evangelio: *La verdad perseguida.*

PARTE TERCERA.

Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad, y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas secuaces de lo que parece.

Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalen con su ejemplo: *Turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo.*[2] Que es lo que llamo *persecucion de escándalo.* En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los sacerdotes, y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos: *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis:*[3] y á esto llamo *persecucion de seduccion.* Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente: *Et mittens occidit omnes pueros;*[4] y á esto llamo *persecucion de fuerza y de violencia.* Si la brevedad de un discurso me permitiera, católicos, el examinar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os halláseis culpables.

1 Psalm. 118, v. 43.
2 Matth. 2, v. 3.
3 Ibid. v. 7.
4 Ibid. v. 16.

Porque primeramente, ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje sin tener casi respeto alguno al público: los escándalos mas ruidosos no son siempre los mas temibles; y el desórden manifiesto cuando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprensible á los ojos del mundo, sino que tambien se granjea la estimacion y alabanza de los hombres: y digo que éstos persiguen á la verdad con solo su ejemplo, que aniquilan, en cuanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad; que gritan á todos los hombres que el huir de los deleites es una precaucion inútil. Que el amor del mundo y el de la virtud no son incompatibles. Que el gusto de los espectáculos, del bien parecer, de las diversiones públicas, es un gusto inocente, y que se puede vivir bien viviendo como lo restante del mundo: esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, y tanto mas peligrosa, cuanto está mas autorizada; nada tiene de odioso, nadie se guarda de ella; acomete á la verdad sin violencia y sin efusion de sangre, bajo la imágen de paz y de sociedad, y hace que sean mas los desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los tiranos y suplicios.

Hablo tambien de aquellos justos que no cumplen ente-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ramente con las obligaciones de la piedad y que conservan aún reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas; y digo que persiguen á la verdad con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza, que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los siervos de Dios; que disgustan de la virtud á las almas que se hallaban dispuestas para ella; que confirman en el desórden á las que buscan pretextos para mantenerse en él: en una palabra, que hacen á la virtud ó sospechosa ó ridícula. De este modo, como antiguamente se quejaba el Señor por su profeta, el infiel Israel, esto es, el mundo, justifica aún todos los dias sus desórdenes, comparándolos con las infidelidades de Judá, esto es, con las flaquezas de los justos. *Justificavit animam suam aversatrix Israel, comparatione prævaricatricis Judæ.*[1] Es decir, que el mundo se cree seguro cuando ve que las almas que hacen profesion de la piedad le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aún de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aun alguna vez de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es cuando el mundo triunfa, asegurado con este paralelo. Entonces, advirtiendo que la virtud de los justos se parece á sus vicios, permanece tranquilo en su estado y cree que seria cosa inútil el mudarse, pues se retienen las mismas inclinaciones, aunque se varíe de nombre. *Justificavit animam suam, etc.*

Y aquí es adonde no puedo menos de deciros, católicos,

1 Jerem. 3, v. 2.

con aquel apóstol á quien Dios llamó de los caminos del mundo y de las pasiones á los de la verdad y la justicia; portémonos de tal modo entre los mundanos, que así como hasta ahora han desacreditado la virtud y menospreciado ó censurado á los que la ejercitan, las buenas obras que nos vean hacer, nuestras costumbres puras y santas, nuestra paciencia en los desprecios, nuestra sabiduría y nuestra circunspeccion en las conversaciones, nuestra modestia y humanidad en la elevacion, nuestra igualdad y sumision en las desgracias, nuestro agrado con los inferiores, nuestro respeto con los iguales, nuestra fidelidad con nuestros amos, nuestra caridad con todos nuestros hermanos, les obligue á glorificar á Dios, les haga respetar y envidiar la virtud, y los disponga á recibir la gracia de la luz y de la verdad cuando se digne visitarlos é ilustrarlos en sus errados caminos. *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detrectant de vobis tanquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis.*[1] Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprensible á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagámosla respetable si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo ejemplos que le condenen y no censuras que le justifiquen; acostumbrémosle á pensar que la verdadera piedad es útil para todo, y que tiene en sí no solo la promesa de una vida y una felicidad futura, sino tambien la paz, la alegría, la tranquilidad del corazon, que son los únicos bienes y los deleites de la vida presente. *Promissionem habentes vitæ, quæ nunc est, et futuræ.*[2]

1 I. Petr. 2, v. 12.
2 I. Tim. 4, v. 8

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A esta persecucion de escándalo añade Herodes una persecucion de seduccion. Tienta la santidad y fidelidad de los ministros de la ley. Quiere hacer que sirva á la impiedad de sus designios el celo y la santa generosidad de los Magos: finalmente, nada olvida para aniquilar la verdad antes de acometerla á cara descubierta: *Clam vocatis Magis.*

Y ved aquí un nuevo modo con que todos los dias perseguimos la verdad. Primeramente debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor y esforzándonos á persuadirlas que se exceden: exhortámoslas como el tentador, á que muden sus piedras en pan; esto es, á que moderen su austeridad y á que muden esta vida retirada, triste y laboriosa, en una vida mas cómoda y mas comun; las hacemos temer que no han de corresponder los fines al fervor de estos principios: en una palabra, procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad y su inocencia, haciéndolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprendemos, como la mujer de Job, su simplicidad y flaqueza; las ponderamos los inconvenientes de la virtud y las dificultades de la perseverancia, las hacemos titubear con el ejemplo de las almas infieles, que despues de haber puesto la mano en el arado, miraron atrás y abandonaron la obra. ¿Qué mas diré? Acaso acometemos tambien al fundamento incontrastable de la fe, y damos á entender la utilidad de sus violencias por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar, corrompemos con nuestra autoridad el celo y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones ó incompatibles con su conciencia ó peligrosas á su virtud; las ponemos en

unas circunstancias ó trabajosas ó peligrosas á su fe; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo ni gustar del bien para nosotros ni sufrirle en los demás, y hacemos con estas almas el oficio de demonio, que no vela mas que para perderlas; finalmente, nos hacemos culpables de esta persecucion de seduccion, haciendo servir nuestros talentos á la destruccion del reino de Jesucristo.

Los talentos del cuerpo para inspirar pasiones injustas, para ocupar el lugar de Dios en los corazones, para corromper las almas por quienes murió Jesucristo, y los talentos del espíritu para persuadir el vicio ó adornarle con coloridos muy propios para ocultar su vergüenza y fealdad, para presentar el veneno entre el bocado dulce y agradable, y perpetuarle en escritos lascivos con los que un autor desgraciado predicará el vicio, corromperá los corazones, inspirará á sus prójimos las deplorables pasiones que le dominaron toda su vida; verá crecer su suplicio y sus tormentos á proporcion que se vaya derramando por la tierra el impuro fuego que en ella encendió; tendrá el bárbaro consuelo de declararse contra su Dios, aun despues de su muerte; de quitarle tambien las almas que habia rescatado, de ultrajar su santidad y su poder, de perpetuar su desobediencia y sus desórdenes aun mas allá del sepulcro, y hacer, hasta la consumacion de los siglos, propios suyos los delitos de todos los hombres. Desgraciados sean, dice el Señor, todos los enemigos de mi nombre y de mi gloria, que ponen emboscadas á mi pueblo; yo me levantaré contra ellos en el dia de mi furor, les pediré la sangre de sus hermanos, á quienes engañaron é hicieron perecer, multiplicaré sobre ellos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

males terribles para consolarme de la gloria que me quitaron: *Væ genti insurgenti super genus meum.*[1]

Pero aquella persecucion, á la que he llamado de fuerza y de violencia, es un último género de persecucion mas funesta para la verdad. Por último, no adelantando Herodes nada con sus artificios, quita la máscara, se declara abiertamente perseguidor de Jesucristo, y quiere apagar en su nacimiento aquella luz que viene á ilustrar á todo el mundo. *Mittens occidit omnes pueros.*

La sola relacion de la crueldad de este príncipe horroriza, y no parece que un ejemplo tan bárbaro pueda hallar imitadores entre nosotros; con todo eso, el mundo está lleno de esta especie de perseguidores públicos y declarados de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los tiranos y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla aún perseguida con las públicas irrisiones que los mundanos hacen de la virtud, y con las pérdidas de las almas fieles que con dolor ve ceder tan frecuentemente al temor de sus irrisiones y censuras.

Sí, católicos, estos discursos que tan fácilmente usais contra la piedad de los siervos de Dios, de aquellas almas que con sus fervorosos respetos consuelan su gloria, de los delitos con que la ultrajais, aquellas irrisiones de su celo y de su santa embriaguez por su Dios, aquellas sátiras que de sus personas resultan contra la virtud y son la mas peligrosa tentacion de su penitencia, aquella severidad que usais con ellos sin perdonarles nada, y á un mudando en vicios sus mismas virtudes, aquel estilo blasfemo y satírico que impiamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía y de desprecio á los mas

1 Judith. 16. v. 20.

respetables ejercicios de su piedad, que hace titubear su fe, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio, esto es lo que llamo con los santos padres persecucion abierta y declarada de la verdad. Perseguís en vuestro hermano, dice San Agustin, lo que ni aun los tiranos se atrevieron á perseguir; éstos no les quitaron mas que la vida, vosotros quereis quitarlos la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma. *Carnem persecutus est Imperator; tu in christiano spiritum persequeris.*

¿Pues qué, católicos, no basta el que no sirvais al Dios para quien fuísteis hechos? (Esto era lo que decian antiguamente los primeros defensores de la fe, los Tertulianos y Ciprianos, á los paganos perseguidores de los fieles, y puede creerse que estas mismas quejas se hallen aún justas en nuestras bocas contra los cristianos.) ¿No basta? ¿habeis tambien de perseguir á los que le sirven? ¿no quereis, pues, ni adorarle ni permitir que otros le adoren? *¿Deum non colis, nec coli omnino permittis*? Todos los dias estais perdonando tantas extravagancias á los sectarios del mundo, tantas pasiones insensatas; los excusais, ¿pero qué digo excusar? alabais los desarreglados deseos de su corazon; hallais constancia, fidelidad y nobleza en sus mas vergonzosas pasiones, y dais honrosos nombres á sus mas indignos vicios: solamente el alma justa y fiel, el siervo del verdadero Dios, es el que no halla en vosotros ninguna condescendencia, y solo consigue vuestros desprecios y censuras: *Solus tibi displicit Dei cultor.* Pero católicos, ¿es posible que entre vosotros han de estar abiertas á la pública licencia los placeres de los teatros y de los espectáculos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin que en esto haya contradiccion? ¿que el furor del juego ha de tener sus partidarios y esto se haya de sufrir? ¿que la ambicion ha de tener sus adoradores y esclavos, y se les ha de alabar; la liviandad sus víctimas y altares, sin que nadie se los dispute; la avaricia sus idólatras, y nadie habla palabra? ¿que todas las pasiones, como otras tantas divinidades sacrílegas, han de tener establecido su culto sin contradiccion, y solamente el Señor del universo, el Soberano de todos los hombres y el solo Dios de la tierra, ó no ha de ser servido, ó no podrá serlo, sin que se reprenda y castigue á los que le adoran? *¿Et Deus solus in terris, aut non colitur, aut non est impune quod colitur?*

¡Gran Dios! Vengad vos mismo vuestra gloria, restituid hoy á vuestros siervos el honor que los impíos no cesan de quitarlos; no hagais salir, como en otro tiempo, de las cavernas de los montes, bestias crueles que despedacen á los que desprecian la virtud y santa sencillez de vuestros profetas; pero entregadlos á sus desordenados deseos, mas crueles é insaciables aún que los leones y los osos, para que fatigados, despedazados con las inquietudes secretas y con os furores de sus propias pasiones, puedan conocer el valor y la excelencia de la virtud que desprecian, y aspirar á la felicidad y suerte de las almas que os sirven.

Porque, católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, permitid que os diga aquí con dolor: ¿es posible queháyais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuera posible, en el error? ¿es posible que solo háyais de vivir en la tierra para justificar las profecías de los libros santos acerca de las inevitables persecuciones que han de padecer todos aquellos que quisieren vivir en la piedad, que es en Jesucristo? ¿es posible que la persecucion terrible de la fe y de la virtud, que ha

de durar tanto como la Iglesia, no halle su continuacion y perpetuidad sino en vosotros solos? ¿es posible que en defecto de los tiranos y de los suplicios, el Evangelio halle aún en vosotros solos su escollo y su escándalo? Renunciad, pues, vosotros mismos á la esperanza que es en Jesucristo; uníos con aquellos pueblos bárbaros ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria y de su divinidad, si es que el vivir bajo de sus leyes y el observar sus máximas os parece digno de irrision. Un infiel, un salvaje pudiera creer que nosotros que le servimos y adoramos, vivimos en el error; pudieran compadecerse de nuestra credulidad y de nuestra flaqueza, viendo que sacrificamos lo presente por lo futuro y por una esperanza que les pareceria quimérica y fabulosa; pero á lo menos estarian precisados á confesar que si no nos engañamos y si nuestra fe es cierta, somos los mas sábios y los mas dignos de estimacion de todos los hombres; pero vosotros que no os atreveríais á dudar de la certidumbre de la fe y de la esperanza que es en Jesucristo, ¿cómo os parece que miraria este infiel las censuras que haceis de sus siervos? ¿Os humillais delante de su cruz, os diria, como en presencia de la prenda de vuestra salud, y os burlais de los que la llevan en el corazon y ponen en ella toda su esperanza? ¿le adorais como á vuestro juez y despreciais y satirizais á los que le temen y trabajan por tenerle favorable? ¿creeis que es fiel en su palabra, y mirais como espíritus flacos á los que confían en él y lo sacrifican todo á la grandeza y certidumbre de sus promesas? ¡Oh hombre estraordinario y tan lleno de contradicciones, que tampoco concuerdas contigo mismo! exclamaria el infiel: luego es preciso que el Dios de los cristianos sea muy grande y muy santo, pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solo permite entre los que le adoran unos enemigos cuyas impugnaciones son de tan poco fundamento.

Respetemos, pues, la virtud, católicos; honremos los dones de Dios y las maravillas de su gracia en sus siervos, merezcamos con nuestros respetos y con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos como á los únicos que atraen todavía las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan que el Señor mira aún á los hombres con piedad y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro ejemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; preciémonos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aún el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos de Dios, no contemos con la fidelidad de los hombres sino en cuanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que toman parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion, dispongamos al mundo con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible que nos impida siempre el declararnos discípulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la virtud, y para que ella nos liberte, recibámosla con religion, como los Magos, luego que se nos manifieste; no la disimulemos como los sacerdotes, cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella como Herodes, cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad y consumados en la caridad. *Así sea.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANALISIS

DE LOS SERMONES

CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO.

DIA DE TODOS SANTOS.

SOBRE LA FELICIDAD DE LOS JUSTOS.

División.—*La felicidad de los justos en la tierra consiste: I. En las luces de la fe, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace las del pecador mas amargas. II. En las suavidades de la gracia, que calman todas las pasiones, y que siendo negadas al corazon corrompido, le dejan entregado á sí mismo.*

Primera parte. Ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado y de los tiempos de sus desórdenes que precedieron á su penitencia, ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista, ya sea, finalmente, que considere lo futuro, su fe le da motivos de consuelo y alegría; cuando al contrario, el alma que vive en el desórden no halla en estos tres estados mas que amarguras y temores secretos.

1. Por mas entregado que esté un pecador á los deleites, es imposible el que en algunos instantes no se repre-

senten á su memoria sus delitos, y estas imágenes importunas le turban, le fatigan y le confunden, manifestándole como reunidas en un punto unas flaquezas de que se avergüenza, unos mónstruos y unos horrores que apenas se atreve á mirar. Muy distinta es la suerte de una alma justa; la memoria de sus defectos, aun acompañada de suspiros y lágrimas, lleva consigo la dulzura y el consuelo, pues no puede acordarse de sus continuados desórdenes, sin conocer al mismo tiempo el enlace de las misericordias que Dios usó con ella.

2. Si lo pasado es motivo de sólidos consuelos para las almas fieles, no consuela menos su piedad lo que actualmente pasa á su vista. La inconstancia, la injusticia, la censura del mundo, que tanto aflige á los que le aman, solo sirve de hacerla conocer con mas viveza la felicidad que ha tenido en haberse unido á un mejor dueño.

3. Finalmente, la fe, manifestando al justo la corona de la gloria que le está preparada, y al pecador los suplicios que merece, hace que la memoria de lo futuro sea tan suave y de tanto consuelo para el uno, cuanto triste y molesta para el otro.

Segunda parte. *La felicidad de los justos en esta vida consiste en las dulzuras que los facilita la gracia; unas son interiores y secretas, otras exteriores y sensibles.*

1. La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, consiste en establecer una paz sólida en su corazon y en reconciliarla con ella misma; cuando al contrario, el pecador siempre está en guerra consigo mismo, y por todas partes lleva arrastrando un peso de inquietudes que no le permite sosiego. No quiero decir que el corazon de los justos goza de una tranquilidad tan inalterable que no experimenten tambien aquí en la tierra turbaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son nubes pasajeras, que no ocupan, por decirlo así, mas que la superficie de su alma, pero en lo interior siempre reina una calma profunda.

El segundo consuelo de la gracia es el amor que suaviza á los justos el rigor de la ley, y muda el yugo de Jesucristo, que parece insoportable á los pecadores, en un yugo suave y de consuelo para ellos. Tal es el carácter del amor santo cuando es dueño de un corazon; ó suaviza las penas que causa, ó las muda en santos deleites; pero el pecador cuanto mas ama al mundo tanto es mas desgraciado, porque cuanto mas ama al mundo mas se multiplican sus pasiones, cuanto mas se encienden sus deseos mas se embarazan sus proyectos y se agrian sus inquietudes: la viveza de su amor es la raiz de todas sus penas, porque el mundo, que es el motivo, nunca puede darle remedio. En esto convienen aun los mismos amadores del mundo, cuando teniendo alguna calma sus pasiones les permiten usar de la razon.

2. Utilidades exteriores de la gracia. Lo que hace la suerte de los justos aun mas digna de todos nuestros deseos, es que cuando les faltan los consuelos interiores tienen los socorros exteriores de la piedad y el alivio de los Sacramentos, los que para el pecador que tiene obligacion de llegarse á ellos, no son mas que un triste cumplimiento que los molesta y estorba; los ejemplos de los santos, de los que el pecador aparta la vista temiendo ver en ellos su condenacion; los misterios adorables, los que por lo comun no dejan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su presencia; los santos cánticos y las preces de la Iglesia, que para el pecador se mudan en un triste enfado; finalmente, el consuelo de las divinas Escrituras, en las que el pecador no halla mas que amenazas y anatemas.

PARA EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

DIVISION.—I. *Retrato terrible del pecador cuando muere.* II. *Imágen consoladora de la muerte del justo.*

Primera parte. No hay cosa mas terrible que el pecador agonizando, porque á cualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo presente, ya piense en lo por venir, nada ve que no le aflija y desespere y que no sea capaz de despertar en él las imágenes mas tristes y funestas.

2. ¿Qué es lo que ve en la larga sucesion de dias que ha pasado en la tierra? Penas inútiles, deleites que no han durado mas que un instante, delitos que han de durar eternamente.

2. Si considera lo presente, esto es menos triste para este desgraciado; sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.

Sus sustos. Habíase gloriado de que no le asustaria el dia del Señor, y con todo eso, habia llegado á él sin prepararse. Dios le hiere cuando se halla en lo mas fuerte de sus pasiones, cuando habiendo conseguido lo que tan vivamente habia deseado, exhortaba á su alma á que gozase en paz el fruto de sus trabajos: ahora va á morir, y Dios

permite que no haya quien se atreva á decírselo. Abandonado de todos los socorros de la medicina, aun se lisonjea, aun espera; solo usa de la razon que le queda para engañarse á sí mismo; pero por último, se halla precisado á ver que el mundo siempre le ha engañado, y le consume el ver que su engaño no tiene remedio.

Las separaciones que se hacen en este último instante no son de menos tormento para el pecador: cuanto mas unido estaba con el mundo, tanto mas padece cuando debe separarse de él; tantas son para él sus muertes cuantas son sus separaciones. Extiende las manos á todos los objetos que le rodean para asirse á ellos, y no toca mas que fantasmas.

Sus mudanzas. Mudanza en su crédito y autoridad; cuando ya no esperan nada de él, todos le abandonan. Mudanza en su cuerpo: aquella carne en quien tanto habia idolatrado, ya no es mas que un espectáculo de horror. Finalmente, se muda todo cuanto le rodea.

3. La memoria de lo por venir es la que acaba de llenar la medida de las penas y desgracias del pecador que agoniza. En otro tiempo se preciaba de no temer esta memoria; pero ya por fin toca aquel por venir terrible, y vedle débil, temblando, desconsolado, levantando al cielo las manos en accion de suplicar; ó triste, taciturno, agitado y lleno interiormente de pensamientos terribles.

Segunda parte. *Imágen consoladora de la muerte del justo.* La desgracia vence en él aquel horror á la muerte, natural á todos los hombres, y lo que para el pecador que agoniza es motivo de desesperacion, es entonces para el justo un abundante manantial de consuelos.

1. En la memoria de lo pasado halla el fin de sus penas. A la verdad, ¿qué es lo que ofrece esta memoria al alma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fiel? Privaciones, violencias, aflicciones que han durado poco y que han de ser eternamente recompensadas. ¡Qué consuelo es, despues de haber llegado al puerto, el acordarse de la tempestad y de la borrasca! No quiero decir que la memoria de lo pasado no acuerde tambien al justo sus infidelidades y caidas; pero estas son unas caidas expiadas ya con los suspiros de la penitencia, que le acuerdan las misericordias que Dios ha usado con su alma: de este modo las lágrimas que derrama no son mas que lágrimas de alegría y de agradecimiento.

2. Cuanto pasa en su presencia, el mundo que huye, toda esta fantasma de vanidad que desaparece, esta mudanza, esta novedad es tambien para el alma justa un manantial de consuelos. A la verdad, á diferencia del pecador; 1. Nada la asusta, el dia del Señor no la sorprende; ella le esperaba, le deseaba, se disponia para él. Tampoco la asusta el mundo que desaparece con todas sus vanidades; le mira en este último instante con los mismos ojos que le habia mirado siempre, como una figura que pasa y como un humo. 2. No se separa de nada que la cueste trabajo ó que la dé pena; porque ¿qué es lo que pudiera echar menos? ¿el mundo, sus bienes, sus dignidades, sus parientes, sus amigos, su cuerpo? La fé la habia ya separado de todas estas cosas, y nunca tuvo apego á ellas su corazon en toda su vida. 3. Finalmente: las mudanzas que se advierten en el lecho de la muerte nada mudan en el alma fiel: es verdad que su razon se apega; pero ya habia mucho tiempo que la habia cautivado bajo el yugo de la fe. Todos sus sentidos se embotan y pierden el uso natural; pero mucho tiempo antes los habia ella puesto entredicho; nada, pues, se muda para esta alma agonizante.

3. Lo que acaba de llenarla de alegría y consuelo es el

pensar en lo por venir. Mientras duraba su mortal vida no se atrevia á fijar la vista en el abismo de los juicios de Dios; se estremecia con solo pensar en aquel por venir terrible, en el que el Señor ha de juzgar aun sus justicias; pero cuando está para morir, el Dios de paz que se la manifiesta, calma sus agitaciones; repentinamente cesan los temores, y todo se muda en una dulce esperanza. Ve ya, como Estévan, el seno de la gloria, y al Hijo del hombre á la diestra de su Padre, dispuesto para recibirla. Del mismo modo, cuando los ministros del Evangelio vienen por último á anunciar á esta alma que ha llegado su hora y que se acerca la eternidad, ¿con qué paz, con qué confianza, con qué accion de gracias recibe esta feliz nueva?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

DIVISION.—*Acá en la tierra vive ordinariamente el pecador desconocido á sí mismo por su ceguedad, y á los otros por sus disimulos y artificios. En este gran dia se conocerá y será conocido. I. El pecador manifestado á sí mismo. II. El pecador manifestado á todas las criaturas.*

Primera parte. Un riguroso exámen manifestará primero el pecador á sí mismo, y las circunstancias de este formidable exámen son:

1. Será uno mismo respecto de todos los hombres. Allí no se contará con la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento ni de genios.

2. Este exámen será universal, esto es, que en él se acordarán todas las circuntancias de la vida, las flaquezas de la niñez, los excesos de la juventud, la ambicion y los cuidados de la edad mas madura, la obstinacion y pesares de una vejez acaso lasciva.

3. Además de la historia exterior de nuestras costumbres, que toda se hará presente, se nos manifestará tambien la historia secreta de nuestro corazon, aquella vicisitud de pasiones que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior, y que procurábamos ocultarnos aun á nosotros mismos; una repentina luz alumbrará este abismo y descubrirá este misterio de iniquidad.

4. A ejemplo de los males que hicimos, sucederá el de los bienes que dejamos de hacer. Nos acordarán las infinitas omisiones de que estuvo llena nuestra vida y acerca de las cuales no habiamos sentido ni aun remordimientos.

5. A este exámen seguirá el de las gracias y de los dones naturales de que habeis abusado. Aquí es donde será terrible la cuenta. Quedareis espantados al ver lo mucho que Dios hizo por vosotros y lo poco que hicísteis por él.

Hasta ahora no os ha examinado el justo Juez mas que acerca de los delitos que son propios; ¿pero qué será cuando entre en cuenta sobre los pecados ajenos de que fuísteis ó la ocasion ó la causa, y que os serán imputados? ¡Qué nuevo abismo!

Segunda parte. *No solamente será el pecador manifestado á sí mismo, lo será tambien á todas las criaturas; ¡y cuál será entonces su confusion!*

Para bien comprenderla no hay mas que atender: 1.° Al número y carácter de los asistentes que serán testigos de su vergüenza. 2.° Al cuidado que él habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á la vista de los hombres cuando vivia en la tierra. 3.° Finalmente, á sus cualidades personales.

I. Al número y carácter de los asistentes. En este gran dia faltarán al alma reprobada todos los recursos que pueden mitigar la mayor confusion acá en la tierra. Primer recurso. En la tierra, cuando uno ha cometido alguna falta que le ha hecho despreciable, todo ha pasado en presencia de un corto número de testigos; hubo el recurso de poder despues apartarse de ellos; pudo mudar de habitacion é ir á ganar en otra parte su primera fama. Pero en el último dia todos los hombres juntos leerán en la frente del pecador la historia de sus desórdenes, sin que él pueda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocultarse á su vista. Segundo recurso. En la tierra aun cuando nuestra vergüenza sea pública, siempre se halla algun corto número de amigos cuya estimacion ó condescendencia, á lo menos, nos ayuda á sufrir el peso de la pública censura; pero en el último dia, la presencia de nuestros amigos será el mas insufrible objeto de nuestra vergüenza. Tercer recurso. En la tierra si no se hallan amigos á quienes interesen nuestras desgracias, hay á lo menos personas indiferentes á quien no ofenden nuestras faltas y no se vuelven contra nosotros; pero en aquel terrible dia no habrá espectadores indiferentes. El pecador será el oprobio y la anatema de todas las criaturas; aun las inanimadas á su modo se levantarán contra él. Primera circunstancia de la confusion del alma criminal, la multitud y el carácter de los testigos.

2. La segunda nace del cuidado que tiene en la tierra de disfrazarse á la vista de los hombres. Como estamos llenos de pasiones y éstas siempre tienen algo de bajo y despreciable, ponemos toda nuestra atencion en ocultar la bajeza y manifestarnos por otros de los que somos. ¡Cuidados inútiles! No ocultais, dice el profeta, vuestros desórdenes mas que con una tela de araña, la que disipará el Hijo del hombre en aquel gran dia con solo un soplo de su boca: ¡y cuál será entonces el exceso de vuestra confusion!

3. Finalmente, la última circunstancia que hará terrible la vergüenza del pecador, serán sus cualidades personales. Pasábais por amigo fiel, sincero, generoso, os tenian por un hombre íntegro y de una probidad incontrastable en la administracion de vuestro cargo, por un digno ministro del santuario; pero gozábais injustamente de la estimacion de los hombres. Sereis conocidos, y vuestra confusion será tanto mas terrible cuanto mas eterna.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS AFLICCIONES.

DIVISION.—*Todos los dias se oponen en el mundo tres pretextos al uso cristiano de las aflicciones. I. El pretexto de la propia flaqueza. II. El pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones. III. El pretexto de los obstáculos que parece ponen á la salvacion. Estos pretextos es necesario confundir.*

Primera parte. Primer pretexto. *La propia flaqueza.* Confesamos y nos quejamos de no haber nacido con la fuerza suficiente, que somos de un natural demasiado sensible para poder conservar el corazon tranquilo y humilde en la afliccion. Pero por lo mismo que sois flaco debe el Señor haceros pasar por las tribulaciones y amarguras, porque los flacos y no los fuertes, tienen necesidad de ser probados. Vuestra flaqueza, por otra parte, proviene de vuestra liviandad, y la prosperidad solo sirviera de aumentarla. Además, todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza; alegar, pues, la flaqueza para excusar la impenitencia, es decir que no se hizo todo el Evangelio para nosotros. Finalmente, por mas flacos que seamos, debemos confiar en la bondad de Dios, que no permitirá que seamos probados, tentados, afligidos sobre nuestras fuerzas, y que su fin en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocultarse á su vista. Segundo recurso. En la tierra aun cuando nuestra vergüenza sea pública, siempre se halla algun corto número de amigos cuya estimacion ó condescendencia, á lo menos, nos ayuda á sufrir el peso de la pública censura; pero en el último dia, la presencia de nuestros amigos será el mas insufrible objeto de nuestra vergüenza. Tercer recurso. En la tierra si no se hallan amigos á quienes interesen nuestras desgracias, hay á lo menos personas indiferentes á quien no ofenden nuestras faltas y no se vuelven contra nosotros; pero en aquel terrible dia no habrá espectadores indiferentes. El pecador será el oprobio y la anatema de todas las criaturas; aun las inanimadas á su modo se levantarán contra él. Primera circunstancia de la confusion del alma criminal, la multitud y el carácter de los testigos.

2. La segunda nace del cuidado que tiene en la tierra de disfrazarse á la vista de los hombres. Como estamos llenos de pasiones y éstas siempre tienen algo de bajo y despreciable, ponemos toda nuestra atencion en ocultar la bajeza y manifestarnos por otros de los que somos. ¡Cuidados inútiles! No ocultais, dice el profeta, vuestros desórdenes mas que con una tela de araña, la que disipará el Hijo del hombre en aquel gran dia con solo un soplo de su boca: ¡y cuál será entonces el exceso de vuestra confusion!

3. Finalmente, la última circunstancia que hará terrible la vergüenza del pecador, serán sus cualidades personales. Pasábais por amigo fiel, sincero, generoso, os tenian por un hombre íntegro y de una probidad incontrastable en la administracion de vuestro cargo, por un digno ministro del santuario; pero gozábais injustamente de la estimacion de los hombres. Sereis conocidos, y vuestra confusion será tanto mas terrible cuanto mas eterna.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS AFLICCIONES.

DIVISION.—*Todos los dias se oponen en el mundo tres pretextos al uso cristiano de las aflicciones. I. El pretexto de la propia flaqueza. II. El pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones. III. El pretexto de los obstáculos que parece ponen á la salvacion. Estos pretextos es necesario confundir.*

Primera parte. Primer pretexto. *La propia flaqueza.* Confesamos y nos quejamos de no haber nacido con la fuerza suficiente, que somos de un natural demasiado sensible para poder conservar el corazon tranquilo y humilde en la afliccion. Pero por lo mismo que sois flaco debe el Señor haceros pasar por las tribulaciones y amarguras, porque los flacos y no los fuertes, tienen necesidad de ser probados. Vuestra flaqueza, por otra parte, proviene de vuestra liviandad, y la prosperidad solo sirviera de aumentarla. Además, todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza; alegar, pues, la flaqueza para excusar la impenitencia, es decir que no se hizo todo el Evangelio para nosotros. Finalmente, por mas flacos que seamos, debemos confiar en la bondad de Dios, que no permitirá que seamos probados, tentados, afligidos sobre nuestras fuerzas, y que su fin en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derramar amarguras sobre nuestra vida, es el purificarnos y salvarnos.

Segunda parte. Segundo pretexto. *El exceso y naturaleza de las aflicciones.* Persuadímonos á que llevariamos con resignacion unas cruces de otra especie, pero que las que el Señor nos envia son de tal condicion, que no admiten consuelo, y que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado en que parece que la casualidad ha juntado para nosotros solos mil circunstancias tristes.

Pero, 1.° Cuanto mas extraordinarias nos parezcan nuestras aflicciones, menos debemos creer que provienen de la casualidad, y debemos decirnos á nosotros mismos que el Señor no nos quiere dejar perecer con la multitud, pues nos lleva por caminos tan singulares. 2.° Las calamidades ordinarias no despertarian nuestra fe mas que por un instante. Los deleites, los consuelos humanos divertirian muy presto nuestra tristeza y nos restituirian el gusto del mundo y de sus vanas diversiones. Por eso el Señor, proponiéndonos penas fijas y constantes, ha querido prevenir nuestra inconstancia y unirnos para siempre á su servicio. 3.° Si ponemos en un peso, á un lado nuestros delitos y en otro nuestras aflicciones, hallaremos que padecemos mucho menos de lo que merecemos. Finalmeate, el excesivo amor propio y nuestra dureza para con nuestros hermanos, aumentan á nuestra vista nuestras propias desgracias; no nos parecieran tan grandes si tuviéramos menos pasiones y fuéramos mas compasivos.

Tercera parte. Tercer pretexto. *Los obstáculos que parece ponen las aflicciones á la salvacion.* Cuando se exhorta á las almas á quienes Dios aflige á que de las aflicciones pasajeras hagan caudal para el cielo y para la eternidad, responden muchas veces que en este estado de tristeza no son capaces de nada. Que las contradicciones en que viven agrian el espíritu y alteran el corazon, y que para pensar en Dios es menester estar tranquilo. Digo, pues, que de todos los pretextos de que se valen para justificar el uso poco cristiano de las aflicciones, este es el mas insensato y culpable. El mas culpable, porque decir que la Providencia nos pone en unas circunstancias incompatibles con nuestra salvacion, es blasfemar de ella, pues cuanto dispone en la tierra es para facilitar á los hombres los caminos de la vida eterna; y el mas insensato, porque una alma no se vuelve á Dios sino separándose de este mundo miserable, y nada la separa con mas eficacia que las amarguras que halla en él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON
DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

DIVISION.—*María nos da el ejemplo de dos fidelidades á la gracia recibida. I. Una fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros. II. Una fidelidad de correspondencia que la tiene atenta hasta el fin en hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia.*

Primera parte. *Fidelidad de precaucion.* Tres escollos tienen que temer las almas que empiezan á servir á Dios. 1.° Su propia fragilidad que las arrastra. 2.° El mundo, con quien quieren aún guardar respetos. 3.° Finalmente, el olvido de la gracia que recibieron.

A estos tres escollos, tan peligrosos para la piedad en sus principios, opone María tres precauciones. 1.° A la propia fragilidad, una separacion entera del mundo. 2.° A una vana delicadeza acerca de los juicios públicos, una insensibilidad heróica á los discursos y pensamientos frívolos de los hombres. 3.° Al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza de este beneficio.

Segunda parte. *Fidelidad de correspondencia.* ¿Cuáles son los mas frecuentes motivos de nuestras recaidas? 1.° El no seguir toda la fuerza y extension de la gracia, que

nos sacó del desórden. 2.° El salirnos del camino por donde ella queria llevarnos. 3.° Finalmente, el desanimarse cuando se va adelantando, acobardándonos con cada obstáculo que el demonio ó nuestra propia flaqueza nos opone. María, pues, ofrece á la gracia una correspondencia de perfeccion, una correspondencia de estado y una correspondencia de perseverancia con que nos instruye.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR LA CONVERSION.

DIVISION.—*El pecador dilata su conversion. I. O porque cree que le falte la gracia. II. O porque piensa que abandonando algun dia al mundo y á sus pasiones, estará mas en estado de empezar una vida cristiana y de perseverar en esta resolucion. Dos pretextos que hoy intento impugnar.*

Primera parte. Primer pretexto. Me falta la gracia, dicen, y la espero. La conversion no es obra del hombre; á Dios solo pertenece el mudar el corazon. Pretexto vulgar, pero injusto, si consideramos al pecador que le alega: temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja; insensato y mal fundado si le examinamos en sí mismo.

1. *Es injusto si consideramos al pecador que le alega.* Porque, católicos, estando como estais llenos de pasiones, ¿con qué razon podeis esperar y pedir á Dios que os conceda el que experimenteis un gran gusto en la piedad? ¿acaso es esto posible? Pero aun mas. 2.° Aun cuando Dios obrase en vuestro corazon, ¿sentiríais la operacion de su gracia? ¿le oiríais aun cuando os llamara? Aun cuando os moviera, ¿seria este movimiento de alguna consecuencia para vuestra conversion? Finalmente. 3.° ¿En qué os

fundais para decirnos que os falta la gracia? ¿el discurso de vuestra vida es mas que una continua sucesion de auxilios? ¿os parece que el tener la gracia es convertirse sin que cueste trabajo? ¡Ah! creedme que sobre este pié jamás la tendreis, y que el esperar una gracia de esta naturaleza es estar resuelto á perecer.

2. Este pretexto es temerario é ingrato respecto de Dios, de quien se queja el pecador; porque decís que Dios es dueño de convertiros y salvaros cuando quisiere, esto es, que Dios os ha descargado de vuestra salvacion, de aquel único negocio que teneis en la tierra, por tomarle todo sobre sí. ¿Pero en qué Evangelio nos hareis ver esta promesa? No será, á lo menos, en el de Jesucristo.

3. Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo; porque supongamos que os falte la gracia, ¿qué inferís de esto? ¿inferís acaso que los delitos en que todos los dias vivís sepultados, no serán causa de vuestra condenacion si os sorprende la muerte? Me parece que no os atrevereis á decirlo: ¿que podeis vivir tranquilamente en vuestros desórdenes, esperando á que se os confiera la gracia? Estravagancia seria esperar la gracia al mismo tiempo que os estais haciendo indignos de ella: ¿que no sois culpables delante de Dios de la dilacion de vuestra conversion? Luego todos los pecadores que dilatan su conversion y mueren impenitentes, serian justificados: ¿que no debeis tener cuidado de vuestra salvacion? Este es el partido de la desesperacion y la impiedad: ¿que el momento de vuestra conversion está señalado, y que un poco mas ó menos de desórden no la atrasará ni adelantará un instante? Pues atravesaos el corazon con una daga, fiados en que está señalado el momento de vuestra muerte. La consecuencia racional que se os puede permitir, en suposicion que os falte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

la gracia, es el que debeis rogar mas que otros para obtenerla, disponerla los caminos y separar todos los obstáculos que hasta ahora os la han hecho inútil.

Segunda parte. Segundo pretexto. *Se prometen que algun dia, conociendo al mundo y detestando sus pasiones, estarán mas en estado de empezar una vida cristiana y mantener esta resolucion.*

1. ¿Pero quién os ha dicho que llegareis al término que os señalais?

2. ¿En qué os fundais para decir que la edad mudará vuestro corazon? ¿mudó la edad el de Salomon, Saúl, Jezabel y Herodías? No, la edad no ha hecho hasta ahora ninguna conversion. Por otra parte, ¿el Señor no es el Dios de todos los tiempos y de todas las edades? ¿pues por qué le habeis de quitar la mas hermosa porcion de vuestros años, por consagrarla al demonio y á sus obras? Finalmente, cuanto mas dilatais la conversion, tanto mas incurables son vuestros males. Es verdad que os podreis cansar de los objetos que hoy os cautivan; pero no por eso se acabarán vuestras pasiones, ó si las pone fin el tiempo y el disgusto, no por eso os hallareis mas adelantados en órden á la salvacion: vuestro corazon libre de una pasion particular, estará como lleno de una pasion universal, y será tanto mayor la dificultad de salir de este estado, cuanto no tendreis objeto determinado que os detenga.

3. Pero la conversion, decís, es un golpe ruidoso que nos empeña con el público y que acaso no podremos mantener. ¿Y qué, dilatando la conversion os prometeis que Dios os moverá algun dia? ¿y si os convertís hoy, no os atreveis á prometeros que os sostendrá? Por otra parte, ¿este negocio no merece á lo menos el que se intente? ¿y si os convertís hoy, no os atreveis á prometeros que os sostendrá? Por otra parte, ¿este negocio no merece á lo menos el que se intente? ¿y aun cuando tuviérais la desgracia de volver á caer, no os seria siempre muy útil el haber pasado algunos dias en los ejercicios de la virtud, y tendríais motivo para esperar gracias mas poderosas de la bondad de Dios?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION.

DIVISION.—*Cuatro disposiciones son necesarias para comulgar dignamente y con fruto. Una fe respetuosa que nos haga discernir; una fe prudente que nos haga examinarnos; una fe ardiente que nos haga amar; una fe generosa que nos haga sacrificar. Este es el compendio de la doctrina del apóstol y el asunto de este discurso.*

Primera disposicion. *Una fe respetuosa que nos haga discernir* que no obstante el velo con que el verdadero Moisés se cubre sobre este santo monte, no deja de ver toda su gloria; que con solo mirar al santuario se deja sobrecoger de un religioso temor; que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y atemorizado exclama como Pedro: *Retiraos de mí, que no soy mas que un hombre pecador.*

¿Pero ha quedado algo de esta fe en la tierra? Se cree, pero con una fe superficial, que se queda, por decirlo así, en la superficie de este Sacramento, y no profundiza su virtud y sus misterios; que se termina en unos exteriores respetos; que nada siente, que no produce aprovechamiento en la vida; en una palabra, que nada tiene de vivo, grande, sublime y digno del Dios que nos manifiesta.

Segunda disposicion. *Una fe prudente que nos haga examinarnos:* ¿pero acerca de qué hemos de examinarnos? Acerca de la santidad de este Sacramento y de nuestra corrupcion: él es la carne de Jesucristo, el pan de los ángeles; es el Cordero sin mancha, que no quiere se acerquen al altar sino aquellos que ó no han manchado sus vestiduras ó que las han lavado con las lágrimas de la penitencia; es un ázimo puro, y así es preciso estar libres del viejo fermento para comer de él; es la vianda de los fuertes: una alma flaca, vacilante, poco firme, que se mueve á todos vientos, que se retira al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, no está en estado de sustentarse con él; es la Pascua de los discípulos de Jesucristo, y así es preciso ser del número de éstos para poder participar de ella, esto es, negarse á sí mismo, llevar su cruz y seguirle: finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados los astros. Desterremos, pues, de nuestros corazones todo lo que es indigno de su santidad.

Tercera disposicion. *Una fe ardiente que nos haga amar.* Mucho deseo he tenido de comer esta Pascua con vosotros, decia Jesucristo á sus discípulos: ¿qué quiso, pues, darnos á entender con esto? Que es necesario llegar á esta divina mesa con un corazon abrasado, penetrado y consumido de amor; con un corazon impaciente, apresurado y deseoso; con una hambre y una sed de Jesucristo, que nos inste á ir á gustar cuán suave es el Señor. ¡Pero ay! unos llegan con disgusto y con una repugnancia criminal; otros llegan con un corazon pesado, un gusto desabrido, una alma de hielo; de modo que las imágenes del mundo y de sus pasiones hacen en ellos impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesucristo y que la memoria de sus misterios. De este modo llegan al altar y vuelven de él todos los dias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con las mismas flaquezas y las mismas imperfecciones. ¡Qué motivo para temblar!

Cuarta disposicion. *Una fe generosa que nos haga sacrificar.* Esto es lo que llama el apóstol anunciar la muerte del Señor. Se anuncia, pues, la muerte del Señor, llevando al Santuario un espíritu de muerte y de martirio; un sincero deseo de salir de esta cárcel de barro para gozar de Jesucristo; un cuerpo mortificado é inmoble para las obras de pecado; unos ojos cerrados desde mucho antes á cuanto puede ofender el pudor; una lengua cercada de una guardia de circunspeccion; unos oidos impenetrables á los silbidos de la serpiente; una alma insensible, tanto á los desprecios como á las alabanzas; una alma superior á los sucesos de la tierra, indiferente á las revoluciones de la vida, igual en la buena y en la mala fortuna, y siempre atenta á caminar con firmeza hácia la eternidad.

No quiero por eso excluir del altar á todos aquellos que no han llegado aún á la perfeccion de este estado; pero á lo menos es necesario caminar hácia él y tener sus primicias; sin esto el comulgar es hacerse culpable del cuerpo y sangre del Redentor.

PARA EL DIA DE NATIVIDAD.

DIVISION.—*Jesucristo con su nacimiento viene á dar gloria á Dios y paz á los hombres. I. A Dios la gloria que los hombres habian querido quitarle. II. A los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.*

Primera parte. La idolatría tributaba á la criatura el culto que el Criador se habia reservado para sí solo; la Sinagoga no le honraba mas que con los lábios y con exteriores respetos, que no eran dignos de su Majestad; la filosofía le quitaba la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría; tres llagas esparcidas sobre toda la redondez de la tierra, las que vino á curar Jesucristo.

1. El honor que da á Dios su alma santa unida al Verbo, desagravia primeramente á su suprema Majestad de los honores que hasta entonces la habia negado el mundo. Una multitud de fieles discípulos, instruidos por este hombre-Dios, abre los ojos á la luz; el mundo reconoce á su autor, y Dios vuelve á tomar posesion de sus derechos. Este es el primer beneficio del nacimiento de Jesucristo. ¿Pero nos aprovechamos de este beneficio? Nosotros no adoramos ya falsos ídolos; ¿pero no ponemos en su lugar al mundo con todos sus placeres?

2. No se contenta Jesucristo con manifestar á los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres el nombre de su Padre, sino que le forma adoradores en espíritu y verdad, que en nada tendrán los exteriores respetos si el amor no los anima y santifica. ¿Podemos gloriarnos de ser del número de estos verdaderos adoradores? ¿A qué se reduce nuestro culto? A algunas observaciones exteriores, y aun esta es la religion de los mas prudentes. Este es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo, en el que nosotros no tenemos casi ninguna parte.

3. Finalmente, los hombres quisieron quitar tambien á Dios la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría. Los filósofos, forzados á reconocer un solo Ser Supremo, se le representaban ó como un Dios ocioso y sin cuidado de la cosas humanas, ó como un Dios sin libertad y sujeto á un fatal enlace de sucesos necesarios. Jesucristo viene á dar á su Padre la gloria que los vanos razonamientos de la filosofía le habian quitado, y pidiéndonos el sacrificio de nuestras cortas luces, nos enseña lo que debemos conocer del Ser Supremo y lo que debemos ignorar. ¡Pero ay! ¿dónde se hallan entre nosotros los fieles que hacen á la fe un sacrificio entero de su razon?

Segunda parte. *El nacimiento de Jesucristo da á los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.*

La soberbia, la sensualidad, los ódios y venganzas habian sido los funestos manantiales de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre. Jesucristo viene á darle la paz agotándolos con su gracia, con su doctrina y con su ejemplo.

Digo que la soberbia fué la primera raíz de las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furores no habia encendido esta funesta pasion en la tierra? Pero lo que pasaba exteriormente no

era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia en su interior. Jesucristo, desacreditando con su nacimiento pobre y despreciado los bienes y la gloria humana, restablece en el mundo la paz que habia desterrado la soberbia; buscad, no obstante, entre los cristianos esta paz feliz que debiera ser su herencia; no la hallareis ni en las ciudades, ni en el recinto de las paredes domésticas, ni en los palacios de los reyes, ni aun en el santuario.

Los deleites carnales no habian excitado menos turbaciones que la soberbia en el mundo. Jesucristo viene á sacar á los hombres de este abismo de corrupcion y á darlos la paz, restituyéndoles la inocencia y libertad que les habia quitado la tiranía del vicio. Nace de una Vírgen, y la mas pura de todas las criaturas; de este modo honra ya á una virtud ignorada del mundo y á la que su mismo pueblo miraba como oprobio; además, uniéndose á nuestra carne, la purifica, la hace templo de Dios y santuario del Espíritu Santo. ¿Pero no profanamos aún nosotros este santo templo? ¿Las vergonzosas pasiones no turban aún la tranquilidad de los imperios, el reposo de las familias, el órden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, etc.?

Finalmente, el nacimiento de Jesucristo, haciendo de todos los pueblos un solo pueblo, y de todos sus discípulos un corazon y una alma, apaga todas las enemistades y todos los ódios; último género de paz que trae á los hombres, y de la que ellos no saben aprovecharse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

DIVISION.—*El resplandor y el espíritu del ministerio de Jesucristo prueban igualmente la gloria de su divinidad. Si Jesucristo no fuera mas que un puro hombre: I. El resplandor de su ministerio seria para nosotros una ocasion inevitable de idolatría, y el mismo Dios seria culpable del error de los que le adoran. II. El espíritu de su ministerio seria el lazo funesto de nuestra inocencia.*

Primera parte. El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo es el haber sido anunciado y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adan cuando se le manifestó de lejos el reparador. En los siglos siguientes parece que Dios no se ocupaba en otra cosa mas que en disponer á los hombres para su llegada. Las circunstancias con que fué anunciado Jesucristo son aun mas maravillosas que las mismas predicciones. A la verdad, fué vaticinado por todo un pueblo, anunciado en el espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de profetas, figurado por todas las ceremonias de la ley, esperado de todos los justos, señalado de lejos en todas las edades, no para un particular suceso, sino para ser el remedio del mundo condenado, legislador de los pueblos, luz de las naciones y salud de Israel. ¡Qué lazo seria para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciasen mas que una simple criatura, y particularmente en unos tiempos en que la credulidad de los pueblos ponia con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte. Al mismo tiempo que el Bautista para impedir que el solo oráculo que le habia anunciado no fuese para su nacion ocasion de idolatría, no hace milagros y no cesa de decir: Yo no soy el que esperais; y parece que no cuida mas que de precaver los honores supersticiosos. Al contrario Jesucristo, á quien cuatro mil años de figuras y profecías habian anunciado con tanta magnificencia á la tierra, viene con gran virtud y poder, hace obras y maravillas que antes de él ninguno habia hecho, y lejos de precaver la superstición que para con él pudieran tener los pueblos, se dice igual al mismo Dios y permite que se le tributen honores divinos. ¿Serian los hombres responsables de este culto si fuera idolatría?

Además. Todos los justos de la ley y de la edad de los patriarcas, todos aquellos hombres tan venerables y tan milagrosos, no eran mas que unos diseños del Mesías futuro; cada uno de ellos no representaba mas que algun pasaje singular de su vida y de su ministerio; pero quitad á Jesucristo su divinidad y su eterno orígen, y en nada será superior el original á la imágen, á lo menos al juicio de los sentidos.

2. Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo es necesario añadir el de sus obras y prodigios; segundo carácter resplandeciente de su ministerio. ¿Se vió

acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras y en sus prodigios?

Digo *en sus obras y en sus prodigios.* Bien sé que en los siglos que le precedieron se vieron en la tierra hombres extraordinarios, á quienes parecia que el Señor hacia depositarios de su virtud y de su omnipotencia; pero si bien se mira, todos estos hombres milagrosos manifestaban en su poder unos caractéres de dependencia y flaqueza. Al contrario Jesucristo, obra los mayores prodigios con una facilidad omnipotente y con una soberana independencia.

3. Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio son las circunstancias maravillosas y hasta entonces inauditas que componen todo el curso de su vida mortal: concebido por obra del Altísimo, nace de una Vírgen pura; apenas nace cuando las celestes legiones hacen resonar en los aires cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento da á Dios su gloria y la paz á los hombres. Poco despues un nuevo astro guia desde lo último de Oriente hasta su cuna á unos sábios. Un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza; los doctores juntos ven con admiracion su infancia mas sábia é ilustrada que la sabiduría de los ancianos. A proporcion que crece se va manifestando su gloria, el Bautista se humilla en su presencia, el cielo se abre sobre su cabeza, los demonios atemorizados no pueden sufrir su presencia, el Padre celestial declara que es su Hijo amado y que le propone como ley viva y eterna, mandando que le escuchen. Si desde el Tabor pasamos al Calvario, aquel lugar donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del hombre, no deja de ser tambien el teatro de su gloria. Toda la naturaleza desordenada le reconoce como á su autor y confiesa su divinidad. Resucita tres dias despues, no por virtud ajena

ni para volver á morir como otros muchos, sino por su propia virtud y para gozar en adelante de una vida inmortal. Finalmente, sube al cielo, no rápidamente arrebatado en un carro de fuego, sino que se levanta por sí mismo con majestad. Vienen los ángeles á acompañarle, y prometen á la tierra que volverá acompañado de gloria y de inmortalidad. ¿Quién por estas señas no conocerá al Dios del cielo, que despues de haber conversado con los hombres para sacarlos de su desórden y miseria, vuelve á tomar posesion de su gloria? Ved, señores, cómo el resplandor del ministerio de Jesucristo seria para nosotros una inevitable ocasion de idolatría si no fuera mas que una simple criatura.

Segunda parte. *El espíritu de su ministerio seria tambien el lazo de nuestra inocencia.* El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y promesas.

1. *Su doctrina.* No puede negarse que Jesucristo fue un hombre santo. Porque ¿qué hombre se vió hasta entonces en la tierra en quien se observasen tantas señales de inocencia y santidad? Quiero decir, tanto desprecio é indiferencia para el mundo, tanto amor á la virtud, tanto celo de la gloria de Dios, tanto deseo de la salud de los hombres. Añadid á esto la total excepcion de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad. Si Jesucristo, pues, es santo, tambien es Dios, ya sea que considereis la doctrina que nos enseñó, ya respecto de su Padre ó ya respecto de los hombres. Porque si no fuera Dios, su doctrina no seria mas que un conjunto ó de equívocos malignos ó de blasfemias ocultas.

Considerad su doctrina respecto de su Padre. Si Jesucristo no fuese mas que un simple enviado de Dios, luego no vendria mas que á manifestar á las naciones idólatras

la unidad de la divina esencia. Pero, 1.° Es enviado principalmente á los judíos, y así su mision seria inútil, porque los judíos no eran ya tentados en recaer en la idolatría. 2.° Cumpliria muy mal con su ministerio, cuando Moisés y los profetas, encargados de la misma mision, no cesan de publicar que el Señor es uno, sin compararse jamás con el Ser Supremo. Jesucristo no cesa de decir que es igual al Padre; dice que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes de todas cosas; que el Padre y él no son mas que uno. En todas ocasiones se compara á Dios soberano. Los judíos murmuran y se escandalizan de estas expresiones; lejos de desengañarlos con claridad, los confirma en su escándalo, afectando un lenguaje que es ó impío ó insensato, si su igualdad con su Padre no le ilustra y justifica. Tambien permite que le tributen honores divinos: luego si no es mas que un puro hombre, no vino á la tierra mas que á escandalizar á los judíos, dándoles motivo para creer que se comparaba al Altísimo; á engañar á las naciones haciéndose adorar despues de su muerte, y á derramar nuevas tinieblas en el universo. Luego las grandes utilidades que el mundo debia sacar del ministerio de Jesucristo, vendrian á parar en verse sepultado en una nueva idolatría, y toda la magnificencia futura del Evangelio, tan anunciada por los profetas, se reduciria á formar la execrable secta del impío Socino, secta que se compone de un corto número de hombres aborrecidos del cielo y de la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la religion, que se hallan precisados á sepultar en las tinieblas el horror de sus blasfemias. Pero supuesto que Jesucristo es santo, debemos inferir que no pudiendo ser blasfemador é impío, el modo con que habla de su Padre, la igualdad que con él afecta en todas ocasiones, establece la

gloria de su eterno orígen. Tambien puede notarse aquí que cuando los profetas hablan del Dios del cielo y de la tierra, llenos de la inmensidad de la omnipotencia y de la majestad del Ser Supremo, agotan la flaqueza del humano enguaje para corresponder á lo sublime de estas imágenes. Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor, no usa de estas expresiones pomposas de los profetas; se ve que como hijo habla un lenguaje doméstico, y que no se admira ni asusta como nosotros con la majestad y gloria del Padre.

Consideremos ahora la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres: ésta no establece menos la verdad de su nacimiento divino. 1.° ¡Qué sabiduría! ¡qué santidad! ¡qué excelencia en esta doctrina! En ella todo es digno de la razon y de la mas sana filosofía, todo es proporcionado á la miseria y á la excelencia del hombre. 2.° Reparad en las obligaciones de amor y de dependencia que su doctrina pide de que le tributen los hombres. Nos manda que le amemos, que busquemos en él nuestra felicidad; que ordenemos á él todas nuestras acciones, y aun nosotros mismos, como él ordena todas estas cosas á su Padre. Luego si no fuera Dios, su doctrina tan divina, tan admirada de los paganos, no seria mas que una mezcla monstruosa de impiedad, soberbia y locura, pues no siendo mas que un puro hombre, pretenderia usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones. Aun mas. Cuando el mismo Dios verdadero parece se habia contentado con los sacrificios de cabritos y toros, él quiere para sí que le sacrifiquemos hasta nuestra vida, que corramos á los suplicios, que nos ofrezcamos á la muerte y al martirio para la gloria de su nombre. Pero si él no fuera el autor de nuestra vida, ¿qué derecho tendria para pedírnosla? No seria, pues, su religion mas que una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religion de sangre y de barbarie. ¿Los generosos confesores de la fe no hubieran sido mas que unos desesperados y fanáticos, y los perseguidores y tiranos los defensores de la justicia y de la gloria de la Divinidad? ¿Pueden oirse sin horror estas blasfemias?

2. Considerad el espíritu del ministerio en las gracias y beneficios que de él ha recibido el universo. Declara que vino á librar á los hombres de la muerte eterna, á hacerlos, de enemigos que eran de Dios, hijos suyos, á abrirlos el cielo y asegurarlos su posesion; trájolos la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad; nos sustenta con su cuerpo, nos lava nuestras manchas, aplicándonos el precio de su sangre. En una palabra, nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Podria acaso un puro hombre ser orígen de tantas gracias para los demás hombres? ¿ó no seria temible que siendo tan útil y tan necesario al humano linaje, viniese por último á ser su ídolo? Porque solo el agradecimiento fué quien en otro tiempo formó los falsos dioses. Tal es el carácter del hombre; su culto no es mas que su amor y su agradecimiento.

3. Además de los beneficios de que nos colmó Jesucristo, considerad las promesas con que los acompaña; promete aun mas de lo que habia dado. 1.° Promete á los hombres el Espíritu consolador, á quien llama Espíritu de su Padre; Espíritu de verdad, de fuerza, de inteligencia, de sabiduría, de caridad, etc. ¿Pero qué derecho tendria Jesucristo sobre el Espíritu de Dios, para disponer de él segun su voluntad, si no fuera Espíritu propio suyo? No obstante, las promesas de Jesucristo se cumplieron; apenas subió al cielo, cuando el Espíritu de Dios se derrama sobre todos sus discípulos. 2.° Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder para perdonar los pecados. 3.° Además de esto, les promete el don de milagros; ¿pero si no fuera Dios, pudo jamás pensar la temeridad ni la locura cosa semejante? 4.° Les promete la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los césares, de los tiranos; que su Evangelio seria recibido en todo el mundo: ¿pero cómo podria responder de una mutacion sin ejemplo hasta entonces en el mundo, si no tuviera entre sus manos el corazon de todos los hombres? Se podrá decir que Dios revelaba á su siervo las cosas futuras. Pero si Jesucristo no fuera Dios, ni tampoco profeta, pues no preveja que los hombres, adorándole, iban á caer en unas tinieblas infinitamente mas criminales que aquellas de que queria libertarlos; y que en vez de formar al Padre quien le adorase en espíritu y verdad, no habria formado mas que un nuevo pueblo de idólatras de todas las naciones.

Ved, pues, adónde conduce la incredulidad. Trastornad el fundamento de que Jesus es Hijo eterno de Dios vivo, quitad de la doctrina de los cristianos á Jesucristo hombre y Dios verdadero, y quitais todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad, y toda la religion cristiana no será mas que una falsedad y una impostura. ¿Qué celo, pues, no manifestaron los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos hombres impíos que desde entonces se atrevieron á oponerse á la gloria de su Maestro? Entonces los gentiles argüian á los cristianos de que tributaban honores divinos á Jesucristo. ¿Justifícanse acaso como si fuera calumnia? ¿responden que no adoran á Jesucristo? Nada menos. Los apologistas de la religion refutan las demás calumnias con que querian mancharla; pero sobre la acusacion de adorar á Jesucristo, lejos de de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fenderse, la autorizan con su lenguaje y con sus acciones. Si fuera, pues, error el creer á Jesucristo igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo su edificio, que ha formado tantos mártires y convertido á todo el universo.

PARA EL DIA DE LA EPIFANIA.

Division.—*La verdad figurada en la estrella, halla en los Magos adoradores. En los sacerdotes disimuladores. En Herodes un perseguidor: tal es su suerte aun entre nosotros; pocos la reciben, muchos la ocultan y la disfrazan, y muchos mas la desprecian y persiguen.* Por lo que: *I. La verdad recibida. II. La verdad disimulada. III. La verdad perseguida.*

Primera parte. *La verdad recibida.* Pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran alguna vez para ver la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican y la indignidad de la vida que hacen: ¡pero ay! sus ojos no se abren á la luz mas que para cerrarlos al instante, y el fruto que sacan de la verdad es la culpa de haberla inútilmente conocido.

Unos se contentan solamente con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros sin determinar á resolverse, desean, al parecer, conocerla, pero no la buscan como deben, porque en la realidad les pesará de haberla encontrado. Finalmente, algunos mas dóciles se dejan vencer de su evidencia; pero ó asegurados con la opinion pública ó acobardados con las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fenderse, la autorizan con su lenguaje y con sus acciones. Si fuera, pues, error el creer á Jesucristo igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo su edificio, que ha formado tantos mártires y convertido á todo el universo.

PARA EL DIA DE LA EPIFANIA.

Division.—*La verdad figurada en la estrella, halla en los Magos adoradores. En los sacerdotes disimuladores. En Herodes un perseguidor: tal es su suerte aun entre nosotros; pocos la reciben, muchos la ocultan y la disfrazan, y muchos mas la desprecian y persiguen.* Por lo que: *I. La verdad recibida. II. La verdad disimulada. III. La verdad perseguida.*

Primera parte. *La verdad recibida.* Pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran alguna vez para ver la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican y la indignidad de la vida que hacen: ¡pero ay! sus ojos no se abren á la luz mas que para cerrarlos al instante, y el fruto que sacan de la verdad es la culpa de haberla inútilmente conocido.

Unos se contentan solamente con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros sin determinar á resolverse, desean, al parecer, conocerla, pero no la buscan como deben, porque en la realidad les pesará de haberla encontrado. Finalmente, algunos mas dóciles se dejan vencer de su evidencia; pero ó asegurados con la opinion pública ó acobardados con las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dificultades y violencias que les ofrece la verdad, se separan, y la abandonan despues de haberse regocijado algun tiempo con su luz.

No fué este el uso que hicieron los Magos de la verdad; aunque acostumbrados á apelar en todo al tribunal de la razon, siguen la luz celestial, sin detenerse en las vanas reflexiones del espíritu humano, sin respeto á sus amigos y parientes, á pesar de los discursos y murmuraciones públicas, y su corazon desengañado de todo, no halla regocijo, interés ni consuelo sino en la verdad. Ved ahí la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría; veamos en la conducta de los sacerdotes la verdad disimulada.

Segunda parte. *Tres géneros de disimulo en los sacerdotes de la Sinagoga; disimulo de silencio, disimulo de complacencia y de condescendencia; disimulo de ficcion y de mentira.*

Disimulo de silencio. Consultados por Herodes acerca del lugar en donde habia de nacer Jesucristo, es verdad que responden que en Belen; pero añaden que habiendo ya por fin aparecido la estrella profetizada, y viniendo los reyes de Sabá y de Arabia con presentes á adorar al nuevo capitan que debe conducir á Israel, no habia ya que dudar de su nacimiento. No juntan los pueblos para anunciárlos esta feliz nueva. No van á Belen para animar á Jerusalen con su ejemplo; encerrados en su criminal temor, guardan un profundo silencio y retienen la verdad con injusticia.

Sin tocar aquí á los ungidos del Señor, pocas personas hay en el mundo que no se hagan culpables todos los dias de este disimulo de silencio, porque para ser culpables no es necesario suscribir á la impiedad y aprobar las máximas del siglo; basta el callar cuando en nuestra presencia se impugna la verdad abiertamente.

Disimulo de complacencia y de condescendencia. Los sacerdotes y doctores, forzados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas. Para agradar á Herodes suprimen el título de rey que los Magos acababan de darle y que los profetas tantas veces habian dado al Mesías. Le señalan con una cualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina y de poder, no obstante que ellos mismos esperaban un Mesías rey y conquistador. La conducta de estos sacerdotes nos parece indigna; pero si queremos juzgarnos á nosotros mismos, veremos que nuestros discursos y modos de proceder no son las mas veces mas que mitigaciones de la verdad y condescendencias para reconciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes tenemos que vivir.

Ultimo disimulo de los sacerdotes judíos, disimulo de mentira. No se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disimulados; no viendo volver á los Magos, los acusan, para calmar á Herodes, de credulidad vana y supersticiosa, y esto es en lo que por último venimos á parar á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres y de querer complacerlos á expensas de la verdad; la abandonamos por último abiertamente.

Tercera parte. *Verdad perseguida por Herodes.* Este impío persigue la verdad. 1.° Con el público desprecio que de ella hace, y que con su ejemplo lleva tras sí á todo Jerusalen, y esto es á lo que llamo persecucion de escándalo. 2.° La persigue intentando corromper á los sacerdotes, y aun poniendo asechanzas á la piedad de los Magos, y esto es lo que llamo persecucion de seduccion. Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente, y esta es una persecucion de fuerza y de violencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estos tres géneros de persecucion se practican hoy entre los cristianos. 1.º ¿Quién puede gloriarse de no ser del número de los perseguidores de la verdad con los escándalos? No hablo de aquellos hombres perversos que han levantado el estandarte del pecado y del libertinaje; hablo de aquellas almas entregadas á los placeres y vanidades del siglo, y cuya conducta, regular por otra parte, se granjea la estimacion y las alabanzas de los hombres; y digo que persiguen la verdad con su ejemplo, que aniquilan en cuanto está de su parte en todos los corazones las máximas del Evangelio, y que hacen mas desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los tiranos.

2. Nosotros perseguimos todos los dias á la verdad por medio de la seduccion, tachando de exceso el fervor de los justos, haciéndoles pinturas vivas y agradables de los deleites de que huyen, exagerando las dificultades de la perseverancia, y aun acaso acometiendo al incontrastable fundamento de su fe; dañando con nuestra autoridad el celo y la piedad de las personas que dependen de nosotros. Finalmente, haciendo servir nuestros talentos para la destruccion del reino de Jesucristo.

3. El mundo está lleno de perseguidores públicos de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los tiranos y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla, no obstante, continuamente perseguida con las públicas irrisiones que hacen los mundanos de la virtud, y con la pérdida de las almas fieles que con dolor ve rendirse tan continuamente al temor de sus irrisiones y censuras.

FIN DEL PRIMER TOMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL PRIMER TOMO.

PAGS.

Prólogo del traductor
Sermon para la fiesta de Todos los Santos.—Sobre la felicidad de los justos..... 7
Sermon para el dia de los difuntos.—La muerte del pecador y la del justo..... 37
Sermon para el primer domingo de Adviento.—Sobre el juicio universal..... 73
Sermon para el segundo domingo de Adviento.—Sobre las aflicciones..... 107
Sermon para la fiesta de la Concepcion de nuestra Señora..... 137
Sermon para el tercer domingo de Adviento.—Sobre el retardar la conversion..... 167
Sermon para el cuarto domingo de Adviento.—Sobre las disposiciones para la comunion..... 199
Sermon para el dia de la Natividad..... 241
Sermon para el dia de la Circuncision de nuestro Señor.—Sobre la divinidad de Jesucristo..... 267
Sermon para el dia de la Epifanía del Señor..... 311

ANALISIS DE LOS SERMONES CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO.

Dia de Todos Santos.—Sobre la felicidad de los justos. 351
Para el dia de los difuntos.—La muerte del pecador y la del justo..... 354
Primer domingo de Adviento.—Sobre el juicio universal..... 358
Segundo domingo de Adviento.—Sobre las aflicciones. 361
Sermon de la Concepcion de nuestra Señora..... 364
Tercer domingo de Adviento.—Sobre el retardar la conversion..... 366
Cuarto domingo de Adviento.—Sobre las disposiciones para la comunion..... 370
Para el dia de Natividad..... 373
Para el dia de la Circuncision.—Sobre la divinidad de Jesucristo..... 376
Para el dia de la Epifanía..... 385

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS